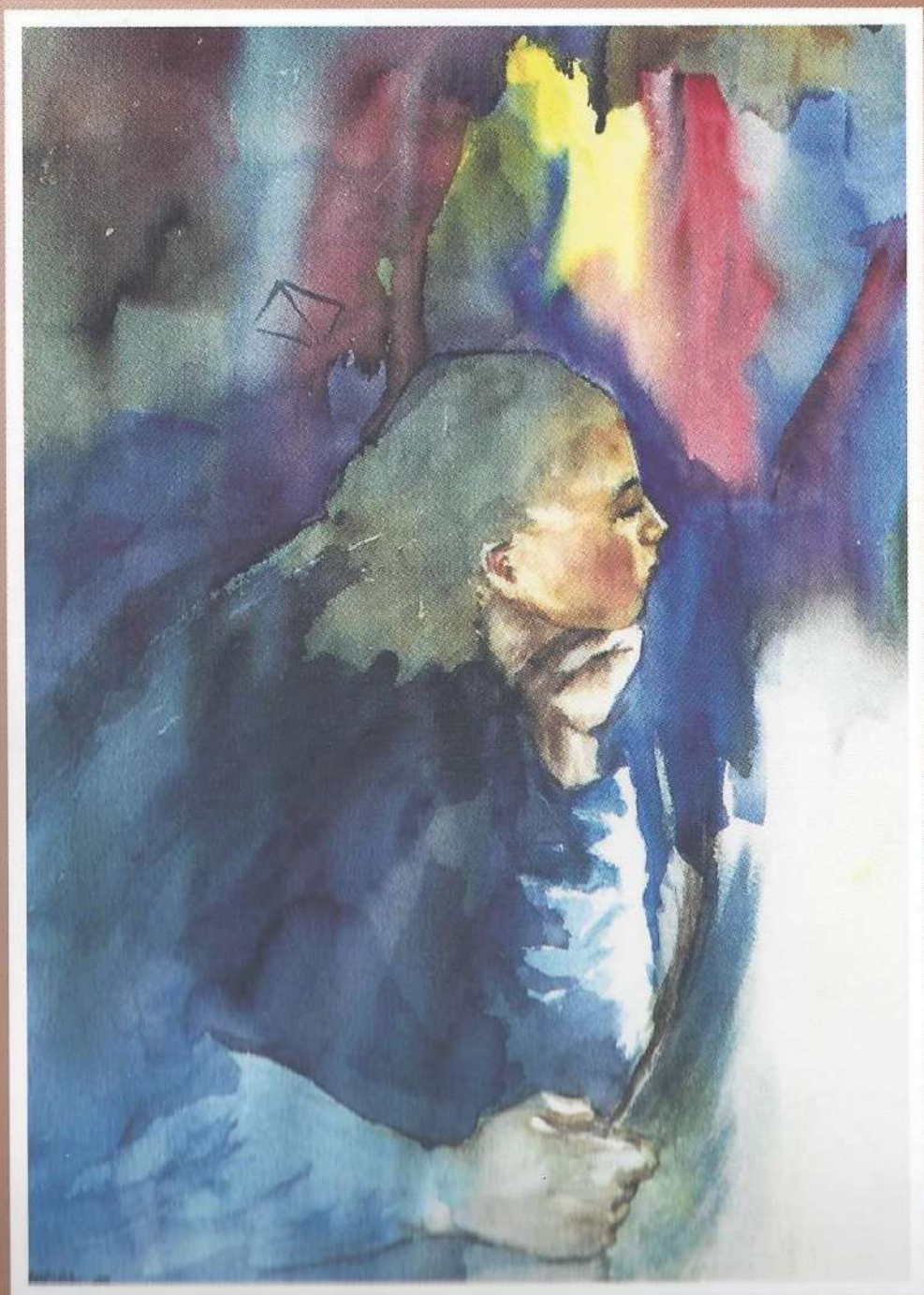


Coatepec

Revista de la Facultad de Humanidades de la U.A.E.M.

NUEVA ÉPOCA • AÑO I, NÚMERO 2 • ENERO-JULIO DE 2002

Contribuciones desde





Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en Q. Rafael López Castañares
Rector

L. en T. Maricruz Moreno Zagal
Secretaria de Docencia

M. en A.P. José Martínez Vilchis
Secretario Administrativo

M. en C. Eduardo Gasca Pliego
Secretario de Rectoría

M. en A. José Salvador Origel Lule
Encargado del Despacho de la Contraloría

Dr. en Fil. Carlos Arriaga Jordán
Coordinador General de Investigación y Estudios Avanzados

M. en E.S. Gustavo Segura Lazcano
Coordinador General de Difusión Cultural

M. en E. S. José Luis Gama Vilchis
Director General de Extensión y Vinculación Universitaria

M. en A.S.S. Aurora López Ovando
Directora General de Planeación y Desarrollo Institucional

Dr. Gerardo Sánchez y Sánchez
Abogado General

Profr. Inocente Peñaloza García
Cronista

Profr. José Luis Flores Sánchez
Vocero



Facultad de Humanidades

M. en H. Miguel Ángel Flores
Gutiérrez
Director

Dr. Juan José Monroy García
Subdirector Académico

Lic. Magdalena Pacheco Régules
Subdirectora Administrativa

Mtra. Ma. del Rosario Pérez Bernal
Coordinador de Posgrado

Mtra. Elvia Estrada Lara
Coordinador de Investigación

Lic. Mariano Rodríguez González
Coordinador de Difusión Cultural

Lic. Rogelio Gutiérrez Juárez
Jefe de Servicio Social

Lic. Rosa María Hernández R.
Jefa de Planeación

Lic. Gerardo Sámano Hernández
Jefe de Control Escolar

Lic. Ariel Sánchez Espinoza
Coordinador de Biblioteca

Contribuciones desde Coatepec

Director
Dr. Gerardo A. Rodríguez Casas†

Subdirector
Mtro. Pedro Canales Guerrero

Consejo de Redacción
Mtra. C. Araceli Ramírez Peñaloza
Mtra. Hilda Fernández Rojas
Mtro. Humberto Florencia Zaldívar
Mtro. Francisco Javier Beltrán C.

Coordinador Técnico
Rogelio Ramírez Gil

Consejo Editorial
Arte Dramático:
Mtro. Humberto Florencia Zaldívar
Ciencias de la Información
Documental:
Lic. Evaristo Hernández C.
Filosofía:
Dr. Mijaíl Malishev
Historia:
Dr. Leopoldo René García Castro
Letras Latinoamericanas:
Patrizia Romani
Maestrías en:
Estudios Latinoamericanos:
Dr. Francisco Lizcano Fernández
Estudios Literarios:
Dr. Miguel Ángel Sobrino Ordóñez
Filosofía:
Dr. José Blanco Regucira
Unidad Amecameca:
Mtro. Lino Martínez Rebollar

Contribuciones desde Coatepec es un órgano semestral académico de investigación, difusión y divulgación de las ciencias sociales y humanas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, abierta al debate y a la crítica. Recibe colaboraciones para su publicación previa aceptación por parte del Consejo Editorial de la Revista. Las ideas manifestadas en los artículos son responsabilidad absoluta de los autores. Se autoriza la reproducción parcial o total haciendo mención de la fuente. Revista indizada para la base de datos CLASE (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades) de la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM. Publicación y distribución: Facultad de Humanidades, UAEM. Paseo de la Universidad s/n, esq. Paseo Tollocan, Ciudad Universitaria, Toluca, México. Tels.: (01722) 213 14 07 Fax (01722) 213 15 33. Certificado de Licitud de Título 11160 y Certificado de Licitud de Contenido 7789 de la Secretaría de Gobernación. Certificado de Reserva de Título el I.N.D.A.: 04-1999-092911244500-102. ISSN: en trámite. Tiro: 1,000 ejemplares. **Portada:** Benito Nogueira, *Reflexión*, acuarela (73x53 cm).

Consejo Internacional: Mauricio Benchot (UNAM); Boris Emélianov (Universidad de los Montes Urales, Rusia); María Rosa Palazón Mayoral (Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM); Leopoldo Zea (UNAM); Brian Connaughton (UAM-Iztapalapa); Bernardo García Martínez (El Colegio de México); Jurandir Malerba (Universidad Estadual de Maringá, Paraná, Brasil); Massimo Mastrogregori (Univ. de Roma "La Sapienza"/Rivista Storiografia); José Luis Petruccielli (Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística); Óscar Zanetti Lecuona (Instituto de Historia, Universidad de La Habana, Cuba); Arturo Andrés Roig (Universidad de Mendoza, Argentina); Tomás Calvo Buezas (Universidad Complutense de Madrid, España); Antonio Colomer Viadel (Universitat de València, España); Ricardo Melgar Bao (ENAH/INAH, México); José Luis Rubio Córdón (Universidad Complutense de Madrid, España); Guadalupe Ruiz-Giménez Aguilar (AIETI, España); Francisco Albizúrez Palma (Universidad de San Carlos, Guatemala); Lancelot Cowie (University of The West Indies, Trinidad y Tobago); Martin Lienhard (Universidad de Zurich, Suiza); Gerald Martin (Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos); François Perus (Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM); Alfredo Torero Fernández de Córdova (Universidad de Leiden, Holanda); Wilebaldo López (Sociedad General de Escritores de México); Felipe Reyes Palacios (Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM); Miguel Ángel Tenorio (Sociedad General de Escritores de México); Raúl Zermeno (UAEM); Jorge Cabrera Bohórquez (Programa Memoria del Mundo, UNESCO); Stéphane Ipert (Centre de Conservation du Livre, Arles, Francia); Marie-Thérèse Varlamoff (IFLA Core Programme for Preservation and Conservation, Biblioteca Nacional, Francia); Carlos Antonio Aguirre Rojas (Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM).

Coatepec

Revista de la Facultad de Humanidades de la U.A.E.M.

NUEVA ÉPOCA • AÑO I NÚMERO 2 • ENERO-JUNIO 2002

Contribuciones desde

Contenido

FILOSOFÍA

La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la modernidad

Guido P. Galafassi 4

Humanismo ateneísta

Edith Castañeda 21

ESTUDIOS LITERARIOS

La arquitectura de Los ríos profundos

Verónica Dehonor Pérez 32

Tres novelas mexicanas del siglo XIX, hoy: bandidaje y corrupción

Juan Antonio Rosado 44

HISTORIA

Un poco más sobre la Revolución Mexicana de 1910, narrada a través de las novelas

Elvia Montes de Oca Navas 53

El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso con su propio presente

Carlos Antonio Aguirre Rojas 72

ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Heterogeneidad socioeconómica en la historia reciente de Iberoamérica

Francisco Lizcano Fernández 95

José Ingenieros y la construcción de la nación en Argentina

Sara Makowski 113

Coatepec

Revista de la Facultad de Humanidades de la U.A.E.M.

NUEVA ÉPOCA • AÑO I, NÚMERO 2 • ENERO-JUNIO 2002

Contribuciones desde

CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN DOCUMENTAL

La Biblioteca de Alejandría, ayer y hoy 123

Sellos documentales

José Miguel Alva Marquina 128

CREATIVIDAD

De tiempo completo

Jesús Humberto Florencia 130

MISCELÁNEA, RESEÑAS, LIBROS Y NOTICIAS

Ruggiero Romano, un hombre consecuente

Arauco Chihuailaf 153

Elegía a Ruggiero Romano. El mejor humanismo pasa por el rigor intelectual

Pedro Canales Guerrero 155

Consideraciones sobre las maestrías en la Facultad de Humanidades

Herminio Núñez Villavicencio 157

Análisis del discurso de Segismundo en La vida es sueño, de Pedro Calderón de la Barca

Sonia Elizabeth Vázquez Romero 166

La agonía de Europa de María Zambrano

Miguel Ángel Barranco Cruz 171

Nihilismo y fin de siglo de Mercedes Garzón Bates

Israel Garrido Montoro 174

Cuadros que hablan

Pedro Canales Guerrero 177



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Galafassi, Guido P.

La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la modernidad

Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 4-21

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100201>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la modernidad

GUIDO P. GALAFASSI

INTRODUCCIÓN

Los últimos tres siglos de la historia han estado dominados, fundamentalmente, por una forma de pensar, y en consecuencia de actuar regidos por los conceptos de ciencia racional y desarrollo progresivo. Esto con idas y vueltas, marchas y contramarchas, es una caracterización sintética y ajustada de la modernidad.

Como componente destacado de esta época, y que tiene especial relevancia, está el hecho de la afirmación del sujeto pensante, es decir del sujeto racional. Es el sujeto, el individuo por sí solo, por su sola razón, por sus propias fuerzas, independiente de toda autoridad religiosa, sociológica y política, el que debe encontrar la verdad, entendida como correspondencia con la realidad. Es decir, hay una lucha, una afirmación del racionalismo, una afirmación de la autonomía del individuo, de lo que el individuo puede hacer por sí solo. Correlativo con esto, la búsqueda de riqueza y el afán de lucro se van constituyendo no sólo en un fin digno de ser perseguido por sí mismo, sino en un fin que va a ir excluyendo a todos los otros. La búsqueda de la riqueza, lo que podemos llamar la mentalidad mercantilista, se va imponiendo cada vez más en este mundo. Es decir, estamos ante dos expresiones paralelas de la misma modernidad, la definición filosófica y la definición socio-económica.

Esto se traduce en las ideas de crecimiento y progreso, que son llevadas adelante, entre otros, por el complejo de la ciencia y la tecnología. Ya para los padres de la ciencia moderna (Bacon, Descartes, Galileo) no era intención reemplazar la ciencia clásica por una mera actividad de dilucidación de la estructura causal del mundo. La ciencia clásica era finalista, teleológica, la ciencia moderna intenta desalojar cualquier cosa que oliera a fin. Remitámonos a uno de estos padres de la ciencia moderna:

...esas nociones me han enseñado que es posible llegar a conocimientos muy útiles para la vida y que, en lugar de la filosofía especulativa enseñada en las escuelas, es posible encontrar una práctica por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean tan distintamente como conocemos los oficios varios de nuestros artesanos, podemos aprovecharlos del mismo modo en todos los usos apropiados, y de esa suerte convertimos en dueños y poseedores de la naturaleza.¹

Es decir, la ciencia moderna no es concebida como una simple actividad contemplativa, la ciencia explica (o debe explicar) para facilitar el dominio de la naturaleza. Tal como lo enuncia rotundamente Bacon: “Ciencia y poder humanos coinciden en una misma cosa, puesto que la ignorancia de la causa defrauda el efecto”.²

La racionalidad moderna consiste en saber científicamente cuáles son las causas sobre las que técnicamente se opera. Por lo tanto, la ciencia trata de explicar el mundo de tal manera que se opone a la irracionalidad de las aproximaciones “míticas”. La cosmovisión mítica, con su falta de precisión empírica, constituye precisamente el fin por superar a través del conocimiento científico.

La completud del nuevo imperio de la racionalidad, detalladamente definido por Descartes en el ámbito de la ciencia, es lograda con la razón kantiana que determina los alcances y límites de la razón humana, buscando hasta dónde el hombre puede conocer en forma cierta y rigurosa usando su don racional, y tratando de otorgarle estas cualidades a la metafísica, por entonces bastante desprestigiada frente al avance del enciclopedismo. Se trata de fundar un saber metafísico exigente, lejos de cualquier conocimiento ilusorio y mal fundado, es decir alcanzar el mismo nivel de seriedad y rigor en el tratamiento de los problemas metafísicos que el que posee la ciencia en su estudio de la naturaleza.

En la modernidad, el mundo social e histórico de las cosas materiales adquiere la premisa de un progreso ilimitado, de un desarrollo infinito; desarrollo que para Aristóteles se vincula con la premisa de que “la naturaleza es fin (*telos*)”, por lo que el desarrollo consiste en avanzar hacia este fin. En el proceso mismo de desarrollo está definido, está implícito normativamente, el resultado final.

Pero el gran cambio de la modernidad, al decir de Castoriadis, “se produce cuando el infinito invade este mundo”.³ Con el surgimiento del mundo moderno y la burguesía, se pasa del mundo cerrado medieval al universo infinito moderno, se empieza a creer en la perspectiva de un progreso indefinido del conocimiento, a

1 Descartes, R.: *Discurso del Método*. Madrid, Alianza, 1979.

2 Bacon, F.: *Novum Organum*. Madrid, Sarpe, 1984.

3 Castoriadis, C.: *El Desarrollo. De su apología a su crisis*. Buenos Aires, Docencia, 1986.

través del uso de la razón. No hay límites para los poderes y posibilidades de la razón, y la razón por excelencia, por lo menos si se trata de la *res extensa*, es la matemática: “a medida que Dios calcula, se hace el mundo” (Leibniz).

La finalidad central de la vida humana pasa a ser el crecimiento ilimitado de la producción y las fuerzas productivas (técnicas). Todo esto se expresa en la ideología del progreso. “Al no existir ya límites a la progresión de nuestro conocimiento, no existe tampoco a la progresión de nuestra potencia (y de nuestra riqueza), para explicarlo de otro modo, los límites allí donde se presentan tienen un valor negativo y hay que rebasarlos”.⁴

Estas características de la modernidad, que si bien son no excluyentes, son sus rasgos principales, sus accidentes más significativos, los que dejaron su impronta de un modo más profundo. Son estos los aspectos más relevantes y conocidos de la modernidad, los que de un modo más evidente y agresivo han ido diseñando desde el siglo XVIII y hasta nuestros días el mundo que habitamos.

LA ESCUELA DE FRANKFURT Y EL CONOCIMIENTO EN LA SOCIEDAD MODERNA

Esta concepción de modernidad choca con las críticas de un número diverso de líneas teóricas. Dentro de los cuestionamientos en la estructura ideológica y social de la sociedad moderna se inscriben los pensadores de la escuela de Frankfurt. En la concepción de la “Teoría Crítica” de Max Horkheimer se trata de desenmascarar el carácter ideológico de lo que en la modernidad ha llegado a llamarse “ciencia positiva”. La independencia de la génesis histórico-fáctica de los resultados obtenidos en la ciencia moderna es lo que le da el carácter de positividad, sustentada por un método formalizado que garantiza la verdad definida en un procedimiento autocentrado que excluye toda injerencia de cualquier contexto de la investigación. Así, cualquier ley de la naturaleza enunciada científicamente es por definición verdadera en sí misma, independiente en forma absoluta de cualquier condición psicológica y social a partir de la cual se llegó a descubrirla. La historia de la ciencia es a la ciencia un simple anecdotario sin capacidad alguna de incidir en ésta más que en la confección de una cronología ilustrativa de hechos autoafirmados por sí mismos, lo que explica la independencia formal de cualquier teoría científica. Esta búsqueda de aislamiento de un dominio de la teoría pura de toda mediación a través de una praxis social, llega hasta nuestro siglo en la separación establecida por Husserl entre el acto histórico-psicológico en que se piensa un objeto, y el acto formal en que ese objeto queda constituido “en sí mismo”.

⁴ *Op. cit.*

Esta “teoría tradicional” choca con la materialidad e historicidad de los objetos por ella analizada a partir de las posiciones de la “teoría crítica” como un nuevo saber del mundo, asumiendo y haciendo suya esta materialidad histórica de los objetos, y sabiéndose parte activa del mundo que pretende conocer. Así:

Mientras que el especialista, en cuanto científico, ve la realidad social, junto con sus productos, como exterior, y en cuanto ciudadano, percibe su interés por ella a través de artículos políticos, de la afiliación a partidos o a organizaciones de beneficencia, y de su participación en las elecciones, sin unir ambas cosas —y algunas otras formas de comportamiento— en su persona de otro modo que, a lo sumo, mediante una interpretación psicológica, hoy, en cambio, el pensamiento crítico está motivado por el intento de suprimir y superar realmente esta tensión, de suprimir la oposición entre la conciencia de fines, la espontaneidad y la racionalidad esbozadas en el individuo y las relaciones del proceso de trabajo, fundamentales para la sociedad.⁵

La ciencia moderna responde fundamentalmente a conocer los elementos que permitan realizar un manejo instrumental tanto de la naturaleza física como de los mecanismos sociales y económicos. Los costos altísimos de mucha de la investigación científica actual —desde la biología molecular a la física nuclear, pasando por la sociología o economía—, no hacen más que reforzar esta situación; hacen que sólo sean formulables como objetivos que merezcan algún interés aquellos que posibiliten algún retorno en términos de resultados tecnológicos. Así, la ciencia pasa a ser la sección de I+D de la enorme planta tecnológica constituida por el mercado productivo a escala planetaria. Esta instrumentalidad del saber científico que obliga a preguntar siempre para qué sirve, no puede desligarse del núcleo mismo de la objetividad, como esencia positivista, ligando la ciencia al proceso histórico-material en el cual cobra su función como instrumento social.

Avanzando aun más en esta consideración, Horkheimer denuncia la “ciencia pura” como un solapado instrumento de dominio que, alejándose del servicio social por el cual debería definirse, se convierte a través del proceso de absolutización en la valoración de sí misma, en freno de todo progreso y en el regulador del orden social (burgués) en el que tuvo su origen. Es decir, la ubica bajo el concepto de “ideología” de la ortodoxia marxista, como una interpretación racional que sirve como instrumento de dominación de una clase sobre otra, encubriendo su sentido instrumental bajo una pretendida ahistoricidad. Pues:

...en la medida que el concepto de teoría es independizado, como si se lo pudiera fundamentar a partir de la esencia íntima del conocimiento, por ejemplo, o de

5 Horkheimer, M.: “Teoría tradicional y teoría crítica”. En: *Teoría Crítica*. Buenos Aires, Amorrortu, 1974, p. 242.

alguna otra manera ahistórica, se transforma en una categoría cosificada, ideológica.⁶

Pero aquí es necesario aclarar la preferencia del primer Horkheimer por un concepto de teoría que se define de un modo mediato a partir del esencial primado de la praxis. Opone de alguna manera el materialismo histórico a la larga tradición idealista de raíz platónica, en donde las teorías se determinan sólo por sí mismas, sin más valor que la verdad que contienen, constituyéndose lógicamente como teorías, independientemente de su génesis histórica.

Así, Horkheimer aboga por una concepción que permita superar la parcialidad que resulta de separar de la praxis social total, los procesos intelectuales particulares; de superar la idea según la cual la ciencia representa una esfera separada, sin que se perciban las interrelaciones entre las distintas actividades conceptualizadas de forma aislada. La vida de la sociedad es considerada por Horkheimer como resultado del trabajo en forma conjunta de los diferentes procesos de la producción, que no deben ser vistos como autónomos e independientes, pues todos estos procesos no son otra cosa que:

...aspectos particulares del modo como la sociedad se enfrenta con la naturaleza y se mantiene en su forma dada. Son momentos del proceso social de producción, aun cuando ellos mismos sean poco o nada productivos en el verdadero sentido. Ni la estructura de la producción, dividida en industrial y agraria, ni la separación entre las llamadas funciones directivas y las ejecutivas, entre los servicios y los trabajos, las ocupaciones manuales y las intelectuales, son situaciones eternas o naturales; ellas proceden, por el contrario, del modo de producción en determinadas formas de sociedad.⁷

De esta manera, la ciencia que considera la conformación de la praxis como más allá respecto de ella misma, amparándose en la separación entre pensar y obrar, representa para Horkheimer una renuncia a la propia humanidad. Una renuncia en sí misma interesada en salvaguardar el sistema vigente a partir de encubrir su función instrumental.

Esta ciencia reniega de su función instrumental como una instancia de dominio y se ampara en la definición de sus supuestos como categorías teóricas eternas en vez de condiciones históricas que posibilitan su ejercicio. En este esquema conceptual el hombre deja de ser el sujeto de esa praxis que es el saber y se convierte en su objeto, ejecutándose sobre él una descripción dogmática de su verdadera y ahistórica esencia.

6 *Op. cit.*, p. 228.

7 *Op. cit.*, p. 146.

Esto ocurre precisamente en la sociedad burguesa, donde el hombre concreto despojado de los medios de producción no es más el sujeto de la actividad productora, sino un simple elemento material de dicha actividad. Pero ya no se trataría de la sociedad industrial dividida en clases de propietarios y explotados; la crítica teórica frankfurtiana va más allá, apuntando al problema más radical de la sociedad industrial como modelo paradigmático de una racionalidad opresiva, que se ha convertido en la única regla de juego para el ejercicio, ya imposible, de una humanidad integral. La reivindicación frankfurtiana, entonces, ya no se contenta con reajustar el proceso de producción, sino que invoca la necesidad de detener este modelo, antes de que aniquile el último rincón en el que aún se refugia la conciencia de la propia humanidad.

Así, se llega en Horkheimer a una revisión más profunda de sus tesis, en donde se fundaban sus argumentaciones en el principio marxista de la praxis como fundamento de toda teoría, avanzando en sus análisis críticos sobre el pragmatismo contemporáneo que define todo el proceso social moderno. Ya en el prólogo de la *Crítica de la Razón Instrumental* argumenta:

Los problemas económicos y sociales de nuestro tiempo han sido exhaustivamente tratados por investigadores científicos competentes. El presente ensayo toma por otro camino. Nuestro objetivo aquí es investigar la noción de racionalidad que sirve de base a la cultura industrial actual.⁸

El problema ampliamente compartido por los otros autores del círculo interior Frankfurtiano, ya no es la división en clases de la sociedad industrial, donde por un lado se ubican los propietarios y por el otro los explotados; el dilema por resolver cala más hondo y se pregunta por la esencia que hace que ese sistema exista. El título de propiedad de los instrumentos de producción que separa a poseedores de desposeídos es la razón de ser de un sistema industrial opresivo que ahoga todo intento de humanidad fuera de este marco. Entonces, frente a la reivindicación original de transformar y reajustar este proceso de producción, la consigna ahora es preguntarse por el modelo paradigmático de racionalidad que lo sostiene y que le dio origen.

ENTRE LA RAZÓN COMO TOTALIDAD Y LA RAZÓN COMO INSTRUMENTO

Entonces, la mirada está puesta sobre el modelo de racionalidad que impregna todo hecho cotidiano en nuestra sociedad moderna y que define el camino a

⁸ M. Horkheimer: *Crítica de la Razón Instrumental*. Buenos Aires, SUR, 1969, p. 11.

seguir en las tareas del hombre común. Un hombre común, que al decir de Horkheimer, concibe las cosas razonables –las cosas con razón–, como aquellas cosas útiles, condición capaz de ser distinguida por todo hombre medio. Porque lo que posibilita en última instancia los actos razonables es la capacidad de clasificación, conclusión y deducción, características esenciales y definitorias de la racionalidad dominante. Es decir, una razón que no repara en preguntarse por el contenido específico, por el funcionamiento abstracto del mecanismo pensante.

Y aquí es donde Horkheimer se dedica a profundizar el concepto de razón y, más precisamente, lo que él llama la “razón subjetiva” como aquella que ordena los medios al fin. Para el pragmatismo contemporáneo lo racional es lo útil, entonces, una vez decidido lo que se quiere, la razón se encargará de encontrar y definir los medios para conseguirlo. En consecuencia, es racionalmente correcto, y por lo tanto verdadero, lo que sirve para algo. En palabras de Horkheimer:

En última instancia, la razón subjetiva resulta ser la capacidad de calcular probabilidades y de adecuar así los medios correctos a un fin dado. Esta definición parece coincidir con las ideas de muchos filósofos eminentes en especial de los pensadores ingleses desde los días de John Locke.⁹

Esta razón subjetiva que articula medios a fines consiste en la “adecuación de modos de procedimiento a fines que son más o menos aceptables y que presuntamente se sobreentienden”. Es decir que el acento está puesto en discernir y calcular los medios adecuados, quedando los objetivos por alcanzar como una cuestión de poca importancia respecto a la indagación de si son o no razonables. Estos fines son racionales también en un sentido subjetivo, es decir, son útiles al sujeto para lograr su autoconservación. El fin capaz de ser racional por sí mismo, sin estar referido a ninguna especie de ventaja o ganancia subjetiva, resulta absolutamente extraño para este modelo de razón.

A lo largo de los últimos siglos, este tipo de razón implicó una serie de profundas transformaciones en cómo el pensamiento occidental concibe la realidad. En cambio, otra concepción de la razón diametralmente opuesta predominó durante mucho tiempo:

fuerza contenida no sólo en la conciencia individual, sino también en el mundo objetivo: en las relaciones entre los hombres y entre clases sociales, en instituciones sociales, en la naturaleza y sus manifestaciones.¹⁰

Según Horkheimer, grandes sistemas filosóficos –como los de Platón, Aristóteles, la escolástica y el idealismo alemán–, se basaron en una teoría objetiva

⁹ *Op. cit.*, p. 17.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 16.

de la razón. Esta razón se sustentaba en una concepción de totalidad, aspirando a desarrollar un sistema abarcador con una jerarquía de todo lo existente, incluido el hombre y sus fines.

La armonía de la vida del hombre con esta totalidad definía el grado de racionalidad de la misma. Las acciones y pensamientos individuales en este contexto, tomaban como referencia la estructura objetiva de la totalidad, y no sólo al hombre y sus fines.

Los esquemas de pensamiento con sustento en la “razón objetiva” concebían el conocimiento como la capacidad de elucidar los principios universales del ser para, a partir de éstos, construir los parámetros necesarios a la existencia humana. Es decir, la ciencia era entendida como una serie de procesos reflexivos y especulativos, más que un método clasificatorio de objetos y datos, tal cual se presenta bajo la razón subjetiva. La clasificación integra el conjunto de maneras de conocer objetivos, pero en un lugar de subordinación.

Los sistemas filosóficos de la razón objetiva implicaban la convicción de que es posible descubrir una estructura del ser fundamental o universal y deducir de ella una concepción del designio humano. Entendían que la ciencia, si era digna de ese nombre, hacía de esa reflexión o especulación su tarea. Se oponían a toda teoría epistemológica que redujera la base objetiva de nuestra comprensión a un caos de datos desordenados y que convirtiese el trabajo científico en mera organización, clasificación o cálculo de tales datos. Según los sistemas clásicos, esas tareas (en las que la razón subjetiva tiende a ver la función principal de la ciencia) se subordinan a la razón objetiva de la especulación.¹¹

La razón objetiva no permite compartir su dominio con ninguna otra fuente de conocimiento y reflexión. Su intención es sustituir la religión, y emerger como única fuente de verdad, en contraste con la actualidad, donde la razón subjetiva se retira de su lucha con la religión y le reconoce a ésta su lugar.

La razón objetiva aspira a sustituir la religión tradicional por el pensar filosófico metódico y por la comprensión a convertirse así en fuente de tradición. Puede que su ataque a la mitología sea más serio que el de la razón subjetiva, la cual (abstracta y formalista tal como se concibe a sí misma) se inclina a desistir de la lucha con la religión, estableciendo dos rubros diferentes, uno destinado a la ciencia y a la filosofía, y otro a la mitología institucionalizada, con lo que reconoce a ambos.¹²

11 *Op. cit.*, p. 23.

12 *Op. cit.*, p. 24.

Es en definitiva con la Ilustración donde se concretan los ataques más feroces a la religión en nombre de la razón. Pero, en última instancia, para Horkheimer, la vencida no fue la religión, sino la metafísica y el concepto objetivo de razón misma. Así es que la razón terminó por ser considerada anacrónica. Ya no podía cumplir la misión de comprender la naturaleza verdadera y profunda de las cosas ni establecer los principios rectores de la vida de los hombres. Para la razón ilustrada, especulación es sinónimo de metafísica, y ésta lo es de mitología y superstición.

Bien podría decirse que la historia de la razón y del iluminismo, desde sus comienzos en Grecia hasta la actualidad, ha conducido a un estado en que se desconfía incluso de la palabra razón, pues se le atribuye la posibilidad de designar al mismo tiempo a algún ente mitológico. La razón se autoliquidó en cuanto medio de comprensión ética, moral y religiosa.¹³

La razón objetiva constituía una instancia más vasta que excedía el estrecho horizonte a partir del cual se entiende la razón contemporánea. Contenía en su seno tanto las consideraciones hacia el existir humano como el mundo de todas las cosas y los seres vivos, y las relaciones entre ellos.

Tal concepto de la razón no excluía jamás a la razón subjetiva, sino que la consideraba una expresión limitada y parcial de una racionalidad abarcadora, vasta, de la cual se deducían criterios aplicables todas las cosas y a todos los seres vivos. El énfasis recaía más en los fines que en los medios. La ambición más alta de este modo de pensar consistía en concebir el orden objetivo de lo 'racional', tal como lo entendía la filosofía, con la existencia humana, incluyendo el intelecto y la autoconservación.¹⁴

Este modelo de razón, que hoy nos puede parecer caduco, se amparaba justamente en la aspiración de concebir un recorrido de valores por perseguir en la vastedad de la existencia, en lugar de un mezquino cálculo de ganancias inmediatas y temporales. Es decir, en lugar de pensar los medios adecuados a fines establecidos, se pensaba sobre los fines mismos.

En el foco central de la teoría de la razón objetiva no se situaba la correspondencia entre conducta y meta, sino las nociones (por mitológicas que puedan antojársenos hoy) que trataban de la idea del bien supremo, del problema del designio humano y de la manera de cómo realizar las metas supremas (...) Hay una diferencia fundamental entre esta teoría, conforme a la cual la razón es

13 *Op. cit.*, p. 29.

14 *Op. cit.*, p. 17.

un principio inherente a la realidad, y la enseñanza que nos dice que es una capacidad subjetiva del intelecto.¹⁵

Desde el punto de vista subjetivista, entonces, la razón se refiere exclusivamente a un objeto o concepto en relación con un fin dado y no a la particularidad de dicho objeto o concepto. Así, la razón se utiliza más bien para designar una cosa o un pensamiento y esta cosa o el pensamiento sirven para alguna otra cosa. La meta racional queda excluida en tal concepción, por lo tanto resulta vana la discusión sobre la superioridad de tal o cual meta en relación con la razón. Esto sólo es posible, en el ámbito subjetivista, cuando dichas metas son puestas al servicio de una tercera y superior. Vale decir: cuando lo que está en discusión es la mejor o peor utilidad de una meta como instrumento para perseguir otra, cuando son medios y no fines.

En el actual imperio de la razón subjetiva el problema radica, entonces, en definir qué es lo correcto y cómo esta razón pragmática determina qué se excluye de la racionalidad, considerando solamente los medios necesarios y eficaces para conseguir un fin, porque

La significación aparece desplazada por la función o el efecto que tienen en el mundo las cosas y los sucesos. Las palabras, en la medida en que no se utilizan de un modo evidente con el fin de valorar probabilidades técnicamente relevantes o al servicio de otros fines prácticos [...] corren el peligro de hacerse sospechosas de ser pura cháchara, pues la verdad no es un fin en sí misma.¹⁶

Es decir, la razón pragmática, subjetiva, excluye de sí misma el mundo de los fines, es decir aquello para lo que algo sirve. Por lo tanto, “si sólo es racional aquello que sirve, aquello último para lo que todo lo demás sirve y que, por definición, ya no sirve para nada, tiene que ser irracional”.¹⁷ Es decir, que el acto de pensar ya no sirve para discernir si un objetivo es deseable o no. La razonabilidad es concebida como adaptación, como coincidencia con la realidad tal cual es. La realidad no es puesta en tela de juicio a partir de la razón. La razón sirve para ajustar los actos a ella. Pero, alega Horkheimer, cuando en la civilización occidental surge la idea de razón, ésta era mucho más que una mera regulación de la relación entre medios y fines. La razón implicaba la comprensión y, más importante aún, la determinación de los fines. Vale citar aquí sus dichos respecto al pensamiento socrático:

¹⁵ *Op. cit.*

¹⁶ *Op. cit.*, p. 33.

¹⁷ Hernández Pacheco: *Corrientes actuales de filosofía. La Escuela de Frankfurt, La filosofía Hermenéutica*. Madrid, Tecnos, 1996, p. 65.

Sócrates murió por el hecho de subordinar las ideas más sagradas y familiares de su comunidad y de su tierra a la crítica del *daimon*, o pensamiento dialéctico, como lo llamaba Platón. Con ello luchó tanto contra el conservadurismo ideológico como contra el relativismo que se disfrazaba de progreso, pero que en verdad se subordinaba a intereses personales y de clase. Dicho en otras palabras: luchaba contra la razón subjetiva, formalista, en cuyo nombre hablaban los demás sofistas. Sócrates socavó la sagrada tradición de Grecia, el estilo del vivir ateniense, y preparó así el terreno para formas radicalmente distintas de la vida individual y social. Sócrates tenía por cierto que la razón, entendida como comprensión universal, debía determinar las convicciones y regular las relaciones entre los hombres y entre el hombre y la naturaleza.¹⁸

DE LA ILUSTRACIÓN A LA RAZÓN INSTRUMENTAL

El engaño de la sociedad industrial se fundamenta en la transformación de los medios en fin en sí mismo. Señala Horkheimer:

Al tornarse más complejos y más reificadas la producción material y la organización social, se hace cada vez más difícil reconocer a los medios como tales, ya que adoptan la apariencia de entidades autónomas.¹⁹

Así, la sociedad industrial se ha encargado de que los elementos materiales de confort sean los únicos fines que quedan por conseguir, olvidándose absolutamente de que sólo son medios. El mundo que surge como resultado de esta razón pragmática es aquél en donde todo sirve para algo, y tiene que ser útil para ser reconocido como real. Sólo los medios tienen un racional derecho a existir:

La transformación total del mundo en un mundo más de medios que de fines es en sí consecuencia del desarrollo histórico de los métodos de producción.²⁰

Métodos de producción, basados en un predominio tal de la técnica, que tienen como resultado la instrumentalización universal del mundo, desechando de él todo lo que se vinculará con algún fin último y que se origina en una particular comprensión de la razón, comprensión definida como un esquema pragmático de carácter instrumental.

Al convertir los medios en fines, lo que hace esta sociedad industrial es transferir el centro de gravedad de todo valor, del acto a la potencia, de la forma a la

18. *Op. cit.*, p. 21.

19. *Op. cit.*, p. 111.

20. *Op. cit.*, p. 111.

materia, del valor añadido al material. Así, este materialismo se sustenta en el contrasentido de valorar los materiales por encima de la forma final, cuya realización en ellos les daría su verdadera riqueza. Es decir, cosas que no tienen otro valor que el instrumental.

Este predominio de la técnica en la sociedad moderna tiene su raíz en la razón ilustrada, que concreta el pasaje del temor (del hombre primitivo premítico) y la veneración (del hombre mitológico) de la naturaleza, a su dominio.

Dado que la ilustración implica el arribo del concepto liberador del hombre de una naturaleza extraña y temida, que a través de la razón logra ejercer su dominio técnico sobre el mundo, es la victoria del hombre sobre la superstición:

El iluminismo, en el sentido más amplio de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido siempre el objetivo de quitar el miedo a los hombres y de convertirlos en amos... El programa del iluminismo consistía en liberar al mundo de la magia.²¹

Esta interpretación se sustenta en la concepción hegeliana de la naturaleza como alteridad que es superada por el espíritu a través de la energía de la razón. Esta naturaleza diferente y contraria al hombre es la que le inspira miedo, y lo hace verse sumergido en esta naturaleza como en un caos amenazante. Y la reconciliación hegeliana del hombre o el espíritu con esta naturaleza, consiste en superar dicha alteridad y reconocerse a sí mismo en ella.

El mito constituye un primer intento del hombre por reconciliarse con la naturaleza, pero es una reconciliación aleatoria, irracional, algo que imprevisiblemente ocurre o no, por lo que el temor ante la fuerza extraña sigue siendo la regla.

La ilustración, en cambio, es en primer lugar desmitificación y liberación de la pesadilla mítica como fuerza extraña a través de la ciencia verdadera. Los dioses pasan a ser vistos como productos febriles de la imaginación temerosa de los hombres, es decir, como una proyección enajenada del mismo espíritu humano, y por lo tanto manejable.

Y esta reconciliación sobrepasa el mundo de las ideas para materializarse en la praxis, es decir, en la acción real que el hombre ejerce sobre la naturaleza. Se comienza a humanizar el mundo de forma real, y no en la forma alienante que representaba el mito:

[...] el intelecto que vence a la superstición debe ser el amo de la naturaleza desencantada [...] Lo que los hombres quieren aprender de la naturaleza es la forma

21. Horkheimer, M. y Th. Adorno: *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

de utilizarla para lograr el dominio integral de la naturaleza y de los hombres. Ninguna otra cosa cuenta.²²

Así, esta razón ilustrada es razón instrumental en la medida en que al dejar la naturaleza de ser algo diferente, temido y reverenciado, pasa a constituir el medio de la propia realización del hombre, que usa la naturaleza para su propia autoafirmación. Así, razonar se convierte en el conocer para dominar.

La naturaleza es el refugio que el hombre encuentra y transforma para guarecerse de ella misma. La naturaleza le brinda los elementos que otorgan al hombre mayor libertad frente a las fuerzas naturales que hasta el momento no era capaz de controlar. Pero esta transformación de la naturaleza que no tiene límites, se vuelve contra sí y contra el hombre, pasando de una primera imagen confortable a una segunda aterradora, todo inscripto en un mismo proceso autoalimentado y construido sobre el mismo fundamento ontológico: la mediatización del mundo a través de una razón que lo instrumentaliza para la dominación constante de la naturaleza por el hombre. Y este dominio absoluto es el límite de la razón ilustrada que lleva indefectiblemente a la catástrofe, en donde la razón se niega a sí misma y se hace instrumento de su propio proceder. Así, el iluminismo encuentra la posibilidad de liberación del hombre al mismo tiempo que su propia condena, llegando el día de hoy a un proceso que constituye el objetivo de su obra —citando a Adorno—:

[...] la autodestrucción del iluminismo. No tenemos ninguna duda (y es nuestra petición de principio) respecto a que la libertad en la sociedad es inseparable del pensamiento iluminista. Pero consideramos haber descubierto con igual claridad que el concepto mismo de tal pensamiento, no menos que las formas históricas concretas y las instituciones sociales a las que se halla estrechamente ligado, implican ya el germen de la regresión que hoy se verifica por doquier.²³

Es que el sujeto que mediatiza todo convirtiéndolo en instrumento termina siendo también un medio de esta razón pragmática. Así, el hombre concreto pasa a ser parte también de esta naturaleza mediatizada, lo que conduce a que él mismo termina siendo devorado por los mecanismos puestos en marcha.

la historia de los esfuerzos del hombre destinados a subyugar la naturaleza es también la historia del sojuzgamiento del hombre por el hombre.²⁴

22. *Op. cit.*, p. 16.

23. *Op. cit.*, p. 9.

24. M. Horkheimer: *Crítica de la razón instrumental*. Sur, Buenos Aires, 1969, *Op. cit.*, p. 115.

El contenido amplio, extenso, abarcador de la razón se vio voluntariamente reducido, en la razón subjetiva, a sólo una porción parcializada y sesgada del contenido original, en donde lo particular reemplazó a lo general.

Al abandonar su autonomía, la razón se ha convertido en instrumento. En el aspecto formalista de la razón subjetiva, tal como la destaca el positivismo, se ve acentuada su falta de relación con un contenido objetivo; en su aspecto instrumental, tal como lo destaca el pragmatismo, se ve acentuada su capitulación ante contenidos heterónomos.²⁵

La razón pasa a ser un componente dependiente del nuevo proceso social. El contenido exclusivo que la domina es su capacidad operativa, a partir del rol que desempeña en el dominio sobre la naturaleza y sobre los hombres. La clasificación y sistematización de datos es el perfil predominante tendiente a una mejor organización del material de conocimiento. Se ve superstición en todo aquello que pretenda ir más allá de la sistematización técnica de los componentes sociales. Los productos de la razón, los conceptos y las nociones, se han convertido en simples medios racionalizados ahorradores de trabajo.

Es como si el pensar mismo se hubiese reducido al nivel de los procesos industriales sometiéndose a un plan exacto; dicho brevemente, como si se hubiese convertido en un componente fijo de la producción.²⁶

CONSIDERACIONES FINALES: LA TEORÍA CRÍTICA FRENTE A LA MODERNIDAD

En el contexto de la razón subjetiva que domina la vida contemporánea, la única medida es la eficacia: todo es bueno si funciona bien para el fin propuesto. Así, la única salida para una crítica a la razón pragmática es situarse fuera de su lógica, en una razón cuyo eje de verdad exceda el mero campo del proceso material concreto, y se logre situar en un fin propuesto más allá del curso histórico. Y es aquí donde el rescate de la filosofía reasume todo su peso e importancia, una filosofía que se construye sobre:

[...] formas relativamente independientes del pensar que Aristóteles describe como contemplación teórica [...] La filosofía aspiraba a una intelección que no había de servir a cálculos utilitarios, sino que debía estimular la comprensión de la naturaleza en sí y para sí.²⁷

²⁵ *Op. cit.*, p. 32.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Op. cit.*, p. 112.

Desde esta posición, Horkheimer retorna a una posición socrática, a través de la resurrección de una razón que implicaba la noción de verdad absoluta, y que se presentaba como intuiciones objetivas, casi como revelaciones, para la que la verdad es fin y nunca medio; una razón que reflejase la verdadera naturaleza de las cosas.

Cuando se concebía la idea de razón, ésta había de cumplir mucho más que una mera regulación de la relación entre medios y fines; se la consideraba como el instrumento destinado a comprender los fines, a determinarlos.²⁸

La crítica a la modernidad, entonces, llega con este pasaje a uno de los momentos más profundos en el pensamiento de Horkheimer. Rescatar el pensamiento socrático, amparado éste en la razón objetiva, significa marcar, con toda la evidencia posible, el camino errado por el cual se ha desplazado la modernidad posterior al iluminismo. El pensamiento utilitario que signó a ésta, refleja las antípodas del pensamiento socrático en busca de la comprensión y la definición de los fines. La modernidad, de la mano de la ilustración, ha tomado uno de los recorridos posibles, aquél que lleva a la reducción de la razón a una simple forma de buscar lo más útil. En lugar de aprovechar todo el potencial liberador que llevan en su seno las ideas modernas al surgir de entre el encorsetamiento medieval, en lugar de discurrir por el camino crítico del pensar en la totalidad rescatando esta impronta de los clásicos griegos, el pensamiento moderno ha preferido elegir el camino, más fácil sin duda, que lo lleva a quedar limitado a la búsqueda de maneras y modos de adecuación de la acción humana a una verdad establecida, a cambio de pensar sobre esta misma noción de verdad.

Esta crítica, marcando la ausencia de un pensamiento de la totalidad a que se ha negado el iluminismo y sus continuadores, es precisamente aquello por lo que se identifica la labor intelectual sobre todo de Horkheimer, aunque también de Adorno y Marcuse. *Dialéctica del Iluminismo* y *Crítica de la Razón Instrumental* incursionan por una crítica tan profunda y radical del pensamiento y la sociedad occidental, que sin duda todo lo posterior sólo representará una aclaración de sus tesis principales. Crítica radical implica aquélla que intenta llegar hasta los orígenes del problema, hasta las raíces del modo moderno de concebir la vida. Pero paradójicamente, a medida que la teoría se volvía más radical, la conexión con una praxis radical, tal cual marca el pensamiento primero de la escuela, se hace más difusa. La desilusión que produjo en este grupo de pensadores la práctica del “socialismo real” y la evidencia de una clase obrera incapaz de encarnar la alternativa al sistema, al quedar su accionar incorporado dentro del propio funcionamiento del

²⁸ *Op. cit.*, p. 21.

mismo, diluyendo su carácter revolucionario, llevó a una marcha intelectual que se alejaba cada vez más del marxismo ortodoxo. El conflicto entre clases fue sustituido por un conflicto más amplio entre el hombre y la naturaleza. Un conflicto que hunde sus raíces en un periodo anterior al capitalismo y que, al parecer, puede trascender a éste luego de su fin. Este conflicto hombre-naturaleza implicaba tanto las relaciones con el exterior como en el interior humano. Así, en un contexto más amplio de ver a la modernidad en su totalidad, el modo capitalista de explotación representa sólo la forma histórica que adopta el proceso de dominación en la era burguesa de la sociedad occidental. En Horkheimer ya afloraba esta posición en “Los orígenes de la filosofía burguesa de la historia”, donde claramente vincula la concepción renacentista de la ciencia y la tecnología con la dominación política. Esta dominación llega hasta el siglo XX asumiendo formas no económicas de coerción, cada vez más directas.

Ahora la teoría crítica reafirma la relación que se establece en sus orígenes entre libertad y tradición moderna, pero también llama la atención sobre los peligros que puede entrañar esta relación ante la posibilidad de tomar caminos contrarios, pero que están inscriptos en sus bases fundadoras. De aquí, queda clara la posición que adoptan estos pensadores, incluyéndose dentro de la tradición moderna, pero alertando sobre sus peligros y cuestionando los principios fundamentales que la sustentan. Su posición es de crítica al modelo de racionalidad moderna imperante en el contexto del siglo XX que le tocó vivir, pero sin la intención de liquidar esta tradición moderna, sin la intención de ubicarse en una línea antirracionalista, sino por el contrario, como esfuerzo por recuperar una racionalidad progresista y liberadora contenida de alguna manera en la construcción iluminista de la modernidad.

Frente al discurso hegemónico de una modernidad homogénea y homogeneizante, entendida como el triunfo del racionalismo empirista o idealista, del capitalismo como única posibilidad de organizar económica y socialmente la humanidad, del estado-nación democrático como única verdad política, existe otra posibilidad de interpretación del diseño moderno, que sin embargo está inscripta en los principios mismos de la construcción de la modernidad. Una modernidad de la crítica, de resistencia a la reducción parcializante de la “unidimensionalidad” contemporánea, de búsqueda del sentido de totalidad que posibilite integrar todos los aspectos de la vida humana en un camino de síntesis superadora, en lugar de la fragmentación y segmentación a que lleva la racionalidad instrumental.

Inspirados en una interpretación marxista de los acontecimientos sociales, los pensadores frankfurtianos, no se redujeron nunca a un materialismo dogmático, que no hizo más que seguir el camino de la ciencia positiva, sino que trataron de revitalizar el ímpetu crítico original de las teorías de Marx, rescatando de éste pre-

cisamente su dimensión de totalidad en el análisis de lo social. El grupo de pensadores de esta escuela, englobados en el Instituto de Investigación Social, se convirtió en un centro renovador de la teoría marxista que aspiraba a superar la esclerosis del marxismo oficial y a irradiar una nueva praxis, más allá de los estrechos límites de la política socialdemócrata. Así, el objetivo central de Horkheimer, en particular, aunque también de todo el grupo, fue promover toda suerte de investigaciones que estuvieran relacionadas con la crítica de la sociedad y de las nuevas formas de alienación.

Pero en esta perspectiva, filosófica y sociopolítica a la vez, englobaron de forma novedosa al psicoanálisis como la base desde la que se podía desarrollar una psicología capaz de comprender las mediaciones entre la estructura social y la personalidad del individuo, así como de profundizar la relación entre el hombre y su naturaleza interior; lo que los llevó, entre otras cosas, a preguntarse por los mecanismos psicológicos de los procesos de dominación. Es decir, conjugaron una interpretación del marxismo, en su compleja totalidad, con las posturas teóricas del psicoanálisis, que permitía enriquecer las observaciones y elaboraciones intelectuales de la sociedad, al incorporar al sujeto con sus motivaciones, significaciones, valores y mecanismos de acción y represión.

Está de más aclarar que tanto marxismo como psicoanálisis son producciones intelectuales claramente identificadas con la construcción de la modernidad. De aquí que nuevamente sea difícil no situar a estos pensadores dentro de la tradición moderna. La crítica a la modernidad es fuerte en estos intelectuales, pero tiene la intención de rehabilitar la potencia liberadora de una posición sin claudicaciones, que permita realizar un salvamento ético de la humanidad en decadencia por el capitalismo racionalizante de este último siglo.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Castañeda, Edith
Humanismo ateneísta
Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 21-31
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100202>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Humanismo ateneísta

EDITH CASTAÑEDA

En el presente trabajo se analiza el humanismo del *Ateneo de la Juventud* entre 1906 y 1924. Se toman estos años porque en 1906 se delinea con más precisión el grupo; si bien es cierto que algunos de sus integrantes como Efrén Rebolledo, Rafael López y Pedro Henríquez Ureña, por mencionar algunos, participan ya en la *Revista Moderna*, también cabe notar que es en *Savia Moderna* —antecedente inmediato— donde hay más colaboradores que participarán en el Ateneo. Igualmente, aparecen temas que concuerdan más con la ideología de dicho grupo, y existe la conciencia del intelectual sobre la situación del país —como se verá posteriormente—. El programa cultural del Ateneo se consolida con la obra educativa de José Vasconcelos: primero como rector de la Universidad en 1920, después como secretario de Educación Pública en 1921. En 1924 se consolida la obra vasconcelista pues se lleva la cultura al pueblo y disminuye considerablemente el analfabetismo.

De los años mencionados, se toma en cuenta especialmente la obra siguiente: *Revista Moderna, Savia Moderna, Pasado inmediato* de Alfonso Reyes y conferencias del Ateneo.

El Ateneo surge durante el régimen de Porfirio Díaz, etapa en la cual hay un gran descontento de la mayoría de los mexicanos, pues paradójicamente se habla de progreso nacional pero se da preeminencia al aspecto económico por encima de lo humano, pues la base social vive en condiciones paupérrimas; el postulado del progreso es enteramente elitista. La ideología dominante en el ámbito cultural es el positivismo de la filosofía del francés Augusto Comte, trasplantado por Gabino Barreda en 1867, para quien “todos los derechos del hombre pueden reducirse a los que todo hombre tiene de vivir y procurarse su desarrollo y bienestar”.¹ Para lograr

¹ Gabino Barreda. “Algunas ideas respecto a la instrucción pública” en *Opúsculos. Discusiones y discursos*, p. 7

el anhelado bienestar es indispensable el orden. Barreda introduce un cambio en la premisa comtiana de “amor, orden y progreso” por la de “libertad, orden y progreso”:

La libertad sí, para vencer al espíritu del retroceso, para triunfar sobre las fuerzas negativas; pero una vez alcanzado el triunfo es menester pasar a una etapa constructiva, esa etapa que permita el progreso, entendido éste en un sentido material, como ese confort que han alcanzado los grandes países que la encarnan. Y este progreso material no podrá alcanzarse por otra vía que la del orden.²

La meta social principal de la ideología positivista es el progreso material mediante el orden. En el aspecto educativo “el conocimiento apoyado en la ciencia promovería la uniformidad mental y el orden social”.³ El positivismo soslaya el ejercicio de las libertades por las cuales el liberalismo había luchado y trata de formar hombres prácticos capaces de transformar el país desde el punto de vista material, por encima de ideologías individuales y de humanismos que considera caducos.

En 1891 se añade la materia de Historia Nacional en el programa de estudios de la Preparatoria, bajo la luz de las etapas del positivismo; simultáneamente, se disminuye la enseñanza de la Metafísica y de las áreas no racionalistas, opuestas al cientificismo positivista, como fue el caso de las humanidades. Debido a ello la cultura de esta época se encuentra restringida, subordinada “al progreso y a la ciencia”. No es casual el título del mural *Triunfos de la ciencia y el trabajo sobre la envidia y la ignorancia* que encargó Gabino Barreda al pintor Juan Cordero para la escalera principal de la Preparatoria. El arte es reducido a lo práctico, como una expresión del utilitarismo positivista, no como lo que debe ser: una expresión de la sensibilidad y del espíritu. Barreda encasilla el arte al apego del progreso y la ciencia, ésta es la única opción válida para el buen arte.

La misión del poeta y del artista debe ser sobre todo precursora, debe siempre guiar por medio del sentimiento y guiar forzosamente hacia adelante... El progreso no es sino la continua aproximación a un ideal; el arte se propone sensibilizar este ideal para hacer su atractivo más eficaz. Todo asunto que sea contrario a los progresos espontáneos de la época debe abandonarse como incapaz de inspirar al artista y como estéril para el mejoramiento social.⁴

Frente a la deteriorada situación social y la inflexible concepción cultural del porfiriato, las nuevas generaciones de finales del siglo XIX y principios del siglo

² Leopoldo Zea. *Del liberalismo a la evolución en la educación mexicana*, p. 87.

³ Idem, p. 89.

⁴ Gabino Barreda. “Discurso inaugural”, en *La crítica del arte en México en el siglo XIX*, p. 254.

XX se inclinan hacia un sentido crítico del mundo. Políticos e intelectuales desde sus respectivos campos de acción se manifiestan en contra de la ideología del régimen imperante.

En el aspecto social hubo movimientos precursores de la revolución de 1910. En 1899 se funda en San Luis Potosí el *Círculo Liberal* "Ponciano Arriaga", y en 1910 la *Confederación de Círculos Liberales*, que acusaron al gobierno de Díaz de apartarse de los principios liberales, así como de la Constitución de 1857.

Enrique y Ricardo Flores Magón, Santiago de la Hoz, Alfonso Cravioto, entre otros, expresan su inconformidad contra el gobierno en los periódicos: *Regeneración* y *El hijo del ahuízote*. La fracción magonista es la primera que se levanta abiertamente contra Díaz; funda el Partido Liberal Mexicano en San Luis Missouri en 1904 al tiempo que edita *Regeneración*, donde proclama la revolución, convoca a la lucha armada con el objeto de lograr el derrocamiento de Porfirio Díaz.

Nuestro programa es el mismo que hemos sustentado siempre. Atacaremos al General Díaz porque él es el primer responsable de las desgracias de los mexicanos, y porque personifica la tiranía más sangrienta, más fatídica que ha pesado sobre las desventuras de la Patria.⁵

Como se puede apreciar, paulatinamente van surgiendo brotes de inconformidad; los intelectuales desempeñan un papel importante en la conciencia nacional, en contra de la opresión y las limitaciones humanistas que imponía el porfiriato.

En el aspecto cultural, los intelectuales toman como modelo al humanismo europeo, prefieren la poesía moderna en su sentido más amplio, no sólo modernista, pues es crítica ante la Edad Moderna, como propiciadora del desarraigo, la angustia y la deshumanización. Ante este panorama, el Modernismo rescata la posición del arte y su artífice; logra la intersección de tiempos y culturas remotas. Los poetas latinoamericanos modernistas pueden valorar mejor lo propio por el conocimiento que tienen de otras culturas, pero también ese conocimiento les permite cuestionar su entorno.

El Modernismo es además de una estética, una actitud, una liberación de cánones poéticos y vitales; además una manifestación crítica ante el mundo como un legado del Romanticismo.

En Latinoamérica el Modernismo surgió al menos tanto de un deseo de encontrar en el arte una liberación de la tensión producida por el estado mental, como de un simple deseo de regenerar el medio de expresión poética. No es sólo una sórdida y poco poética realidad, como se suele afirmar a veces, que los modernistas buscaban escapar, sino también una visión más profunda y terrible:

⁵ Armando Bartra. *Regeneración*, 1900-1918, p. 209.

la del fracaso de aquellas creencias absolutas, religiosas o racionales, en las que se habían apoyado las anteriores interpretaciones de la realidad.⁶

El materialismo predominante y la conciencia sobre la angustia que trae la vida moderna, hacen que los artistas reivindiquen el arte. En México hay una reacción en contra de las restricciones humanistas impuestas por el positivismo, hay una exaltación del Modernismo difundido por la Revista *Azul* en la que se privilegia la poesía.

Gutiérrez Nájera, Enrique González Martínez, José Juan Tablada, entre otros, colaboran en dicha revista. En 1893 Tablada escribe, en *El país*, un poema erótico titulado “Misa Negra” que va a ser objeto de la censura oficial; el poeta deja la dirección del periódico y propone reivindicar el arte y la dignidad de los escritores mediante una revista literaria y artística “animada por la filosofía y el sentimiento más avanzados, intransigente con cuanto interés no fuera el estético y que proclamando su espíritu innovador debería llamarse *Revista Moderna*”.⁷ Cinco años más tarde se cristaliza el deseo de Tablada, y el primero de julio de 1898 Jesús E. Valenzuela, Amado Nervo y Julio Ruelas fundan la *Revista Moderna*, con el objeto de expresar libremente el arte del que Tablada dice es el “ídolo común”; esto durará de septiembre de 1903 a 1911 —año en que finaliza su publicación llevando el nombre de *Revista Moderna de México*. Según Julio Torri: “La Revista contribuye a fortificar la conciencia de lo continental latino; y recoge por toda Hispanoamérica y por España simpatías, voces fraternas, muestras de afinidades espirituales profundas, de aspiraciones e idiosincrasias comunes”.⁸

Las afinidades e idiosincrasias están cohesionadas por el Modernismo, por lograr innovaciones poéticas, por una nueva moralidad y por hacer accesible la cultura al público.

El poema de Tablada y la fundación de la *Revista Moderna* constituyen una osadía contra el régimen del porfiriato y contra la ideología positivista en la cual se apoyaba. Los modernistas de la *Revista Moderna* no sólo exaltan el arte por sí mismo, esta actitud lleva implícita la lucha por la libertad de expresión y por una cosmovisión más amplia y actual del mundo.

En la *Revista Moderna* como portavoz del Modernismo, se da mayor importancia a la poesía, pero también la prosa tiene cabida con narraciones, ensayos y cuentos que justifican el Modernismo o la visión moderna del hombre y de la sociedad. Es común en la *Revista Moderna* encontrar aseveraciones como la siguiente: “La mujer es igual, jurídicamente, al hombre, con derechos diferentes de los de

6 Donald L. Shaw “¿Qué es el Modernismo?”, p. 19

7 José Juan Tablada, Citado por Héctor Valdés. “Estudio introductorio” en *Revista Moderna*, p. XVIII.

8 Julio Torri. Prólogo, en *Revista Moderna*, p. XIV.

éste, pero equivalente a ellos; la realización de este programa está subordinada a la evolución previa de la presente organización social. Creo que en esos términos debe plantearse el programa del feminismo científico".⁹

En otro caso se compara la ciencia con la poesía, tratando de humanizar a la primera:

La ciencia, como quiera que se la examine, es caudaloso raudal de poesía; exalta el ánimo y enciende la imaginación por lo colosal de los esfuerzos, por lo osado de las empresas, por la asombrosa perseverancia de las labores y por el precio incalculable de los resultados. Cavila Kepler diecisiete años para identificar la invisible curva que trazan los planetas cortejando al sol.¹⁰

Dentro del pensamiento científicista en el que fueron educados los modernistas, existe una tendencia a la humanización y a la renovación social, hacia la discusión sobre actividades vanguardistas para la época, como el feminismo o sobre aspectos que pudieran ser irreconciliables a la luz del positivismo, como la poesía y la ciencia.

El 31 de marzo de 1906, Alfonso Cravioto, Rebolledo, Jesús Urueta y Castillo Ledón fundan la revista *Savia Moderna*, que es una continuación de *Revista Moderna*. En el número uno se asevera que "al iniciar una labor como la nuestra, amplia de libertad, bella de juventud, y excelsa de arte, huelga toda frase que revele programas, y todo pensamiento sospechoso de sectarismo".¹¹ En *Savia Moderna* se desataca la belleza por sí misma, la intención al fundarla es "inyectar savia nueva" al tronco, representado por *Revista Moderna*, por lo que también es deudora del Modernismo. "*Savia Moderna* representó el esfuerzo coordinador de un grupo juvenil preparado: fue como centro de cohesión, aquél en que se afirmó el *Ateneo* de la Juventud, del cual *Savia Moderna* habría podido ser órgano del que careció más tarde".¹² *Savia Moderna* es el antecedente inmediato del *Ateneo*, ahí se aprecian algunos vestigios positivistas, ligados a una nueva visión del mundo. Es una revista de divulgación cultural en la que hay diversas expresiones personales, como se dice al inicio de ésta: "Aspiramos al desarrollo de la personalidad propia".¹³ También en ese primer número, Gutiérrez Nájera escribe un artículo sobre Juárez, hace una apología de él, lo califica de inflexible y ecuánime ante la adversidad, sobre todo buen patriota; comenta que: "Los Estados Unidos le ofrecen un ejército acaudillado por uno de sus generales y él lo rechaza. México ha de triunfar: México sólo no

9. "Bases del feminismo científico" en *Revista Moderna*, año II, núm. 2, febrero, 1899, p. 40

10 Parra. "Las ciencias y las bellas artes", en *Revista Moderna*, año II, núm. 1, enero, 1899, p. 2.

11 "En el umbral", en *Savia Moderna*, núm. 1, p. 21

12 "Presentación" en *Savia Moderna*, p. 12.

13 "En el umbral", en *Savia Moderna*, t. I, núm. 1, marzo, 1906, p. 21

cede ni un ápice de la dignidad nacional. Pisa siempre tierra mexicana en señal de dominio. No se impacienta, no se precipita, espera su hora".¹⁴

Gutiérrez Nájera destaca la figura de Juárez como un defensor de la patria que no permite la intervención extranjera ni denigra la dignidad nacional. En 1906, año en que Gutiérrez Nájera escribe lo citado anteriormente, la economía del país está manejada por empresas extranjeras, a las cuales el gobierno privilegia en perjuicio del pueblo mexicano; prueba de ello el conflicto laboral de Río Blanco y Cananea. Se puede apreciar que los aspectos social, político y de conciencia nacional no están soslayados en *Savia Moderna* por quienes veneran el arte.

Argüelles Bringas al referirse a una exposición de obras de arte, organizada por *Savia Moderna*, asevera: "Público numeroso acudió a la cita y pudo apreciar el fin de nuestro empeño, la desinteresada labor inteligente de nuestros pintores y escultores, y la necesidad estética y moral de tales manifestaciones".¹⁵ Es clara la tendencia ética, no sólo estética, del arte que se promueve en *Savia Moderna*, el arte ligado a la vida "dará reposo al más cansado ensueño".¹⁶ El arte es tomado como un bálsamo para aliviar los dolores humanos, es catártico como en la antigua Grecia.

José Enrique Rodó considera que el arte es además reflexión, toma de conciencia; así escribe: "Alaben otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer pensar y hacer sentir, que tu poesía tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento".¹⁷

Precisamente en la segunda ala, la del pensamiento, Rodó hizo descansar su obra, pues destaca la importancia espiritual de la cultura hispanoamericana frente al arrollador materialismo de Estados Unidos. Los escritos de Rodó influyen en la toma de conciencia de los intelectuales latinoamericanos, quienes toman en cuenta sus raíces, su nacionalismo, su propia cultura, como parte de lo hispanoamericano. No es sólo coincidencia que a partir de los números 3, 4 y 5 de *Savia Moderna* aparezca en la portada el grabado de un indígena semidesnudo que sube una montaña con la mirada hacia las alturas, hacia el horizonte. Emilio Valenzuela escribe un poema en el número 3, "El indio", en consonancia con la imagen descrita.

*Pone los ojos en el sol, y avanza
el pie desnudo en risco y en espinas.
¿Qué ansia noble se ahoga en sus retinas
en donde el sol a retratarse alcanza?*

14 Manuel Gutiérrez Nájera. "Juárez", en *Savia Moderna*, t. I, marzo, 1996, p. 24.

15 Argüelles Bringas. "Nuestra exposición de obras de arte", en *Savia Moderna*, t. I, núm. 3, mayo, 1996, 1906, p. 167

16 *Loc. cit.*

17 José Enrique Rodó. "En un álbum de artista", en *Savia Moderna*, t. I, núm. 5, julio, 1996, p. 324.

*En su frente se nubla una esperanza
como campo de luna en las neblinas...
Caminante, contéplalo, ¿Adivinas
en su rústica faz una asechanza?*

*Ya se yergue magnífico y heroico,
sobre un picacho de la sierra adusta:
y es el desdén de su ademán estoico.*

*Para la humanidad la eterna injusta,
el de las soledades majestuosas,
el del cielo, el del mar, el de las cosas.¹⁸*

El poema igual que el grabado reflejan la conciencia de la situación social del país, la marginación de los indígenas que con su paupérrima forma de vida, su mirada sin esperanza y su estoicidad, hacen un reclamo a la humanidad injusta y materializada.

En 1907 un grupo de jóvenes constituye la Sociedad de Conferencias en dos series, una en 1907 y la otra en 1908. Según Álvaro Matute, en la primera serie Pedro Henríquez Ureña diserta acerca de la significación e influencia de Gabriel y Galán, un clásico del siglo XIX, en Robelo, y Alfonso Cravioto sobre la obra pictórica de Carriere. En 1908, Antonio Caso se refiere a Max Stirner y el individualismo exclusivo; Rubén Valenti al tema Arte, ciencia y filosofía, e Isidro Fabela habla de José María Pereda.¹⁹ Las conferencias tienen carácter humanista, se puntualiza sobre escritores que la filosofía oficial tenía proscritos. Se retoma a los clásicos, Platón, Aristóteles, a filósofos europeos como Kant, Hegel, Nietzsche, a la filosofía oriental y a las tradiciones hispanoamericanas que dotan de identidad al sistema filosófico y estético de esta asociación. Las conferencias tienen por objeto conmemorar el centenario de la Independencia de México; en 1909 se funda *el Ateneo de la Juventud* con los conferencistas y otros jóvenes, los cuales sumaban un total de 26, entre quienes se encontraban José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso, quien fungió como primer presidente.

El Ateneo es aleccionado en su rechazo al positivismo por maestros que cuestionan seriamente esta filosofía, como Justo Sierra, Porfirio Parra, José María Vigil, Enrique González Martínez, etc.; según Vasconcelos:

A Justo Sierra 'debe aquella generación la conciencia definitiva de su propio momento...' A los entusiasmos comtistas propuso la fina ironía y la eleva-

18 Emilio Valenzuela. "El indio", en *Savia Moderna*, t. I, núm. 3, mayo, 1906, p. 194.

19 Cfr. Alvaro Matute. "El ateneo de la juventud", en *Revista de la Universidad Cristóbal Colón*, núm. 9 año 4, 1993, p. 43.

ción de su pensamiento. Al público ilustrado siempre repitió en sus memorables discursos que la ciencia está muy lejos de ser lo indiscutible, pues sus mismos principios son materia constante de debate, y aún suponiéndola fija y perfecta ella no es otra cosa que la disciplina y el conocimiento de lo relativo.²⁰

La crítica ateneísta empieza poniendo en tela de juicio el sistema educativo científicista, cuyo reflejo se extiende hacia la cultura en general y por ende también hacia lo social; hay una crítica directa al ámbito político pero éste es inseparable de lo social, y el *Ateneo* es uno de los antecedentes de movilización e inconformidad contra el sistema caduco que desembocan en la Revolución.

El *Ateneo* es una organización de intelectuales en un momento coyuntural en la historia de México; es creado para “dar forma social a una nueva, era de pensamiento”.²¹ Según Vasconcelos la estética ateneísta es diferente a la de sus antecesores “es un misticismo fundado en la belleza, una tendencia a buscar claridades, significaciones etc. No es fe platónica en la inmortalidad de las ideas, sino algo muy distinto, noción de la afinidad y el ritmo de una eterna y divina sustancia”.²²

Aunque Vasconcelos y otros ateneístas afirman que no siguen la línea del Modernismo, no pueden evitar la ley del influjo inmediato; fundan el arte en lo bello y lo bueno, así como los modernistas, y privilegian el ritmo universal. Por su parte Alfonso González Martínez, Luis G. Urbina, Justo Sierra, Antonio Caso y Jesús Ureta —modernista— introducen en el Ateneo, por medio de conferencias, el gusto por la antigua Grecia. Así se concibe el arte como unidad y armonía a la manera aristotélica, y el valor estético ligado al ético: bello y bueno, a decir de Platón, tal y como se había planteado en el Modernismo. El arte inseparable de su contexto es concebido por Reyes como “una continua victoria de la ciencia sobre el caos de las realidades exteriores”.²³ Esta afirmación manifiesta el carácter humanista de transformación dentro del caos social. Para el mismo autor, la afición a Grecia manifiesta “la tendencia humanista del grupo”.²⁴ Pedro Henríquez Ureña comenta al respecto:

Nunca hemos recibido mejor disciplina espiritual (...) Las humanidades viejo timbre de honor en México, han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera. Porque ellas son más, mucho más, que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo. Son la musa portadora de

20 Citado por Juan Hernández Luna. En “Prólogo”, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, p. 9

21 José Vasconcelos. “La juventud intelectual mexicana en el actual momento histórico”, en *Conferencias del Ateneo*, p. 135

22 José Vasconcelos. *Idem*. p. 25

23 Alfonso Reyes. *La experiencia literaria*, p. 91

24 Alfonso Reyes. *Pasado inmediato*, p. 208

dones y de ventura interior, *fors clavijera* para los secretos de la perfección humana.²⁵

La lucha del *Ateneo* por la belleza es también una lucha humanista inspirada en la cultura griega para lograr el mejoramiento del hombre y la consolidación de la cultura nacional. El ensayo de José Enrique Rodó, *Ariel*, publicado en 1900, incita a los modernistas a la expresión artística que privilegia lo americano, Rodó orienta el interés por la cultura helénica hacia una función social. La Grecia antigua es un modelo para Latinoamérica por la importancia atribuida al ideal de la belleza y al sustento humanístico de su cultura. Rodó concibe el anterior planteamiento frente al imperialismo estadounidense que representa el materialismo en su máxima expresión. Destaca el valor espiritual en la sociedad para consolidar un nuevo orden social basado en la exaltación de valores estéticos, surgidos de América Latina para el mundo. Los ateneístas influidos por *Ariel* enfocan su interés estético y humanista hacia lo mexicano y lo hispanoamericano, con el fin de consolidar la cultura nacional. Prueba de lo anterior son los murales de Diego Rivera que llevan al pueblo la cultura y la conciencia de la mexicanidad.

José Vasconcelos, al decir que la estética del *Ateneo* es diferente a las que la precedieron, exalta el plano espiritual; asevera: “Lo que yo anhelaba era una experiencia capaz de justificar la validez de lo espiritual dentro del campo mismo de lo empírico”.²⁶ Retomando la idea pitagórica del número y el ritmo afirma que “Ya belleza es una coincidencia rítmica entre el movimiento natural del espíritu y el movimiento ya reformado de las cosas (...) la belleza es una transformación equivalente de lo humano en divino”.²⁷

Vasconcelos, fiel a su idea estética de espiritualidad, publica en 1925 *La raza cósmica*, obra en la cual anuncia “tiempos futuros en los que la era estética sustituirá a la era tecnológica y entonces se asistirá al triunfo de la ‘raza cósmica’ latinoamericana”.²⁸

El arte y la cultura son un medio de redención para los ateneístas, aunque no lo vieran tan apasionada y hasta utópicamente como Vasconcelos, quien se alista en las filas del maderismo. En la misma situación de militante activo está Martín Luis Guzmán, quien lucha al lado de Villa en la División del norte. Ricardo Gómez Robelo participa como guerrillero. Según Hernández Luna:

Existe un vínculo muy íntimo entre la actitud filosófica y la actitud política de los ateneístas. A la vez que se apartaban filosóficamente del positivismo se

25 Pedro Henríquez Ureña. “La cultura de la humanidades”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, p. 161

26 José Vasconcelos. *Ulises criollo*, p. 233

27 José Vasconcelos. “Pitágoras. Una teoría del ritmo”, en *Obras Completas*, p. 66

28 Jean Franco. *Historia de la literatura hispanoamericana*, p. 242

iban separando políticamente del régimen dictatorial de Porfirio Díaz. Es que al mismo tiempo que sentían la opresión intelectual, se daban cuenta de la opresión política y económica que padecía toda la República.²⁹

El *Ateneo* es un grupo consciente de la situación cultural, política y social del país; su proyecto en general es revolucionario —aunque la mayoría no participe activamente en la lucha armada—; promueven un cambio en las estructuras de los diferentes ámbitos nacionales. En el orden teórico no es inexacto decir que allí permanecía la Revolución (...) De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano ha llamado: “El sentimiento humanista de la Revolución Mexicana”.³⁰

El proyecto cultural ateneísta se vio cristalizado en la educación. El 13 de diciembre de 1913 fundan la Universidad Popular que va hacia el pueblo —no el pueblo a la escuela— para quienes no tenían los recursos ni el tiempo para asistir. Ya antes, el 22 de diciembre de 1910 para conmemorar las fiestas del centenario, Justo Sierra funda la Universidad Autónoma.

CONCLUSIONES

Las aspiraciones humanistas del *Ateneo* se pudieron llevar a la práctica por medio de la gestión pública de Vasconcelos “en la Universidad Nacional, primero y después en la Secretaría de Educación Pública, al fin de cuentas, instituciones vitalizadas por el impulso básico de los ateneístas, que así colaboraron en la reconstrucción nacional”.³¹

El Ateneo de la Juventud se forma y participa en la vida cultural de México en un momento coyuntural, como respuesta a las limitaciones humanistas del positivismo científico. El Ateneo no puede sustraerse al influjo del Modernismo, del Romanticismo y de las tendencias literarias europeas, en especial de la francesa. Es heredero de la corriente crítica de la poesía moderna, y de las intenciones de reformar el mundo a través del concepto del arte sagrado, como religión, política y educación, capaz de elevar al hombre espiritualmente por encima del materialismo y la “era tecnológica” —como lo propone Vasconcelos— para lograr la armonía. Con la estética modernista se reivindica la situación del arte y el artista, menguados por el positivismo. La exaltación del arte como lo hacen los modernistas no es sólo un refugio, es enfrentarse a la deshumanización materialista de la era moderna, es el antídoto contra la angustia, para lograr la “salvación del caos” como diría Alfonso Reyes.

²⁹ Juan Hernández Luna, ob. cit., p. 22

³⁰ Citado por Alfonso Reyes. *Pasado inmediato*, p. 209

³¹ Alvaro Matute, ob. cit., p. 44.

La *Revista Moderna* desde sus inicios es el espejo de la actividad, refleja la preocupación por lo científico y lo humano. *Savia Moderna* desde su primera publicación en 1906 destaca la conciencia humana y nacional, lo ético y estético del arte, que no sólo es forma y emoción, sino también pensamiento, conciencia social.

El influjo helénico en el *Ateneo* es importante por el humanismo en el cual se sustenta la cultura griega. Así, el programa cultura ateneísta pretende incorporar al pueblo al saber y sensibilidad humana universal limitada por el materialismo positivista. Sin embargo, primero es necesario tomar conciencia de lo propio y destacarlo estéticamente ante el mundo, como proponen Rodó y Vasconcelos. La propuesta ateneísta está fundada en valores humanos, en contraposición a los materiales, y en un programa social para hacer llegar la cultura al pueblo, para lograr un cambio. Estas ideas son un antecedente de la Revolución Mexicana, como el magonismo, que fue un movimiento más radicalizado. El Ateneo concretó sus ideales humanistas en la educación, pues ésta representó la oportunidad de vincular su programa de raíces estéticas a la base social. El *Ateneo* sienta las bases del México posrevolucionario que en su momento tuvo logros considerables, pero que actualmente no ha logrado concretar el necesario humanismo, como no ha sucedido en el mundo finisecular materializado.

Hoy, otro *Ateneo* sería una nueva conciencia humanista que transformara a la sociedad y preservara valores como la belleza y la bondad.

BIBLIOGRAFÍA

- Barreda, Gabino, "Algunas ideas respecto a la instrucción pública" en *Opúsculos*. México, Impr. del Gobierno en Palacio, 1810, 36 pp.
- : "Discurso inaugural" en *La crítica del arte en México en el siglo XIX*, t. 2. México, U.N.A.M., 1964, 260 pp.
- Bartra, Armando, *Regeneración 1900-1918*, México, Hadise, 1972, 302 pp.
- Jean Franco, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Barcelona, Ariel, 1975, 476 pp.
- Henríquez Ureña, Pedro, "La cultura de las humanidades" en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 1962, 187 pp.
- Hernández Luna, Juan, Comp. *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 1962, 187 pp.
- Matute, Alvaro, "El ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación", en *Revista de la Universidad Cristóbal Colón*. Veracruz, núm. 9, año 4, 1993, pp. 41 -50. *Revista Moderna* vols. I y II, México, UNAM, 1987.
- Reyes, Alfonso, *La experiencia literaria*, México, FCE, 1962, 221 pp.
- Reyes, Alfonso, *Pasado inmediato*, México, El Colegio de México, 1941, 194 pp.
- Savia Moderna*, t. I, México, FCE; 1980, 366 pp.
- Vasconcelos, José, "Pitágoras. Una teoría del ritmo" en *O. C.*, t. 3, México, 1980.
- : *Ulises criollo*, t. I, México, FCE, 1982, 257 pp.
- Zea, Leopoldo "Del liberalismo a la revolución" en *La educación mexicana*, México, SEP, 1963, 107 pp.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Dehonor Pérez, Verónica
La arquitectura de Los ríos profundos
Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 32-44
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100203>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La arquitectura de *Los ríos profundos*

VERÓNICA DEHONOR PÉREZ *

Para realizar un análisis literario bajtiano no basta con identificar el argumento de la obra, los personajes y el desenlace. Es necesario analizar la arquitectura de la obra, entendida como la manera en que el autor (sujeto de la enunciación) se apropia del tiempo y del espacio social y culturalmente múltiple para recrear y crear una realidad (objeto de la representación), donde una serie de personajes desde un contexto propio (centro valorativo) conciben y participan de ella; es igualmente necesario analizar la forma en que el autor utiliza y juega con los lenguajes (dialogización) para adentrarnos en la realidad literaria.

En este tipo de análisis es preciso establecer las relaciones dialógicas entre el sujeto de la enunciación y el objeto de la representación; para ello se requiere enfocar al autor como una entidad creadora, que pueda, a su vez, reaccionar dialógicamente con los personajes que crea y aun consigo mismo, desdoblado así su autoría. Así, la obra resulta presentada no por un solo sujeto de la enunciación sino por varios: la voz de los personajes puede estar orientada hacia la palabra ajena o hacia la palabra propia, en forma de parodia o anticipación, como también hacia el objeto del cual se habla.

Analizar la arquitectónica de *Los ríos profundos* resulta una gran experiencia para el lector, que durante los primeros capítulos parece asistir al diálogo monológico de Ernesto que narra su historia, pero que al avanzar sobre la lectura se percata que está rodeado de un mundo de voces que emanan tanto de personajes como de una naturaleza mágica que lo guía por la cotidianeidad andina del Cuzco o de Abancay.

OBJETO DE LA REPRESENTACIÓN

Los ríos profundos recrean una realidad andina —sierra peruana— vivida por un personaje central durante su infancia y adolescencia: Ernesto, quien durante sus

* Licenciada en Antropología Social, y egresada de la maestría en Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Humanidades, por la UAEM.

viajes al lado de su padre va llenándose de la vida andina, de la naturaleza y de los hombres. De esa realidad sincrética donde se superponen dos culturas, dos mundos: un Perú indígena con reminiscencias incaicas y un Perú transculturado; un Perú dominador y un Perú dominado, descubierto en las relaciones económicas, lingüísticas y culturales que se entablan entre ambos bandos. Bandos inmersos por igual en un sistema de dominación impuesto por el colonizador y que trajo consigo la destrucción total o parcial del modo de vida indígena, que se va adaptando e incorporando poco a poco a un sistema económico, social y cultural de distinta racionalidad como mestizo, cholo o indígena.

Arguedas presenta al mundo andino como una lucha de cosmovisiones que implica un enfrentamiento de costumbres, valores, lenguas, formas de relacionarse con la naturaleza, formas de producir y de trabajar, que implican a su vez la pertenencia a un grupo étnico determinado. Aunque el autor resalta la necesidad de ciertos grupos de desindianizarse, nos descubre que se trata de un cambio ideológico, un proceso de transculturación.

La descripción de la naturaleza no sólo sirve para ambientar la historia, es uno de los elementos desde donde se explica la lucha de cosmovisiones; la relación hombre naturaleza permite comprender no sólo la apropiación material, sino también simbólica que cada mundo tiene: flora, fauna, relieve, representan una ampliación de la lucha.

CENTROS VALORATIVOS

La realidad sociocultural peruana es presentada desde dos centros valorativos genéricos que corresponden a una cosmovisión propia. Cada cual, a su vez, está representado por varias voces, con sus propias características culturales, éticas, lingüísticas, de posición social, sexo, edad, y estado mental en el caso de la “opa”.

En primer plano está la cosmovisión y la voz del dominador, del “blanco” que representa la continuidad del poder colonizador, el que se apropia de la naturaleza y de los individuos para beneficio propio. Detenta el poder político, económico o ideológico dentro del “sistema feudal”, imponiéndose sobre el indígena, el cholo o mestizo.

Una de las voces centrales de este centro valorativo está representada por el hacendado. Si bien es cierto que durante la obra se describen diferentes tipos de hacendados —como el Viejo o el papá de Palacitos—, se trata siempre del dueño y señor de las haciendas que extrae la fuerza de trabajo indígena, para dar continuidad a su modo de vida hacendaria.

Montan en caballos de paso, llevan espuelas de bronce y, siempre, sobre la montura, un pellón de cuero de oveja. Vigilan a los indios cara a cara y cuando

quieren más de lo que comúnmente se cree que es lo justo, les rajan el rostro o los llevan a puntapiés hasta la cárcel, ellos mismos [69].

Las haciendas se ubican en torno a un centro administrativo, que puede ser un pueblo chico o un pueblo grande (capital de provincia) donde se asientan el poder político-religioso, los lugares de recreación, de comercio, de educación. Y donde algunos hacendados radican durante las fiestas y los negocios. Tal era el caso de Abancay, cercado por las tierras de la hacienda de Patibamba. Todo el valle, de sur a norte, de una cima a la otra, pertenecía a los hacendados.

Para el indígena o el cholo, el hacendado lleva la investidura del poder en su forma de vestir, de comportarse, en su tono de voz, color de piel y mirada.

El pantalón de montar, con refuerzos de cuero, del forastero, sus polainas opacas, su saco corto, su corbata con un nudo pequeño sobre el cuello ancho de la camisa, el color de sus ojos, su timidez, su sombrero ribeteado, eran muy semejantes al de todos los hacendados de los distritos indios [65].

En los días de fiesta las diferencias étnicas son más contrastantes; el pueblo baila y canta para honrar al amo que infunde respeto a los indígenas y mestizos que lo contemplan como a un dios omnipotente, cuya cólera hay que evitar provocar. “Desde las cumbres grita con voz de condenado, advirtiéndolo a sus indios que él está en todas partes” [27].

Propietario de la tierra por derecho hereditario, al hacendado le resulta indispensable asegurar los brazos para la explotación de la tierra mediante la apropiación del trabajo servil indígena, condenándolos así a vivir junto a la hacienda, en una relación simbiótica, desigual. Formaban parte de los recursos por explotar.

—¿Cuántos indios tiene la hacienda?

—De su pertenencia serán trescientos. También hay de a jornal, para trabajos de responsabilidad.

Para asegurar esta forma de dominación, los dueños del poder económico requerían de fuerzas aliadas que velaran por sus intereses. Una de ellas era la iglesia, encargada de preparar el terreno ideológico, que le permitiera seguir imponiéndose al débil, ya no como un amo sino como un protector.

La voz de esta institución está presente en *Los ríos profundos* a través del padre Director predicador de la palabra de Dios, de los hacendados y del naciente nacionalismo.

El Padre Director elogiaba a la virgen con sus palabras conmovedoras; su voz era armoniosa y delgada, pero se exaltaba pronto [...] Encontraba siempre la forma de pasar de los temas religiosos hacia el loor de la patria y de sus héroes

[...] Elogiaba a los hacendados; decía que ellos eran el fundamento de la patria, los pilares que sostenían la riqueza [74].

El padre Director estaba al servicio del poder de Abancay, de hacendados, militares y comerciantes. Redentor de las almas indias cautivas del pecado, la violencia o la insurrección. Iba a celebrar misas a las haciendas y elogiaba la religiosidad de los hacendados y las buenas maneras que enseñaban a los indígenas para vivir con Dios: confesarse, comulgar, casarse y vivir en el trabajo humilde.

Vivir en humildad significaba vivir en el trabajo servil bajo la protección del hacendado y del padre Director, que para los indígenas era como una aparición de Dios cuya presencia los hacía llorar. De piel rosada, nariz aguileña y cabello blanco, hablaba con ellos en quechua, los consolaba, los tranquilizaba, los conformaba con su posición de dominados.

Todos padecemos hermanos. Pero unos más que otros. Ustedes sufren por los hijos, por el padre y el hermano, el patrón padece por ustedes; yo por todo Abancay; y Dios nuestro padre por la gente que sufre en el mundo entero ¡Aquí hemos venido a llorar, a padecer a sufrir, a que las espinas nos atraviesen el corazón como a nuestra Señora! ¿Quién padece más que ella? ¿Tú, acaso, peón de Patibamba? [161].

Durante la rebelión de las chicheras el padre Director intervino, no para protegerlas, sino para resguardar el orden establecido por el hacendado y por la iglesia. Pide en nombre de Dios a Doña Felipa que no ofenda a las autoridades porque ellas no son responsables de los actos que consideran injustos.

La figura del ejército es otro elemento que completa el centro valorativo “blanco”. La fuerza ideológica de la iglesia se complementa con la fuerza física, con el escarmiento para los que transgreden el orden feudal, el orden del dominio.

La presencia del ejército en Abancay, significa temor para el indígena, para el cholo, y resguardo para el hacendado. Resguardo de un poder afrentado por un grupo de mujeres “cholas”, que se apodera de la sal que los salineros prefieren dar a los animales del hacendado antes que a los humanos.

La valentía de las chicheras es reprimida con la presencia del ejército en Abancay que de inmediato se dispersa por caseríos, cañaverales y esquinas. La fuerza del ejército debe impedir que la hazaña de las mujeres sirva de ejemplo. Impedir que la valentía y la decisión crezcan, sembrar el miedo.

—¿Qué va a hacer la tropa?

—No sé joven. Vendrán pues, a asustar a las cholas, y a los indios también. Quizá matarán a alguien, por escarmiento [164].

En un segundo plano está la enunciación del dominado, del indígena, del expulsado de sus propias tierras, del encargado de trabajar en las haciendas (colono), de sirviente en la casa del hacendado (mestizo) que lucha por conservar su forma de vida, aún bajo la imposición de nuevos valores, de nuevas formas de producción, de nuevas creencias.

La voz de esta segunda cosmovisión parece no escucharse en la obra de Arguedas, mas está presente, se manifiesta tímidamente, parece esperar un momento de libertad o de fiesta para hacer acto de presencia. Lo mismo está en la música que en la naturaleza. Esta voz se expresa en quechua.

Los huaynos que se “cantan” en la obra de Arguedas son la voz del indígena. Es una voz colectiva que acompaña la fiesta y el trabajo, que narra la cotidianeidad andina, sus hombres, su naturaleza.

El indígena vive en comunidad, entre familias emparentadas, denominadas “ayllu”; el vivir en ellos ha sido su única defensa ante la expansión de las haciendas: subsisten hábitos de cooperación, de trabajo, ceremonias, música, danza y lengua.

Aquellas comunidades que el sistema desorganizó y aniquiló, se redujeron a masas de hombres caídos en servidumbre, temerosos del látigo del hacendado. Son los colonos, los “indios llorones”, los más débiles, los que parecen muertos. La condición de éstos resultaría una afrenta para el indígena de ayllu que, a pesar de todo, vive con mayor libertad y que le canta a la naturaleza y a los santos.

El mismo Ernesto compara a los colonos con los indígenas de su “ayllu” y de otros pueblos que ha recorrido al lado de su padre, los llama erk’es, niños llorones, siempre asustados como criaturas.

Cierta vez entraron a una chichería varios indios traposos, con los cabellos más crecidos y sucios que de costumbre; me acerqué a preguntarles si pertenecían a alguna hacienda ¡Mánan haciendachu kani! (no soy de hacienda), me contestó con desprecio uno de ellos [79].

La voz de los indígenas vive en el ambiente, en el alma de las cholas, de doña Felipa, de Prudencio, el soldado de la tropa, o en la del soldado bailarín, que ante la menor ocasión aflora: baile, canto o quechua.

Se apropia de la “voz” de la naturaleza y la vuelve canto; en la fiesta, la renovación de autoridades, la hierra del ganado o las corridas de toros, aflora la entereza de sus almas y su capacidad de decisión. Danzan sin descanso, festejan con solemnidad, existe orden en su pensamiento y coherencia en sus actos; las mujeres respetan la voz de los hombres durante el cabildo, pero en otras circunstancias son incontenibles.

Consideran a los animales como seres privilegiados en contacto con la naturaleza, con múltiples vidas. Pero los misioneros han influido en su cosmogonía, han infundido la maldad en los animales, en los ríos, lo mismo que en los cantos.

En un tercer plano ubicamos a Ernesto, personaje que se encuentra en el centro del conflicto pero que gracias a su condición especial puede moverse en ambos mundos. Étnicamente es un “mestizo”, pero criado en un ayllu donde recibió los cuidados, la música, los cantos y el hablar de los indígenas.

Su pensamiento estaba impregnado de la cosmogonía india y necesitaba de ella, aun cuando conviviera con otros mestizos. Visitaba las chicherías, deseaba hablar con ellos, escucharlos cantar y platicar de las regiones que había conocido al lado de su padre. Estar en contacto con la naturaleza le apaciguaba el alma.

Y así, renovado, vuelto a mi ser regresaba al pueblo, subía la temible cuesta con pasos firmes. Iba conversando mentalmente con mis viejos amigos lejanos, don Maywa, don Demetrio Pumaylly, don Pedro Kokchi... que me criaron, que hicieron mi corazón semejante al suyo [200].

Esa necesidad lo confundía, envidiaba el color azul de los ojos de su padre, amaba su ayllu, el canto de las mujeres. Su pensamiento, su actuar eran tan sincréticos como la catedral o la plaza del Cuzco.

—Papá —le dije. La catedral parece más grande cuando de más lejos la veo. ¿Quién la hizo?

—El español con la piedra incaica y las manos de los indios [35].

De igual forma se había edificado el sentir de Ernesto, cimientos indígenas y muros “mestizos”. Entre ellos se sentía como la Plaza de Pachakutec, rodeada por arcos y templos españoles.

Durante la revuelta de las chicheras se dejó guiar por su corazón indio. Las acompañó en sus cantos, en su caminar y en su hazaña, y repartió la sal entre los colonos de Patibamba.

—Te han visto correr por Huanupata, detrás de las mulas robadas por las indias. ¿Cantabas con las forajidas? ¿Cantabas? ¡Di!

—Sí cantaba. Llevaba la sal para los pobres de la hacienda. ¿Cantábamos? [157].

La llegada del ejército a Abancay no lo llenó de júbilo, no podía contagiarse de esa alegría, su preocupación era el futuro de doña Felipa, de los colonos. Los constantes choques que tiene Ernesto con su pasado (recuerdos del “ayllu”) y su presente (con los otros), manifiestan una problemática de identidad reflejada en la forma tan compleja y heterogénea de percibir el mundo.

Entre los indígenas se sentía en calma y aunque su pariente era un gran hacendado, él no se sentía parte de ese sistema de dominio. Se incomodó cuando visitó la

chichería con su traje nuevo (de mestizo), que le hizo comprar su padre. Los “indios” llegaban a beber, excepto los colonos que no se atrevían a llegar a la ciudad; la chicha, el olor de los “indios” y los huaynos en quechua lo tranquilizaban.

La voz de Ernesto es la que nos actualiza en ambos centros valorativos, uno “español” y otro “quechua”. En un continuo entrar y salir nos muestra la idiosincrasia de ambos mundos, de las dos aguas que se juntan en *Los ríos profundos*.

En el internado de Abancay, donde las futuras generaciones se educan, se reproducen los mismos centros valorativos. Las voces rivales y las cosmogonías confrontadas están presentes en el grupo de alumnos.

El Añuco y Lleras, de piel clara, tomaban chicha, fastidiaban a los mestizos y a los indios. Eran los mayores del colegio y aprovechaban el temor que infundían entre los compañeros pequeños para insultarlos o golpearlos.

La lógica del Añuco era la de un terrateniente que domina al débil, al igual que Antero el de cabellos rubios, el Markask’a, el marcado, el dueño de las haciendas.

—Yo hermano, si los indios se levantaran, los iría matando fácil —dijo.

— ...a los indios hay que sujetarlos bien. Tú no puedes entender, porque no eres dueño [203].

Valle era el único que no hablaba quechua, era el letrado del colegio, odiaba por igual a los cholos, descendía tal vez de una hacienda de pueblo grande, no de “pueblo indio”. El quechua no era importante para él, iría a vivir a Lima o al extranjero, no necesitaba comunicarse con los indígenas.

Se paraba los domingos en la esquina... Muy perfumado, con el sombrero hundido sobre la frente; su enorme k’ompo, tan visible, tan perfecto; los zapatos relucientes [118].

Pelucas, hijo de barbero; el “Chipro”, hijo de mestizo de Andahuaylas, y Gerardo, hijo del comandante costeño, máxima autoridad de Abancay. Lleras, el protegido de los padres del colegio, aun con su carácter agresivo, con su maldad, fue destinado a prepararse como un futuro miembro de la iglesia.

Palacitos procedía de un “ayllu” de indios, no entendía bien el castellano, su padre insistía en mantenerlo en el colegio, estaba condenado a la tortura del colegio y a la de los compañeros. Su padre lo visitaba llevando obsequios para el padre Director.

Era un hombre alto, vestido de traje mestizo, usaba corbata y polainas... Hablaba en castellano, pero cuando se irritaba, perdía la serenidad e insultaba en quechua a su hijo.

Palacitos imploraba.

—Llévame al Centro Fiscal, papacito— le pedía en quechua.

—¡No! ¡En colegio!— insistía enérgicamente el cholo [87].

Ernesto el foráneo, el “loco” que repartía la sal, cantaba con las cholas y los domingos prefería visitar las chicherías o platicar con el río Pachachaca, parecía estar en el colegio como un espectador-actor que asimila y confronta ambas cosmovisiones, yuxtapuestas y contradictorias.

—Tú crees ya leer mucho —me dijo Rondinel. Crees también que eres un gran maestro del zumbayllu. ¡Eres un indiecito, aunque pareces blanco! ¡Un indiecito, no más! [116]

Con los enfrentamientos entre chilenos y peruanos que el padre Director montaba como un juego, y donde el bando peruano debía ser el vencedor. Se educaba al colegial no como indio, cholo o mestizo, sino como un peruano, futuro individuo que conformará la identidad nacional, de ahí la importancia de sus sermones patrióticos.

Estamos en el momento histórico latinoamericano de la búsqueda de la identidad nacional. El internado contribuía así a reproducir la ideología hegemónica sobre la cual se pretendía construir e imponer una cultura nacional, pese a todas las contradicciones que la heterogeneidad cultural peruana implicaba.

EL SUJETO DE LA ENUNCIACIÓN

El sujeto de la enunciación de *Los ríos profundos*, el que nos hace reaccionar frente al objeto de la representación, pareciera ser únicamente Ernesto, al menos así se percibe durante los primeros capítulos. Con esta afirmación parecería resuelto el problema, pero ¿quién habla? ¿El niño criado entre indígenas o el niño mestizo?, más aún, ¿habla Ernesto niño o Ernesto adulto o Arguedas autor?

Es innegable que como creador Arguedas construye la arquitectura de la obra, desdobra su voz y da voz al mestizo, al cholo, al indígena, al hacendado, a la naturaleza, de tal manera que ellos mismos son los que se dirigen al objeto de la representación, en este caso a la realidad peruana, a la realidad abanquina.

Sin duda la solución artística es sumamente compleja: Ernesto adulto habla del recuerdo de su infancia y lo escuchamos en voz de Ernesto niño, quien se dirige al objeto de la representación utilizando la dialogización interna y externa. A la vez, Ernesto adulto habla y dialoga con los “otros” para referirse al mismo objeto de la representación. Hay momentos en que ambas voces se superponen imposibilitando apreciar la voz del que habla. Por ejemplo, en el siguiente párrafo recuerda el adulto y narra la voz del “niño mestizo”.

Entramos al primer patio. Lo rodeaba un corredor de columnas y arcos de piedra que sostenían el segundo piso, también de arcos, pero más delgados. Focos opacos dejaban ver las formas del patio, todo silencio. Llamó mi padre. Bajó del segundo piso un mestizo y después un indio [29].

Hay otros momentos donde el que recuerda es el adulto y narra el “niño indígena”.

Yo no me sentía mal en esa habitación. Era muy parecida a la cocina en que me obligaron a vivir en mi infancia; al cuarto oscuro donde recibí los cuidados, la música y el dulcísimo hablar de las sirvientas indias [30].

Ernesto expresa sus ideas en quechua, lo cual implica una identidad de grupo, de dioses, de costumbres.

Entonces cuando temblaba de vergüenza, vino a mi memoria, como un relámpago, la imagen de Apu k'ar warasu. Y le hablé a él, como se encomendaban los escolares de mi aldea nativa, cuando tenían que luchar o competir en carreras y en pruebas de valor [120].

Esta invocación la hacen solamente los indios en los grandes peligros, él se siente indio. Cuando se dirige a su padre, habla la voz del adulto, del niño y quizá la de Arguedas, autobiográfico.

Mi padre no pudo encontrar nunca dónde fijar su residencia, fue un abogado de provincias, inestable y errante. Con él conocí más de doscientos pueblos [51].

Durante los capítulos que narran la hazaña de las chicheras y la llegada de la peste, la voz que escuchamos es la del “niño indígena”, pero detrás de su voz está el adulto, confundándose en una sola.

—Mire —le dije—, Gerardo no es como yo, ni Antero el amigo de Gerardo. Me criaron los indios, otros, más hombres que éstos, que los colonos. [301]

En los relatos del colegio, la voz que habla es la del adulto, recordando el pasado. Porque un niño de esa edad, aunque vive las circunstancias no logra explicar la dominación, la violencia física o sexual, es de adulto cuando logra entender tales vivencias.

La presencia de Arguedas como creador literario se detecta sobre todo en las descripciones de la naturaleza. Sin embargo, la voz que escuchamos es la de Ernesto que la describe tal vez como la verían o entenderían los indígenas, matizada con

los recuerdos y experiencias del adulto. Aquí el autor se desdobra, es y no es él, quien dirige la enunciación.

Ahora bien, hay que recordar que Arguedas es antropólogo de profesión y por tanto le es difícil separar dicha concepción. En toda su obra está presente ese interés por lo indígena, esa identificación con el pensar, con el modo de vida de su sujeto de estudio.

En *Los ríos profundos* hay descripciones de las construcciones incaicas, de los dioses, reflejo de ese sentir antropológico, de ese conocer de la cultura incaica. Podemos observarlo en las descripciones que hace del Inca Roca, del Muro, de la Fortaleza Cuzqueña. Ese sentir y conocer pasan a formar parte de una narración “ficcional” sin que por ello deje de ser lo que es.

Los ríos profundos muestran la necesidad de comprender la heterogeneidad cultural peruana. Dentro de ella confluyen, chocan, se entrelazan o yuxtaponen culturas diferentes.

Arguedas acepta la diversidad cultural, pero también la necesidad de entender al otro como diferente, sea quien fuere. Desde esta heterogeneidad cultural la novela matiza puntos de vista que participan en una dialogización.

DIALOGIZACIÓN

Dice Bajtín que las relaciones dialógicas son posibles entre estilos lingüísticos o dialectos sociales, pero también ha de entenderse como la forma en que el sujeto de la enunciación —narrador— se relaciona con el lenguaje de los personajes, para dirigirse al objeto de la representación. La dialogización puede ser interna o utilizando la palabra ajena.

La dialogización es usada por Arguedas durante toda la novela; podemos apreciarla especialmente en las voces del narrador: Ernesto niño/adulto, Ernesto indígena/mestizo, cuando confronta la postura del recuerdo con la postura del presente, la cosmovisión indígena con la cosmovisión “blanca”.

Los huaynos como género intercalado en la novela, nos permiten apreciar parte de esta dialogización. Es una forma que utiliza la voz indígena —¿él mismo acaso?— para burlarse del “blanco”, para parodiar su actuar, para denunciar, para reclamar o para amenazar.

La hazaña de doña Felipa se revive en el huayno, el indígena se burla del poder “blanco” que fue afrentado por un grupo de mujeres comandadas por ella. Y aun más, montada en su mula, con su fusil a cuestas, elude la vigilancia del ejército.

El rifle del soldadito
había sido de huesos de cactus,
por eso, por eso,

Truena inútilmente
No, no hermano
No es el rifle, es el alma del soldadito
De leña inservible [148]

Doña Felipa es “invencible”, se interna en la sierra, de donde ha de volver, en espíritu o materia, ha de volver como el Inca a restablecer el orden. El huayno se dispersa, se canta en las chicherías por cholos o indígenas, se baila y se vuelve burla colectiva.

Encontraron colgados los fusiles
Que a nadie mataron...
Solo la sangre de las mulas desde el puente
Goteando goteaba [200]

¡Huy! qué ha de poder
El espantado huayruro
Con la mano de doña Felipa
Con la fuerza de doña Felipa [238]

La “opa” del colegio, quiere llenarse de esa fuerza, de la fuerza de doña Felipa; trepa a la cruz del Pachacha y desprende su rebozo, lo guarda y corre hacia un sitio donde pueda contagiarse con el rebozo, con la fuerza de doña Felipa.

El espíritu del Inca vive en la sierra, como doña Felipa es poderoso, pero parece olvidar a sus hijos los indígenas de estas tierras que reclaman, ordenan su regreso, para que termine el sufrimiento del indio llorón, al servicio del amo.

No seas cruel
baja a la orilla del río
alas de esmeralda,
y mírame llorando junto al agua roja [179]

En la pampa de Utari,
Mariposa manchada,
No llores todavía,
Aún estoy vivo
He de volver a ti,
He de volver [231]

El “blanco” se apropia poco a poco del indígena, de su trabajo, de su pensamiento, pareciera que no responde a tal agravio, que se deja dominar con facilidad,

pareciera que no tiene conciencia de su situación. Pero sabe que el hacendado le roba no sólo el trabajo, también su tierra que es su mundo.

Jilguero
Simulando robar en mi campo de haba
Jilguero
Simulando robar en mi campo de maíz
Jilguero
Mi pequeño corazón robaste
Jilguero [237]

Los indígenas guardan su alma guerrera, son como el cernícalo, que ataca a cóndores o gavilanes, aves de mayor tamaño, se lanza sobre ellos en grupo, se prende clavando sus garras y cuando pareciera que se retira, se precipita nuevamente hiriendo otra vez el cuerpo de la víctima.

El desafío indígena-blanco, cernícalo-cóndor, está presente. El “blanco” se cuida del ataque en grupo, cuida su poder, se auxilia de la iglesia o del ejército. Sabe que la fuerza del indígena, como la del cernícalo, está en la unión.

BIBLIOGRAFÍA

- Arguedas, José María. *Los ríos profundos*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1992.
Bajtín, Mijail. *Los problemas de la poética de Dostoievski*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
Bajtín, Mijail. *Teoría y estética de la novela*, Taurus, Madrid, España, 1989.
Perus, Françoise. *De Selvas y Selváticos*.
Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*, Siglo XXI, México, 1982.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Rosado, Juan Antonio

Tres novelas mexicanas del siglo XIX, hoy: bandidaje y corrupción
Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 44-52

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100204>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Tres novelas mexicanas del siglo XIX, hoy: bandidaje y corrupción¹

JUAN ANTONIO ROSADO

Facultad de Filosofía y Letras. UNAM. Profesor asociado UAM-I

QUINIENTOS pesos se robó Vereá
Y lo hicieron alcalde de su aldea;
Robóse cuatro mil en el Juzgado;
Y lo eligieron luego Diputado;
Y se robó diez mil en el Congreso
Y al momento ministro fue por eso.
En cambio, un peso se robó Escalante,
Y le dieron la muerte al instante;
Ya ves, lector, que la lección es seria:
Nunca es bueno robar una miseria.

Citado por Castro/Alvarado:
Los verdaderos bandidos de Río Frío.

La realidad representada en *Los bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno (1820-1894) y en *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama*, de Luis G. Inclán (1816-1875), yace bajo la bota del general Santa Anna, cuya ambición “le hizo mantener en una agitación constante a su país”;² inestabilidad política, despotismo, impunidad y anarquía, aunados a la abundancia de bandidos, cuyo origen no sólo se halla en las consecuencias del sistema de reclutamiento forzoso, sino también en los campesinos que preferían el robo a la pobreza extrema; en los llamados “léperos”, que decidían permanecer en las montañas, armados por los sucesivos levantamientos; en los mayordomos rurales que se inclinaban al pillaje para evadirse de las demandas judiciales, o en los mismos soldados u oficiales del ejército, que desertaban de las guerras civiles. Ade-

1 Fragmentos de un ensayo que, como becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Jóvenes Creadores), realizó el autor durante el periodo 97-98. Las citas de las novelas de Inclán, Payno y Altamirano están tomadas de las ediciones de Porrúa (Sepan Cuantos).

2 Ignacio Manuel Altamirano: *Historia y política de México (1821-1882)*. Empresas ed. México, 1947, pp. 62-64.

más, los generales “se hacían ricos en los periodos de disturbios, y así mantenían vivo el bandidaje para justificar sus campañas. En realidad robaban igual que los bandidos: caballos y alimentos a los campesinos, dinero y armas a los hacendados”.³

Vanderwood abstrae a los bandidos de su *mito*, sin permitir la posibilidad de un bandidaje social, ya que éstos fomentaban el desorden para entrar en un sistema reservado a unos cuantos. El bandidaje era un medio de ganar movilidad social, pero también hubo quien se volvió bandido por venganza. En *Astucia*, el caso es distinto y se escapa de la definición de Vanderwood que, sin embargo, es aplicable a *El Zarco*, de Altamirano (1834-1893) y, en parte, a *Los bandidos de Río Frío*. La motivación que hizo surgir a los Hermanos de la Hoja como bandoleros sociales fue su segregación. Ellos deseaban la movilidad social, pero lejos de propiciar el desorden, propiciaron el orden, y no se concretaban a satisfacer sólo sus intereses. Para entender la realidad representada en la novela de Inclán, es necesario referirse al estanco del tabaco.

En 1833, el gobierno de Gómez Farías había decretado la desaparición del estanco, pero en 1837, el Congreso conservador anunció su restablecimiento. Tras derrocar a Anastasio Bustamante, en 1841, Santa Anna “promulgó un decreto por el cual el control del estanco volvió a manos del gobierno”,⁴ aunque tres años antes se había expedido “un bando sobre cateo de casas en persecución del contrabando de tabaco”.⁵ Un artículo de *El siglo XIX*, firmado por Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez (El Nigromante), del 15 de agosto de 1861, nos da una idea de la importancia de esta hoja. Dicen los autores:

Nosotros tenemos motivos particulares para abogar por la libertad del tabaco; más de diez años luchamos por ella, vehementemente contrariando los más poderosos intereses, y si algún día pudiéramos jactarnos de alguna cosa, sería de la abolición del estanco del tabaco, promovida y llevada a cabo por nosotros con la cooperación del eminente demócrata don Ponciano Arriaga.⁶

Debido a ese monopolio, y por las mismas condiciones rurales, Lorenzo Cabello accede a la petición de Alejo y se une al grupo de contrabandistas de tabaco,

3 Paul J. Vanderwood: *Desorden y progreso. Bandidos, policías y desarrollo mexicano*. Siglo XXI. México, 1986, p. 55.

4 Humberto Musacchio (ed.): *Diccionario enciclopédico de México*, tomo IV. Andrés León. México, 1990, p. 1957. Payno se propuso terminar con el estanco. Fue nombrado administrador general de la Renta Estancada del Tabaco. También fue secretario de Hacienda con Ignacio Comonfort, quien en 1856 decretó la desaparición del estanco.

5 González Peña: *Novelas y novelistas mexicanos*. UNAM / Universidad de Colima. México, 1987, p. 45 (nota).

6 “El impuesto del tabaco”, en: Ignacio Ramírez: *Discursos. Cartas. Documentos. Estudios. Obras completas*, III. Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo. México, 1985, p. 373.

pues, además, ya había contrabandeado con aguardiente y conocido la cárcel por ello. En *Astucia*, los verdaderos criminales son el gobierno (por ejemplo, el Bulldog), aunque también se menciona a Río Frío y el peligro de los rufianes, tema tratado por Manuel Payno.

Según la cronología de Duclas, los sucesos de *Los bandidos de Río Frío* ocurren entre 1819 y 1839.⁷ En la realidad, el *asistente militar* de Santa Anna de 1834 a 1836 fue el coronel Juan Yáñez, el Relumbrón de la novela, organizador de una “Compañía de ladrones” que operaba en el campo y en la ciudad. El Juan Yáñez real parece tan increíble o hasta más que el literario. En 1835 dos ex tenientes participaron en el asesinato del cónsul de Suiza, Carlos Mairret. Los homicidas “se salieron y montaron en un coche, que según el relato de la causa era del ex coronel Yáñez, actualmente preso por delitos de gran tamaño”,⁸ lo que implica que Yáñez no fue el único oficial que cometió crímenes, y que su influencia continuaba después de su arresto. Yáñez fue apresado a fines de 1835, cuando en su cochera se descubrieron objetos robados a la diligencia de Puebla por los salteadores de Río Frío:

Diego Pérez, el *Tapatío*, denunció al gobierno del distrito que había sido convidado por Vicente Muñoz y otros, para robar unos coches a la salida del camino de Puebla, y caso de no alcanzarlos, ejecutarlos en la mencionada Diligencia. Por disposición del señor gobernador D. José Gómez de la Cortina, la policía se puso en acecho de los malhechores; y habiendo logrado atisbar a algunos, los vio guarecerse en la casa núm. 19 de la calle de Juan Manuel, que habitaba el ex-coronel Yáñez.⁹

El fiscal encargado de esclarecer el homicidio de Mairret fue el coronel Olazábal, que por rehusarse a aceptar un soborno de 500 pesos, murió envenenado. Luis González Obregón ha identificado a este personaje histórico con el Pedro Martín de Olañeta de la novela.¹⁰ Después de tres años y cinco meses de su captura, Yáñez dicta un texto “a sus conciudadanos”, donde amenaza con suicidarse, y otro, donde aparece ya muerto por su propia mano, titulado “Asesinato perpetrado en su perso-

7 Robert Duclas: *Les bandits de Río Frío. Politique et littérature à travers l'oeuvre de Manuel Payno*. Institut Français d'Amérique Latine. México, 1979, p. 277.

8 “Verdadera ejecución de justicia en los asesinatos del cónsul de Suiza”, en: Enrique Flores (ed.): *Unipersonal del arcabuceado*. UAM. México, 1988, p. 133. Cfr. también “Extracto de la causa formada al excoronel Juan Yáñez y socios”, en: T. de Castro / A. Alvarado, et al.: *Los verdaderos bandidos de Río Frío*. Ed. y distribuciones hispánicas. México, 1987, pp. 28, 37 y 38.

9 “Extracto de la causa formada al excoronel Juan Yáñez y socios”, en: Castro / Alvarado, et al.: *op. cit.*, p. 7. La calle de Juan Manuel es la actual calle de República de El Salvador.

10 Duclas, sin embargo, considera que Olañeta es una amalgama de Olazábal y del Lic. Modesto de Olaguíbel, maestro de Payno (cfr. *Les bandits...*, 303). En la novela, como es sabido, Olañeta no muere envenenado.

na por el coronel Juan Yáñez”.¹¹ En el “Extracto” de su causa, leemos que poco antes de enterarse de su condena al garrote vil, el ex coronel intentó suicidarse “infiriéndose en el cuello una herida con una navaja de barba que había pedido prestada días antes a otro de los presos”.¹² Esta forma de intento de suicidio es muy semejante a la descrita por Payno en su novela.

La escocesa Madame Calderón de la Barca (Frances Erskine) llegó a México en diciembre de 1839, cinco meses después de la muerte de Yáñez. Pero los bandidos seguían proliferando en Río Frío.¹³ Incluso Altamirano hace alusión a esta guarida de salteadores.¹⁴ Hay muchos relatos de viajeros y todos coinciden al tratar el tema de la inseguridad. En 1822 J. R. Poinsett escribe: “ladrones en cada paso de las montañas, lanzando gritos y chiflidos con gran consternación de los viajeros”, y más adelante, cuando alude a su trayecto de Puebla a México: “Podríamos haber llegado a Río Frío si no hubiera sido porque nuestros guías consideraban peligrosa esa posta. Han sido despojados viajeros en el mesón, y se expresaron temores de que el huésped estuviera en connivencia con los bandidos”.¹⁵ A principios de los años treinta, Mathieu de Fossey expresa que “Los alrededores de Perote, Puebla, Río Frío, son famosos por los frecuentes ataques de los bandidos.”¹⁶ En 1852, Jean-Jacques Ampère relata su trayecto de México a Puebla: “Los bandidos que se apostan permanentemente en las carreteras y el telégrafo eléctrico que sirve para dar noticias suyas: he aquí un contraste que pinta muy bien eso que podría denominarse la barbarie avanzada de la sociedad mexicana”.¹⁷ Por último, a mediados de los 50, E. de Vigneaux narra que por el bosque de Río Frío

Mi compañero me parece preocupado y no muy a gusto; de vez en cuando me lanza miradas oblicuas y desconfiadas; permanece con mucha reserva y cuando abre la boca, después de haber escudriñado con inquietud el campo, no es para encomiar sus bellezas, sino para hablar de ladrones. Su desconfianza me entra a mí poco a poco, previendo una sorpresa, guardo mi dinero, sin que él lo advierta, en uno de los muchos escondrijos que ofrece el forro del coche, reservándome sólo una suma suficiente para calmar el furor de los bandidos.¹⁸

11 Cfr. E. Flores (ed.): *op. cit.*

12 “Extracto de la causa formada al excoronel Juan Yáñez y socios”, en: Castro / Alvarado, *et al.*: *op. cit.*, pp. 66, 67.

13 Cfr. Mme. Calderón de la Barca: *La vida en México*. Porrúa. México, 1990, pp. 36, 251 y 256.

14 Cfr. *La literatura nacional*, tomo III. Porrúa. México, 1949, p. 111.

15 M. Glantz (selección, traducción e introducción): *Viajes en México. Crónicas extranjeras*, vol I. FCE/SEP. México, 1982, pp. 75 y 101.

16 *Ibid.*, vol. II, p. 343.

17 *Ibid.*, vol. II, p. 573. Subrayado del autor.

18 *Ibid.*, vol. II, pp. 669 y 670.

La ineptitud del gobierno para terminar con el crimen organizado se prolongó desde la independencia hasta la segunda mitad del siglo. Pero ahí no se detuvo, pues abarcó incluso un régimen de mayor estabilidad como el de Juárez. En efecto, si el contexto histórico de las novelas de Payno y de Inclán se define por el mandato de Santa Anna, en *El Zarco*, en cambio, se define por un presidente civil: Benito Juárez. Los salteadores más conocidos de este tiempo eran los plateados, de Morelos, que se ganaron el nombre por su indumentaria. Surgieron porque algunos generales liberales los ignoraron después de que, con su ayuda, arrebataron la ciudad de México a los conservadores en 1860. Por ello, con las armas que se les había dado, se volvieron bandidos. En esa época hubo bandas en muchos estados y los ricos tuvieron que entenderse con ellas, buscar su protección. Las llamadas “fuerzas del orden” eran incapaces de acabar con el bandidaje. Leemos en *El Zarco* que

los plateados contaban siempre con muchos cómplices y emisarios dentro de las poblaciones y de las haciendas, y [...] las pobres autoridades, acobardadas por falta de elementos de defensa, se veían obligadas, cuando llegaba la ocasión, a entrar en transacciones con ellos, contentándose con ocultarse o con huir para salvar la vida.

El prefecto de Yauhtepec y el alcalde huyen de los plateados. El primero confiesa que «es lo mismo que haya prefecto como que no lo haya». Además, los mismos políticos llegaron a recurrir al bandidaje como medio de vida, lo que también ocurre en Inclán y en Payno.

En 1861 Juárez fundó la Fuerza de Policía Rural de México y así dio empleo a ex guerrilleros. Algunos ex bandidos se unieron para combatir bandidos; otros desertaron. Durante la invasión francesa, Juárez llegó a enrolar a muchos plateados para luchar a favor de la República. Y aunque hubo quienes se pasaron al lado francés por una mayor paga, Altamirano reprobará a los liberales por el enrolamiento de plateados y lo calificará como “un error lamentable y vergonzoso”.

El subtítulo original de *El Zarco* es *Episodios de la vida mexicana en 1861-1863*, “años estimados como los más felices para esta clase de bandidos que, al favor de la guerra civil, asolaban los pueblos de Tierra Caliente en el actual estado de Morelos”.¹⁹ El jefe más renombrado de los plateados fue el histórico Salomé Plasencia, a quien unos tildan de infame y desalmado y otros de valiente y generoso. Entre los plateados históricos también se encontraba Felipe el Zarco, hijo de Fidemio “El Zarco”, que operó a fines de los años treinta.

19 Ma. Dolores Illescas: “Agitación social y bandidaje en el Estado de Morelos durante el siglo XIX”, pp. 79 y 80. Es interesante observar que en 1861 el 60.79% de la población estaba constituida por “jornaleros” (agricultores y mineros), mientras que el 0.33% se dedicaba a actividades intelectuales (cfr. Ciro Cardoso: *México en el siglo XIX. Historia económica y de la estructura social*. Nueva Imagen. México, 1982, pp. 228 y 229).

El perseguidor de los bandidos es Martín Sánchez Chagollán, ranchero de la Tierra Caliente cuyo motivo para exterminar plateados fue la venganza. Con seguridad, Altamirano se basó en Rafael Sánchez, combatiente liberal retirado a quien se escoge para contener a los bandidos, que asaltaban a comerciantes ricos y a millonarios.

En la novela del autor tixtleco es Juárez mismo quien le confiere a Martín poderes para combatir a los asaltantes. Esta actitud ha sido criticada por Evodio Escalante, para quien el Juárez de la novela, “funcionario de la legalidad”, otorga “facultades extralegales a un civil para matar a quien él considere conveniente”,²⁰ es decir, el presidente autoriza la ilegalidad: Juárez, “ley de la salud pública”, se convierte en un concepto jurídico que actúa “antijurídicamente”. Sin embargo, lo que Escalante no toma en cuenta es que el presidente —que, en la novela, en efecto, puede juzgarse como una especie de *deus ex machina*— poseía, en la realidad, el poder de conferir facultades extraordinarias a un hombre de su confianza, y ese poder se hallaba —y más aún en tiempos de crisis— dentro del marco de la legalidad. El Art. 85, fracción 11 de la Constitución de 1857 dice claramente que el presidente podrá “nombrar y remover libremente a los demás empleados de la Unión cuyo nombramiento o remoción no estén determinados de otro modo en la Constitución o en las leyes”.²¹

Además, debemos recordar que Martín Sánchez le había planteado a Juárez los sucesos cruentos y la situación inestable debida a los bandidos. El presidente otorga facultades *extraordinarias* (y no *extralegales*) a un civil, de un modo no determinado en la Constitución o en las leyes, a causa de la corrupción de las autoridades, que el mismo Altamirano había denunciado antes. Nótese que el autor advierte que son facultades *fuera de lo ordinario* y no autoconferidas, como ocurre con los Hermanos de la Hoja, lo que implica que Martín no desea salirse de lo legal. Escalante alude a la importancia del poder central, lo cual es cierto, y que convierte a Altamirano en *legitimador del liberalismo* y no, como afirma el crítico, en un ideólogo y legitimador del “despotismo republicano”, opinión ideologizada y descontextualizada. ¿Creía Altamirano que el sistema era despótico? De haber sido así no lo hubiese avalado, si tomamos en cuenta sus propias críticas contra los liberales por haber reclutado bandidos; contra las condiciones de los soldados, que “parecen limosneros”, y —como periodista— contra Juárez al reelegirse.²² Asimismo, Escalante ha querido percibir en la guarida de los malhechores —Xochimancas— una continuidad mítica con la época prehispánica. Altamirano mismo alude a la Coatlicue, “culebra resplandeciente”, divinidad a la que se le rendía culto

20 “Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano”, en: M. Sol / A. Higashi: *Homenaje a Altamirano*. Universidad Veracruzana. Xalapa, Veracruz, México, 1997, p. 199.

21 *Constitución de los Estados Unidos Mexicanos*, expedida por el Congreso General Constituyente (5 de febrero de 1857). Imprenta del Gobierno Federal. México, 1911, p. 32. El subrayado es mío.

22 Cfr. M. Sol: “Presentación”, en: *Ibid.*, p. 18.

en esa región. Xochimancas luego fue guarida de fieras y reptiles y, por último, guarida de los bandidos. Escalante lleva demasiado lejos su interpretación al proponer que Juárez posee un “voluntarismo despótico para combatir la herencia secular”,²³ es decir, el culto a la Coatlicue, el pasado indígena. Si bien es cierto que Altamirano y Juárez pretendían la integración del país, y que una integración empieza siendo lingüística y cultural, es muy aventurado identificar a un bandido rubio, de ojos azules (el Zarco), con el culto a una diosa prehispánica sólo porque el autor nos otorga un dato de lo que ocurría antes en esa región geográfica. La situación social que se vive a causa de los bandidos es contundente y radicalmente distinta a la que se vivió en la época prehispánica: no hay asociación simbólica ni mítica. Todo intento de establecer un vínculo mítico para convertir a los bandidos y asesinos en *símbolos de lo prehispánico* no es sino una interpretación muy subjetiva, producida por una ideología *ajena al texto narrativo*.²⁴ En todo caso, las pretensiones de Altamirano fueron resaltar la importancia y necesidad del gobierno republicano para combatir a una plaga antisocial.

Tanto Inclán como Payno y Altamirano insisten en que sus novelas están basadas en hechos históricos. Tal aseveración es básicamente correcta e incluso la realidad histórica sobrepasa la imaginación literaria de los escritores. Toda la situación de caos y bandidaje que se respira en los textos, aunada al hambre y a la explotación, acarrea una injusticia social casi ubicua, motivo principal por el que surgen el bandido antisocial y los bandoleros sociales.

En las tres obras hay constantes alusiones a la injusticia. Esto revela la extrema deficiencia del sistema legal. Esta injusticia va mezclada, como es obvio, con alguna institución pública: serenos, jueces, prefectos, alcaldes, gobernadores, militares... En *Astucia*, cuando el tío no halla a su sobrina Refugio (que había huido con Lorenzo), denuncia a algunos chivos expiatorios, quienes son puestos en la cárcel *sin mayor averiguación*. Alejo sufrió la misma injusticia cuando su novia desapareció. La madre de ésta, *sin más averiguación*, fue al juzgado y dio orden de que lo apresarán. Pero más intensa es la historia de la mujer herida, quien por no acceder a las peticiones del señor D.H., una serie de injusticias la fustigan: D.H. asesina a su esposo, denuncia el intestado de la casa, la mujer pierde su hogar, se hace lavandera y, finalmente, le roban la ropa ajena y secuestran a su hija. La lavandera que la contrató, para colmo, no le cree y se va a quejar con el juez, quien manda encerrar a la mujer.

Al final de *Astucia* también se describe la deplorable condición de los presos. Disuelta ya la hermandad, dice el sobreviviente Astucia al juez: “¿Ya vio V.S. las

²³ E. Escalante: *op. cit.*, p. 203.

²⁴ Escalante hace exactamente lo mismo en su ensayo sobre Martín Luis Guzmán (en: *Tercero en discordia*. UAM. México, 1982), donde califica a Guzmán, y a su personaje Axkaná (de *La sombra del Caudillo*) de «pequeño burgués» por su percepción estética de la realidad (¡...!).

inmundas pocilgas en que habitamos; el alimento que se nos da, y la miseria espantosa que allá dentro domina?” Pero uno de los textos más significativos sobre la injusticia proviene del mismo Astucia, tras el asesinato de sus *hermanos*:

No considero justo que siendo yo la parte adolorida, agraviada, y despojada, padezca encerrada en un inmundo calabozo, mientras los principales responsables de esos asesinatos y robo, se andan paseando haciendo ostentación de sus crímenes.

En la misma situación, Lorenzo se expresa así de los jueces: “¿pero qué estoy hablando de sensibilidad, si los jueces no tienen alma?” Sentencias similares sobre instituciones cuyo fin teórico es servir al pueblo, encontramos en Payno, donde se afirma que a los serenos les importa muy poco la seguridad de los vecinos. Lamparilla comenta a Cecilia, en una carta: “ya conoces el poder que tienen en los pueblos los prefectos, que pueden hacer diablura y media, y con estar bien con el gobernador nada les hacen”. Asimismo, los vecinos de Tules, luego de que ésta fuera asesinada por Evaristo, son encarcelados *por sospechas y sin averiguación* por el abogado oportunista Bedolla. Tiempo después, la hermana de Jacinta, una de las condenadas, dice unas palabras comparables *en todo sentido* con las de Astucia: “¡Cómo son malos y crueles estos jueces! ¡Dios los ha de castigar, porque dejan pasearse en la calle a los asesinos y matan a los inocentes!”

La comparación con Altamirano es inevitable, a pesar de que los acontecimientos que describe sean posteriores. Afirma el narrador en *El Zarco*: “Los bandidos reinaban en paz, pero, en cambio, las tropas de gobierno, en caso de matar, mataban a los hombres de bien”, como efectivamente lo hizo un comandante, al darse cuenta de que no iba a atrapar a los plateados: “De manera que el valiente militar había fusilado a algunos infelices campesinos y aldeanos, por simples sospechas, a fin de no presentarse ante su jefe con las manos limpias de sangre”. El ataque a los jueces no es menos intenso: Martín Sánchez habla con Juárez de aquellos *jueces corruptos* que liberan a los malos por dinero o por miedo. Nicolás es encerrado injustamente y doña Antonia comprende que nada tiene que esperar de las autoridades, pues el herrero se halla “entre las garras de aquellos militares arbitrarios y feroces”. Por fortuna, el Ministerio de la Guerra le creyó al prefecto de Yautepec, al Ayuntamiento y a las autoridades de Cuautla y mandó poner en libertad a Nicolás.

En las tres obras, la ley puede ser instrumento contra el pobre, pues ésta *sólo defiende al rico*, a quien pueda pagar soborno o a la gente con rango social: “No es, pues, la sociedad lo que las leyes penales defienden, sino los intereses de un grupo dominante, que es el que fija los delitos y las penas”.²⁵ En *Astucia*, quien denuncia a Lorenzo como aguardientero es una de esas personas acogidas por las leyes y que

25 D. Sueiro: *La pena de muerte*. Alianza/Alfaguara. Madrid, 1974, p. 15.

después de que [...] están mamando a dos tetas, aún pretenden robar más, haciendo mérito de la colocación que indignamente ocupan, acogiéndose a las leyes para acabar de despellejar vivo al infeliz que cae en sus manos,

mientras que Lorenzo, para buscar un peso, expone su fortuna y su vida. Asimismo, la historia de Chepe Botas alude a una forma de corrupción, la del vicario, maestro de Chepe, que acepta constantes obsequios del padre de su alumno, y poco antes se deduce que sólo los que tienen dinero pueden llegar a la verdad, pues gracias a éste se averigua sobre el padre muerto de María. Pero no sólo el *dinero* y la *nobleza* son importantes para los juicios de la justicia: también la *fama*. Leemos en *Los bandidos de Río Frío*:

no pasaba semana sin que un punto u otro del camino de México a Veracruz fuesen robadas las diligencias; pero como se trataba de pasajeros desconocidos, [...] nadie hacía caso, ni menos los gobernantes, que se ocupaban de asuntos para ellos más graves y provechosos; [...] pero cuando se trató de una compañía de ópera, de muchachas bonitas y de extranjeros, ya fue otra cosa.

De nuevo, la comparación con *El Zarco* es inevitable: “Cuando se comete un robo de consideración o se asalta a personas distinguidas, se hace escándalo [...] Entretanto, nadie hace caso de los robos, de los asaltos, de los asesinatos que se cometen diariamente en todo el rumbo, porque las víctimas son infelices que no tienen nombre, ni nada que llame la atención”. Este pensamiento está ya explícito desde *El periquillo Sarniento*, de Lizardi. Cuando Pedro, como médico, empieza a matar gente, comenta que “los más que morían eran pobres, y en éstos no es notable ni la vida ni la muerte”.²⁶

Estas situaciones engendran bandidos y corruptos, pero también bandoleros sociales como Pedro Cataño o los Hermanos de la Hoja. Toda ideología *parte de una realidad*, aunque después trate de modificarla, o de modificar una realidad ajena. Se han comentado los aspectos negativos de la sociedad, *los núcleos sociales del movimiento caótico*, claras manifestaciones de los momentos de vergüenza nacional que aún vivimos. Como afirma José Emilio Pacheco: “Otro Payno que aún desconocemos escribirá sin duda las novelas de Durazo-Relumbrón, Portillo-Santa Anna y Caro Quintero-Evaristo. La única esperanza es que cuando alguien la lea en el México de 2085 todo haya cambiado y nadie tenga la sensación de reconocimiento que ahora nos estremece al leer los viejos folletines como *El fistol del diablo* y *Los bandidos de Río Frío*”.²⁷

²⁶ *El periquillo Sarniento*. Porrúa. México, 1989, p. 249.

²⁷ JEP: “Bandidos de Ayer y de hoy”, en *Proceso*, no. 441. México, 15 de abril de 1985, p. 53.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Montes de Oca Navas, Elvia

Un poco más sobre la Revolución Mexicana de 1910, narrada a través de las novelas

Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 53-72

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100205>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Un poco más sobre la Revolución Mexicana de 1910, narrada a través de las novelas

ELVIA MONTES DE OCA NAVAS

El Colegio Mexiquense

En este ensayo analizo algunas novelas de la Revolución Mexicana de 1910, cuyos autores participaron o fueron testigos de los hechos narrados.

Las novelas seleccionadas abordan temas semejantes a los que se tratan en los libros históricos: tales como héroes y personajes, algunos de ellos anónimos, ideas y programas de los participantes, desarrollo de batallas, ejércitos combatientes, fin de la revolución armada y otros temas que hacen que la literatura, en este caso la novela, aporte una versión más sobre la Revolución Mexicana.

Contra la crítica literaria tradicional que afirmaba que la obra artística era un producto de la pura subjetividad, resultado del trabajo de un artista no comprometido, hoy, casi de manera unánime, se sostiene que entre las condiciones históricas concretas y la creación artística existe un nexo imposible de negar; no se trata de una relación llana y sin bordes, es un juego dialéctico el que entre ellas se establece. Sin embargo, en esa riqueza de tonos y matices se encierra todo un mundo de elementos que permiten comprender la complejidad de una sociedad como un todo.

Entre la cultura, comprendida en ella la literatura, y la realidad social existe una relación recíproca que no significa una relación de causalidad necesaria. En la obra literaria el artista encierra la realidad social que le tocó vivir y el ángulo social desde el que la percibe, la interpreta y a la que, si así lo quiere, le impone el desenlace que decide.

En este juego complicado de relaciones entre objetividad-subjetividad, realidad-ficción, verdad-fantasía, historia-relato imaginario, surge la novela como una de las creaciones más frecuentadas para la narración de hechos, situaciones, momentos, que el artista deja plasmados en su obra, desafiando, de alguna manera, la propia historicidad de lo que narra y la suya misma.

Aristóteles en su libro *La poética* defendió la superioridad de la literatura sobre la historia. La poesía es superior a la historia, afirmó el estagirita, porque nos cuenta las cosas como “ojalá hubieran pasado”, en cambio, la historia nos las narra

“tal como pasaron”. Además, la poesía se ocupa de verdades universales y la historia tan sólo de hechos particulares. “Y por este motivo la poesía es más filosófica y esforzada empresa que la historia, ya que la poesía trata sobre todo de lo universal, y la historia, por el contrario, de lo singular”. Recordemos que en el mundo de los griegos, la filosofía era un saber universal por su tema y radical por su método. El tema de la literatura también es universal, de ahí su semejanza con la filosofía.

La novela en sus orígenes, según Lukács, muestra fundamentalmente a una sociedad burguesa en ascenso, pero asimismo refleja su degradación con respecto a los valores tradicionales considerados como fundamentales para el buen y sano convivir entre los hombres. La novela refleja un mundo problemático, con héroes que muchas veces ya no son los individuos aislados, como en los viejos romances europeos, sino que ahora son también los pueblos, que no siempre se dirigen hacia nobles ideales. Pueblos guiados muchas veces por líderes equivocados que luchan tan sólo por intereses inmediatos en el tiempo como son el enriquecimiento fácil y el poder o el “avance”, como se le llamó al saqueo y la rapiña en la Revolución Mexicana.

En *Sociología de la literatura*, Lukács afirma que la tarea del artista consiste en hacerse consciente y reproducir la realidad que se desarrolla de un modo partidista. El contenido de la novela es la historia del alma que sale para conocer el mundo exterior en busca de aventuras y, en esas aventuras, encontrar su propia esencia. Se descubre un mundo externo caótico, “dejado de la mano de Dios”, falto de sustancia, poseído por “héroes demoníacos”, y un mundo incomprensible que parecía diáfano y transparente como el cristal, pero al que en el fondo no se le encuentra camino de salvación.

En la novela mexicana de fines del siglo pasado, fue disminuyendo importancia, pureza de estilos, formas y temas venidos del extranjero, especialmente de Europa; lo propio adquirió valor, lo popular y autóctono dieron vida al nuevo arte, el pueblo y sus anhelos se convirtieron en fuente inagotable para la producción literaria.

Con el movimiento de 1910, escritores e intelectuales mexicanos se vieron fuertemente sacudidos por su realidad, no por la de otros tiempos y lugares que no eran los propios; quisieron dejar para la posteridad esa realidad reflejada en su obra, se esforzaron en reproducirla “tal como fue”, con toda su vivacidad y dramatismo; surgió así una nueva literatura, que intentó captar el movimiento revolucionario en sus diversas caras.

Los novelistas no se propusieron escribir historia, sino precisamente eso, novela, por lo tanto que no se sintieron obligados con la veracidad ni con la objetividad, siempre relativas, a las que se debe el historiador. Los novelistas armaron los hechos a su manera y le dieron su propia interpretación artística, no histórica.

En las novelas de la Revolución Mexicana aquí abordadas, quedó registrado, a menudo con los márgenes de libertad o parcialidad que se permite el autor, el

movimiento armado de 1910, y se mezclaron los elementos antagónicos pero complementarios de lo que sucedió en la realidad de ese tiempo y de lo que el escritor quiso que en su obra sucediera; sucesos en los que el autor fue a menudo actor del episodio que le interesó aprehender en su creación, y que por tal intransferible razón narra una historia viva y cercana de la Revolución. El creador conoce, ha sido testigo o se ha mantenido muy cercano a las condiciones sociales concretas del México de 1910, a las ideas que dominaban el pensamiento y guiaban las acciones de los hombres de ese tiempo: ideología, constelación de valores diversos y en ocasiones hasta contradictorios. A través de esa corriente testimonial y mediante la hechura artística, es posible conocer la ideología de la época y asimismo la del escritor.

En la medida en que la Revolución Mexicana supuso una lucha de clases sociales, unas en ascenso y otras en decadencia, la Novela de la Revolución inevitablemente significa y expresa —así sea como subproducto de su elaboración artística— esa lucha de clases; una lucha en que la toma del poder político equivalía al triunfo para algunas de ellas, en tanto que otras fuerzas luchaban porque se realizara, como producto de su acción, una profunda revolución económica y social.

Aunque los escritores no se lo hubieran propuesto, en las novelas se mezcló la literatura y la historia; en ellas la imaginación y la realidad difícilmente marcaron sus fronteras, lo anecdótico y lo trascendente se cruzaron; en fin, fueron obras en donde el autor y el actor no solamente se mezclaron, sino que se unieron en uno solo.

La vieja cultura colonial poco a poco se disolvió en el tiempo. El triunfo del mestizo y con él el nacimiento de una nación dominaron todos los ámbitos; empezó a surgir una nueva cultura y una incipiente conciencia nacional, que se vieron sacudidas por un fuerte movimiento revolucionario.

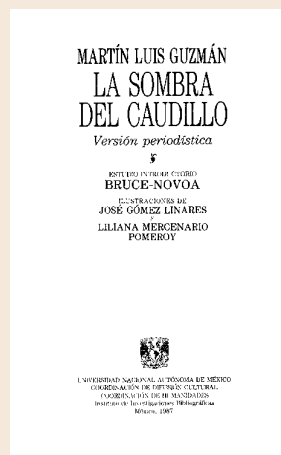
La nueva literatura mexicana, la plasmada a través de las novelas de la Revolución, es fundamentalmente histórica, política, popular. Penetró de diferentes maneras en los poros de la nueva sociedad, animó a sus simpatizantes y reprimió a sus adversarios, se extendió por diversos lados y se multiplicó de manera asombrosa.

Todo lo que había sido reprimido o disfrazado, encontró una fuente casi inagotable para salir a la luz a través de las novelas; por medio de ellas se hizo la crítica que antes sólo se hacía a través de periódicos y caricaturas, y que era considerada como subversiva y desleal; se trató de una literatura que denunció, a la manera de cada uno de los escritores, la realidad que se vivía y, aunque no siempre de manera explícita, dejó entrever la realidad social por la que según los escritores se luchaba.

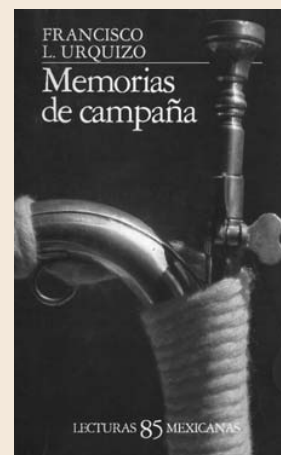
El escritor se vio impulsado a escribir y crear un nuevo tipo de literatura; habían cambiado las condiciones sociales de la realidad mexicana, era necesario crear una nueva literatura que acompañara estos cambios. Varios de los escritores de las novelas de la Revolución carecieron de una preparación literaria propiamente



Los de abajo



La sombra del caudillo



Memorias de campaña

te dicha, tuvieron que crear un nuevo estilo, una nueva temática que les permitiera lanzar un mensaje político a las clases sociales.

Las novelas de la Revolución no significan solamente una nueva temática y estilo literarios, significan toda una producción política e ideológica que responde y acompaña a los cambios económicos de la sociedad mexicana. El análisis de las novelas de la Revolución permite conocer este movimiento, a través de los efectos que provocó en el mundo de las ideas, manifiesto en la literatura.

Las primeras novelas de la Revolución Mexicana aparecen como obras testimoniales de escritores que, de una u otra manera, habían participado en ella. Desde entonces hasta nuestros días la Revolución armada sigue siendo tema de inspiración de muchas obras, aunque ya no se trate de obras testimoniales escritas por participantes u observadores directos. Es difícil señalar el periodo que abarca la llamada Novela de la Revolución Mexicana, pues si se considera como tal cualquiera que tenga a la Revolución como fondo, entonces este ciclo jamás será cerrado totalmente; lo mismo pasa con cualquier otro tipo de novela que se refiera a algún hecho histórico.

Hay quienes inician este periodo con la obra *Tomóchic* (1893-1895) de Heriberto Frías, o con la obra de Mariano Azuela *Andrés Pérez Maderista* (1911), aunque hay quienes no la incluyen dentro de la Novela de la Revolución por considerarla del género costumbrista que se cultivó durante el Porfiriato, y que únicamente señalaría la psicología oportunista del protagonista que participa en el movimiento maderista, al darse cuenta que éste no provocaría ningún cambio social peligroso; posición idéntica a la que tomaron muchos advenedizos y convencidos que participaron de última hora en la Revolución. Algunos cierran este ciclo con las

obras que se refieren a la caída de Carranza (1920); entonces quedarían fuera buena parte de la obra de Martín Luis Guzmán que escribe sobre los tiempos posteriores a Carranza, los de Obregón y Calles; otros cierran el ciclo con la revolución cristera.

Frente a las diversas opiniones que existen, yo elegí las novelas que narran el periodo armado que va de 1910 a 1917, y otras más que abarcan hasta la época de Obregón y Calles, como la *Sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán, y que fueron escritas por testigos del movimiento armado.

La mayoría de estas novelas se caracteriza por su condición de memorias; a través de ellas cada autor dio a conocer su intervención en la Revolución. José Luis Martínez dice en *La novela de la Revolución*: “El género adopta diferentes formas, ya el relato episódico que sigue a la figura central de un caudillo, o bien la narración cuyo protagonista es el pueblo; otras veces se presenta la perspectiva autobiográfica y, con menos frecuencia, los relatos objetivos o testimoniales”.

Los novelistas no escribieron desde la perspectiva de una auténtica clase social ya consolidada, lo hicieron desde una clase media en ascenso que, movida por un sentimiento compasivo, se dolía de los oprimidos por la vieja élite. Clase media más o menos ilustrada que veía con gran temor, y a la vez compasión, lo que estaba sucediendo bajo el gobierno de Díaz y su grupo de científicos. Temor por lo que podría suceder, y que finalmente sucedió, un gran movimiento social en donde los implicados dieran rienda suelta a la violencia y la barbarie. Compasión por “los de abajo”, cuya situación no podía ser prolongada más, y que era ya irresistible para cualquier ser humano.

Los autores aquí incluidos son Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, José Rubén Romero y Agustín Vera, quienes cronológicamente pueden agruparse en un primer grupo. Los otros son Francisco L. Urquiza, José Mancisidor, Nellie Campobello, Gregorio López y Fuentes, Rafael F. Muñoz, Mauricio Magdaleno, Miguel N. Lira, Francisco Rojas González y Jorge Ferretis, quienes integran un segundo grupo.

Los dos grupos representan una variedad de actores o testigos de la Revolución, que dejaron a la posteridad la narración dramática de una experiencia vivida; en las narraciones las traiciones surgen por doquier, traiciones tanto a los personajes históricos reales como a los personajes literarios ficticios; aparecen las madrugadas frías en pleno campo de batalla, los fusilamientos a granel y de a montón, la actitud firme de “los Juanes” y sus soldaderas frente al peligro; la destrucción de los pueblos y las haciendas; el adolescente y el hombre maduro que sin darse cuenta se ven envueltos en el torbellino de la Revolución, el hombre anónimo que se ve ascendido hasta general, para regresar después, si antes no lo matan, al anonimato del que salió; las mujeres que ven asesinar a sus hombres sin que se mueva un solo músculo de su cara, los niños que horrorizados se aferran a las faldas de su madre al ver que los soldados se llevan a su padre.

En la introducción que hace Antonio Castro Leal a su *Antología de la novela de la Revolución Mexicana*, escribe:

[la novela presenta] el cuadro de la Revolución en toda su complejidad, al mismo tiempo pintoresca, conmovedora y trágica: choques sangrientos de facciones enemigas, regocijos de la vida de campaña, formación de ejércitos improvisados, ataques a las ciudades y atropellos a las poblaciones pacíficas, intervención extranjera y complicaciones internacionales, asaltos y saqueos, héroes que se sacrifican y vividores que medran, angustias de la población civil y holocaustos de juventudes militares, cambios psicológicos y cambios sociales, hombres generosos que querían salvar a los pobres y que —al enriquecerse— olvidan sus convicciones; todo un pueblo que se levanta desde la servidumbre hasta el libertinaje, desde la ilegalidad hasta la Constitución de 1917, reivindicaciones que se extreman en venganzas, masas que forjan en la lucha los principios que las guían, movimiento unánime y violento que —dueño ya de la situación— retarda el triunfo y la organización final mientras que se despedazan los caudillos rivales impulsados por la ambición de poder.

Este mosaico aparece en las novelas de la Revolución Mexicana. En cada una de ellas el autor intenta encontrar el hilo conductor que le permita imponer orden al caos de la realidad en la que vive.

Las ideas políticas y las actividades a las que se dedicaron los novelistas, además de escribir, fueron diversas. Van desde médicos como Mariano Azuela, abogados como José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, hasta autodidactas como José Rubén Romero, pasando por militares como Francisco L. Urquiza y periodistas como Gregorio López y Fuentes. Se revisaron escritores de filiación villista como Azuela; carrancistas como Martín Luis Guzmán aunque después renegó del mismo Carranza y quiso saldar su deuda de gratitud con Villa escribiendo *Las memorias de Pancho Villa*; zapatistas como Gregorio López y Fuentes; nacionalistas convencidos como Vasconcelos; socialistas como José Mancisidor; todos con una gran habilidad y fina sensibilidad para captar los hechos y los hombres y después escribir acerca de ellos.

Las novelas seleccionadas presentan una posición intermedia entre la novela auténtica y un informe de experiencias personales. Entre los escritores aparecen diversos estilos y calidades, pero nadie superó a Mariano Azuela en su narrativa sobre el México revolucionario; a pesar del pesimismo de Azuela al interpretar a su pueblo y a su época, desarrolló admirablemente su capacidad de atención y la agudeza de su conciencia crítica. En una muy personal mezcla de realidad objetiva y subjetiva, Azuela logró una creación intensa y rica.

Las novelas permiten darnos cuenta de una infinidad de temas; en este trabajo daré sólo un breve “muestrario”. Por ejemplo, se narra la adhesión y admiración de

los hombres que lucharon en la Revolución hacia un jefe, un caudillo, un cabecilla que los dirigía en la lucha y a quien habían prometido fidelidad y lealtad eternas. No siempre se identifican con caudillos reales como Madero, Villa, Zapata, Carranza, Orozco.

Sobre Madero se escribió poco, probablemente por el breve tiempo que estuvo en la Presidencia. José Vasconcelos lo describe así:

No era Madero un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el proceso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos. No era anticlerical ni jacobino y sí liberal tolerante con programa agrario. Creía en el poder del espíritu sobre el complejo de las cosas y de los sucesos. Era, en suma, una de esas figuras llamadas a forjar la historia, en vez de seguir sus vericuetos oscuros (José Vasconcelos: *Ulises criollo*).

Sin embargo, igual que muchos contemporáneos de Madero, también en las novelas se dudó de su poder político frente a la gran figura que durante más de treinta años había significado Díaz:

El chaparrito Madero ha prometido el oro y el moro, y como no podrá cumplirlo, lo descabezarán un día cualquiera... Ya verá usted. Ya verá usted. Que dizque democracia..., que sufragio efectivo y no-reelección... ¡Mmm! ¡Si don Porfirio, que tenía duro el colmillo —y no se tentaba el corazón, no pudo, menos va a poder ese pedazo de cristiano que ahora está en la sillita! (Mauricio Magdaleno: *El resplandor*).

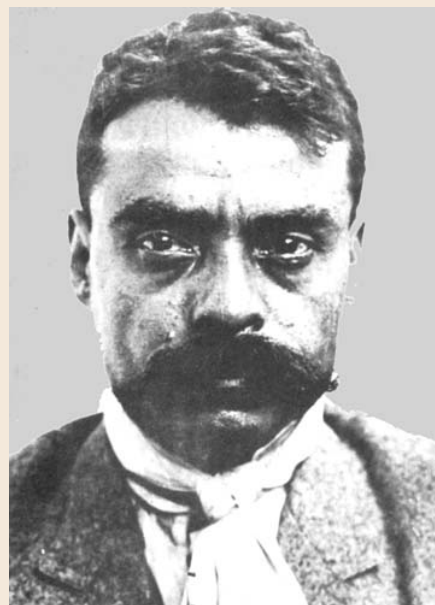
La figura de Zapata ocupa en las novelas de la Revolución un lugar más modesto que Villa; tal vez esto se explique por el hecho de que la mayoría de los escritores fueron partícipes en ella en los ejércitos del norte, que era una región revolucionaria más importante que la del sur, en donde Zapata y sus hombres libraban importantes combates guerrilleros con los federales, pero no batallas decisivas como las del norte.

Sobre Zapata escribe Francisco Rojas:

—A ese hombre lo siguen los probes como a un dios porque a su sombra despierta el descontento de los de abajo y nace el miedo de los encumbrados. A un grito de él, la rebelión ha nacido en el sur de México y hoy día no hay quien la detenga: es ya un torrente que todo lo arrastra y destruye (Francisco Rojas González: *La negra Angustias*).



Francisco Villa



Emiliano Zapata

A Francisco Villa, las novelas de la Revolución lo muestran enigmático y feroz, justo y caprichoso, humanitario y vengativo, grande y admirable en su brutalidad, poseedor de todos los atributos humanos. Mariano Azuela habló de Villa:

—¡Ah, Villa!... La palabra mágica. El gran hombre que se esboza, el guerrero invicto que ejerce a distancia ya su gran fascinación de boa (Mariano Azuela: *Los de abajo*).

A Villa se le llamó el Napoleón mexicano, el caballero azteca que cayó sobre la cabeza de Huerta, el gran guerrero que puso en apuros a los ejércitos de Carranza y Obregón. Hombre a quienes muchos no conocieron, pero cuyo nombre hacía sentir a los hombres poseedores de esa energía y voluntad del Centauro del Norte.

Carranza es el personaje menos mencionado en las novelas. Martín Luis Guzmán lo describe como un “hombre viejo y terco que no cambiaría jamás”, siempre haría caso a las alabanzas y no a las acciones, al servilismo y no a la capacidad, hombre que hasta la muerte sufriría, atraído por pequeñeces y ruindades como lo era él mismo. “Su frialdad calculadora —a eso llaman los turiferarios dotes de gran estadista— le servía para calcular lo chico, no lo magno, con lo que echaba a perder sus mejores momentos (Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente*).

Las novelas no presentan a la Revolución a través de obras monumentales, lo hacen con cuadros y episodios vivenciales, unidos todos, el autor y los protagonis-

tas de su obra, en una causa común. La vida privada de los hombres desaparece ante el hecho social que se desarrolla; no importan sus vidas, importan sus hechos en el campo de batalla y los autores los narran a través de un lenguaje sencillo y popular; aunque sean muy pocos los “letrados” que puedan leerlos. “¿Para qué los nombres? No importa el nombre del general. No importa el nombre del soldado. Somos la masa que no necesita nombres ni para la hora de la paga, ni para la hora de la comida; vaya, que ni para la hora de la muerte”. (Gregorio López y Fuentes: *Campamento*).

Otro asunto que se aborda en la Novela de la Revolución es la sensación que tuvieron los hombres, al menos en los inicios del movimiento, de pertenecer a algo más que a “la peonada”, de estar unidos por un lazo distinto que el de trabajar de sol a sol para el mismo patrón. Se estableció entre ellos una solidaridad y ante un caudillo una fidelidad que tan sólo fue rota por la traición. Entre los hombres creció un sentimiento de destino compartido para luchar en favor de las masas populares, principalmente los campesinos; para ello no se escatimó, según las novelas, el valor y el sacrificio de los hombres y de sus líderes en el campo de batalla. “La revolución, que en su primera sacudida mezcló nuestras capas sociales y despertó en los de abajo la esperanza de una igualdad por tanto tiempo ambicionada”. (José Rubén Romero: *Desbandada*).

En las novelas de la Revolución Mexicana no podía faltar la mujer. En las novelas la mujer aparece como un ser sin nombre ni rostro, anónimo y secundario, aunque siempre presente; la compañera inseparable del soldado con quien comparte su destino, un “artefacto masculino” que se toma y se abandona cuando ya no es útil ni necesario. Un ser sin ubicación propia, no así en los corridos de la Revolución en los que la mujer ocupa un lugar importante y que generalmente lleva su propio nombre como título. En las novelas se encuentran personajes femeninos nobles y simpáticos, fieles la mayoría de las veces a sus hombres, pero nada más.

Una de las características propias de la Revolución Mexicana fue el que un grueso número de mujeres se incorporó directamente a ella, compartiendo con los hombres los momentos de batalla y los de descanso. Surge la figura de la soldadera mexicana que junto a los hombres, y al igual que ellos, toma parte de los combates; pero en las novelas aparece su figura como deslucida, atrás del hombre, perdida en su sombra. “—¡Éstos cargan con todo lo que encuentran! —completó Flora. Hasta pa peliar buscan primeramente naguas que carabinas”. (Jorge Ferretis: *Tierra Caliente*).

Azuela presenta varias figuras femeninas entre las que sobresalen “la pintada”, Camila y la mujer de Demetrio Macías, quien ni siquiera nombre tiene. Se trata de figuras femeninas muy diferentes. “La pintada”, mujer alegre que se une a quien le ofrezca mayor paga y cómoda vida, capaz de matar si alguien intenta quitarle

a “su hombre”, como lo hizo con Camila, campesina ingenua y noble que al ser engañada por Cervantes es entregada a Macías, para después poco a poco irle “cobrando voluntad”, tanta que hasta se negó después a abandonarlo.

Aparece también la figura de la mujer bella, elegante, refinada y romántica, alrededor de quien se teje una historia que sucede al margen de la Revolución. O la que evoca recuerdos al escritor, como la Adriana de José Vasconcelos. O la mujer prohibida que es capaz de dominar al general Felipe Rojano, como sucede con Gabriela en *La escondida*. O la madre cariñosa y tierna dispuesta a prodigar siempre sus caricias y cuidados, como lo hace la madre de Nellie Campobello en *Las manos de mamá*.

Nellie Campobello así describe a su madre:

Esbelta como las flores de la sierra cuando danzan mecidas por el viento.

Su perfume se aspira junto a los madronios vírgenes.

Su forma se percibe a la caída del sol en la falda de la montaña.

Era como las flores del maíz no cortadas y en el mismo instante en que las besa el sol.

Un himno, un amanecer, toda Ella era. Los trigales se reflejaban en sus ojos cuando sus manos, en el trabajo, se apretaban sobre las espigas doradas y formaban ramilletes que se volvían tortillas húmedas de lágrimas (Nellie Campobello: *Las manos de mamá*).

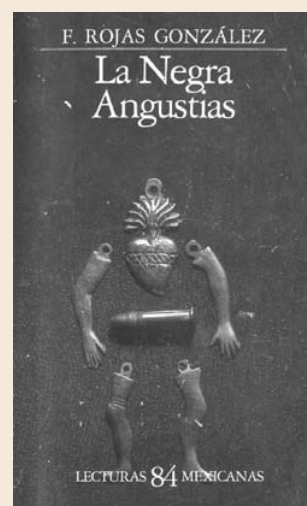
La negra Angustias es una magnífica excepción, pues la protagonista es una mujer que defiende la causa noble por la que lucha, y además defiende a las de su género. Brava mujer que siempre defendió a las mujeres, hasta a las prostitutas a quienes los hombres de su regimiento no querían pagar sus servicios:

—¡Págale, Güitlacoche!

—Pero mi coronela —respondió el capitán—, parece mentira que usted se cargue mejor del lado de las güilas...

—Págale y cállate el hocico —dijo la mulata—. Las güilas merecen más respeto que todas las otras... Éstas se revuelven con los machos por dinero, aquí no hay amor ni brama... Hay hambre, no ganas. Ellas cobran por soportar la peste y la brutalidad; lo otro no les importa... ¡Págale Güitlacoche!

En un rincón suspira el Bicicleto:



—Lástima que el más hombre de todos sea mujer (Francisco Rojas González: *La negra Angustias*).

La ausencia de firmes convicciones por las que se luchaba y al lado de quién se hacía, parece ser un fenómeno presente en los hombres, tanto los que integraban los diversos ejércitos revolucionarios como los “pelones” federales.

Tal parece que la gigantesca ola que fue la Revolución, especialmente en la zona norte del país, arrastró a los hombres sin darles tiempo ni oportunidad de decidir su destino. Ya en la revuelta ellos mismos se preguntarán por qué están ahí, al lado de quién luchan. Entre ellos mismos se reprochan la falta de convicciones políticas, carencia que los hace “cambiar de chaqueta” en el momento necesario, sin importar el bando. De lo que se trataba era de aprovechar la oportunidad para obtener el mayor provecho propio.

—Tengo la franqueza de sacar la cara por los federales que se han rendido, Naturalmente, la cabra busca al monte...

—¿Lo dices porque fui rural? No es una vergüenza. Nos tocó en suerte haber quedado de la otra orilla, pero rectificamos a tiempo nuestra conducta y creo que hemos peleado al menos como ustedes.

—Pues yo, en la primera oportunidad, zafo el hombro.

—¿Y qué hará la revolución sin usted, capitán de dedo?

—¡Lo que hacía sin usted, chaquetero! ¡Triunfar! (Gregorio López y Fuentes: *Campamento*).

Sin embargo los hombres, cualquiera que fuera el bando en el que estaban, en momentos de calma tenían la suficiente capacidad de reflexión sobre su situación y sobre lo que estaban haciendo, y entonces aparecía el remordimiento y la pena por lo que hacían al matar al “otro”, al que ni siquiera conocían y de quien no habían recibido ningún agravio, Pero entonces ¿quién era el responsable de ese caos?

—...hemos matao muchos prójimos..., nos dijeron que íbamos a peliar contra los ricos...; pero pos... lo que yo miro es que nos matamos casi puros probes...

—Yo no sé, de verdad, ni pa qué peliamos..., pero pa' algo ha de ser..., alguien ha de tener la culpa... (Jorge Ferretis: *Tierra Caliente*).

La ausencia de “intelectuales orgánicos” —en palabras de Gramsci— tanto en los ejércitos revolucionarios como en los federales, está presente en las novelas. Y los que llegaron a las diversas facciones sólo despertaron desconfianza y absoluta incomprensión, pues hablaban en un lenguaje que probablemente ni ellos mismos entendían.

Así les hablaba un tal Pérez Gómez a los hombres de la coronela Angustias:

[...] comprender a fondo las doctrinas emancipadoras de Rousseau, Juan Jacobo; la tóxica satírica de Voltaire, Francisco María Arouet; las sutilezas malvadamente sabias de Maquiavelo, Nicolás; las atrevidas y enmarañadas ideas de los intérpretes del pensamiento actual: Comte, Augusto; Weber, Max; Simmel, George..., y hasta las pintorescas y utópicas de ese judío que se llama Carlos Marx (Francisco Rojas González: *La negra Angustias*).

Entender todo esto era lo único que le faltaba a las tropas de la mulata Angustias, y tal vez a todos las demás facciones, para que su lucha fuera un auténtico movimiento revolucionario. A este recién convertido y “nuevecito” revolucionario, advenedizo como hubo tantos que “desinteresadamente” se unieron a la defensa de los “nobles ideales” de la Revolución, Concho, un hombre de la mulata Angustias, menos erudito que Pérez Gómez pero más sabio que él, le respondió: “—Pos ora sí, patroncito, que cada quien tiene su modo de matar pulgas” (Francisco Rojas González: *La negra Angustias*).

Sin embargo, la Revolución era algo más, algo que animaba a los hombres a la lucha y que, a pesar de sus errores, pasiones, locuras, odios y deseos de sangre, a pesar de los propios hombres significaba algo más que la venganza. Así se lo dice el general orozquista Marcos a Álvaro, el recién ingresado al ejército de “los colorados”:

—Pero no estamos peleando por venganza, Alvarito. La Revolución es algo más, algo tan grande que nos exhibe a los hombres en toda nuestra insignificancia: es la inconformidad del pueblo con su miseria. Cuatrocientos años trabajando para recibir en pago el hambre que lo enerva, que lo debilita, que lo agota, El hambre, esa punta de hierro hundida en el vientre. Las generaciones nacen y mueren con hambre, sin haberse sentido hartas nunca. Hasta que se arranquen del vientre aquel hierro que en sus manos se convierte en arma para luchar contra su enemigo. Eso es la Revolución (Rafael F. Muñoz: *Se llevaron el cañón para Bachimba*).

En las novelas surge la antinomia de una sucesión fatalista de la historia y una posibilidad, aunque débil en un principio, de intervenir conscientemente en ella; esto se deduce de la descripción que se hace de las circunstancias que rodean a los acontecimientos, el carácter dramático de la acción de los protagonistas, el diálogo que la acompaña.

Ese fatalismo y ausencia de voluntad se lee claramente en Azuela, a través de un breve diálogo que Demetrio Macías tiene con su esposa:

—¿Por qué pelean ya Demetrio?

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se para... (Mariano Azuela: *Los de abajo*).

¿Y qué se lee en las novelas sobre el indio? Vasconcelos y su ideal del hombre criollo y mestizo, manifiesta en sus obras un cierto recelo hacia las masas populares, hacia los indios y su “aztequismo”. Vasconcelos asegura que mientras los indios no sean educados:

[...] subsistirá el sistema de sacrificios humanos, así se llame Victoriano Huerta o Plutarco Elías Calles el Moctezuma en turno. Todo esto sentía latir Madero

bajo la costra de la democracia que implantaba (José Vasconcelos: *Ulises criollo*).



José Vasconcelos

Los yugos de la ignorancia y la superstición eran las únicas propiedades que se les reconocían a los indios. La ignorancia fomentada por las autoridades civiles y la superstición por las eclesiásticas. Los mismos escritores reconocen en los indios esas condiciones, critican al cura y al cacique pero también los critican a ellos. Las injusticias que los “de razón” cometían con los indios, despertaban en los escritores sentimientos de vergüenza y rebeldía, pero nada más.

Cena de cortesanos más que de rebeldes, cristales de Baccará, lozas de China, mantelerías de Bruselas, flores sobre la mesa desmayándose con languideces de mujer, y nosotros, remendados y tristes, vendiendo como Esaú, nuestros principios por un plato de lentejas.

Allí fraternizábamos con los ricos ante el halago de una mesa opípara, olvidando nuestras ideas igualitarias, mientras nuestros compañeros de lucha se agrupaban friolentos y humildes en los corredores de la casa, después de haber tomado por todo banquete su porción de tortillas y de frijoles, como cuando eran siervos pacíficos de la Dictadura (José Rubén Romero: *Apuntes de un lugareño*).

Otras novelas critican duramente las maneras como se hizo política en el periodo posterior a la revolución violenta, especialmente en los años de Carranza, de Obregón y de Calles; obras en las que se criticó el ejercicio que se hizo de la política dentro de un sistema social corrupto, corruptos tanto las instituciones como los hombres, todo en manos de unos cuantos también corruptos.

...si no le madruga usted a su contrario, su contrario le madruga a usted, ¿qué pasa cuando los buenos tiradores andan acechándose pistola en mano? El que primero dispara, primero mata. Pues bien: la política en México, política de pistola, sólo conjuga un verbo: “madrugar” (Martín Luis Guzmán: *La sombra del caudillo*).

Al triunfo de la Revolución ya no eran necesarios ni los Villa ni los Zapata. Ahora se necesitaban los Carranza y los Obregón, “hombres de ideas” que harían realidad los proyectos revolucionarios a través de sus gobiernos y sus acciones, como lo fue la Constitución de 1917.

Pareciera que con la Constitución de 1917 la lucha armada llegaba a su fin. ¿Significaría esto el verdadero triunfo de la Revolución?

La revolución contaba con un código agrario y toda una legislación del trabajo. Tierras y una vida humanizada quedaban prescritas para siempre, Los millones de muertos que en la guerra habían caído los habían convertido en ley. Esta era su victoria... (José Mancisidor: *En la rosa de los vientos*).

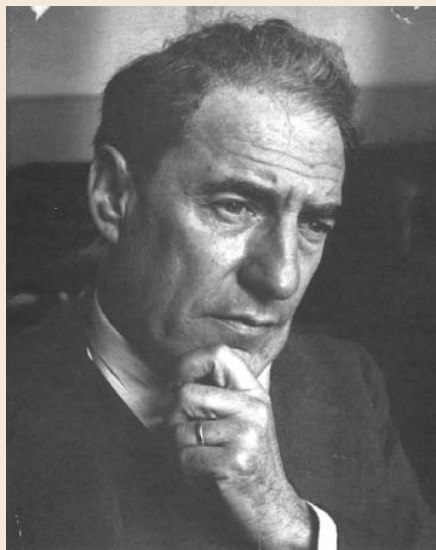
Ahora se pensaría en la paz, en la seguridad del porvenir, en la posesión y trabajo de las tierras y la seguridad en el trabajo. Pero pasaron meses y nadie de los que podían hacerlo pensaban en cumplir lo ofrecido. Las leyes son las leyes pero no siempre se cumplen y también pueden ser violadas:

¿Que existía una ley agraria que hablaba del retorno de la tierra a sus dueños verdaderos? ¡Bien! No se negaba..., pero tampoco se cumplía. Las leyes son a veces un cebo para pescar incautos o un compromiso impuesto por las circunstancias... (José Mancisidor: *En la rosa de los vientos*).

El abuso del poder y la explotación de los campesinos, continuaron de manera tal que no hubo diferencia con las condiciones en las que vivían bajo el gobierno de don Porfirio Díaz. Entre las novelas que denunciaron esta situación, podemos citar *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán y especialmente *Resplandor* de Mauricio Magdaleno, novelas en las que se observa que el problema principal

del campesino, por el que él mismo luchó en los ejércitos revolucionarios, problema que todos le prometieron resolver, quedaba sin solución: la devolución de la tierra; todo se guardaba en documentos y resoluciones presidenciales, que se “perdían y olvidaban” entre querellas de políticos. El problema de la devolución de la tierra que era lo que había motivado a los campesinos para unirse a la lucha, nadie lo había resuelto de manera efectiva como lo establecía la Constitución de 1917.

Igual que en tiempos de don Porfirio, el peón seguía aún tímidamente preguntándose cómo era que él no tenía tierra ni derechos iguales ante la ley; ahora había que utilizar nueva táctica, ya no la leva o la masacre como lo hacía el presidente Díaz: convencer al campesino que la devolución de su tierra se haría después, una vez que la Revolución se hubiera logrado cabalmente, pues todavía seguía en marcha ascendente.



Martín Luis Guzmán

—Lo bueno hubiera sido no dejar que el patrón regresara a la hacienda o que se le hubiera puesto la condición de darnos tierra y libertad para trabajarla,

—Eso no podía ser. La propiedad es sagrada. El que tiene chiche, mama, y el que no, se cría sanchito...

—Mire, compa; yo he oído algo de eso de las tierras, que fueron de no-

sotros y que nos las han quitado los abogados. Tengo la idea, pero no sé discursar, ¡Qué desgracia la de no conocer las letras! (Gregorio López y Fuentes: *Tierra*).

Se aprecia en los escritores una inconformidad y una desconfianza hacia los nuevos derroteros que toma el país. Muestran desilusión y desprecio por un movimiento que no los reconoció como a los más capaces, como aquéllos que debían guiar los destinos del pueblo, que los hizo a un lado para dar paso al general en turno.

En algunas novelas se manifiesta una clara defensa por la patria y el pueblo mexicanos frente a la intromisión de otros pueblos, especialmente los Estados Unidos de Norteamérica; pueblo éste cuyo imperialismo fue resentido por muchos mexicanos.

Varios de los escritores, por ejemplo Martín Luis Guzmán, estuvieron refugiados en algunas poblaciones de los Estados Unidos, donde el magnetismo de los comercios atraía a los mexicanos de manera dominante; donde el orden, la limpieza y el derroche contrastaban con los pueblos mexicanos empobrecidos y asolados por la guerra. Sin embargo, la crítica no se hace esperar: los comerciantes del otro lado se ofrecían inmediatamente a proveer a los ejércitos sin importar el bando, lo que importaba era el gran negocio de la guerra.

Los de Nogales nos equipaban para la vida y para la muerte; igual nos daban el vino que se consumía en las fiestas oficiales de la Primera Jefatura que los tiros con bala de acero o bala expansiva para nuestras pistolas, lo uno y lo otro a cambio de los papelitos impresos que nosotros les entregábamos a guisa de moneda, y que luego les servían a ellos para llevarse los restos de la riqueza que la Revolución malbarataba por razones imperativas y porque era “riqueza de los científicos” (Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente*).

Asimismo, el nacionalismo se manifiesta frecuentemente en las novelas, donde el sentido de patria se coloca más allá de toda ideología y partido político revolucionario, como se lee en *Frontera junto al mar*, donde Mancisidor narra cómo se unieron federales y revolucionarios en un propósito común: expulsar al soldado yanqui de nuestro país cuando éste invadió las costas veracruzanas en 1914, durante el gobierno de Victoriano Huerta.

Aquí se unen todos, los aliados de Huerta y sus opositores para defender al puerto y expulsar al invasor extranjero. Hasta “Chespiar”, el anarquista convencido, olvida sus ideas de rechazo a todo tipo de gobierno y su negación del concepto de pueblo limitado por fronteras convencionales, y lucha junto a una voluntad única: salvar a la patria y al pueblo:

—No —denegó Chespiar con gesto enérgico—. Ahora no me equivoco. Pude creer que me daría lo mismo que los gringos o los Huerta ganaran la partida, porque no supe descubrir que por encima de Huerta y los mezquinos móviles que a aquéllos impulsan está el pueblo... ¡El pueblo! Esa cosa indefinible a veces, intangible en otras, pero existente... ¡El pueblo!... (José Mancisidor: *Frontera junto al mar*).

Pero esa patria y ese pueblo fueron traicionados y abandonados al triunfo de la Revolución. A la Patria, a la Revolución, al Pueblo se les cantan himnos y loas y se les hacen homenajes todos los años, pero no se hace nada por ellas ni por él.

La Patria, más triste que sus hijos, encomendó a Juan un mensaje para los mexicanos posrevolucionarios: “—Camina Juan... díles que me canten menos... y que me miren... más...” (Jorge Ferretis: *El sur quema*).

La Patria se siente traicionada, utilizada como excusa para medrar y traicionar; ¿dónde quedaron los nobles anhelos por los que se había luchado en la Revolución? La injusticia era lo que reinaba por todas partes:

Cerca de la estación [Morelia], al pasar frente a la estatua de la Justicia, pude por fin tomar un coche. Cuando me acomodé en el asiento y solté la maleta me pareció que la Justicia quería arrancarse la venda de los ojos, tirar en malhora las balanzas y emprender también el camino, sin rumbo, con el anhelo imposible de encontrar un país donde no se le venda o no se le burle (José Rubén Romero: *Apuntes de un lugareño*).

Pero no todo estaba perdido. A los hombres siempre les queda la esperanza de que se puede vivir en un mundo mejor, si no uno mismo entonces nuestros hijos que vienen después, siempre y cuando los hombres encuentren sus destinos y “dejen de andar como locos”.

Él [Ponciano] tendría tiempo para enseñar muchas cosas al suyo [su hijo]. Le diría que el mundo está loco; que los hombres ya no pueden con la civilización. Que no saben qué quieren. O más bien, que los pobres ya no son capaces de querer nada, porque se les ha desteñido la intención y se les ha enmugrado la esperanza (Jorge Ferretis: *El sur quema*).

A pesar de que la esperanza estaba “enmugrada”, manchada, todavía quedaba la posibilidad de encontrar otro camino que no fuera nuevamente la violencia y el matarse hermanos contra hermanos, como había sucedido en la Revolución de 1910. Pero al lado de la esperanza está también la amenaza de que si nosotros los hombres, tanto “los de arriba” como “los de abajo”, no encontramos qué es lo que queremos y hacia dónde vamos, la manera en que solucionaremos este problema será otra vez a través de la violencia. Recordemos el final de *Los de abajo*: “Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...” (Mariano Azuela: *Los de abajo*).

Concluyo este ensayo con una serie de reflexiones sobre la Revolución, la historia y la novela. La Revolución sigue y seguirá siendo objeto de estudio y de análisis de muchos mexicanos y no mexicanos interesados en el tema. Ojalá que el interés y la curiosidad que la Revolución despierta en nosotros, se acompañe del propósito de entender el pasado, corregir errores, y evitar nuevos sufrimientos al pueblo mexicano. Sin esto, de poco servirá la historia.

En repetidas ocasiones la lectura de las novelas de la Revolución produce sensaciones de perplejidad. Alfonso Reyes al referirse a la Revolución de 1910, y compararla con la de Reforma del siglo pasado, dice: “Nació casi ciega y, como los

niños, después fue despegando los párpados. La inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan sólo la padece, mientras llegue el día en que la ilumine...”

En las novelas se criticó la conducta de “los revolucionarios”, no a la Revolución que fue traicionada por los hombres. Estos escritores no fueron contrarrevolucionarios, intentaron rescatar los fundamentos liberales de la Revolución que se levantó en contra del sistema porfirista. Los novelistas intentaron encontrar el justo medio entre los extremos, fueron conservadores, se presentan como gente preparada con gran fuerza moral y decencia, que puede llegar hasta el sacrificio y la renuncia, pero que no se apasiona ni se entrega desenfrenadamente y sin razón. El novelista es un “héroe” correcto pero no heroico, en él predominan los prejuicios conservadores, es el que entiende lo que se halla diseminado y sin control, por ello se sienten con derecho de ocupar la cabeza. En cambio, los líderes populares son apasionados, tienen el propósito de aniquilar al contrario, vivir el presente ante la incertidumbre del porvenir, hacer hoy lo que siempre les fue prohibido, tomar lo que siempre les estuvo vedado.

Los ideales de los escritores, en donde el hombre y sus derechos, eje principal alrededor del cual debe girar toda la sociedad, se ven negados por los nuevos líderes de la Revolución Mexicana. Una nueva casta de privilegiados militares y civiles ocupa el lugar de los científicos, un nuevo jefe supremo de la Revolución ocupa el lugar de don Porfirio, todo sigue igual que antes de la Revolución. Lo único que cambió fueron los gobernantes, pero nuevamente un grupo de hombres astutos y ambiciosos, no los “intelectuales más capaces”, ocupan el poder político para beneficio propio y de unos cuantos que los rodean.

Las novelas de la Revolución en su lucha contra el Porfiriato, pudieron haber desempeñado un papel muy importante en la conciencia de los lectores, pero no alcanzaron esa significación, porque muy pocos sabían leer y escribir en México en las primeras décadas de este siglo. A pesar de ello su lectura permite entender que los tratados de historia no transmiten, conocer de cerca a los hombres que formaron los ejércitos revolucionarios, comprender el pensamiento y los proyectos de quienes encabezaron la lucha: Madero, Zapata, Villa, Carranza, Obregón; participar de cerca en la lucha de los hombres, escuchar sus problemas, anhelos y esperanzas, sus desconciertos y decisiones rápidas y no pensadas, en fin, comprender mejor lo que significó la “gran rebelión”, la Revolución Mexicana de 1910.

Por otro lado, la mayoría de estas obras se escribieron durante la lucha; sin embargo no se publicaron entonces sino años después, cuando ya la violencia revolucionaria había cesado bajo la dirección del constitucionalismo, se leyeron con distancia.

La lectura de estas primeras novelas puede provocar desconcierto en el lector. Si ese remolino violento y devastador fue la Revolución Mexicana, ¿dónde queda

todo lo que la historia oficial ha dicho y escrito de ella como movimiento creador y reivindicatorio del pueblo mexicano?

Sin embargo, se entienden mejor estas novelas si se leen como protesta porque la Revolución Mexicana en su desarrollo y triunfo no siguió las ideas políticas y sociales de los escritores; decepcionados se alejaron casi todos de la política mexicana. Si no confundimos la novela con la realidad misma que en ella se narra, si entre líneas encontramos la ideología del autor y del texto mismo, las contradicciones del autor y su propio pensamiento, entonces las novelas de la Revolución se convierten en la historia más rica y profunda de ese gran movimiento social de 1910.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. *La poética*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1989.
- Azuela, Mariano. *La malhora, El desquite, La luciérnaga*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Castro Leal, Antonio. *La novela de la Revolución Mexicana*. 2 vols. México, Aguilar, 1981.
- Mariano Azuela: *Los de abajo, Los caciques, Las moscas*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente, La sombra del caudillo*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- José Vasconcelos: *Ulises criollo*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Agustín Vera: *La revancha*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Nellie Campobello: *Cartucho, Las manos de mamá*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- José Rubén Romero: *Apuntes de un lugareño, Desbandada*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Gregorio López y Fuentes: *Campamento, Tierra, ¡Mi general!* En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Francisco L. Urquiza: *Tropa vieja*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- José Mancisidor: *Frontera junto al mar, En la rosa de los vientos*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Rafael F. Muñoz: *¡Vámonos con Pancho Villa!, Se llevaron el cañón para Bachimba*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Mauricio Magdaleno: *El resplandor*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Miguel N. Lira: *La escondida*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Ferretis, Jorge. *Tierra Caliente*. Madrid, Espasa Calpe, 1935. *El sur quema*. México, Ediciones Botas, 1937.
- Lukács, Georg. *Sociología de la literatura*. Barcelona, Ediciones Península, 1973
- Martínez, José Luis. "La novela de la Revolución", en *El Gallo Ilustrado*, núm. 230, supl. de *El Día*, México, 20 de noviembre de 1966.
- Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*. México, Compañía General de Ediciones, 1955.
- Vasconcelos, José. *La tormenta*. México, Jus, 1983. *El desastre*. México, Jus, 1979.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Aguirre Rojas, Carlos Antonio
El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso con su propio presente
Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 72-94
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100206>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

A MODO DE INTRODUCCIÓN:

El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso con su propio presente

CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS

Referirse, en estos comienzos del tercer milenio cronológico, a la vida, la biografía intelectual y la obra del historiador francés Marc Bloch, es referirse al itinerario personal e intelectual, y al trabajo del más importante historiador del mundo occidental durante la primera mitad del siglo XX. Porque a medida que nos alejamos de la propia época y de las circunstancias generales en las que vivió Marc Bloch, va ganando en influencia y en presencia cultural planetaria la específica contribución intelectual de este mismo historiador.

Y como toda obra y vida complejas y ricas, también la de Marc Bloch es una travesía que comprende *múltiples dimensiones*, que incluyen lo mismo su trabajo como historiador que su compromiso social y político ante su circunstancia y su presente, junto a su labor como Profesor y formador de nuevas conciencias o su actividad práctica organizativa de difusión de un ambicioso proyecto de renovación historiográfica, a través de la construcción de sus *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, entre muchas otras. Múltiples dimensiones del 'ser en el mundo' de este importante personaje de los estudios históricos franceses y europeos de la primera mitad del siglo XX, que no casualmente siguen siendo, todavía hoy, objeto de reflexión y de debate entre los científicos sociales y los historiadores de todo el planeta.

Y así, lo mismo en Europa que en América Latina, en el Lejano Oriente que en Estados Unidos, en Rusia o en la India, vemos cada día multiplicarse las traducciones de sus principales textos, lo mismo que los homenajes a su aporte intelectual y a su vida, dentro de una tendencia que, en todas partes del mundo, avanza en el sentido de revalorar sus concepciones teóricas sobre la historia y sus principales descubrimientos e hipótesis de orden historiográfico, pero también su posición frente

a los conflictos políticos y a las excepcionales circunstancias históricas que constituyeron su presente específico, su singular 'época' y su particular 'medio'.¹

Entonces, lo mismo para recuperar sus sugerentes tesis contenidas en la célebre *Apología para la Historia* y definir desde ellas lo que hoy debe ser una verdadera historia crítica, que para explicar de manera novedosa y compleja la historia agraria de algún país latinoamericano, pero también para rediscutir la función social del historiador y su compromiso con su presente y con sus circunstancias históricas, o para adentrarse una vez más en el complicado tema de las claves de la singularidad de la historia de la civilización europea, los historiadores y científicos sociales de todo el mundo vuelven a mirar la herencia intelectual de Marc Bloch, reproblematicando los elementos centrales de su legado cultural.

Por eso, sigue siendo útil y necesario retornar al estudio sistemático de esos diferentes aspectos del universo blochiano, los que en la actualidad y todavía por un buen periodo seguirán constituyendo lecciones importantes e imprescindibles para los historiadores serios y los científicos que, lejos de la historia oficial, positivista, acrítica y banal, quieran continuar desarrollando hoy la innovación historiográfica y el ejercicio de una historia realmente crítica.

1 A este respecto, resulta significativo que en 1992 se fundó en París una *Association Marc Bloch* reuniendo a investigadores e historiadores de más de 10 países del mundo y que ha publicado hasta hoy 5 entregas de la revista *Cahiers Marc Bloch*. En estos cinco números se encuentran, entre otras cosas, una abundante información acerca de las traducciones recientes y los homenajes en torno a la figura de Marc Bloch, artículos interesantes sobre su obra, su vida y el estado de los manuscritos y trabajos que componen su legado intelectual global, una primera Bibliografía de los principales artículos escritos desde 1944 en torno a este mismo historiador, algunos textos inéditos del mismo Bloch, y una parte de su correspondencia con diversos colegas y alumnos. También podemos mencionar los trabajos de largo aliento que, recientemente le han dedicado varios historiadores y científicos sociales, entre los que se destacan Massimo Mastrogregori, *El Manuscrito Interrumpido de Marc Bloch*, FCE, México, 1998; e *Introduzione a Bloch*, Laterza, Roma, 2001; Olivier Dumoulin, *Marc Bloch*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 2000; Ulrich Raulff, *Ein Historiker im 20. Jahrhundert: Marc Bloch*, S. Fischer Verlag, Frankfurt, 1995; Susan W. Friedmann, *Marc Bloch, sociology and geography*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; Carole Fink, *Marc Bloch. A Life in History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989; Etienne Bloch, *Marc Bloch. Une biographie impossible*, Culture et Patrimoine en Limousin, Limoges, 1997; Federico Brito Figueroa, *La comprensión de la historia en Marc Bloch*, Fondo Editorial Buría, Caracas, 1996; y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Los Annales y la Historiografía francesa*, Quinto Sol, México, 1996; y *La Escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, UJAT, Villahermosa, 2002. Igualmente vale la pena mencionar el libro de varios autores *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, EHESS, París, 1990, y las Actas de un Coloquio celebrado en Estrasburgo en 1994; bajo el título *Marc Bloch, l'historien et la cité*, Presses Universitaires de Strasbourg, Strasbourg, 1997; el número 26 de la revista *Argumentos*, México, 1997; la *Revista Universitaria de Historia*, número 10, Caracas, 1993; y la compilación de ensayos *Marc Bloch Una historia viva*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992.

También puede resultar instructivo y aleccionador en esta época nuestra, marcada por ciertas tendencias posmodernas que promueven el desencanto general, la apatía y abstención absoluta de los científicos sociales e historiadores respecto de su propio compromiso social, volver a examinar la actitud específica que tuvo Marc Bloch respecto de su presente, asumiendo de manera radical ese compromiso que el historiador, y más en general todo intelectual u hombre de cultura, debe tener frente a su sociedad y al mundo en el que vive, en virtud de que es en estos donde ejerce y despliega los resultados esenciales de su propia actividad intelectual.

Tratando entonces de señalar, de manera general, algunos de esos aportes contenidos en la obra de Marc Bloch y también algunas de esas lecciones de su toma de posición respecto de los problemas sociales y las condiciones históricas en que vivió, puede ser útil tratar de reconstruir las líneas y etapas fundamentales del entero periplo intelectual que recorrió este gran historiador, autor tanto del bello libro sobre *La Sociedad Feudal*, como de la hoy ampliamente difundida *Apología para la Historia u Oficio de Historiador*², pero también de las agudas reflexiones contenidas en su libro sobre *La Extraña Derrota*, o en los artículos que escribiera al final de su vida y publicados en los *Cahiers Politiques*, igual que en sus cuadernos de notas personales titulados por él mismo como MEA³.

Concentrándonos en estas dos dimensiones de la compleja biografía personal e intelectual de Marc Bloch, que son las contribuciones principales de su obra y las enseñanzas de su actitud frente al presente, quizá podamos continuar avanzando en el necesario camino de la recuperación de su legado general tanto a los estudios históricos como a la cultura de las ciencias sociales de nuestra candente actualidad.

Así, podremos ‘mirar’ el entero periplo intelectual de Bloch desde una doble óptica general. Tanto en su dimensión como hombre de cultura que toma posición frente a los dramáticos hechos que conforman la historia francesa y europea de los

2 Es sabido de este importante libro, que por cierto dejó inconcluso por razones de una clara elección de tipo político, existe ahora una nueva edición, la cual integra, tanto la primera redacción como la ‘definitiva’, junto a ciertas hojas de esbozo de ambas redacciones, permitiéndonos tener ahora una idea mucho más rica del esquema completo y del verdadero carácter de la reflexiones que Bloch deseaba concretar allí. Cfr. *Apología para la Historia u Oficio de Historiador*, FCE, México, 1996. Aunque esta edición y su primera reimpresión en 1998, se han agotado muy rápido, el libro no ha vuelto a ser reeditado después por razones extrañamente inexplicables.

3 Curiosamente, no existe hasta hoy traducción al español de este importante libro de Marc Bloch sobre la derrota de Francia en la segunda guerra mundial, libro en el que nuestro historiador establece una radiografía crítica implacable de la sociedad francesa en vísperas de ese mismo conflicto bélico iniciado en 1939. Cfr. *L'étrange défaite*, Gallimard, París, 1990, que incluye algunos de los artículos publicados en los *Cahiers Politiques* mencionados. Sobre el cuaderno de notas MEA, cfr. Massimo Mastrogregori, ‘Due Carnets inéditi di Marc Bloch (1917-1943): “Quelques notes de lecture” et “Mea”’, en la *Rivista Storica Italiana*, vol. CX, núm. 3, Roma, 1998.

últimos años del siglo XIX y de los años del ‘primer siglo XX’ que corre de 1914 a 1945, como también en el nivel del historiador y científico social que, mediante múltiples intervenciones historiográficas, llega a ser capaz de gestar, junto a Lucien Febvre, una verdadera ‘revolución en la teoría de la historia’ dentro de los estudios históricos entonces dominantes en Francia, Europa y la mayor parte del mundo occidental.

Porque cuando observamos en su conjunto el itinerario de Bloch, resulta evidente que él no fue intelectual de izquierda militante, lo más probable es que no llegó a ser miembro regular de partido político alguno. Lo que, entonces, excluye claramente la figura, común en otro tipo de personajes similares, de intelectual activamente vinculado a los movimientos políticos y prácticos de su época. Pero si este no es el caso de Marc Bloch, sí es claro que, a lo largo de toda su vida, Bloch fue un intelectual que reflexionaba seria y profundamente sobre los sucesos políticos y las circunstancias sociales en las cuales vivía cotidianamente, siendo un pensador que, de manera radical y sin concesiones, era absolutamente honesto consigo mismo y con los otros, asumiendo totalmente el compromiso con su trabajo, con su sociedad y con su propio oficio. Es decir, un intelectual atento a los problemas de su época, preocupado por los acontecimientos y situaciones que vivía, y que, bajo todas las formas posibles, combatía de manera implacable la mentira, el disimulo y la componenda, sin importar dónde se originaran éstos.

Un intelectual, fiel a sus principios y a su específica evaluación de las situaciones en las que, a lo largo de su vida, desplegó su trabajo y su actividad en general, que era capaz de ser consecuente con esos principios y evaluaciones, incluso al punto de poner en riesgo su vida, lo que se concretó en 1944.

Historiador agudo y crítico, ciudadano comprometido con su país y con su sociedad, que a través de un arduo trabajo de reflexión crítica fue poco a poco radicalizando sus posiciones políticas y asumiendo más integralmente su compromiso social, para terminar sacrificando, primero su obra de historiador y luego su propia vida, a esa conciencia aguda de su ineludible deber como miembro de la sociedad francesa y europea, ubicado dentro de los movimientos de la resistencia social a la amenaza terrible de la barbarie nazi entonces viva y actuante.

Por otro lado, y en la segunda dimensión de la vida de Marc Bloch, es claro que nuestro autor se afirma como el más importante historiador francés, europeo y del mundo occidental de la primera mitad del siglo XX, al transformar, mediante sus escritos y su obra académico-práctica, los cánones entonces vigentes de lo que debía ser la práctica del oficio de historiador. Y ello, no sólo a través de la ya mencionada *revolución teórica* de los estudios históricos franceses y europeos, concretada en el importante proyecto de lo que más adelante será erróneamente llama-

do la ‘Escuela de los Annales’⁴, sino también por la vía de la apertura constante de nuevos campos problemáticos, de la invención heurística de innovadores modelos teóricos, así como de renovados conceptos y teorías historiográficas, al igual que el descubrimiento y explicitación de paradigmas metodológicos y el desarrollo de aportaciones historiográficas en los temas concretos que él mismo fue abordando a lo largo de su carrera como historiador.

Obra polifacética y compleja que, lejos de ser la de un ‘especialista’ en temas ‘medievales’, es más bien un trabajo siempre atento a los problemas ‘de orden general’ que preocupan a todo historiador, desde su vasta y acertada definición de ‘ciencia de la obra de los hombres en el tiempo’; trabajo de historiador preocupado por esclarecer el enorme tema de los mecanismos y las modalidades del ‘cambio histórico en la historia’, y siempre orientado a la reflexión explícita de la función y de los impactos sociales del trabajo del historiador, según las ideas y concepciones del mismo Marc Bloch.

Veamos entonces desde este doble emplazamiento analítico las etapas principales de ese rico itinerario social e intelectual del autor de *Los Reyes Taumaturgos* y de los *Caracteres originales de la historia rural francesa*.

LA ETAPA FORMATIVA INICIAL: 1886–1908

Los primeros veintidós años de Marc Bloch son los años de formación intelectual originaria, en los que van a definirse tanto los rasgos generales de su personalidad y perfil intelectual como su vocación clara en torno al ejercicio de la historia. Bloch nace en Lyon el 6 de julio de 1886, en el seno de una familia modestamente acomodada que pocos años después se trasladará a París, en donde habrá de transcurrir el resto de su infancia, su adolescencia y el inicio de su primera juven-

4 Sobre este punto, que nos sea permitido referir al lector a nuestros trabajos antes citados *Los Annales y la historiografía francesa* y *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*. También nuestros libros *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Juan Marinelo, La Habana, 1999, *Breves Ensayos Críticos*, Universidad Michoacana, Morelia, 2000; *América Latina. Historia y Presente*, Jitanjáfora, Morelia, 2001; y *Antimanual del mal historiador*, La Vasija, México, 2002. Para otras explicaciones sobre la historia de esta mal llamada ‘Escuela de los Annales’ y sobre el rol de Marc Bloch en ella, cfr. Francois Dosse, *La historia en migajas*, Alfons El Magnanim, Valencia, 1988; Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Gedisa, Barcelona, 1993; Jose Carlos Reis, *Annales. A renovação da História*, Universidade Federal de Ouro Preto, Ouro Preto, 1996; y *Nouvelle Histoire e Tempo Histórico*, Atica, São Paulo, 1994; Massimo Mastrogregori, *Il genio dello storico. Le considerazioni sulla storia di Marc Bloch e Lucien Febvre e la tradizione metodologica francese*, Edizione Scientifiche Italiane, Roma, 1987; y Rosan Rauzdel, *Sociologie historique des Annales*, Lettres du Monde, Paris, 1998. También es útil ver la compilación organizada por Matthias Middell y Steffen Sammler, *Alles Gewordene hat Geschichte. Die Schule der Annales in ihren Texten*, Reclam Leipzig, Leipzig, 1994.

tud. Será el propio Bloch quien afirmará que tuvo una infancia feliz, rodeado del cariño de sus padres, lo que redundará en un carácter bastante seguro de sí mismo y en una personalidad fuerte, capaz de sostener tenazmente sus principales proyectos y poseer el temple necesario para enfrentar a las adversidades y catástrofes en que Bloch se verá involucrado durante su vida.

Hijo de Gustave Bloch, un conocido historiador especialista de la antigüedad romana, llegará a ser titular de una Cátedra en la Sorbonne. Será importante esta filiación de Marc Bloch, pues le dará acceso, desde muy pequeño, a los tesoros valiosos de la bien provista biblioteca de su padre, así como a los contactos con importantes representantes de la historiografía francesa.

Con ello, y desde esta misma etapa formativa inicial, Marc Bloch conocerá los principales debates historiográficos de su época, leyendo las principales revistas de historia de aquellos tiempos y conociendo, personalmente en su domicilio, a varios de los protagonistas centrales de los debates referidos. Al mismo tiempo y junto a estas fuentes directas de conocimiento de la historia, nuestro autor se convertirá en el propio alumno de su padre, a quien él agradece los primeros elementos de su 'formación como historiador' en el prefacio de su primer libro de historia que es *Los Reyes Taumaturgos*.

Recibiendo entonces esta impronta paterna que él mismo califica de imborrable y que lo orientará claramente hacia los estudios históricos, Bloch tendrá también, en su condición de hijo, algunas puertas abiertas a los círculos diversos de la élite de los historiadores franceses de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, lo que le permitirá un acceso más ágil a los medios académicos y universitarios en que desarrollará sus principales empresas culturales, aunque de una manera para nada lineal, sino más bien cambiante y contradictoria. Porque Bloch perteneció a una familia de origen judío, aunque no de religión, totalmente asimilada a la vida y a la historia de la sociedad francesa; no por ello esta circunstancia dejará de tener consecuencias importantes dentro de su propio itinerario personal e intelectual. Es bien sabido que Marc Bloch será víctima, en varias ocasiones, del antisemitismo reinante en Francia en su época; antisemitismo que le impedirá llegar a ser profesor en el prestigiado Collège de France o director de la Ecole Normale Supérieure en la que él mismo había estudiado.

Por su origen judío será desposeído de su Cátedra en la Sorbonne, durante la segunda guerra mundial, además del allanamiento de su departamento parisino por parte de los nazis, impidiendo su proyecto de emigrar a Estados Unidos en esos mismos años de 1939-1944.

Pero también en virtud de ese mismo origen, Marc Bloch va a poseer y reproducir el cosmopolitismo extraordinario y amplitud de horizontes que caracterizan a la gran mayoría de los pensadores judíos europeos de los últimos 150 años. Porque desde Marx hasta Carlo Ginzburg o Immanuel Wallerstein, pasando por Emile

Durkheim, Sigmund Freud, la Escuela de Frankfurt, Norbert Elías o Walter Benjamín, es clara la enorme y profunda contribución que esta tradición de intelectuales ha hecho a la cultura de las ciencias sociales contemporáneas⁵.

Por ello, Bloch habla o lee sin dificultad alguna, junto al francés, el alemán, el inglés y el italiano, además de tener sólidos conocimientos de griego y de latín, y de comprender aceptablemente el español. Gracias a este poliglotismo, nuestro historiador estará enterado tanto de los trabajos producidos en Europa y Estados Unidos como de los principales debates historiográficos nacionales de prácticamente toda Europa Occidental. Algo que se hará evidente, por ejemplo, en la variedad de fuentes y en la amplitud de casos comparados y examinados en su importante obra sobre *La Sociedad Feudal*.

Gozando de esta amplitud de horizontes culturales y de esta excepcional formación histórica derivada de su núcleo familiar, Bloch va a estudiar y a aprobar sin dificultad, con premios y honores, sus estudios realizados en el prestigioso Liceo Louis-Le-Grand de París y, luego en la Escuela Normal Superior, la misma en la que estudiarán más tarde o más temprano Lucien Febvre, Raymond Aron, Jean Paul Sartre o Michel Foucault, entre tantos otros importantes intelectuales franceses del siglo XX. Estudios éstos que, muy fácilmente, se verán coronados con la precoz obtención de su Diploma de Estudios Superiores en 1907 y de su Diploma de Agregación en 1908.

Cursando sus estudios de Historia y Geografía en dicha Ecole Normale Supérieure, Bloch aprenderá los distintos elementos de la tradicional y puntillosa historia erudita y positivista entonces reinante en los estudios históricos franceses, asimilando las lecciones de la lectura y el examen sistemático de los textos y la crítica interna y externa de las fuentes. Una historia metódica y acartonada con la que él mismo romperá radicalmente cuando funde, en 1929, junto a Lucien Febvre, los *Annales de Historia Económica y Social*, y a la que ya en esas mismas épocas comienza a cuestionar, como lo atestigua su cuaderno de notas escrito en 1906, titulado *Metodología histórica* y que felizmente se ha conservado hasta nuestros días⁶.

En estas breves notas, Bloch afirma sin ambages que la historia que existía entonces *no* es una ciencia, criticando frontalmente su carácter puramente descriptivo

⁵ Sobre esta importante contribución de los pensadores de esta tradición judía, cfr. Bolívar Echeverría, “Benjamín: Mesianismo y Utopía” en el libro *Valor de uso y Utopía*, Siglo XXI, México, 1998; Patricia Nettel, “Marc Bloch: un historiador entre la civilización y la barbarie”; Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Norbert Elías, historiador y crítico de la modernidad” ambos en el libro *Aproximaciones a la modernidad*, UAM Xochimilco, México, 1997; y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Walter Benjamín y las lecciones de una historia vista a ‘contrapelo’” en la revista *Secuencia*, núm. 52, México, 2002.

⁶ Está incluido en el libro de Marc Bloch, *Historia e Historiadores*, Akal, Madrid, 1999.

y acumulativo, y defendiendo vigorosamente la necesidad de incorporar y construir dentro de los estudios históricos un verdadero ‘método analítico’, lo mismo que el establecimiento de claras y reales ‘problemáticas’ o temas pertinentes de estudio, y el necesario ‘análisis de los acontecimientos’ para constituirlos en fenómenos dignos de estudio.

Observaciones agudas frente a la historia positivista entonces dominante en Francia, que revelan claramente el hecho de que Marc Bloch no sólo se había formado abrevando en las obras de los mismos historiadores, sino también en la lectura y reflexión de, por ejemplo, los trabajos de la escuela sociológica de Durkheim y de su revista *L'Année Sociologique*, o en las obras de los filósofos de aquella época, lo mismo que en una muy sólida asimilación de las lecciones de la escuela francesa de geografía de Vidal de la Blanche⁷ y en algunos textos de la economía política difundida dentro del hexágono francés.

Porque es importante insistir en el hecho de que Bloch se forma inicialmente en un periodo en el cual la explosión de las ciencias sociales va a afirmarse con cierta fuerza en Francia. Entonces, al mismo tiempo que aprende esa historia puramente erudita, nuestro historiador en ciernes se convierte en un lector muy atento de la economía, de la filosofía, de la geografía y de esa nueva Sociología durkheimiana, cuya impronta reconocerá claramente en su célebre *Apología para la Historia*.

E igualmente, desde su etapa formativa, Bloch va a estar muy al corriente de la revista fundada por Henri Berr bajo el título de *Revue de Synthèse Historique*, en la que publica, en el año de 1911 y siguientes⁸, su primera reseña crítica de un libro y algunos de sus primeros artículos. Publicación que atestigua su natural ‘afinidad electiva’ con el proyecto innovador de Henri Berr, también encaminado a desmontar y a superar a esa vieja y limitada historia positivista francesa; el itinerario blochiano camina, ya desde aquellos tempranos tiempos, en esa misma dirección intelectual.

Un último elemento importante por señalar en esta etapa inicial es el hecho de que Bloch va a autodefinirse como miembro de esa generación de jóvenes franceses que vivieron de cerca el muy sonado Affaire Dreyfus, que dividió prácticamente a Francia en dos claros campos opuestos y que permitió a Marc Bloch no sólo cobrar conciencia clara del antisemitismo imperante en su país, sino reafirmar su clara toma de posición progresista y liberal, a la que no habrá de renunciar nunca y

⁷ En torno de estas presencias de la sociología durkheimiana y de la geografía vidaliana en la obra de Bloch, cfr. el libro de Susan Friedman, *Marc Bloch, Sociology and Geography. Encountering changing disciplines*, ó Susan Friedman, *op. cit.*

⁸ Sobre estas primeras publicaciones de Marc Bloch, cfr. la ‘Bibliographie’ incluida en el tomo 2 del libro *Mélanges Historiques*, Coedición Serge Fleury/EHESS, París, 1983.

la que, por el contrario, irá radicalizando progresivamente hacia la izquierda conforme madure y avance en su propio trayecto intelectual.

1909-1922: LOS PRIMEROS TRABAJOS COMO HISTORIADOR

El segundo periodo de la vida de Marc Bloch comienza con la doble estancia académica que va a realizar, en el año académico de 1909, en dos importantes Universidades alemanas de aquellos tiempos que son la Universidad de Berlín y la Universidad de Leipzig. Dos Universidades que concentran a parte de los historiadores alemanes de vanguardia, donde Bloch va a conocer más a fondo y asimilar creativamente los principales aportes de la historiografía germanoparlante, que es entonces dominante dentro del conjunto de los estudios históricos europeos y occidentales.

Porque no se debe olvidar que de 1870 a 1914 y antes de los terribles golpes sufridos por las culturas alemana y austriaca a consecuencia de la primera y la segunda guerra mundiales, pero sobre todo del nazismo, esa misma cultura de habla germana fue en verdad la cultura más desarrollada e innovadora de Occidente. Este ‘viaje a Alemania’ constituía una estancia prácticamente obligada del proceso formativo de todo historiador serio, que pretendiese estar a la altura de los importantes desarrollos de la disciplina en aquellos años. De este modo, Bloch va a los principales elementos de esta cultura historiográfica de avanzada. Y es claro que muchos de los perfiles específicos de la obra de Marc Bloch serían incomprensibles sin la consideración de esta matriz germana de su formación como historiador, lo que por ejemplo se hace evidente en los temas y en el argumento de su libro sobre la *Historia Rural Francesa*⁹.

Matriz germana del pensamiento blochiano, que en primer lugar alude la centralidad y la historia económica y la historia social. Dos ramas que, mientras que en Francia eran totalmente marginales o hasta inexistentes, eran campos muy desarrollados y debatidos en la Alemania en la que va a continuar su formación el mismo Bloch. Entonces, y gracias a este ‘viaje a Alemania’, Bloch entra en contacto con la importante revista *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte* que, en esos años de inicios del siglo XX, es la más importante revista de historia económica de toda Europa.

Por otro lado, Bloch tomará cursos y entrará en contacto directo con la obra de autores como Karl Lamprecht, impulsor de la *Kultur Geschichte*, o como Karl Bücher, Georg von Below, Gustav Schmoller o R. Kötzschke, que en aquellos tiem-

⁹ Pierre Toubert ha desarrollado muy convincentemente esta clara influencia alemana en dicha obra de Marc Bloch, en su Prefacio a los *Caracteres Originaux de l'Histoire Rural Française*, traducido al español y publicado en la revista *Argumentos*, núm. 26, México, 1997, *op. cit.*

pos renovaron e inventaron nuevas formas de historia económica, de geografía histórica, de antropogeografía y de historia del paisaje, de la tierra, o de la ocupación del territorio, entre otros.

De modo que todos los interesantes ensayos que conocemos de Marc Bloch, publicados en los años treinta dentro del campo de la moderna y entonces pionera historia agraria o rural, relativa a la configuración y evolución históricas de las formas del paisaje, formas del poblamiento rural, formas del hábitat y a estudios y encuestas sobre los planes parcelarios, etc.; todos estos ensayos adquieren una deuda profunda con las lecciones aprendidas por el autor de la *Historia Rural Francesa* durante ese año académico de 1909 realizado en Alemania. Y no es por casualidad que, a lo largo de toda su vida, Bloch se mantendrá muy atento al conjunto de nuevos desarrollos de la historiografía alemana, que revisará sistemáticamente y sobre la que redactará varios boletines críticos, publicados en la *Revue Historique* a partir de 1928.

Gracias a esta estadía alemana, Bloch entrará en contacto con la obra de Henri Pirenne, obra que como es bien sabido tendrá una influencia decisiva y central en todo el trabajo intelectual de nuestro autor¹⁰. Porque, de Pirenne, Bloch no solo va a recoger la importante lección de las implicaciones y vigencia del *método comparativo* dentro de la historia, sino también y más ampliamente el propio *modelo* de una historia *interpretativa* y *crítica*, atenta a la *centralidad* de los hechos *económicos* dentro de la historia y siempre orientada más allá de los estrechos marcos *nacionales* o *locales*. Es decir de un tipo de historia que será el que habrán de impulsar y promover los ‘primeros Annales’, durante los años 1929-1941.

Entre 1909 y 1912, Bloch recibió una beca de la Fondation Thiers que le permitió dedicarse durante tres años completos sólo a la investigación, lo que habrá de fructificar en la escritura de los primeros trabajos publicados, en los que lentamente comenzarán a delinearse algunas de las páginas fundamentales de lo que años después será su tesis doctoral y de sus investigaciones posteriores. Es en 1913 cuando ve la luz el primer trabajo de más grande aliento de Marc Bloch, es decir, su monografía de historia regional titulada *L’Île de France (Les pays autour de Paris)*, publicada en la colección Les Régions de la France, impulsada por el grupo de Henri Berr y por la *Revue de Synthèse Historique*.

Verdadero modelo de lo que debe ser una historia regional *científicamente concebida*, este primer texto largo de Marc Bloch evidenciará los *límites* padecidos

¹⁰ Sobre esta crucial relación entre Bloch y Pirenne, cfr. la Correspondencia publicada por Bryce y Mary Lyon, *The birth of Annales history: the letters of Lucien Febvre and marc Bloch to Henri Pirenne (1921 – 1935)*, Commission Royale d’Histoire, Bruselas, 1991. Sobre la influencia de la obra de Pirenne dentro del proyecto de los ‘primeros Annales’ cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, op. cit.

por la inmensa mayoría de los estudios de historia local o regional tradicionales. Porque la pregunta crucial que debe asumir todo historiador local o regional, y que es la de ¿a quién le interesa este trabajo sobre la historia local del pequeño pueblo X, o de la región Y?, nuestro autor va a responder que, para escapar a la obligada respuesta de que dicho trabajo sólo interesará a los habitantes de ese pueblo X o región Y, el historiador está obligado a conectar, de manera explícita y creativa, los elementos de la historia local o regional que aborda con los elementos esenciales de la historia general. Es decir que la única definición posible de una historia local o regional científicamente concebida, es aquella que aborda ‘una pregunta de interés general planteada a los documentos que provee una región particular’¹¹. Porque sólo al precio de abordar estos problemas generales, que preocupan y ocupan a todos los historiadores, es que será posible construir una historia regional o local no limitada a una simple monografía descriptiva de alcances pequeños y acotado interés.

Más adelante, al concluir esta beca de la Fundación Thiers, Bloch será profesor, primero en el Liceo de Montpellier en el año académico de 1912-13 y luego en el Liceo de Amiens, durante el año académico de 1913-1914. Es en este último lugar donde va a sorprenderlo el estallido de la Primera Guerra Mundial, que provocará su movilización hacia el frente a principios de agosto de 1914, y con ello la dura experiencia de una primera guerra vivida y protagonizada por el propio Bloch. Una guerra que, a la vez que aguza su posición republicana y su conciencia de la crisis que vive la civilización europea, va también a permitirle mirar ciertos fenómenos creados por esa situación excepcional con la mirada atenta y escrutadora de historiador crítico.

En 1921, y como uno de los resultados importantes de su experiencia vivida en las trincheras, Marc Bloch publicará su sugestivo ensayo titulado “Reflexiones de un historiador acerca de los bulos surgidos durante la guerra”¹². En este ensayo, considerando a la guerra como una suerte de inmenso ‘experimento de psicología

11 Para esta definición cfr. *L’Île de France (Le pays autour de Paris)*, en el libro *Mélanges Historiques*, tomo 2, pag. 786, *op. cit.* Curiosamente, este primer trabajo extenso de Marc Bloch no ha sido traducido, hasta donde sabemos, a idioma alguno. Esta preocupación de Marc Bloch en torno a las condiciones necesarias para que la historia local o regional *no* fuese una empresa de sabios locales y de historiadores *amateurs*, promovida por intereses extrahistóricos y limitada en sus resultados a monografías intrascendentes, carentes de interés y puramente anecdóticas, reaparece en varias de sus reseñas críticas y de sus ensayos breves publicados en los *Annales d’Histoire Economique et Sociale*, algunos de los cuales han sido recientemente reeditados en el libro *La terre et le paysan. Agriculture et vie rurale aux 17e et 18e siècles*, Armand Colin, París, 1999.

12 Sobre esta experiencia personal de Bloch en la primera guerra, vale la pena consultar sus textos reunidos en el libro *Ecrits de guerre 1914-1918*, Armand Colin, París, 1997. El artículo mencionado sobre los bulos o rumores surgidos durante la guerra, está incluido en el libro *Historia e Historiadores*, *op. cit.* Otro ejemplo muy interesante de estos fenómenos de la conciencia colectiva, puede verse en el libro de Georges Lefebvre, *El gran pánico de 1789*, Paidós, Barcelona, 1986.

social', nuestro autor se pregunta cómo es que se originan los diversos rumores difundidos durante la Primera Guerra Mundial y mediante qué mecanismos se afirman y propagan en la conciencia colectiva, pero, sobre todo, cuál es el fundamento que determina y discrimina aquellos rumores que tienen éxito y que prosperan, frente a los que mueren o desaparecen sin trascender el limitado ámbito del simple error o confusión individual.

Entonces, y recordándonos que ha sido esa situación excepcional de la guerra, en donde los periódicos no circulan normalmente y en donde la credibilidad de las noticias 'oficiales' cae por lo suelos, la que nos devuelve a una circunstancia similar a la del medioevo o a la de la antigüedad, en la que la tradición oral es el medio de comunicación por excelencia y en la que los rumores o bulos se encuentran entonces a la orden del día. Así, pueden prosperar y divulgarse ampliamente rumores que, nacidos de una simple apreciación falsa o parcial de algún hecho o fenómeno, terminan por corresponderse con los miedos, los prejuicios, las fantasías sociales o los deseos y emociones fuertes ya existentes en esa misma conciencia colectiva.

Apoyándose en las investigaciones más recientes ofrecidas por la psicología del testimonio que hacían evidente la fragilidad y limitación de cualquier declaración o descripción de todo tipo de testigos, Bloch demostró que el error, la imprecisión y la mentira están presentes en prácticamente la totalidad de los documentos con los que trabaja un historiador. Pero el paso del simple error de un testigo o de un testimonio, a la conformación de ese fenómeno de psicología social que es la difusión masiva y amplia de un verdadero rumor social, sólo se franquea si dicho error individual es capaz de reflejar estructuras preexistentes de la conciencia colectiva, que son la base de la formación de todo tipo de mitos, leyendas populares y creencias sociales colectivas, y que lo son, en consecuencia, también de la formación y propagación de esos rumores o falsas noticias.

Habiendo obtenido en 1920 su título de doctor, con un trabajo sobre el tema *Rois et serfs. Un chapitre d'histoire capétienne*¹³, Marc Bloch comenzará, de hecho desde 1919, a trabajar en la Universidad de Estrasburgo, donde construirá su alianza intelectual con Lucien Febvre, con quien durante más de tres lustros habrá de continuar sus actividades académicas y, más en general, su diverso y rico periplo intelectual.

¹³ Este trabajo de tesis doctoral de Marc Bloch permaneció sin ser reeditado durante mucho tiempo. Recientemente ha sido vuelto a publicar bajo el título *Rois et serfs et autres écrits sur le servage*, Ed. La Boutique de l'Histoire, París, 1996.

EN EL CAMINO HACIA LA GRAN HISTORIA: 1923–1931

En la tercera etapa del itinerario blochiano se combinan, de un lado, la concreción de sus primeros trabajos fundamentales dentro de la historiografía francesa y europea que le es contemporánea y, del otro, la clara maduración lenta de varios proyectos intelectuales que sólo habrán de consolidarse y culminarse en el siguiente momento de su trayecto biográfico intelectual.

Así, ya a principios de 1924, aparece *Los Reyes Taumaturgos*, un libro que a la vez que prolonga y ahonda algunas de las preocupaciones ya esbozadas en el artículo antes mencionado sobre los rumores o falsas noticias de la guerra, constituye también la más clara propuesta de Marc Bloch para el abordaje histórico crítico de los temas de historia cultural. Porque tomando como problema central la explicación de la curva global de evolución de la creencia colectiva popular en el poder taumatúrgico de los reyes de Francia y de Inglaterra, desplegado entre los siglos XIII y XVIII aproximadamente, lo que en verdad va a ofrecernos Bloch en este interesante libro es todo un modelo general de análisis para el estudio de la historia de las creencias populares colectivas.

Resituando entonces esa explicación de la creencia en el poder curativo de los monarcas franceses e ingleses, durante esos siglos del final del feudalismo y de principios del capitalismo, en función de los diversos niveles y realidades que le dan sentido y coherencia, Bloch construirá un modelo que propone explicar los fenómenos culturales a partir de un *registro múltiple* de las varias dimensiones que en ellos se condensan y que, en su específica superposición, permiten comprender su compleja trama y evolución particulares.

Lo que, para el caso abordado en este libro, nos remite tanto al uso consciente y coyuntural que hacen los monarcas débiles, o en otro caso, urgidos de popularidad y de consenso, de ese mismo ‘milagro’ taumatúrgico, como, en una segunda dimensión, al claro conflicto cíclico y recurrente entre el poder secular de los reyes y el poder real y profano de la Iglesia. Porque en la eterna querella sobre el predominio de los reyes o el de los papas, y en la disputa económica y social descarnada en contra de la Iglesia y de su no etérea presencia terrenal en este mundo, en el momento del tránsito del mundo feudal al mundo moderno y de la inevitable decadencia del poder general de la Iglesia, se encuentra también una de las explicaciones importantes de la dinámica y de la afirmación variable de esta misma creencia popular colectiva.

En una tercera dimensión cultural más profunda, esta creencia de las clases populares en el milagro del ‘toque real’ que cura las escrófulas, hunde sus raíces en la milenaria y ancestral concepción de los pueblos que conciben a sus gobernantes y dirigentes (sacerdotes, brujos, reyes o jefes militares), como seres ‘sobrenatura-

les' y extraordinarios, dotados de poderes especiales y únicos, rodeados de circunstancias siempre excepcionales y maravillosas. Creencia en la condición de excepcionalidad de todos aquellos hombres que llegan a ocupar algún puesto de poder —político, religioso, militar, económico o social de cualquier género—, que no hacen más que refrendar la idea, ampliamente arraigada durante la larga historia humana precapitalista, de que el mundo, en su conjunto, posee una doble significación y una doble existencia, tanto profana, material y hasta vulgar, como otra dimensión 'mágica', 'sobrenatural', 'profunda e inmaterial'. Concepción de esa condición 'no ordinaria' de los dirigentes y monarcas que, a pesar de la 'desacralización del mundo' impulsada por la modernidad capitalista y iluminismo racionalista también moderno, parece sin embargo persistir tenazmente hasta hoy en torno de los presidentes y los personajes de la alta política de todas las naciones del orbe.

De este modo, y desmontando magistralmente los varios niveles complejos imbricados en este fenómeno cultural de la creencia estudiada, Marc Bloch nos entrega un modelo de historia cultural que no es para nada 'historia de las mentalidades' y que, en la actualidad, sólo parece haber sido recuperado y prolongado por el historiador italiano Carlo Ginzburg¹⁴. *Los Reyes Taumaturgos* constituyen una obra realmente pionera de la antropología histórica; en ella Bloch desentraña el mecanismo general con que el Estado o el poder político se afirma a través de ciertas estructuras culturales vinculadas a esas creencias populares, a las que recupera, instrumentaliza y utiliza de una manera velada pero muy consciente¹⁵.

Al mismo tiempo que elabora esta original obra de historia cultural, Bloch comienza a proyectar, junto con Lucien Febvre, una nueva revista internacional de historia económica, proyecto que habiendo sido concebido desde el mismo final de la Primera Guerra Mundial, sólo alcanzará a concretarse, modificado, en 1929, con la fundación de los hoy célebres *Annales d'Histoire Economique et Sociale*. Un proyecto que, en el momento de su concepción original, en 1921, estaba conscientemente orientado a sustituir la entonces golpeada y declinante hegemonía historiográfica alemana, por una nueva hegemonía historiográfica, inicialmente concebida como un proyecto de los 'aliados', pero que finalmente terminará radicándose sólo dentro del espacio cultural del hexágono francés.

¹⁴ Lejos de la amorfa y casi siempre intrascendente historia de las mentalidades de la tercera generación de los *Annales*, el modelo de Bloch es claramente perceptible, en cambio, en el interesante libro de Carlo Ginzburg *Historia Nocturna*, Muchnik, Barcelona, 1991. El libro de Marc Bloch, *Los Reyes Taumaturgos*, esta editado por el Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

¹⁵ Se encuentra en este libro la explicación del modo mismo en que se construye una determinada dominación política, pero también una dominación cultural o ideológica concomitante y complementaria, desde la manipulación y el uso sesgado que los poderes políticos dominantes hacen de las corrientes profundas de esa conciencia colectiva de los pueblos. Sobre este punto cfr. el artículo de Ulrich Raulf, "República y carisma. Marc Bloch y el prodigio moderno" en la revista *Argumentos*, núm. 26, México.

En este periodo Bloch comienza a trabajar en el proyecto de la que será su más importante obra de historia, los dos volúmenes de *La Sociedad Feudal*; un libro que consumirá lo mejor de su labor intelectual de quince años y en el que se condensan sus profundas, agudas y vastas lecturas en torno a la historia de la civilización europea durante el periodo de su infancia feudal o medieval¹⁶.

Al mismo tiempo que intenta echar a andar esa nueva revista internacional de historia económica y que trabaja en las primeras etapas de su libro sobre la sociedad feudal, nuestro autor comienza a ser conocido fuera de Francia; viaja y da cursos y conferencias en la London School of Economics, en Inglaterra, lo mismo que en Alemania, Bélgica, Italia, o Noruega, entre otras partes. Sus artículos comienzan a ser traducidos a otras lenguas y a publicarse en revistas o en libros de Bélgica, Escocia, Inglaterra, España y Francia.

Así, es esta primera difusión internacional de resultados de su investigación la que lo lleva a impartir una serie de conferencias, en 1929, en el Instituto para el Estudio Comparativo de las Civilizaciones de Oslo, conferencias que serán el origen de su importante libro titulado originalmente *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*. Un libro que verá la luz en 1931 y en el que Bloch va a reconstruirnos las etapas fundamentales, y los elementos esenciales, que conforman la historia del mundo rural francés desde aproximadamente el año 1000 hasta la víspera misma de la Revolución francesa.

Esta obra no trata sólo de historia agraria o de la agricultura como actividad económica, sino más bien de la caracterización social global de ese inmenso componente de la sociedad francesa, el vasto mundo rural que todavía en 1931 era sin duda dominante dentro del conjunto de dicha sociedad. Entonces, y para lograr establecer esa caracterización global, Marc Bloch revisa lo mismo las formas de ocupación del suelo y de transformación del paisaje y del territorio, que la condición de los grupos sociales y las clases fundamentales de ese mundo rural, pasando también por los trazos esenciales de la vida agraria, las formas de rotación de cultivos, la figura de los campos o las formas de la propiedad agraria y todo ello, tanto en su conformación inicial como en sus respectivas curvas evolutivas, a lo largo de prácticamente ocho siglos de historia.

Recuperando entonces, lo mismo las lecciones de la geografía y de la economía, que de la sociología, la técnica, la toponimia, o la psicología, junto, obviamente, a la propia historia, Marc Bloch nos entrega en *Historia rural francesa* todo un modelo de lo que debe ser una historia verdaderamente *integral*, crítica y científica

16 Sobre la historia específica de la escritura de esta fundamental obra de la historiografía del siglo XX, es posible ahora consultar la correspondencia de Marc Bloch con Henri Berr, *Ecrire La Société féodale. Lettres a Henri Berr 1924 – 1943*, Institut Mémoires de l'édition contemporaine, París, 1992.

del universo rural de una sociedad cualquiera del planeta. Y si consideramos que el peso relativo de ese mundo rural es todavía, en la inmensa mayoría de la sociedades del mundo, de una magnitud considerable, comprenderemos el alcance y vigencia de esta clave histórico crítica contenida en este libro de Marc Bloch de 1931¹⁷. Una clave que, si en el caso de Bloch ha sido aplicada para descifrar la compleja historia de las muchas Francias que componen Francia y para permitarnos entender las razones de esa presencia masiva del mundo rural francés en la dinámica global de la sociedad francesa de aquellos tiempos, en otros casos podría ser utilizada para explicar la inmensa mayoría de las sociedades del llamado ‘tercer mundo’, en donde el predominio de ese componente rural sobre el conjunto social sigue siendo bastante frecuente.

También vale la pena recordar que durante este periodo, e incluso la mayor parte del siguiente, Marc Bloch tratará de superar la dramática experiencia de la primera guerra concentrándose en desarrollar a fondo su propio trabajo de historiador. Es decir, tratar de cumplir muy seriamente con sus tareas académicas, universitarias y con sus proyectos intelectuales en general, aunque al precio de abstenerse de participar en política o desarrollar más a fondo sus deberes como ciudadano de una nación inmersa en una Europa que atraviesa, como él mismo lo dirá después, una verdadera y profunda crisis de civilización. Será el propio Marc Bloch el que, frente a la catástrofe del estallido de la segunda guerra, se cuestionará si ha hecho bien o no en abandonar ese frente de sus tareas ciudadanas, que sólo retomará a partir de 1939.

LOS ‘PRIMEROS ANNALES’ Y LA REVOLUCIÓN EN LA TEORÍA DE LA HISTORIA. 1931–1941

El 15 de enero de 1929 comenzaría a aparecer regularmente en Estrasburgo una revista de historia que, andando el tiempo, se convertirá en la más importante de Francia, de Europa y del mundo occidental. Revista fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre, titulada inicialmente *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, que, en primer lugar, va a instaurar en Francia, con toda vigencia, las nuevas ramas de la historia económica y de la historia social, ya bastante desarrolladas en otros países de Europa para esas fechas. Esos *Annales* de la primera época no sólo servirán de verdadero laboratorio para la instauración orgánica de la historia económica

¹⁷ Este libro ha sido traducido al español bajo el título *Historia rural francesa*, Crítica Grijalbo, Barcelona, 1978. El mismo sirvió de modelo, por ejemplo, para el libro de Francois Chevalier, *La formación de los grandes latifundios en México*, FCE, México, 1975.

y social mencionadas, sino también como un polo concentrador y difusor de esa misma contribución francesa a este campo de la historiografía europea y mundial.

En segundo lugar, será gracias a este proyecto de los *Annales* que va a realizarse el desplazamiento de epicentro de los estudios históricos de aquella época, del espacio cultural germanoparlante al territorio cultural francés. Porque, luego del derrumbe de la cultura y de la historiografía alemanas, provocado por la Primera Guerra Mundial y sobre todo por el ascenso de Hitler al poder, comenzará a gestarse una nueva hegemonía cultural y también historiográfica que, entre 1929 y 1968, aproximadamente, se vinculará de manera directa con la cultura e historiografía francesas.

En tercer lugar, estos *Annales* de Bloch y Febvre van a llevar a cabo una verdadera crítica radical y un desmontaje teórico de la historia positivista, entonces dominante en La Sorbonne y en todo el ámbito historiográfico francés, a través de una nueva definición del objeto global de estudio de la historia, una concepción del sentido mismo de lo que implica el ejercicio de ésta y el establecimiento de recientes paradigmas metodológicos, de nuevos modelos, teorías y conceptos históricos, de nuevos temas y campos problemáticos de investigación, y de nuevas explicaciones o interpretaciones de los viejos y de los nuevos temas historiográficos.

Revolución en la teoría de la historia que, desplegándose en todos esos frentes teóricos, metodológicos, problemáticos e historiográficos, va a constituir el núcleo del excepcional proyecto crítico de los primeros *Annales*; éstos abarcarán toda la década de los años treinta y sólo se cerrarán con la dura disputa y ruptura de la primavera de 1941, en la que Marc Bloch y Lucien Febvre se opondrán diametralmente respecto de la decisión de: o interrumpir la publicación de los *Annales* para salvaguardar su independencia ideológica y cultural, que fue la posición de Bloch; o continuar su publicación sometiéndose a las condiciones dictadas por la censura nazi entonces instalada en París, que fue la postura de Febvre y que será la que finalmente prevalecerá¹⁸. Es claro que el libro blochiano de la *Apología para la historia o el Oficio de Historiador*, va a constituir una verdadera y muy lograda síntesis metodológica de las principales lecciones y de los principales aportes contenidos en esos ‘primeros’ *Annales* de 1929-1941, codirigidos realmente por Bloch y Lucien Febvre.

Estos *Annales* impulsan los nuevos paradigmas de una historia interpretativa, comparativa, global, y concebida como ‘historia-problema’ y como historia en

¹⁸ Sobre el significado profundo y sobre las premisas esenciales de esta radical ruptura de 1941, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La Escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, en especial el capítulo 3, pp. 93-104. También en este libro hemos desarrollado con mucha más amplitud los contenidos de la referida ‘revolución teórica’ de esos primeros *Annales*, que aquí sólo enunciamos brevemente.

construcción; Marc Bloch irá desarrollando la dimensión metodológica de ese proyecto que será la más importante corriente de la historiografía francesa en el siglo XX. Dimensión metodológica que va a defender con postulados y principios de método que presentan similitud con varias de las tesis y paradigmas del proyecto crítico del marxismo, también fundador y original¹⁹.

Simultáneamente, Marc Bloch acrecentará la red internacional de sus interlocutores colegas dedicados a los mismos temas que él y con los que establecerá contactos regulares, enriqueciendo de este modo sus distintas investigaciones. Contactos que se multiplicarán y agilizarán a partir de 1936, cuando Marc Bloch consigue finalmente ganar la cátedra de historia económica en La Sorbonne que dejara vacante Henri Hauser, trasladando entonces toda su actividad y todas sus labores de investigación a la ciudad de París. Labores de investigación que, en estos años parisinos previos al estallido de la segunda guerra, irán confluyendo cada vez más hacia la redacción definitiva de los dos volúmenes de su importante libro *La Sociedad Feudal*.

Este libro, cuyo primer volumen será publicado en 1939, y cuyo segundo verá la luz en 1940, en plena segunda guerra, sin duda debería figurar en la lista de los diez más importantes libros de historia escritos durante el siglo XX. Un texto que es en verdad la presentación de un *modelo global de explicación de la estructura social del mundo y civilización europeos durante su específica etapa medieval* que no ha sido superado aún, sesenta años después, por ningún estudioso.

Ningún historiador ha vuelto a proponer otra síntesis global comparable a ese texto de *La Sociedad Feudal*, que abordando el mundo feudal como totalidad, se atreviese a abarcar nuevamente todas las diversas dimensiones que Bloch ha investigado magistralmente en su obra, integrándolas en un modelo de interpretación.

Como lo dijo el mismo Marc Bloch, lo que en este trabajo se encuentra es en verdad el *modelo de análisis de una estructura social cualquiera*, que aquí se ha aplicado a la mencionada sociedad feudal, pero que en el futuro podría también aplicarse a otras sociedades, o también a otros periodos de la misma historia de la civilización europea. Un modelo que comprende, estrictamente hablando, todas las dimensiones de la estructura social, desde su configuración geográfica espacial y

19 Sobre estas similitudes entre los paradigmas de los primeros *Annales* y el marxismo cfr. nuestros libros antes citados, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Los Annales y la historiografía francesa*, y también *Antimanual del mal historiador*. Esta cercanía intelectual entre ambos proyectos será tan clara que, incluso, después de 1968, ha dado origen a un doble movimiento de mutuo acercamiento, con marxistas que recuperan el legado de los *Annales* del periodo 1929-1968 y con analistas que se acercan fructíferamente al marxismo, conformando en ocasiones los elementos de una posición o matriz historiográfica que bien podríamos calificar de 'marxista-annalista' o de 'annalista-marxista', como hemos ya postulado en nuestro libro *La Escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*.

su inscripción dentro del territorio, el establecimiento de su modo de apropiarse la naturaleza en términos productivos y tecnológicos, hasta sus cosmovisiones culturales, sus creencias colectivas diversas o sus formas de hacer la guerra, pasando por los distintos componentes de su organización económica, su estructura de clases sociales determinada o sus formas de configuración y de articulación del poder político; pero también sus estructuras de parentesco, las formas de sus linajes y los modos de funcionamiento de la familia, la forma de sus leyes y normas jurídicas, las distintas dimensiones y expresiones de su vida cotidiana, o de sus productos literarios, artísticos o religiosos, lo mismo que su vocabulario, la nomenclatura de sus ciudades, sus formas originarias de poblamiento, sus costumbres, memoria, atmósfera mental, formas de sentir y de pensar o su específica manera de percibir el tiempo, entre tantos otros de los temas y de las dimensiones abordados en este complejo y elaborado fresco globalizante de la sociedad feudal medieval europea occidental²⁰.

Verdadero modelo de lo que debe ser una historia global, *La Sociedad Feudal* logró, como uno de sus efectos intelectuales principales, terminar con la visión romántica todavía prevaleciente en la mayoría de los ambientes académicos de la Europa de principios del siglo XX, que consideraba al feudalismo sólo como una ‘edad oscura’ y como una clara etapa de retroceso social general, como una ‘Edad Media o Intermedia’ entre la luminosa Antigüedad clásica y el brillante Renacimiento europeo y, por lo tanto, como muy poco digna de estudio o de examen histórico. Así, inscribiéndose en la misma línea de los efectos producidos por la obra de Henri Pirenne y de Alphons Dopsch, esta obra de Bloch terminó de relegitimar el periodo de la historia medieval europea, que comenzará a ser mucho más frecuentado e investigado en Francia y en toda Europa. Igualmente, y junto a esa condición de ejemplar estudio de historia global, este libro blochiano es también una aplicación paradigmática del *método comparativo en la historia*, que no sólo construye el concepto general de ‘mundo o sociedad feudal’ desde la minuciosa y paciente comparación de los diversos feudalismos francés, alemán, inglés e italiano, sino que también es capaz de darnos, sucesivamente y de una manera rica y sutil, la explicación específica de las particularidades que presentan y que explican los mundos feudales en los diversos espacios de lo que más adelante serán España, Inglaterra, Francia, Alemania o Italia.

De este modo, y cuando Bloch está todavía revisando las últimas pruebas de este libro, estalla la Segunda Guerra Mundial que no sólo provocará la ruptura entre Bloch y Febvre en 1941, y con ella el fin del rico proyecto intelectual de los prime-

20 Sobre este punto cfr. Marc Bloch, *La Sociedad Feudal*, UTEHA, México, 1979, 2 vols. También Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Feudalismus” en *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus*, Band 4, Argument, Berlín, 1999.

ros *Annales*, sino también un cambio dramático de la situación de Bloch quien, a pesar de estar doblemente exento de ser movilizadado a la guerra, por su edad y por ser el padre de seis hijos, decidirá de una manera totalmente libre y voluntaria participar en ella, haciendo de lado todas sus actividades académicas e intelectuales, y sacrificando toda comodidad y su situación, en virtud de una clara conciencia de su deber como ciudadano y como francés.

**DE LA REFLEXIÓN GENERAL SOBRE LA HISTORIA
AL COMPROMISO POLÍTICO CON LA HISTORIA VIVA Y ACTUAL
LOS ÚLTIMOS AÑOS DE 1941 A 1944**

En 1939 Marc Bloch decide participar en la guerra, no puede adivinar que sus habilidades y conocimientos serán subutilizados cuando le asignen tareas demasiado simples y rutinarias, durante todo el primer año del conflicto y hasta el armisticio de 1940. Sin embargo, esa actividad demasiado elemental y burocrática que le fue encomendada, quizá le haya permitido gozar del suficiente tiempo libre como para comenzar a reflexionar, críticamente, en torno de las razones generales que explican la tan rápida derrota francesa frente al enemigo alemán²¹.

Porque, durante el verano de 1940 y luego del mencionado Armisticio, Bloch se dará a la tarea de redactar ese testimonio que más tarde terminada la Segunda Guerra Mundial, será publicado en 1946 por las Ediciones Atlas, creadas por el movimiento francés 'Franc-Tireur', bajo el título ahora muy conocido de *La Extraña derrota*.

Es claro que a partir de esta derrota francesa, Bloch comenzó a interrogarse sobre el papel que él mismo y todo el sector de los intelectuales franceses, habían jugado durante los años de entre las dos guerras que corren de 1919 a 1939. Su respuesta clara es que su generación tiene 'remordimiento de conciencia', porque luego de haber vivido y tomado partido ante el Affaire Dreyfus y de haber participado en la Primera Guerra Mundial, vuelve en 1919 "demasiado fatigada" como para continuar participando en los asuntos políticos, olvidándose de sus deberes ciudadanos y dejando hacer y asumir, libremente, a los gobernantes y a los políticos las tareas y responsabilidades que también le correspondían a ella misma.

Con ello, también estos intelectuales franceses —aunque disponían de 'una lengua, una pluma, un cerebro' para influir en la opinión pública y para fijar cla-

²¹ La situación que ha vivido Marc Bloch durante este primer año de la guerra, antes del Armisticio y la derrota francesa, se encuentran reflejadas en las cartas que le ha escrito a su hijo Etienne, y que están publicadas en francés bajo el título *Marc Bloch a Etienne Bloch. Lettres de la 'drole de guerre'*, Cahier num. 19 de la serie 'Les Cahiers de l'IHTP, Institut d'Histoire du Temps Present, París, decembre 1991.

ramente su posición, no lo hicieron— son en parte responsables de esa misma derrota francesa. Pues si el intelectual no asume su compromiso social con el propio presente y con la sociedad en los que vive, se hace igualmente responsable, por omisión, del destino y de los rumbos que tome esa sociedad en el momento de ir hacia el encuentro de su particular futuro.

Acuciado entonces con esta preocupación sobre el compromiso ciudadano y social del intelectual, Bloch redacta en 1940 ese libro sobre *La Extraña derrota*, en el que la pregunta central por responder es justamente la de ¿por qué Francia ha sido derrotada? Y para responderla, nuestro autor va a realizar un *diagnóstico crítico del conjunto de la sociedad francesa en vísperas de la segunda guerra*, que además de agudo e implacable, resulta aleccionador con respecto de lo que ha sido la historia de la nación francesa durante todo el siglo XX recién concluido.

En su análisis Bloch caracteriza con mucha agudeza, lo mismo al Estado Mayor militar francés y a las clases dirigentes de Francia que a los sindicatos, los partidos políticos, las Universidades y a los propios ciudadanos del hexágono. Y ello, lo mismo para mostrar el increíble retraso de la élite militar, anclada en las lecciones de la primera guerra sin actualizarse en torno a los nuevos desarrollos de la estrategia militar, que los vicios de la burocracia francesa, siempre enorme y siempre ineficiente, junto a las lagunas y limitaciones del sistema escolar y del tipo de formación impulsado en las escuelas, la cortedad de miras de los partidos políticos y los sindicatos, o las consecuencias negativas de la inercia y de los límites de muchas tradiciones albergadas y conservadas dentro de las ‘pequeñas aldeas’ de una cierta Francia campesina y profunda²².

Después de redactar este testimonio lúcido y preocupado, Marc Bloch va a comenzar a vivir toda una serie de cambios y catástrofes personales que, al mismo tiempo que radicalizan su conciencia política, determinarán la naturaleza de sus últimos trabajos intelectuales y de sus actividades en general. Después del verano de 1940, Bloch será víctima del Estatuto contra los Judíos que lo obligará a abandonar su Cátedra en la Sorbona y la dirección del Instituto de Historia Económica y Social y, más adelante, la propia ciudad de París. Vendrá luego la ruptura con Lucien Febvre, en la primavera de 1941, que implicará que Bloch no vuelva a colaborar en los *Annales* con la misma intensidad y con el mismo compromiso que antes.

²² Es curioso mencionar que este libro de *La extraña derrota* fue muy poco conocido y leído hasta antes de 1990. Pues a pesar de su publicación en 1946 por las Ediciones Atlas y reeditado en 1957 por la Editorial Armand Colin, su circulación se mantuvo muy restringida. Solo después de la reedición de 1990 por parte de Gallimard, en una colección de bolsillo, fue que comenzó a ser mas discutido e incorporado en los análisis sobre la obra de Marc Bloch. Como ya hemos señalado, aún no existe una traducción al español.

También resultará fallida la tentativa de emigrar con toda su familia a Estados Unidos²³ y, en mayo de 1942, será allanado su departamento parisino por la policía nazi, conllevando la pérdida de una gran parte de su biblioteca y de sus fichas, sus notas de lectura, sus expedientes y materiales habituales de trabajo. Finalmente, y luego de verse obligado por diferentes razones a moverse hacia Clermont-Ferrand y a Montpellier, para proseguir allí con su actividad docente; terminará abandonando ésta última después de la ocupación total de Francia por lo alemanes, refugiándose primero en su casa de campo de Fougères y trasladándose luego a Lyon, para desarrollar allí actividades políticas de tiempo completo dentro de los Movimientos Unidos de la Resistencia francesa contra los nazis.

Y es justo en este contexto de cambios radicales de situación personal y de las condiciones-límite que representa la segunda guerra mundial que Marc Bloch, entre 1941 y 1943, redacta su inconclusa *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'Historien*. Una obra, entonces, que no es el fruto de una escritura realizada en condiciones serenas, tranquilas y apacibles, sino más bien del esfuerzo intelectual apremiante de responderse y responder a la pregunta '¿para qué sirve la historia?' en las difíciles circunstancias de una civilización que se viene abajo y se autoinmola masivamente entre 1939 y 1945. Es decir, el intento complicado pero necesario de preguntar qué sentido puede tener la profesión de historiador, y qué elementos útiles puede aportar esa misma práctica histórica a una sociedad que se desmorona frente a sus ojos, en medio de la brutal crisis de una guerra sin precedentes.

Entonces, y desde este horizonte particular, es que Bloch va a condensar, en ese bello e incompleto libro de la *Apología por la Historia*, sus reflexiones de décadas en torno al objeto de la ciencia histórica, a los métodos y técnicas de esta misma ciencia, a la definición de lo que es un hecho histórico y lo que implica su examen e interpretación adecuadas por parte del historiador, al enorme problema del tiempo histórico y de las relaciones entre el pasado y el presente, a los elementos y exigencias del método crítico aplicado a los testimonios y fuentes historiográficas, lo mismo que al papel de la mentira y del error en la historia, a la naturaleza de las verdades históricas, a la fragilidad de los testimonios, a las virtudes y requerimientos del método comparativo, o al papel esencial del 'cuestionario' en historia, entre tantos y tantos otros puntos allí abordados.

Como ya hemos señalado, ese texto sobre el *Oficio de Historiador* no es sólo la síntesis de todo el rico y variado itinerario intelectual de Marc Bloch, que aquí

23 Están publicadas las cartas de Marc Bloch a sus corresponsales americanos, en torno de este fallido proyecto de emigrar a los Estados Unidos para ir a trabajar a la New School for Social Reserach en Nueva York. Cfr. Peter Rutkoff y William Scott (editores), *Letters to America: The correspondence of Marc Bloch, 1940 1941*, en la revista *French Historical Studies*, núm 12, 1981.

hemos esbozado, sino también la clara condensación de la experiencia de los primeros *Annales*, aquí decantada en lo que corresponde a sus principales lecciones metodológicas. Pero también, y en un plano más profundo, esta última obra de Marc Bloch se convertirá en el resumen de los progresos que la ciencia histórica francesa y europea conquistó durante la primera mitad del siglo XX y que, en virtud del cambio de hegemonía historiográfica, señalado con anterioridad, confluyeron en gran medida en esos iniciales *Annales d'Histoire Economique et Sociale* anteriores al año de 1941²⁴.

Un libro extraordinario de metodología histórica, con lecciones que siguen siendo profundamente actuales y vigentes, quedó inconcluso debido a la aguda conciencia de Bloch de lo que implica el compromiso social y político de un intelectual serio, honesto y realmente científico. Porque cuando los nazis invaden la zona todavía libre de Francia, y cuando la amenaza que ellos representan se vuelve más clara y evidente, Marc Bloch decide abandonar sus reflexiones sobre la historia para dedicarse de tiempo completo al trabajo de la resistencia antinazi. Entonces, ese hombre excepcionalmente inteligente, sin duda el más importante historiador occidental de la primera mitad del siglo XX, se consagra al trabajo político clandestino en la ciudad de Lyon pero es apresado el 8 de marzo de 1944, salvajemente torturado y asesinado el 16 de junio en las orillas del pequeño pueblo de Saint-Didier-des-Formans.

Cerrando de este modo su propio itinerario, con esa muerte profundamente absurda e injusta, Marc Bloch nos ha legado, tanto una obra que sigue siendo imprescindible para los historiadores críticos, como también un ejemplo digno de reflexión para todos aquellos intelectuales que no consideran a la ciencia como un simple pasatiempo, sino más bien como una actividad digna, humana y realmente social.

24. Ya hemos mencionado antes la reciente edición de una nueva versión, más completa y rica, de esta *Apología para la Historia u Oficio de Historiador*, editado en México por el Fondo de Cultura Económica en 1996. Sobre las distintas dimensiones que comprende este libro y sobre su excepcional difusión en América Latina, cfr. nuestro ensayo "La recepción del Metier d'Historien de Marc Bloch en América Latina", en *Argumentos*, núm. 26, México.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Lizcano Fernández, Francisco
Heterogeneidad socioeconómica en la historia reciente de Iberoamérica
Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 95-112
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100207>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Heterogeneidad socioeconómica en la historia reciente de Iberoamérica

FRANCISCO LIZCANO FERNÁNDEZ

Profesor investigador de tiempo completo de la Facultad de Humanidades

La heterogeneidad iberoamericana se manifiesta de múltiples formas. Aquí me voy a referir a dos: el nivel nacional de desarrollo y la heterogeneidad socioeconómica en sentido estricto; es decir, la coexistencia de estructuras sociales y productivas de diversa índole. Los niveles nacionales de desarrollo se establecen con base en seis indicadores, los cuales permiten clasificar a los países iberoamericanos en tres tipos y medir la intensidad de ciertos cambios entre 1950 y 1990.

En el segundo apartado, se aborda otro tema recurrente en la bibliografía sobre el desarrollo de Iberoamérica: la coexistencia al interior de las propias fronteras nacionales de dispares estructuras productivas y sociales; asunto al que ciertos autores reducen el problema de la heterogeneidad. Dicha coexistencia ha recibido interpretaciones dispares. Por ejemplo, para la teoría de la modernización significa la convivencia entre dos mundos opuestos y relativamente independientes, el moderno y el tradicional, mientras que para algunos marxistas consiste en la imbricación de factores de distintos modos de producción al interior de una formación social históricamente determinada. El examen que en el presente texto se hace sobre dicho asunto descansa sobre dos supuestos. Por un lado, se pretende que las múltiples estructuras socioeconómicas existentes pueden englobarse en tres: la moderna, similar a la de los países llamados desarrollados, la informal, surgida de los efectos no deseados de los procesos de modernización, y la tradicional, en la que de manera un tanto artificial se integran todos aquellos mundos donde la incidencia de la revolución industrial ha sido reducida. El segundo supuesto consiste en que la magnitud de estas tres estructuras podrían relacionarse, aunque fuese de manera meramente aproximada, con la de tres sectores ocupacionales: el formal urbano, el informal urbano y el tradicional agrícola. De esta manera, y de acuerdo con la importancia relativa de estos sectores con relación a las PEAs nacionales correspondientes, se dividió Iberoamérica en tres tipos de países –aquellos donde

prevalece la estructura social moderna, aquellos en los que predominan las estructuras no estrictamente modernas (informal y tradicional) y los que exhiben una situación intermedia– y se examinaron sus evoluciones en el periodo que nos ocupa.

NIVELES DE DESARROLLO

En este apartado, se clasifican las repúblicas iberoamericanas de acuerdo con sus respectivos niveles de desarrollo socioeconómico en 1990, al tiempo que se examina la evolución de tales niveles a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Para cumplir con el primero de estos objetivos, se establecieron tres rangos (que implican alto, mediano y bajo niveles de desarrollo) con respecto a seis indicadores: índice de desarrollo humano (IDH), PIB real per cápita, porcentaje de la población en situación de indigencia, tasa de mortalidad infantil, porcentaje de analfabetos entre la población adulta y promedio de años de escolarización de la población adulta.¹

Según predominen en torno a 1990 alguno de esos rangos en estos indicadores, se divide a las naciones iberoamericanas en tres grupos: de alto nivel de desarrollo, de mediano nivel de desarrollo y bajo nivel de desarrollo. Al primero se integraron seis países. Argentina, Uruguay, Chile, Costa Rica y Puerto Rico sin duda pertenecen a él, ya que en todos los indicadores utilizados alcanzan la calificación superior, con la única excepción de la escolarización de adultos en Costa Rica, que es de nivel mediano. Aunque tiene nivel alto en tres indicadores –IDH, PIB real per cápita y mortalidad infantil– y mediano en los otros tres, parece oportuno incluir a Venezuela en este mismo grupo, si bien con cierta reserva, porque entre los tres indicadores donde obtiene la más alta puntuación se encuentra el IDH, que es el único de los seis empleados con pretensiones de medir el desarrollo de manera global (cuadros 1 y 2).

Al grupo con un nivel mediano de desarrollo pertenecen siete países: México, Cuba, Panamá, Colombia, Ecuador, Paraguay y Brasil. Todos ellos tienen un IDH mediano, salvo México, que lo tiene alto, aunque próximo al nivel mediano. Este mismo país también tiene nivel alto en el PIB real per cápita, pero mediano en indigencia, mortalidad infantil y analfabetismo, e incluso bajo en escolarización de la población adulta. Cuba es el otro país cuya adscripción a este grupo puede plan-

¹ En relación con cada uno de estos seis indicadores, los tres rangos representan, en el orden en que son expuestos a continuación, niveles de desarrollo alto, mediano y bajo. Con respecto al IDH, los rangos son 0.900-0.800, 0.800-0.600 y 0.600-0.390. Para el PIB real por habitante: más de 4 000 dólares, 4 000-2 000 y menos de 2 000. Para el porcentaje de población indigente: menos de 10%, 10-20% y más de 20%. Para la tasa de mortalidad infantil: menos de 25%, 25-40% y más de 40%. Con respecto al porcentaje de analfabetos: menos de 10%, 10-20% y más de 20%. Y con relación al promedio de años de escolarización: más de siete años, entre siete y cinco años, y menos de cinco años.

tear ciertos problemas, pues su nivel es alto en los tres indicadores referidos a la salud y la educación: mortalidad infantil, analfabetismo y escolarización de la población adulta. Sin embargo, para su clasificación se consideró determinante, por la razón ya señalada, el nivel del IDH, que es mediano, como el del PIB real per cápita. En los otros cinco países de este grupo predomina el nivel mediano que se refleja en el IDH de todos ellos. Con todo, las excepciones no son escasas: Paraguay tiene nivel bajo en indigencia; Ecuador, lo tiene asimismo en indigencia y mortalidad infantil; Panamá ostenta nivel alto en este último indicador; Colombia conjuga niveles medianos con altos (PIB real per cápita y grado de escolarización de adultos) y bajos (indigencia); lo mismo que Brasil, cuyo PIB real per cápita es alto, pero obtuvo bajas calificaciones en mortalidad infantil, escolarización de adultos y, casi, en alfabetismo (cuadros 1 y 2).

Los siete países restantes integran el grupo caracterizado por su bajo nivel de desarrollo. En El Salvador, Honduras y Bolivia todos los indicadores presentan niveles bajos. En Guatemala y Nicaragua las excepciones son escasas y de nivel mediano: el PIB real per cápita en el primer caso, y el porcentaje de analfabetos en el segundo. En Perú y República Dominicana las excepciones son más numerosas, aunque también todas ellas de nivel mediano. En efecto, en Perú el PIB real per cápita y los dos indicadores referidos a la educación tienen este nivel; en República Dominicana, el PIB real por habitante y el analfabetismo (cuadros 1 y 2).

A partir de la información contenida en los últimos párrafos de este apartado, se puede establecer en qué medida los niveles nacionales de desarrollo que se acaban de exponer son consecuencia de los que existían al mediar el siglo o a la intensidad de su evolución en las cuatro décadas posteriores. Del grupo con alto nivel de desarrollo en 1990, Argentina, Uruguay, Chile y quizá Puerto Rico tenían ya este nivel 40 años antes, aunque en Chile la mortalidad infantil era mediana. De hecho, en Argentina y Uruguay los incrementos siempre fueron débiles, salvo el del alfabetismo en Argentina; en Chile la mejoría también fue tenue en lo que se refiere al ingreso per cápita, pero intensa en lo relacionado con aspectos sociales, mortalidad infantil y alfabetismo; y en Puerto Rico se dio un progreso intenso en cuanto al único indicador del que se tuvo información al respecto, el de la mortalidad infantil. De los otros dos países de este grupo en 1990, Costa Rica llegó a pertenecer a él debido casi exclusivamente a su fuerte expansión, perceptible en todos los aspectos analizados, pues en 1950 casi todos sus niveles de desarrollo eran medianos; mientras que Venezuela, en donde en 1990 se alternaban niveles altos y medianos, tuvo una débil mejoría en el ingreso per cápita (lo que no impidió que en esa fecha mantuviera nivel alto al respecto) pero se mostró intensa en mortalidad infantil y alfabetismo, si bien el nivel de este último indicador era todavía mediano en 1990.

En los siete países integrantes del nivel intermedio de desarrollo en 1990, predominó claramente el progreso vigoroso entre 1950 y 1990, excepto en Brasil,

Cuadro 1
ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO (IDH) E INGRESO

	IDH ^a (1990)	PIB real per cápita ^a (PPA en dólares)		PIB per cápita (dólares de 1980)			Porcentaje de pobreza (1990) ^d	Porcentaje de indigencia (1990) ^d
		1960	1990	1950 ^b	1980 ^c	1989 ^c		
Iberoamérica	—	2.140	4.490	925	2.013	1.872	39	17
Argentina	0.832	3.381	4.295	1.864	3.010	2.354	13	4
Bolivia	0.398	1.142	1.572	599	785	601	41	14
Brasil	0.730	1.404	4.718	583	2.011	2.020	41	19
Colombia	0.770	1.874	4.237	634	1.207	1.379	47	25
Costa Rica	0.852	2.160	4.542	636	1.552	1.460	21	8
Cuba	0.711	—	2.200	—	—	—	—	—
Chile	0.864	3.103	5.099	1.480	2.315	2.526	24	7
Ecuador	0.646	1.461	3.074	539	1.415	1.363	—	56
El Salvador	0.503	1.305	1.950	489	773	651	71	52
Guatemala	0.489	1.667	2.576	509	983	797	63	37
Honduras	0.472	901	1.470	469	682	608	73	41
México	0.805	2.870	5.918	950	2.498	2.280	36	12
Nicaragua	0.500	1.756	1.497	460	747	485	75	42
Panamá	0.738	1.533	3.317	705	1.766	1.461	30	12
Paraguay	0.641	1.200	2.790	620	1.293	1.296	—	39
Perú	0.592	2.130	2.622	661	1.190	896	52	25
Puerto Rico	—	—	—	—	—	6.091	—	—
R. Dominicana	0.586	1.227	2.404	471	1.139	1.174	—	44
Uruguay	0.881	4.401	5.916	1.558	2.412	2.254	15	3
Venezuela	0.824	3.899	6.169	2.675	3.377	2.736	42	15

donde fue débil en mortalidad infantil y analfabetismo, y quizás en Cuba, donde es probable que sucediera lo propio en el aspecto económico. Para 1950, México, Panamá, Cuba, Colombia y Paraguay ya estaban en el nivel mediano, pero Brasil y Ecuador se encontraban en el bajo. Por último, en los siete países con bajo nivel de desarrollo en 1990, prevaleció el progreso tenue salvo en República Dominicana. Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, República Dominicana y Bolivia ya pertenecían a él en 1950, aunque en esos 40 años Perú descendió a este grupo desde una posición más ventajosa (cuadros 1 y 2).

En síntesis, los únicos países en los que predominó el progreso intenso entre 1950 y 1990 tenían, con la incierta excepción de Puerto Rico, niveles de desarrollo medianos o bajos al comenzar este periodo: México, Costa Rica, Panamá, República Dominicana, Colombia, Ecuador y Paraguay. Como resultado de tal dinámica, en esas cuatro décadas de la historia iberoamericana se pueden constatar dos tendencias sólo en apariencia paradójicas, las cuales ya fueron señaladas en un trabajo anterior pero sólo con respecto al ámbito económico (Lizcano, en prensa). Por un lado, en la región se produjo un cierto proceso de uniformización, pues el nivel de desarrollo se elevó en menor medida en los países que ya lo tenían alto en 1950 que en un número significativo de naciones con niveles medianos y bajos en tal fecha. Por otro, se mantuvieron, o incluso se ensancharon, las diferencias polares en este mismo sentido, debido a que el tenue progreso de los países con alto nivel de desarrollo en 1950 fue simultáneo con otro de similar o todavía menor lentitud en algunas de las repúblicas menos desarrolladas en esa misma fecha.

Fuentes y notas del cuadro 1:

- a) PNUD, 1993: 153-161, 231. El IDH es un indicador que integra otros cuatro —el PIB real per cápita, la esperanza de vida al nacer, la tasa de alfabetismos de adultos y el número promedio de años de escolarización de la población con una edad de 25 años o más— y se expresa en uno (1) menos el índice de privación promedio de estas cuatro variables. Para calcular el PIB real per cápita se utiliza como factores de conversión paridades de poder adquisitivo (PPA), en lugar de los tradicionales tipos de cambio.
- b) CEPAL, 1989: 24. El ingreso de Nicaragua, no especificado por esta fuente, se decidió estimarlo en 460 dólares, porque según Bulmer-Thomas (1989: 415) y CEPAL (1978:21) en 1950 era sólo ligeramente superior al de Honduras.
- c) CEPAL, 1991: 184-185. La cifra sobre Puerto Rico (Almanaque Mundial 1994: 563) se refiere al PNB por habitante en 1990.
- d) CEPAL, 1997: 52-53. El porcentaje de pobreza se refiere a los hogares cuyo ingreso es inferior al doble del costo de una canasta básica de alimentos e incluye los hogares en situación de indigencia. Estos se definen por tener un ingreso inferior al costo de dicha canasta básica. Las cifras de Argentina, Perú y Uruguay se refieren a 1986; las de Guatemala a 1989; las de Brasil a 1993; las de Iberoamérica, Bolivia (se ciñen al área metropolitana, lo que podría explicar que sean relativamente bajas), Colombia, Costa Rica, Chile, Honduras, México, Panamá y Venezuela a 1994. PNUD, 1993: 188-189 (se refiere a 1977-1989), para Ecuador, Paraguay y República Dominicana. CEPAL, 1992: 21, para El Salvador y Nicaragua.

Cuadro 2
SALUD Y EDUCACIÓN

	Tasas de mortalidad infantil ^a (por cada mil nacidos vivos)			Esperanza de vida al nacer ^b (años en 1990)	Analfabetismo en adultos (porcentajes)			Años promedio de escolarización (1990) ^b
	1950-1955	1975-1980	1990-1995		1950 ^c	1980 ^c	1990 ^b	
Iberoamérica	125	69	45	67	44	23	15	5.2
Argentina	66	39	24	71	14	9	5	8.7
Bolivia	176	131	75	55	68	61	23	4.0
Brasil	135	79	58	66	51	40	19	3.9
Colombia	123	59	37	69	38	27	13	7.1
Costa Rica	94	30	14	75	21	16	7	5.7
Cuba	81	22	12	75	22	—	6	7.6
Chile	120	45	16	72	20	16	7	7.5
Ecuador	140	82	50	66	44	33	14	5.6
El Salvador	151	87	46	64	61	51	27	4.1
Guatemala	141	82	48	63	71	62	45	4.1
Honduras	169	81	43	65	65	55	27	3.9
México	114	58	36	70	43	35	12	4.7
Nicaragua	167	97	52	65	62	50	19	4.3
Panamá	93	35	25	72	30	23	12	6.7
Paraguay	73	53	38	67	34	26	10	4.9
Perú	159	100	64	63	39	15	15	6.4
Puerto Rico	63	20	11	75	—	—	9	—
R. Dominicana	149	84	42	67	57	36	17	4.3
Uruguay	57	42	20	72	—	10	4	7.8
Venezuela	106	39	23	70	51	37	12	6.3

Al mediar el siglo XX, la tipología de los países iberoamericanos basada en sus niveles de desarrollo mostraba diferencias notables con la expuesta para 1990, pues al comenzar este periodo el número de naciones en el nivel bajo era mayor y, en consecuencia, menor el de las ubicadas en los otros dos niveles. Para elaborar la clasificación correspondiente a mediados del siglo XX, se utilizaron cuatro indicadores: PIB real per cápita, PIB per cápita, tasa de mortalidad infantil y porcentaje de analfabetos.² El primero alude a la situación prevaleciente en 1960 y los otros tres a la de 1950. El grupo de países con alto nivel de desarrollo estaba integrado entonces por sólo cuatro países: Argentina, Uruguay, Chile y Puerto Rico. En todos ellos el nivel de los indicadores contemplados era alto, con excepción de la tasa de mortalidad en Chile, que era de nivel mediano, si bien para Puerto Rico sólo se contó con uno de tales indicadores. En el grupo intermedio se ubicaron cinco repúblicas: Cuba, Venezuela, México, Costa Rica y Panamá. Salvo en el caso de Cuba, tal ubicación no plantea dudas fuertes, aunque con frecuencia los niveles de los indicadores no eran medianos: en México lo eran todos, pero en Costa Rica era bajo el nivel del PIB per cápita y alto el del grado de analfabetismo, en Panamá era bajo el PIB real per cápita, en Venezuela eran altos los dos ingresos por habitante y bajo el nivel de analfabetismo. Cuba fue integrada en este grupo, en lugar de en el primero, por suponer que su ingreso por habitante era mediano, pues en realidad los niveles de los dos indicadores que reflejan la situación de este país en 1950 (tasa de mortalidad infantil y analfabetismo) eran altos. El tercer grupo, con niveles bajos de desarrollo, estaba conformado por República Dominicana, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Ecuador, Bolivia y Brasil. En estos ocho países, los niveles eran bajos en todos los indicadores, salvo en el grado de analfabetismo en

² Con respecto a cada uno de estos indicadores, se establecieron tres rangos que representan, en el orden en que son expuestos, niveles alto, mediano y bajo. Para el PIB real per cápita, los rangos son: más de 3 000 dólares, entre 3 000 y 2 000, y menos de 2 000. Para el PIB por habitante: más de 1 000 dólares, entre 1 000 y 700, y menos de 700 (en el libro de Lizcano, que se encuentra en prensa, se justifica esta división). Para la tasa de mortalidad infantil: menos de 90 por cada mil nacidos vivos, entre 90 y 125, y más de 125. Para el grado de analfabetismo: menos de 25%, entre 25 y 50%, y más de 50%.

Fuentes y notas del cuadro 2:

- a) ONU, 1995: 410, 416.
- b) PNUD, 1993: 153-154, 231; excepto las cifras de Puerto Rico: la de esperanza de vida (ONU, 1995:784) se refiere a 1985-1990 y la de analfabetismo (Agencia EFE, 1996: 364) a 1985. El porcentaje de analfabetismo en Nicaragua parece algo bajo pues, si bien se estima que se redujo a 13% al final de la campaña alfabetizadora emprendida al comienzo del régimen sandinista, se calcula que después ascendió para situarse en 1985 en 25% (García y Gomáriz, 1989, vol. I: 448). La Agencia EFE (1996: 284) lo sitúa en 23% para 1992.
- c) CEPAL, julio de 1991: 13.

Ecuador, que era mediano. La ubicación de los tres países restantes no puede establecerse con claridad, pues en ellos se conjugan niveles medianos en dos indicadores y bajos en los otros dos. En Colombia eran bajos los ingresos por habitante y medianos los niveles referidos a los dos aspectos sociales considerados. En Paraguay eran también bajos los niveles de los ingresos y mediano el de analfabetismo, pero era alto (quizá sospechosamente alto) el de mortalidad infantil. En Perú eran medianos los niveles del PIB real por habitante y de analfabetismo, pero bajos los relativos a los otros dos indicadores (cuadros 1 y 2).

Con respecto a la evolución de los niveles de desarrollo socioeconómico de Iberoamérica entre 1950 y 1990, conviene, en principio, señalar algunas tendencias generales para después detallarlas en los ámbitos nacionales correspondientes. Entre estas dos fechas, en toda la región prevaleció el crecimiento con relación a los cuatro indicadores estudiados, con la excepción de lo relativo al ingreso por habitante en Bolivia (donde el PIB real indica incremento, pero el PIB "normal" señala estancamiento), Nicaragua (país en el que tales indicadores muestran retroceso y estancamiento, respectivamente) y quizá Cuba. En cuanto a las condiciones sociales, este progreso se manifestó tanto en la etapa de auge, entre 1950 y 1980 aproximadamente, como en la posterior "década perdida". Pero con respecto al ingreso y las variables más directamente vinculadas con él (los porcentajes de pobreza e indigencia), la mejoría detectable entre 1950 y 1990 se debió en la mayoría de los casos a lo ocurrido en la etapa de auge, pues en los años ochenta cambiaron las tendencias positivas previas, al imperar el estancamiento e incluso el retroceso (cuadros 1 y 2; CEPAL, 1997: 52-53).

Para medir el vigor del avance en los niveles nacionales de desarrollo entre 1950 y 1990, se establecieron dos grados de intensidad de crecimiento, fuerte y débil, con relación a los mismos cuatro indicadores: PIB real per cápita, PIB por habitante, tasa de mortalidad infantil y grado de analfabetismo.³ De acuerdo con tales criterios, en ocho países prevaleció el progreso intenso: México, Costa Rica, Panamá (salvo en analfabetismo), República Dominicana (excepto en el PIB real), Colombia, Ecuador, Paraguay (en estos dos últimos salvo en mortalidad infantil), y quizá Puerto Rico. En otras ocho naciones imperó, por el contrario, la mejoría débil: Argentina (excepto quizá en analfabetismo), Uruguay, Perú, Bolivia (salvo tal vez en analfabetismo), Guatemala, El Salvador, Honduras (en estos dos salvo en mortalidad infantil), y Nicaragua, que tuvo una mejora intensa en mortalidad infan-

3 Duplicar al menos el PIB real per cápita o el PIB por habitante entre 1950-1960 y 1990 y reducir a una tercera parte las tasas de mortalidad infantil o analfabetismo entre las mismas fechas, se consideró manifestación de ritmo intenso de mejora. Cuando no se llegó a tales progresos, éstos se calificaron de tenues o débiles.

til, pero fue el único caso en la región que presentó un retroceso en el PIB real por habitante debido a su desastroso comportamiento económico, que comenzó en 1978 y todavía no termina (Lizcano, en prensa). En los otros cuatro países se alternaron de manera similar los crecimientos fuertes con los débiles. En Chile, Venezuela y Cuba mejoró intensamente la mortalidad infantil y el grado de analfabetismo, pero no sucedió lo mismo con los indicadores de ingreso per cápita. Y en Brasil ocurrió lo contrario: estos últimos indicadores crecieron con vigor, incluso con mayor intensidad que en cualquier otro país de la región, pero los referidos a las condiciones sociales progresaron con lentitud (cuadros 1 y 2).

ESTRUCTURAS SOCIALES

Para cuantificar la población integrante de las estructuras sociales tradicional, moderna e informal, se decidió relacionarlas con una de las clasificaciones usuales con respecto a la población económicamente activa (PEA). Esta clasificación divide la PEA en dos conjuntos, agrícola y no agrícola, cada uno de los cuales se divide a su vez en dos sectores: el agrícola moderno y el tradicional integran la PEA agrícola, y el urbano formal y el informal, la PEA no agrícola. De esta manera, y aunque los resultados no puedan tenerse sino como un reflejo aproximado, se identificó las estructuras sociales tradicional, moderna e informal con los sectores agrícola tradicional (STA), urbano formal (SFU) y urbano informal (SIU). Dentro del SFU en ocasiones se distingue entre una acepción restringida, que se ciñe al empleo en el sector público y las grandes empresas, y una amplia, que añade al anterior el de las empresas pequeñas. Como se puede observar, se dejó de lado el sector agrícola moderno, porque, a pesar de su nombre, en el agro iberoamericano el hecho de que una finca tenga trabajadores asalariados no implica en absoluto su carácter moderno: precisamente una de las unidades productivas tradicionales características de la Iberoamérica tradicional ha sido la hacienda, con un número de trabajadores relativamente amplio, pero en condiciones que distan mucho de la modernidad.

De acuerdo con las importancias relativas del SFU y del STA con respecto a la PEA nacional y según la relación existente entre el SFU y el SIU, se clasifica a los países iberoamericanos en tres tipos. El primero está conformado por aquellos en los que el SFU es mayoritario y claramente superior al SIU; por tal motivo se les denomina de estructura social predominantemente moderna. El segundo es un grupo intermedio, pues sus integrantes conjugan características propias de los otros dos. El tercer grupo, con estructuras sociales principalmente no modernas, incorpora a los países en los que el SIU y STA son mayoritarios, y en donde el SFU es similar o, por lo menos, no mucho mayor que el SIU.

En 1990, los países mayoritariamente modernos eran Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Venezuela, Panamá y Costa Rica; es decir, cinco sudamericanos y

dos centroamericanos. En esa fecha, las siete naciones se distinguían del resto de la región por tres hechos. Por un lado, en todos ellos el SFU ocupaba cuanto menos a la mitad de la PEA nacional. De hecho, tal sector empleaba entre 53 y 63% de la fuerza de trabajo nacional. Por otro lado, ostentaban también los porcentajes más elevados con respecto a la mano de obra ocupada en el sector público y las grandes empresas, entre 37 y 54% de las poblaciones activas nacionales. Por último, la diferencia numérica entre el SFU y el SIU era notable, pues en todos los casos la mano de obra empleada en el primero duplicaba la del segundo. Sin embargo, la importancia del STA era dispar al interior de este grupo. Esta era menor que en el resto de la región en Argentina, Uruguay, Chile (países en los que ya era reducida en 1950 y rondaba el 5% en 1990), Venezuela y Costa Rica (donde se situaba en torno a 10% en 1990), pero en Brasil y Panamá era similar a varias naciones del tercer grupo al situarse en torno a 20% (cuadro 3).

En el mismo año de 1990, los países en los que predominaban las estructuras sociales no estrictamente modernas eran Bolivia, Perú, Ecuador, Paraguay, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala (cuatro sudamericanos y cuatro centroamericanos). En estos ocho países, el SFU oscilaba entre 28 y 39%, salvo en Ecuador, donde era más alto. No obstante, en todos ellos la suma de los porcentajes del SIU y del STA era superior al del SFU. Con respecto al empleo en el sector público y la gran empresa, los datos se reducen a cinco países: en Bolivia y Paraguay rondaba el 20% y en Ecuador (otra vez con el porcentaje más alto: 34 puntos), Honduras y Perú el 30%. Aunque en este grupo, como en el anterior, el SFU era también más voluminoso que el SIU, la diferencia entre ambos era menor que en aquél. En efecto, en este grupo el empleo en el SFU distaba mucho de duplicar el del SIU, salvo en Paraguay, donde de cualquier manera la magnitud del SFU, tanto en sentido amplio como restringido, era reducida. También en 1990, el STA seguía teniendo una importancia notable en este grupo, pues en general oscilaba entre 19 y 29% de la PEA nacional, porcentaje que incluso era mayor en Bolivia, y probablemente en Paraguay. Estas cifras del STA están en clara sintonía con las de la PEA agrícola global, que entre los ocho países de este grupo oscilaba entre 30 y 48% (cuadro 3).

En una posición intermedia entre los dos grupos anteriores se encontraban Colombia, México y República Dominicana, si bien sobre este último país conviene aclarar que la situación que tenía en 1990 se extrapoló de la que detentaba en 1980, la cual a su vez era reflejo de un crecimiento quizás excesivamente intenso de su SFU entre 1950 y 1980, aumento que se hace más sospechoso al aparecer muy concentrado en los setenta, cuando pasó de 30 a 43% de la PEA nacional (PREALC, 1982: 75). Con todo, el SFU de estas tres naciones oscilaba entre 46 y 50% (es decir, no representaba la mayoría de la PEA nacional en ninguno de ellos), pero, y en esto se distingue de todos los integrantes del grupo anterior, era superior a la suma del SIU y el STA. Con respecto al SFU en sentido restringido (entre 31 y

32%) y al STA (entre 13 y 19%), los datos obtenidos también indican un nivel relativamente intermedio en los tres países, de los cuales sólo el SFU de México no lograba duplicar el SIU (cuadro 3).

De la comparación entre la clasificación expuesta y las que a continuación se realizan para 1950 y 1980, puede surgir otra tipología con respecto a la situación actual del asunto que ahora nos interesa: países predominantemente modernos desde, por lo menos, 1950: Argentina y Uruguay; los que accedieron plenamente a tal condición en las últimas décadas: Chile, Brasil, Venezuela, Panamá y Costa Rica; quienes consiguieron lo propio de forma parcial: Colombia, México y, con las reservas señaladas, República Dominicana; y, por último, los países donde ha prevalecido el empleo no estrictamente moderno: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay.

Al mediar el presente siglo, la estructura del empleo permitía distinguir tres tipos de países en Iberoamérica. El primero estaba compuesto sólo por Argentina y Uruguay, los únicos que entonces podían caracterizarse, en tal sentido, como predominantemente modernos. En ambos el SFU era mayoritario de manera clara y varias veces superior que el SIU, en tanto que el STA no alcanzaba el 10%. En las décadas siguientes, el cambio más significativo en estos países fue el incremento del SIU a costa de la PEA agrícola, pues el porcentaje del SFU apenas se alteró. A este primer grupo también se podría integrar Chile, aunque con ciertas reservas, pues su STA tampoco superaba el 10%, si bien su SFU no alcanzaba a representar la mitad de la PEA nacional ni duplicaba al SIU (que, dicho sea entre paréntesis, parece demasiado elevado para 1950). El segundo grupo (conformado por Brasil, Venezuela, Panamá y Costa Rica) se caracterizaba por una magnitud intermedia del SFU (entre 29 y 35%) y porque éste duplicaba el SIU. Sin embargo, en 1950 el tamaño del STA en este grupo era muy disparate: en Venezuela y Costa Rica era de nivel intermedio (20 y 23% respectivamente), y en Brasil y Panamá era elevado (38 y 47%). En los otros 11 países el SFU oscilaba entre 9 y 24%, además de no duplicar el SIU (salvo en República Dominicana), y el STA representaba entre 33 y 58%, salvo en Nicaragua, donde era algo inferior (cuadro 3).

En comparación con la situación de 1950, la prevaleciente después de 30 años de auge socioeconómico significa la ampliación del grupo de países con estructura social moderna mayoritaria, el estancamiento del número de países en situación intermedia y la disminución de los integrantes del grupo con estructura social mayoritariamente no moderna. Para 1980 en el grupo primero se encontraban, además de Argentina y Uruguay, Chile (ahora con pleno derecho), Venezuela y Costa Rica, dos de los países ubicados en el grupo intermedio en 1950. En estos cinco países, el SFU superaba el 50% de las PEAs nacionales respectivas y duplicaba ampliamente al SIU. Por otra parte, los porcentajes de sus STAs eran los más bajos de la región, aunque un poco superiores en Venezuela y Costa Rica que en los otros tres países.

Cuadro 3
ESTRUCTURA DEL EMPLEO^a
 (Porcentaje en relación a la PEA total)

	No agrícola							Agrícola										
	Total		Formal			Informal ^d	Total	Moderno ^e			Tradicional ^f							
			Total ^b	1950 ^g	1980 ^g			1990 ^g	1950 ^g	1980 ^g	1990 ^h	1950 ^g	1980 ^g	1990 ⁱ				
	1950 ^g	1980 ^g	1990 ^h	1950 ^g	1980 ^g	1990 ⁱ	1950 ^g	1980 ^g	1990 ^h	1950 ^g	1980 ^g	1990 ⁱ						
Iberoamérica	44	64	74	30	45	51	36	13	19	23	55	35	26	22	13	33	23	—
Argentina	72	84	87	57	65	60	42	15	19	27	28	15	13	20	9	8	6	5
Bolivia	24	41	50	9	18	28	22	15	23	22	73	56	47	19	5	54	51	43
Brasil	39	62	77	29	45	55	37	11	17	22	60	37	23	23	10	38	28	17
Colombia	39	65	69	24	43	49	31	15	22	20	59	35	31	26	16	33	19	17
Costa Rica	42	65	74	30	53	56	43	12	12	18	58	34	26	37	20	20	15	11
Chile	63	74	78	41	54	53	39	22	20	25	32	23	19	23	14	9	9	77
Ecuador	33	48	70	22	23	43	34	12	25	27	66	52	30	27	14	39	38	22
El Salvador	32	48	64	19	29	39	—	14	19	25	68	52	36	33	22	35	30	21
Guatemala	31	45	52	15	27	31	—	16	18	21	69	55	48	24	22	45	33	29
Honduras	19	43	64	11	26	36	29	8	17	28	81	57	36	30	24	50	33	21
México	35	62	72	22	40	46	32	13	22	26	64	38	27	20	19	44	18	13
Nicaragua	30	58	66	19	30	34	—	12	28	32	69	42	34	43	18	26	24	19
Panamá	47	66	73	35	45	53	44	12	21	20	53	34	27	6	9	47	25	20
Paraguay	—	—	52	—	—	35	20	—	—	17	—	—	48	—	—	—	—	—
Perú	36	59	65	19	35	39	31	17	24	26	61	40	35	22	8	39	32	28
R. Dominicana	28	59	69	20	43	50	—	9	16	19	72	41	31	13	17	58	25	19
Uruguay	78	82	85	63	63	63	54	15	19	22	22	18	15	17	10	5	8	7
Venezuela	51	79	86	35	63	63	52	16	16	23	46	20	13	23	4	23	15	10

Fuentes y notas del cuadro 3:

- a) Se excluyó al sector minero cuando aparece independizado del agrícola y el no agrícola: en PREALC, 1982, y OIT, 1995. En los demás casos se supone que el empleo minero se incorpora al no agrícola. PREALC (1993: 4) ofrece porcentajes del empleo no agrícola en 1980 y 1990, con respecto a Iberoamérica, Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, México y Venezuela. Hechas las conversiones oportunas, los datos para 1990 coinciden en lo fundamental con los expuestos en este cuadro, pero no sucede lo propio con los de 1980, salvo en el caso de Colombia. Esta diferencia determina que la percepción con lo ocurrido entre ambas fechas sea distinta a la que se desprende del presente cuadro, excepto en el mencionado caso colombiano. En comparación con ésta, los datos de PREALC para 1980 significarían que en Iberoamérica y Brasil el crecimiento del sector formal fue menor y el del sector informal, mayor; en México el porcentaje del sector formal habría permanecido casi estancado (apenas decrecía un punto) y el del sector informal habría aumentado en mayor medida que lo indicado en este cuadro. En los países restantes las diferencias son inversas: en Argentina el sector formal disminuyó y el informal aumentó también menos; en Costa Rica creció más el formal y menos el informal; en Chile aumentó el formal (según este cuadro tuvo un ligero descenso) y el informal descendió moderadamente; en Venezuela aumentó el formal (según este cuadro permaneció estancado) y ascendió en menor medida el informal.
- b) Integrado por patrones, asalariados (con la excepción de los trabajadores del servicio doméstico) y, sólo cuando son administrativos, profesionales y técnicos, trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados.
- c) OIT, 1997: 47-48; y las cifras de este cuadro referidas a la PEA no agrícola en 1990 (elaboración del autor). Incluye sector público y empresas grandes, al excluir a las empresas pequeñas: con menos de cinco o diez trabajadores, dependiendo de la información disponible. Las cifras de Perú aluden al área metropolitana de Lima y las de Uruguay, a Montevideo.
- d) Conformado por los trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados (en ambos casos excepto administrativos, profesionales y técnicos), así como el servicio doméstico.
- e) Incluye patrones, asalariados y, sólo cuando son profesionales y técnicos, trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados.
- f) Constituido por trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados, siempre y cuando no sean profesionales y técnicos.
- g) PREALC, 1982.
- h) Infante, 1991: 45, para Iberoamérica (se refiere a 1989 y señala que para tal fecha los sectores agrícola moderno y agrícola tradicional representan 10 y 15%, respectivamente, de la PEA total). PNUD, 1993: 186-187 (se refiere a 1989-1991), con respecto a Argentina, Ecuador, Guatemala, Honduras, Paraguay, Perú y Uruguay. OIT, 1995: 183-200 (elaboración del autor), en relación a Bolivia, Brasil, Costa Rica, Chile, México (se refiere a 1991), Panamá (a 1991) y Venezuela. CELADE, 1996: 36-40 (elaboración del autor), para Colombia (se refiere a la PEA por área por residencia urbana y rural, pero en 1980 estos porcentajes coincidían grosso modo con los de la PEA no agrícola y agrícola). OIT, 1994: 124, para El Salvador (se refiere a 1987-1992) y República Dominicana (a 1981-1986). Nicaragua-INEC, 1989, vol. III: 10 (elaboración del autor), para Nicaragua (se refiere a 1985).
- i) Oit, 1997: 47-48; y las cifras a las que se refiere la nota anterior (elaboración del autor), para Iberoamérica, Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Las cifras de Perú se refieren al área metropolitana de Lima y las de Uruguay, a Montevideo. En El Salvador, Guatemala, Nicaragua y República Dominicana, a partir de las propias cifras del presente cuadro, se aplicaron los mismos porcentajes de los sectores formal e informal en 1980 a la PEA no agrícola de 1990.
- j) Para suplir la ausencia de la información correspondiente a esta columna, había dos posibilidades: aplicar a la PEA agrícola de 1990 el mismo porcentaje del STA de 1980 o restar a las cifras del STA en 1980 el 20% que, según Infante (1991: 45), habría disminuido este sector en el conjunto de Iberoamérica entre 1980 y 1990, al pasar de 18 a 15%. Se eligió la primera aunque cabe señalar que la segunda opción arroja estimaciones similares a las expuestas en este cuadro, con algunas excepciones. En efecto, según esta alternativa, el STA se elevaría a 22% en Brasil, 30% en Ecuador y 26% en Honduras.

Cuadro 4
ESTRUCTURA DEL EMPLEO No AGRÍCOLA^a
 (Porcentajes)

	Formal						Informal		
	Total			Sector público y grandes empresas privadas			Empresas pequeñas		
	1980 ^b	1990 ^c	1996 ^c	1980 ^b	1990 ^c	1996 ^c	1980 ^b	1990 ^c	1996 ^c
Iberoamérica	74	69	66	60	48	43	15	20	23
Argentina	74	67	65	61	53	46	13	15	19
Bolivia	44	56	57	—	43	37	—	13	20
Brasil	76	71	67	66	48	41	10	23	26
Colombia	68	71	70	48	45	43	21	26	28
Costa Rica	78	76	77	64	58	53	14	18	25
Chile	64	68	71	50	50	49	14	18	21
Ecuador	48	62	62	—	49	47	—	13	15
El Salvador	60	—	—	—	—	—	—	—	—
Guatemala	60	—	—	—	—	—	—	—	—
Honduras	60	57	57	—	46	44	—	11	14
México	76	64	62	51	45	40	25	20	22
Nicaragua	52	—	—	—	—	—	—	—	—
Panamá	68	72	72	—	60	58	—	13	14
Paraguay	—	68	62	—	39	31	—	29	31
Perú	59	60	58	—	48	42	—	11	16
R. Dominicana	73	—	—	—	—	—	—	—	—
Uruguay	77	75	72	—	64	62	—	11	10
Venezuela	74	74	70	65	61	52	9	13	17

En el intermedio se encontraban dos naciones ubicadas en este mismo grupo 30 años atrás (Brasil y Panamá) y tres más que procedían del tercer grupo: México, Colombia y República Dominicana. En estos cinco países, el SFU representaba entre 40 y 45% de las PEAs nacionales y duplicaba, o se hallaba cerca de hacerlo, al SIU. En cuanto al STA, también era intermedio, si bien era menos abultado en Colombia y México (en los que no alcanzaba el 20%), que en Brasil, Panamá y República Dominicana, en los cuales oscilaba entre 25 y 28%. En el grupo con estructuras sociales mayoritariamente no modernas, se encontraban ocho países que también lo integraban en 1950. Tres décadas después, en éstos el SFU oscilaba entre 18 y 30%, salvo en Perú (35%) y en ningún caso se acercaba a duplicar el volumen del SIU, siendo similar en varios. Por su parte, la importancia relativa del STA fluctuaba entre 30 y 51%, excepto en Nicaragua, donde era algo menor (cuadro 3).

Entre 1950 y 1990 se puede detectar una serie de tendencias generales con escasas excepciones: incremento notable de las importancias relativas del SFU (salvo en Argentina y Uruguay, los países con un mayor nivel en este sentido al comenzar el periodo) y el SIU (con excepción de Chile, donde quizás aparezca abultado en 1950 a costa del SFU), y descenso también notorio del STA, salvo en los países en que ya era muy reducido. Sin embargo, en este periodo largo pueden distinguirse dos etapas por sus manifestaciones dispares: la de auge, de 1950 a 1980 aproximadamente, y la de crisis, de 1980 hasta la actualidad. En la primera se detecta un crecimiento más o menos intenso del SFU, salvo en Ecuador y Uruguay, el descenso también fuerte, aunque en menor proporción y con más excepciones, del STA (permaneció relativamente estancado en Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia, Ecuador y Nicaragua) y un aumento del SIU, salvo en Costa Rica, Chile y Venezuela. Significativamente, en estas tres décadas caracterizadas por el desarrollo socioeconómico de la región, el llamado sector moderno agrícola, que no se analiza aquí, disminuyó su participación relativa en mayor medida que el STA (cuadro 3).

En la década de los ochenta, y en clara relación con la profunda crisis económica padecida por la región en esos años, las tendencias previas sufrieron modificaciones importantes, aunque es muy probable que el porcentaje del STA siguiera descendiendo en casi todos los países, ya que ésta fue una propensión unánime en todas las PEAs agrícolas nacionales. Sin embargo, el SIU creció en mayor medida

Fuentes y notas del cuadro 4:

- a) Para los distintos sectores ocupacionales se aplican las mismas definiciones ofrecidas en el cuadro anterior. Por tanto, las empresas pequeñas son las que cuentan con menos de cinco o diez trabajadores, dependiendo de la información disponible.
- b) PREALC, 1993: 4, con respecto a Iberoamérica, Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, México y Venezuela. Cuadro anterior, en relación al resto de los países.
- c) OIT, 1997: 47-48. Las cifras de Perú se refieren al área metropolitana de Lima y las de Uruguay, a Montevideo.

que el SFU. Con relación a la PEA nacional, el porcentaje del SFU manifestó en general un ascenso moderado, aunque en algunos países (como Argentina) llegó a disminuir y en otros, más numerosos, tuvo incrementos no desdeñables, como en Brasil, Ecuador y Costa Rica (cuadro 3). Por el contrario, con relación a la PEA urbana, la importancia relativa del SFU tendió a decrecer y esta disminución fue todavía más importante en el sector público y las grandes empresas. Pero lo más preocupante de esta situación es que dichas tendencias se vienen manteniendo en los noventa, en un contexto de recuperación económica. En efecto, entre 1990 y 1996 el porcentaje del SIU no ha descendido de manera importante en ningún país, en tanto que el del sector público y las grandes empresas continúa declinando en todos ellos (cuadros 3 y 4).

CONCLUSIÓN

Para terminar este trabajo, se examina la relación, con respecto a la situación prevaleciente en 1990, entre los niveles de desarrollo y lo que atañe a las importancias relativas de las tres estructuras sociales estudiadas;⁴ se correlaciona la intensidad de los cambios ocurridos en esos dos aspectos durante la segunda mitad del siglo XX; y por último se enlazan los resultados de los dos ejercicios anteriores.

En 1990 Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela y Costa Rica conjugaban altos niveles de desarrollo con el predominio de la estructura social moderna. En Brasil y Panamá se combinaba este predominio con un nivel mediano de desarrollo. Otros dos países, México y Colombia, detentaban una situación intermedia tanto en el nivel de desarrollo como en el referido a las estructuras sociales. En otros tres se vuelven a encontrar ubicaciones alternadas en estos dos sentidos: Ecuador y Paraguay tenían medianos niveles de desarrollo con predominio de estructuras sociales no modernas; en República Dominicana el nivel de desarrollo era bajo, e intermedia su situación en lo relativo a la combinación de estructuras sociales, si bien conviene recordar las reservas que se manifestaron en este último sentido. En los otros seis países (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Perú y Bolivia) de nuevo se encuentra una clara correspondencia entre ambas cuestiones: bajo nivel de desarrollo y predominio de estructuras sociales no modernas. Por tanto, en 13 países existe total correlación en los dos aspectos y en los otros cinco se conjugan posiciones distintas, pero siempre entre situaciones contiguas; es decir, entre A y B o entre B y C.

4 Para simplificar la redacción, se distingue entre situaciones A (alto nivel de desarrollo y predominio de la estructura social moderna o SFU), situaciones B (nivel mediano de desarrollo y ubicación intermedia en lo relativo a la combinación de estructuras sociales) y situaciones C: bajo nivel de desarrollo y predominio de estructuras sociales no estrictamente modernas, tradicional o STA e informal o SIU.

También existe una clara interrelación entre la intensidad de los cambios ocurridos en los dos ámbitos durante 1950-1990. En México, Costa Rica, Panamá, República Dominicana y Colombia prevalecieron los cambios intensos en los niveles de desarrollo, al tiempo que se incrementaba de manera decisiva la importancia de la estructura social moderna. Esto último también sucedió en los países donde se alternaron en proporción similar los ritmos intensos y débiles en lo relativo al nivel de desarrollo: Chile, Brasil y Venezuela, por lo que se puede concluir que, vistos de manera global, los cambios protagonizados por estos países merecen asimismo el calificativo de intensos. En cambio, en Argentina, Uruguay, Bolivia, Perú, Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua, a los cambios tenues en los niveles de desarrollo correspondieron transformaciones menos significativas en las estructuras sociales. Por tanto, sólo en Ecuador y Paraguay se conjugaron dinámicas distintas en estos dos aspectos: cambios notables en los niveles de desarrollo y permanencia de las estructuras sociales no modernas.

Si juntamos ambas cuestiones, situación en 1990 e intensidad de los cambios entre 1950 y 1990, surge el siguiente panorama. Dos países (Argentina y Uruguay) mostraron escaso dinamismo, pero permanecieron en la situación A; otros seis (Bolivia, Perú, Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua), con igualmente escaso dinamismo, se mantuvieron en la situación C; ocho más protagonizaron cambios notables: Chile, Venezuela y Costa Rica (quizá también Puerto Rico) accedieron a la situación A en los dos sentidos estudiados, en Brasil y en Panamá se conjugaron situaciones A y B, México y Colombia (quizá también Cuba) se consolidaron en o ascendieron a la situación B, y en República Dominicana se alternaron las situaciones B y C. De forma similar, en las dos repúblicas restantes, Ecuador y Paraguay, se entretejieron estas dos situaciones, pero con dinámicas más dispares.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AGENCIA EFE, *Anuario Iberoamericano 1996*, Madrid, Agencia EFE, 1996, 575 pp.
- Almanaque Mundial 1994*, Virginia Gardens, Florida, Ed. América, 1993, 592 pp.
- BULMER-THOMAS, Víctor, *La economía política de Centroamérica desde 1920*, San José, BCIE, 1989, 480 pp.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía), Boletín Demográfico, núm. 57, Santiago de Chile, CELADE, enero de 1996, 285 pp.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), Series históricas del crecimiento de América Latina, Santiago de Chile, CEPAL, 1978, 206 pp.
- , *Transformación ocupacional y crisis social en América Latina*, Santiago de Chile, CEPAL, 1989, 243 pp.
- , *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1990*, Santiago de Chile, CEPAL, 1991, 782 pp.
- , "Nota sobre el desarrollo social en América Latina", *Notas sobre la economía y el desarrollo*, núms. 511-512, Santiago de Chile, CEPAL, julio de 1991, pp. 1-20.
- , *Transformación productiva y pobreza en Centroamérica*, San José, FLACSO, 1992, 80 pp.

- , *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1996*, Santiago de Chile, ONU, 1997, 766 pp.
- GARCÍA, Ana Isabel y Enrique Gomariz, *Mujeres centroamericanas*, San José, FLACSO/Universidad para la Paz/CSUCA, 1989, 2 vols.
- INFANTE, Ricardo, *Mercado de trabajo y deuda social en los 80*, Santiago de Chile, PREALC, 1991, 62 pp.
- LIZCANO Fernández, Francisco, *Desarrollo socioeconómico de América Central en la segunda mitad del siglo XX*, Toluca/Madrid, Universidad Autónoma del Estado de México/Asociación de Investigación y Especialización sobre Temas Iberoamericanos (en prensa).
- Nicaragua-INEC, *Encuesta sociodemográfica nicaragüense 1985*, Managua, INEC, 1989, 4 vols.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo), *El Trabajo en el Mundo 1994*, núm. 7, Ginebra, OIT, 1994, 133 pp.
- , *Anuario de Estadísticas del Trabajo 1995*, Ginebra, OIT, 1995, 1, 069 pp.
- , *Informa. América Latina y el Caribe. Panorama Laboral '97*, núm. 4, Lima, OIT, diciembre de 1997.
- ONU (Organización de las Naciones Unidas), *World Population Prospects. The 1994 Revision*, Nueva York, ONU, 1995, 886 pp.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), *Informe sobre desarrollo humano*, 1993, Madrid, CIDEAL, 1993, 250 pp.
- PREALC (Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe), *Mercado de trabajo en cifras. 1950-1980*, Santiago de Chile, 1982, 180 pp.
- , *Informa*, núm. 32, Santiago de Chile, PREALC, septiembre de 1993, 8 pp.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Makowski, Sara
José Ingenieros y la construcción de la nación en Argentina
Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 113-122
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100208>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

José Ingenieros y la construcción de la nación en Argentina

SARA MAKOWSKI

Profesora-Investigadora de la FLACSO-México.

INTRODUCCIÓN

El gran desafío que la Modernidad impuso a las fracciones dominantes de la Argentina finisecular y de comienzos del siglo XX, fue la compleja tarea de llevar a cabo una transformación radical de las estructuras sociales, las alianzas políticas y los sistemas de dominación, y las formas de organizar la producción. Se trataba, pues, de sentar las bases de un país moderno y capitalista que pudiera ostentar algún día la bandera del progreso que flameaba en los países más desarrollados.

El problema de cómo construir una sociedad moderna y, paralelamente, actores sociales modernos que dejaran atrás los parámetros de la vida social tradicional, hizo patente la cuestión de la diagramación de un espacio nacional.

Desde una mirada que abarca el campo de los saberes menores y oscuros, como lo son el criminológico y el psiquiátrico, se pondrán a la luz los efectos de visibilidad de este diverso y complejo proceso de producción de la sociedad moderna y la nación. Desde esta perspectiva, la obra de José Ingenieros constituye un terreno fértil para pensar esta problemática; los aportes de Ingenieros en el plano de la ideología y de la práctica son insoslayables al momento de dar cabal cuenta del proceso de constitución de la nación en Argentina.

LA FORMACIÓN DEL ESTADO

La desintegración del orden colonial dejó como saldo un período de enfrentamientos sociales que atentaba contra y disolvía las condiciones para la construcción de la nación. En 1862, con el triunfo en la batalla de Pavón, quedó confirmada la hegemonía de Buenos Aires sobre el interior del país y a partir de ahí se abrió el horizonte para la organización definitiva del Estado nacional.

La instauración del Estado nacional supuso un nuevo tipo de organización y funcionamiento de la sociedad, en adecuación con el nuevo marco de relaciones de dominación y con el sistema capitalista. El establecimiento del Estado no puede desvincularse del problema de la producción de la nación, y ambos problemas concurren en el proceso de construcción social.

El Estado nacional supone la conformación de una instancia de dominación política en la sociedad y, paralelamente, la materialización de esa instancia en un conjunto de instituciones que permiten el ejercicio de la dominación. Desde el Estado se llevarán a cabo las intervenciones necesarias para poder instaurar, en todo el territorio nacional, relaciones sociales capitalistas e insertar la sociedad en la trama de relaciones económicas internacionales.

El proceso de consolidación del Estado nacional no es una mera imposición a la sociedad civil inerte; es más bien un proceso de múltiples determinaciones entre una sociedad civil en tránsito hacia una sociedad nacional, y un Estado que surge en relación con esa sociedad civil en gestación. Este es el principal aspecto por el cual la formación del Estado no puede desvincularse del nacimiento de la nación.

En el marco de la construcción de una sociedad moderna, el Estado debía abocarse a la organización de un nuevo orden social. Para el Estado argentino la cuestión del orden aparecía como condición de posibilidad del progreso y del desarrollo. El nuevo orden social tenía su nacimiento en una matriz de relaciones sociales de inclusión-exclusión; “por definición, el ‘orden’ excluía a todos aquellos elementos que pudieran obstaculizar el progreso, el avance de la civilización, fueran éstos indios o montoneros. Estas rémoras que dificultaban el ‘progreso’ eran todavía en 1862 una amenazadora realidad presente, vestigios de una sociedad cuyos parámetros pretendía transformar”.¹ Puede afirmarse, entonces, que el orden tenía una implícita definición de ciudadanía en términos de diferenciar a los sujetos legítimos de la nueva sociedad de aquéllos que no tendrían cabida en el nuevo esquema de sociedad.

Fuera de las fronteras nacionales, la construcción del orden social también tenía claras repercusiones. La existencia de una sociedad ordenada, inmersa en el sistema económico internacional y con relaciones sociales crecientemente racionales y capitalistas, otorgaba a los países centrales la confianza necesaria para realizar grandes inversiones y mandar contingentes de inmigrantes a las tierras pampeanas. Era más que claro, en el contexto de este proyecto, que sin estos dos elementos, inversiones e inmigración masiva, no sería posible el progreso y desarrollo del país.

La existencia de un orden se expresaba en la indiscutida soberanía nacional, en la dominación institucionalizada en todo el territorio a través del monopolio de la violencia, en la centralización jurídico-administrativa y en la creación de consenso como fundamento de legitimación de la autoridad del Estado.

¹ Oszlak, O., “Reflexiones sobre la formación del Estado y la construcción de la sociedad argentina”, en *Desarrollo Económico*, v. 21, núm. 84 (enero-marzo 1982), pp. 536.

La consolidación del Estado moderno operó una profunda reconstitución del tejido social al crear nuevos patrones sociales, al uniformar las prácticas, y al volver más previsibles y controlables las transacciones. Así, la organización del Estado significó un avance sobre la sociedad civil que se tradujo en la secularización de la sociedad y en la creación de nuevos espacios institucionales: celebración del matrimonio civil, registro de las personas y administración de cementerios, cuya ejecución estaba anteriormente en manos de otros agentes sociales (esencialmente de la Iglesia).

Estas diversas formas de intervención del Estado en el plano de la sociedad civil, contribuyeron a recrear el sistema de clases y grupos sociales de la Argentina de principios del siglo XIX. Con la constitución y afianzamiento de un ejército nacional, el Estado impulsó el proceso de institucionalización de las fuerzas armadas; a través del subsidio a las provincias permitió el desarrollo de un importante sector de profesionales y burócratas provinciales que ocupaban cargos administrativos, docentes y legales; con la intervención en la delimitación de tierras y recuperación de territorios ocupados por indígenas brindó garantías a la inversión del capital extranjero, creando óptimas condiciones para la recepción e instalación de inmigrantes en el territorio argentino. El Estado también creó las condiciones propicias para el desarrollo de una burguesía versátil capaz de insertarse rápidamente en los sectores más productivos del mercado y, finalmente, se ocupó de transformar a la clase trabajadora, a través del disciplinamiento y la educación gratuita, en un sustrato calificado e inscripto en un régimen de producción capitalista.

Esta multifacética penetración del Estado en la sociedad argentina, vinculada con el intento de amalgamar relaciones de nacionalidad, operó desde dos estrategias bien definidas: una represiva y otra consensual. Siguiendo a Ozslak², se sostiene que si bien estas dos estrategias forman parte de un proceso único y actúan en forma simultánea es posible, en un plano analítico, hacer ciertas categorizaciones.

La estrategia represiva supuso el establecimiento de una fuerza militar unificada, cuyo papel era el de prevenir y sofocar todo intento de disolución del orden instaurado por el Estado nacional. En el plano de las estrategias consensuales, la modalidad cooptativa se orientó a la obtención de apoyos y alianzas basadas en compromisos y prestaciones entre el Estado y los sectores dominantes; la modalidad material impulsó el avance del Estado nacional en el territorio provincial a través de obras y servicios indispensables para el progreso económico; y finalmente la modalidad ideológica se basó en la creación y difusión de valores y sentimientos reforzadores de la nacionalidad que tendían a legitimar la dominación estatal.

En el momento de la consolidación del Estado moderno, la dimensión represiva aparecía como condición necesaria para ejercer el monopolio legítimo de la fuerza y mantener la unidad territorial del país pero, concomitantemente, la dimen-

² Ozslak, O., *op. cit.*, pp. 540-541.

sión consensual fue también constitutiva del Estado nacional. Desde esta última perspectiva, el Estado se “dirigió a instituir pautas educacionales congruentes con el nuevo esquema de organización social; establecer el ‘imperio de la ley’ y sacralizar una concepción de la justicia que fijaba minuciosamente las posibilidades y límites de la acción individual”.³

El Estado nacional se convirtió en el núcleo de un proceso más amplio de construcción social y, desde su plataforma de acción, llevó a cabo la regulación y rearticulación social que facilitaría las transacciones económicas modernas, la neutralización de las fuerzas disruptivas del orden impuesto, la creación de una fuerza asalariada, y la interiorización de una conciencia nacional.

EL POSITIVISMO: MATRIZ DEL NUEVO ORDEN SOCIAL

El período de formación y centralización del Estado coincidió con la conformación del positivismo en las sociedades latinoamericanas. El positivismo fue, entonces, el sustrato intelectual del proceso de construcción de la nación en América Latina. Su desempeño hegemónico en la diagramación de los espacios nacionales se debió a su capacidad para articularse con instituciones y prácticas educativas, médicas y jurídicas que trazaron los límites de la sociedad moderna en el momento de la consolidación del Estado nacional.

El positivismo, como movimiento cultural del proceso de construcción de la nación, operó en la sociedad para normalizar los vínculos entre la sociedad y el Estado, fue un corpus que explicó los factores de atraso y los males de los países latinoamericanos y, al mismo tiempo, el motor ideológico de la modernización en el continente.

Sin embargo, las configuraciones nacionales atentaron contra la posibilidad de respuestas positivistas homogéneas y orientaron el análisis de la eficacia de esta ideología hacia los terrenos específicamente locales.

Si bien es cierto que los países latinoamericanos enfrentaban los mismos problemas y desafíos en los momentos fundacionales del Estado nacional, sus características estructurales (predominio de población indígena autóctona o inmigración aluvional europea), marcaron dos claras tendencias en el análisis de la realidad: un positivismo reaccionario y un positivismo filosófico no necesariamente vinculado a lecturas racistas de la realidad social.

En 1899, desde *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* del mexicano Francisco Bulnes, se apelaba a una concepción positivista y profundamente antidemocrática (“la enfermedad del siglo tiene su etiología en el sufragio popular”), para interpretar las causas del atraso y la miseria. El mal latinoamericano, definido por las coordenadas de la barbarie y la raza, se encontrará en el interior mismo de cada realidad nacional. Y como concluye Bulnes, “nuestros adversarios

³ Oszlak, O, op. cit. pp. 541.

se llaman: nuestra tradición, nuestra historia, nuestra herencia morbosa, nuestro alcoholismo, nuestra educación contraria al desarrollo del carácter”.⁴

Desde esta tradición positivista reaccionaria, el boliviano Alcides Arguedas definirá en su obra *Pueblo enfermo* a la población indígena, “clase de gentes híbridas”, como el elemento determinante del atraso y de la imposibilidad de consolidación de una nación moderna. Para la misma época, el argentino Carlos O. Bunge también concluía en *Nuestra América* (1903) que la clave del enigma del atraso de las naciones del continente eran también la herencia y la raza. Su innegable tono racista lo llevó a postular rasgos casi zoológicos respecto a los mestizos y mulatos, razas inferiores y extrañas. Como bien señala Terán, la obra de Bunge es una lectura, en clave, de darwinismo social penetrada por las ideas de Lombroso, que lo conducen a bendecir el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis por los efectos benéficos que habrían acarreado al diezmar la población indígena y africana de la provincia de Buenos Aires.

En otra línea, pero siempre desde los parámetros del positivismo, hay autores que sin desconocer los obstáculos para el progreso bregaban por una solución no biologicista de la cuestión social. En este camino se encuentran el cubano José Enrique Varona, el peruano González Prada quien planteaba una propuesta democrática para la cuestión indígena, y el argentino Agustín Álvarez que se encargó de desentrañar los males argentinos para encontrar los correctivos necesarios para consolidar una nación moderna y laica. En su *Manual de patología política* incluso llega a postular que la supresión de la miseria será el primer paso de la libertad.

Si bien es cierto que estos últimos autores se inclinaban más hacia un humanismo social, el problema del desarrollo material hispanoamericano no quedaba olvidado. Sólo se enfatizaba que las tareas materiales de construcción de la nación debían fusionarse con la indispensable labor de promover una moral ciudadana.

Por lo expuesto se comprende la centralidad del positivismo como propuesta para la construcción de la nación. Pero también se demarca el territorio por donde pasarán las preocupaciones y prácticas de este campo de saber: la presencia de las masas, la medicalización de lo social y la concepción de la crisis como patología, y la necesidad de una intervención moral en la trama social. No por azar este sistema de ideas encontrará un campo fértil para la implantación de prácticas médicas, criminológicas y del derecho penal.

El primer tema presente en los ensayos de los positivistas argentinos es la cuestión de las masas y de su incorporación al ámbito de lo nacional, atendiendo a la característica estructural del país: su gran caudal migratorio europeo. Si hacia 1914 el 30% de la población de Argentina era extranjera, sin duda que la cuestión de la producción de la nación giraba en torno de la figura del inmigrante que era una evidencia imposible de soslayar.

⁴ Cita en: Terán, O., *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, 1986, Ed. Catálogos, p.19.

A comienzos del siglo XX, y más precisamente durante la primera década, la acción de los anarquistas en el plano de la organización sindical y de los cuestionamientos al sistema era de notable fuerza. Estas ideas estaban estrechamente ligadas a los inmigrantes extranjeros (italianos, rusos y españoles) que en sus maletas traían libros e ideas violentas y ajenas a nuestra realidad, según los más ilustres positivistas argentinos. Los inmigrantes se tornaron así en un objeto ambivalente. Por un lado, constituían la materia prima del progreso de la nación y, por otro, eran un potencial disruptivo del orden social estable patrocinado por el Estado.

Frente a la cuestión de la nacionalización de las masas y al problema de la gobernabilidad en una sociedad signada por esas multitudes, todo el espectro del positivismo depositó su confianza en la capacidad integracionista del Estado, a partir de la educación pública y de la generación del hábito del trabajo y de la actividad productiva. Desde estas instancias de intervención estatal se podrá hacer del inmigrante y de las masas (rurales y urbanas) sujetos regenerables y ajustables al sistema.

La educación será para el positivismo la respuesta central al problema de cómo incorporar las multitudes a un régimen de trabajo asalariado. Para Ramos Mejía, la educación, como mecanismo de nacionalización de las masas, tendría que estar reglamentada por la liturgia patriótica: “sistemáticamente y con obligada resistencia se les habla de la patria, de la bandera, de las glorias nacionales y de los episodios heroicos de la historia; oyen el himno y lo cantan y lo recitan con ceño y ardores de cómica epopeya, lo comentan a su modo con hechicera ingenuidad, y en su verba accionada demuestran cómo es de propicia la edad para echar la semilla de tan noble sentimiento”.

La producción de un sujeto disciplinado, normalizado y sujetado a las nuevas reglas de la nación moderna significaba también operar una profunda transformación en los patrones de conducta y en las actitudes; se trataba de construir un sujeto que se orientara al trabajo y a la disciplina. Al respecto es ilustrativa una cita de Sarmiento: “La escuela, la gimnástica, la fila, la hilera, el compás van disminuyendo las crispaciones; la regla, la repetición de los movimientos vienen amansando al animalito bípedo que cuando llegue a la plenitud de su fuerza es un hombre y no un tigre, habituado a todos los contactos, y avezado a todas las disciplinas sociales. Las escuelas salvarían doscientas vidas anualmente con la gimnástica, y el sentarse y el levantarse metódicamente. La gimnástica civilizará a los tobos, que no conocen disciplina sino cuando van a la guerra, a fin de robar y matar con éxito”.⁵

La presencia de las masas en la sociedad argentina será caracterizada como un fenómeno mórbido; las multitudes representan los límites de un territorio oscuro, de confusiones, donde la locura linda con el delito y la degeneración.

El positivismo colonizará campos marginales del saber; transitará por las cárceles, los hospicios y los hospitales, allí instalará sus laboratorios de prueba y se-

⁵ Sarmiento, D. *Sobre Instrucción popular*, 12 de agosto de 1886. Cita en Teran, O, *op. cit.* p.33.

guimiento de la degeneración social para, finalmente, convertirlo en saber institucionalizado y desplegar estos mecanismos de control social hasta los espacios más infinitesimales del tejido social. Esta será la operación más espectacular que llevará a cabo el positivismo de la mano de las tesis lombrosianas de la criminología positiva.

La doctrina positivista efectuará una medicalización de lo social, en donde la crisis y el conflicto serán traducidos como enfermedades, y “el político resultará por fin investido de ropajes médicos”.⁶

La vía de acceso al análisis de los fenómenos sociales estará atravesada por la mirada médica, en el justo punto del entrecruzamiento de los campos sociológico y psicopatológico en donde la irrupción de lo social será caracterizada como mórbido. Desde ahí se dibujará la superficie de una nación bidimensional: aquella que hay que segregar hasta la exclusión por pertenecer al universo de la violencia, del delito y de lo patológico, y aquella otra organización social ajustada a la moral del capitalismo, disciplinada y normalizada.

El positivismo se presentó para el conjunto de las naciones del continente, y en especial para Argentina, como matriz constructora del nuevo orden social moderno. El Positivismo fue, por ello, una suerte de cuadrícula clasificatoria destinada a producir y ordenar un espacio caracterizado por las convulsiones sociales y el atraso económico. La eficacia de este sistema de ideas determinó la definitiva instauración de relaciones sociales normalizadas y la producción de sujetos disciplinados.

JOSÉ INGENIEROS: POSITIVISMO Y NACIÓN

José Ingenieros es una de las figuras principales del movimiento de construcción de la nación en Argentina. Sus ideas, de largo alcance, producen una renovación doctrinaria en el campo intelectual argentino y sus obras son un punto de reflexión obligado para dar cuenta de este complejo fenómeno.

El período positivista de Ingenieros (de 1900 a 1911), es el que está ligado a la preocupación de moldear las bases de un país moderno y de dar cabal solución a los elementos cuestionadores del sistema.

La incorporación de la Argentina al mercado mundial produjo una serie de desajustes y tensiones que tenían su expresión en la creciente urbanización, en la cuestión obrera y en el aluvión inmigratorio. Como se señalara anteriormente, estos factores se presentaban como un fermento disruptivo para el proyecto de país oficialmente diagramado.

Para Ingenieros estos factores aparecen asociados a la locura y al crimen; desde un campo de intersección de significaciones y prácticas institucionales, anudadas en torno al darwinismo social y a la sociología spenceriana, propondrá In-

⁶ Cfr. Terán, O. *op. cit.*

genieros disparar hacia el tejido social una batería de reformas correctivas para mantener el “orden de la razón”, en un movimiento que analogaba equilibrio mental y armonía social.

La intervención quirúrgica para extirpar los males del cuerpo social estará a cargo de una minoría ilustrada, única capaz de desempeñar el papel de movilizadora de conciencias. Según Ingenieros, las minorías activas son el sector de la sociedad que están en contacto privilegiado con el elemento dinamizador del cambio social: el saber. La terapéutica propuesta por Ingenieros para atacar la enfermedad social requiere del conocimiento específico de las características de los males, de acuerdo con los diferentes sujetos sociales que la padecen y del preciso campo de saber sobre el cual se va a actuar.

Los únicos sectores habilitados para esta tarea serán las minorías ilustradas, quienes deben integrarse a los circuitos de poder político para “juzgar con independencia los hechos y las doctrinas que afecten intereses activos”. El sujeto reformista (las minorías ilustradas) se integra al sistema político desde su voluntad transformadora pero se mantiene, al mismo tiempo, independiente: “el intelectual, sobrevolando los conflictos de la sociedad real, extrae su poder de su independencia del Poder, sobre cuyo espacio puede emerger, libre e incontaminado tanto de las multitudes como de los burgueses intereses creados”.⁷

Desde los campos de la criminología y la psicopatología se iluminará el proyecto de diagramación nacional. Estos dos espacios de saber operarán como un dispositivo institucional estratégico, definido como “un conjunto resueltamente heterogéneo, que implica discursos, instituciones, disposiciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas. [...] El dispositivo mismo es la red que puede establecerse entre esos elementos.”⁸ En este sentido, la elaboración de una doctrina psiquiátrica y criminológica, y de sus instrumentos, es parte de un poder público que basa su accionar en la empresa de producción de un sujeto socio-moral colectivo⁹. La proliferación de discursos médicos, psiquiátricos y criminológicos convergen en la definición y construcción de un ciudadano respetable, en oposición a aquellos sujetos que hay que excluir o regenerar para que tengan cabida en el proyecto de nación.

En el marco de este universo discursivo la producción de Ingenieros adquiere una intelegibilidad definida. La investigación del criminal como sujeto patológico, enfatizando sus características psicológicas, coincide con una renovación del saber médico acerca de las tipologías de la desviación. El delito y la locura constituyen para Ingenieros desprendimientos de la degeneración que definen la peligrosidad

7 Terán, O. *José Ingenieros. Antimperialismo y Nación*. México, 1979, Siglo XXI, pp.58.

8 Foucault, M. *El discurso del poder*. México, 1984, Folios Ediciones, pp.184.

9 Cfr. Vezzetti, H. “La locura y el delito. Un análisis del discurso criminológico en la Argentina del Novecientos”, en *El discurso jurídico. Perspectiva psicoanalítica y otros abordajes epistemológicos*.

social, y hacia ellos la sociedad debe ejercer la fuerza regeneradora. Los locos y delincuentes son, en palabras de Ingenieros, “una horda extranjera y hostil dentro de su propio terruño, audaz en la acechanza, embozada en el procedimiento, infatigable en la tramitación aleve de sus programas trágicos”.¹⁰

El énfasis puesto por Ingenieros en el diagnóstico psicopatológico del delincuente, se vincula con la tarea de escindir el mundo de la delincuencia entre aquellos sujetos regenerables y aquéllos contra quienes la sociedad debe defenderse preventiva o profilácticamente.

Desde los *Archivos de psiquiatría y criminología* (1902), que dirigiera Ingenieros, se abre un espacio privilegiado donde los representantes de las disciplinas humanas, médicas y jurídicas apuestan por el estudio de las figuras de la locura y el crimen como claves para el análisis de la cultura y la sociedad argentina.

Para Ingenieros la delincuencia y la locura pertenecen al horizonte de lo improductivo, de lo inmoral y del parasitismo. En lo que respecta a las reformas en el espacio carcelario, el trabajo ocupará un lugar central: regenerar a los sujetos delincuentes implica volverlos productivos y morales. Los universos del crimen y la locura son identificados por Ingenieros con el parasitismo pero también con la idea de la inferioridad racial. La creencia en el sociodarwinismo lo llevó a afirmar que “la superioridad de la raza blanca es un hecho aceptado hasta por los que niegan la existencia de la lucha de razas”.¹¹ El hábitat connatural de las razas inferiores, negros, delincuentes y locos, es la cárcel y allí afirma Ingenieros haber visto “negros felices”.

Desplazándose de los extremos de lo normal a lo patológico, Ingenieros traza los límites de la Argentina moderna: la nación se concibe en torno de las clases productoras que son morales *per se* y que llevarán a la Argentina, por ser un país de clima templado y predominio de raza blanca, a ocupar un lugar hegemónico en América Latina.

Las ideas de Ingenieros, y de otros positivistas argentinos, dejan traslucir la forma en la que operó la diagramación del espacio nacional. La nación fue, al mismo tiempo, una maquinaria que integró a condición de segregar, y un conjunto de reglas y procedimientos que construyeron al actor social racional que la nueva sociedad requería.

REFLEXIONES FINALES

El movimiento conjunto del positivismo y de la constitución de la nación no sólo fue un dispositivo estratégico por su función ideológica sino también por su función tecnológica, en tanto sistema de disciplinamiento sobre la conducta, organización de instituciones, normas y técnicas específicas. En este sentido la matriz

10 Cfr. Ingenieros, J. “Criminología”.

11 Cita en: Terán, O. *op. cit.*, p. 64.

del positivismo en conjunción con la producción de la nación; fue un nudo productivo que atravesó al campo socio-cultural argentino en toda su extensión. Sentó sus bases sobre prácticas de diversos orígenes pero coincidentes en su finalidad: la educación, la salud mental, el sistema jurídico y la penalidad.

La criminología y la psiquiatría constituyeron un modelo de conocimiento del hombre y la sociedad. Su irradiación prescriptiva conformó la matriz teórica de las ciencias sociales modernas en la Argentina, para las cuales el conocimiento del hombre fue un recurso de control y sujeción.

En los campos experimentales de la medicina y la criminología se originaron novedosos mecanismos de clasificación, individualización y diferenciación que luego se extendieron más allá de las fronteras de los espacios marginales y colonizaron a toda la sociedad. De allí en adelante el control social se ejerció sobre todos los sujetos normales que integraban la sociedad; los dispositivos de disciplinamiento y observación fueron trasladados a la vida cotidiana, para garantizar la reproducción de un ciudadano moral y respetable.

Desde esta perspectiva, el proceso de construcción de la nación debe ser entendida como una invención para la que se puso en marcha una serie de mecanismos y dispositivos, que hicieron posible la diagramación del espacio nacional.

La nación no fue el correlato forzoso de un modo de producción o de la imposición coercitiva de un grupo minoritario sobre las masas desactivadas; fue más bien el resultado de la confluencia de acontecimientos históricos particulares (donde el orden material jugó un papel central), y de una voluntad política de transformar a la Argentina en un país que dejara atrás la barbarie y el atraso.

La armonía social, la "salud", la estabilidad y la legalidad fueron las ilusiones que legitimaron la construcción de este nuevo orden social.

BIBLIOGRAFÍA

- Bagú, Sergio, *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires, 1953, El Ateneo Editorial.
- Castellanos, Juan Mario, *El pensamiento revolucionario de José Ingenieros*, Centroamérica, 1972, EDUCA.
- Ingenieros, José, *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*, Buenos Aires, 1971, EUDEBA.
- Ingenieros, José, *Criminología (1907)*, Madrid, D. Jorro, 1913.
- Ingenieros, José, *Simulación de la locura (1900)*, Buenos Aires, L.J. Rosso, 1918.
- Oszlak, O., "Reflexiones sobre la formación del Estado y la construcción de la sociedad argentina", en *Desarrollo Económico*, v. 21, núm. 84 (enero-marzo 1982), pp. 536.
- Terán, Óscar, *América Latina: Positivismos y nación*, México, 1983, Katún.
- Terán, O., *En busca de la ideología argentina*, (1), Buenos Aires, 1986, Catálogos Editora.
- Terán, O., José Ingenieros. *Antimperialismo y nación*. (2), México, 1979, Siglo XXI.
- Vezzetti, H., *La locura en Argentina*, Buenos Aires, 1985, Paidós.
- Vezzetti, H., "La locura y el delito. Un análisis del discurso criminológico en la Argentina del Novecientos", en *El discurso jurídico. Perspectiva psicoanalítica y otros abordajes epistemológicos*. Buenos Aires, 1982, Hachette.
- Zapata, Francisco, *Ideología y política en América Latina*, México, 1990, El Colegio de México.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

La Biblioteca de Alejandría, ayer y hoy
Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 123-127
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100209>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La Biblioteca de Alejandría, ayer y hoy*

*“Y respecto de la cantidad de libros,
de la fundación de bibliotecas y del
acervo del Salón de las Musas,
¿qué necesidad hay de hablar de ello,
puesto que todo está en la memoria de los
hombres?”*

Ateneo de Alejandría

AYER

La ciudad de Alejandría desempeñó un papel de vanguardia en la historia de la civilización mundial. Se caracterizó por su ámbito cultural y por sus actividades científicas, económicas y artísticas. Alejandría era la sede de las ciencias y la quibla¹ de filósofos, literatos y científicos. Tenía fama y privilegio porque en ella se ubicaban la Academia de las Ciencias y la Biblioteca de Alejandría. Ambas representaban los símbolos de la continuidad del conocimiento y la cultura de siete siglos. El faro que iluminó a famosos científicos y humanistas de la cuenca del Mediterráneo y del Medio Oriente.

El Mundo Antiguo conoció muchas bibliotecas, como la de Ramsés II en la ciudad egipcia de Luxor, la de Asurbanípal en Iraq, la de Ras Chamra (Garete) en Siria, las bibliotecas de Besastratos, la de la Academia de Platón, la del “Liceo” de Aristóteles en Atenas y la Biblioteca que fundaron César y Augusto en Roma. Todos estos repositorios se desvanecieron, pero la Gran Biblioteca de Alejandría, en Egipto, sigue siendo famosa.

* (Entrevista concedida por el encargado de Prensa de la Embajada de Egipto, con motivo de la inauguración de la nueva Biblioteca de Alejandría el 28 de julio de 2000).

1 Punto del horizonte o muro de la mezquita orientado hacia la Meca, al cual se dirigen las oraciones de los fieles musulmanes. También Alquibla.

LA ANTIGUA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

La Biblioteca de Alejandría fue fundada a principios del s. III a. C., cuando Tolomeo I Soter (323-285) —que gobernó Egipto después de Alejandro Magno— encargó a uno de sus consejeros llamado Demetrio Falerio (orador y político de Atenas y discípulo de Aristóteles refugiado en Alejandría), que fundara una academia de investigaciones científicas y una gran biblioteca que reuniera los libros del mundo de aquel entonces. La Academia se fundó con el nombre de “El Museo”² inspirándose en el “Liceo” establecido por Aristóteles en Atenas para fomentar la investigación científica. Además de una gran biblioteca —conocida más tarde como de Alejandría— en “El Museo” se encontraba un observatorio astronómico, laboratorio de química, escuelas para el estudio de la anatomía y de la fisiología, así como un jardín botánico, un comedor y salas de reunión y discusión.

La Biblioteca de Alejandría fue la primera biblioteca internacional, ya que el gobernador de Egipto envió a mensajeros ante los gobernadores y reyes del mundo conocido para solicitar las obras de poetas, predicadores, filósofos, médicos, sacerdotes e historiadores. La dinastía Tolomeica³ se interesó en poseer los manuscritos originales de estas obras, de los cuales hacían copias que se difundían a otras bibliotecas. En gran parte, los antiguos trabajos científicos y literarios han permanecido hasta nuestros tiempos gracias a esas copias.

El número de los rollos de papiro que se acumularon a lo largo de seis siglos llegó a ser entre 400 mil y 700 mil. No era fácil situar ese gran acervo en un solo edificio, por eso se dividió entre dos bibliotecas principales, “madre” e “hija”. La primera, ubicada dentro de “El Museo”, en el barrio de Bruchium, mientras que la segunda se localizaba en un anexo del Templo de Serapis (El Serapeum), que formaba parte del barrio de Rakotis, con aproximadamente 48 mil volúmenes. Ambas instituciones, para efectos administrativos, formaban una sola. El bibliotecario de una lo era, al mismo tiempo, de la otra. Los encargados de la biblioteca fueron destacados personajes de las artes y las ciencias:

Zenodoto de Efeso, autor de una edición de la *Ilíada* y la *Odisea* y de un léxico de palabras raras usadas en el texto homérico.

Calímaco de Cirene, poeta, autor de seis himnos y de la Cabellera de Berenice.

² Lugar donde se cultivaban las “musas”.

³ Una noticia habla de 200,000 volúmenes reunidos por Demetrio en las postrimerías del reinado de Soter; el sucesor de éste, Tolomeo Filadelfo (285-247 a.C.) fundó, según unos, la Biblioteca en el “Museo” y según otros, se limitó a acrecentar los volúmenes que Demetrio había reunido con anterioridad. Al final del reinado de Filadelfo, la biblioteca contaba con más de 400,000 volúmenes. Después fue incrementada asiduamente por Tolomeo Evergetes (246-211 a.C.) quien fue un apasionado buscador de libros raros.

Eratóstenes de Cirene, geómetra, geógrafo, cronógrafo, filósofo, filólogo y poeta.

Apolonio de Rodas, quien debe su renombre al poema *Los Argonautas*.

Aristófano de Bizancio, inventor de los signos críticos (óbelos, sigma, antisigma, etc.) y de puntuación.

Aristarco de Samotracia, gramático como su antecesor.

El monumental catálogo de la Biblioteca de Alejandría fue obra de Calímaco de Cirene, quien ideó un método para localizar cada obra junto con un resumen o incluso un comentario. Por desgracia, las Tablas (Pinakés) que formaban el catálogo se han perdido, pero los antiguos hablaron de ellas lo suficiente como para que hoy podamos hacernos una idea del trabajo colosal que representaron. En ella también se redactó el “Canon” que tanta influencia tuvo en épocas posteriores, y que no era una clasificación bibliográfica sino una relación que los bibliotecarios hicieron de los escritores que podrían considerarse como más representativos en cada uno de los géneros literarios.

El movimiento científico en Alejandría floreció en el seno de la Biblioteca y la Academia Científica. Así, en el campo de la literatura, en el s. III a.C., Teócrito encabezó la corriente de la poesía romántica que tuvo gran influencia en varios poetas romanos. En la filosofía destacó Filón. En el campo social y científico, se sabe que el geólogo Estrabón llegó a Alejandría donde pasó cinco años estudiando y leyendo en su biblioteca, para después escribir la descripción geográfica más perfecta del mundo antiguo. Luego, Tolomeo, el geólogo, impulsó la geografía al basarse en la matemática y la astronomía. Hizo el primer mapa del Mundo Antiguo. Sus obras sirvieron de base para fundamentar la geografía moderna.

En el ámbito científico, los nombres de investigadores de Alejandría son famosos en la historia de la civilización y el desarrollo humano; entre ellos Euclides, el primer científico alejandrino y el padre de las matemáticas, escribió en el s. III a.C. su libro “Los Principios”, que fue el pilar fundamental de grandes científicos durante la Edad Media y la Época Moderna. Su alumno Arquímedes, con base en estos conocimientos, desarrolló la geometría.

Amén de estos científicos, Eratóstenes, en el s. III a.C., pudo medir la circunferencia de la tierra; también Aristarco de Samos estableció reglas gramaticales para el uso de la lengua. En el campo de las investigaciones médicas, surgió Herófilos quien fundó las bases de la anatomía y comprobó que el cerebro es el centro del pensamiento del ser humano, contraponiéndose a lo dicho por Aristóteles, quien lo había ubicado en el corazón. Estos científicos dieron tanta fama a la medicina de la escuela de Alejandría, que en el s. II d. C. Galeno se vio impulsado a estudiar en ella; al respecto, el historiador romano Marcellinos señala que en Roma solamente bastaba que se supiera que un médico había estudiado en Alejandría para que tuviera alto nivel social.

Sin embargo, este conjunto imponente de documentos no siempre permaneció en tranquilidad, ya que la Biblioteca de Alejandría fue destruida casi en su totalidad en varias ocasiones. En el año 48 a.C. la biblioteca del “Museo” fue quemada durante la guerra civil entre Julio César y los seguidores de Pompeyo Magno. Cuando César fue asediado en Alejandría, un incendio, que destruyó la flota egipcia, se extendió al “Museo” quemándose la mayor parte de las colecciones. Más tarde, Marco Antonio reparó en parte el desastre al regalar a Cleopatra la Biblioteca de Pérgamo (aproximadamente 200 mil volúmenes). Según los historiadores, la biblioteca también fue destruida por el fuego en tres ocasiones más: en el año 272 d.C. por orden del Emperador Aureliano; en el año 391, cuando el Emperador Teodosio I la arrasó junto con otros edificios paganos, y en el año 640 por los musulmanes bajo el mando del Califa Omar I. Así, la humanidad perdió un tesoro insustituible.

Hoy **RESURGIMIENTO DE LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA**

En el año de 1974, en la Universidad de Alejandría se propuso la idea de hacer resurgir la Biblioteca Alejandrina, para lo cual se desarrolló un proyecto arquitectónico ambicioso que rindiera homenaje a la antigua biblioteca histórica. Esta construcción, de trascendencia regional y mundial, estaría dotada de la más sofisticada tecnología e innovaciones científicas, así como de modernos servicios. Este proyecto contempla reunir el fruto del pensamiento humano de diversas épocas, civilizaciones y lenguas en los diferentes ramos de la ciencia y el saber.

Este proyecto fue patrocinado por el gobierno egipcio. Para tal efecto, el Presidente de la República creó el 14 de diciembre de 1988 un organismo independiente como responsable de ejecutar esta gran obra. El Presidente Mohammed Hosni Mubarak, acompañado por el Director General de la UNESCO, puso la primera piedra de la nueva biblioteca el 26 de junio de 1988. El Proyecto del Resurgimiento de la Biblioteca de Alejandría adquirió una dimensión mundial cuando la UNESCO invitó a los países, a las organizaciones y a los individuos del mundo a contribuir en esta magna obra. El Director General de la UNESCO formó —a petición del gobierno de Egipto—, un Comité Internacional con la finalidad de apoyar la campaña de recaudación de fondos necesarios para financiar la construcción de la biblioteca.

Gracias a la generosidad del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, a la UNESCO y a la cooperación de la Unión Internacional de Arquitectos, se organizó un concurso internacional para el diseño de la nueva Biblioteca Alejandrina. En este concurso participaron mil trescientos arquitectos. El proyecto ganador correspondió al grupo noruego SNOHETTA A/S, el segundo y tercer lugar correspondieron a Italia y Brasil, respectivamente.

Actualmente la gran biblioteca se halla en la última etapa de construcción. Una nueva biblioteca, construida para recuperar el glorioso pasado de Alejandría, se erige cerca de donde estuvo su legendaria antecesora, en la costa mediterránea. El concepto del diseño es cilíndrico, mitad en la superficie y mitad subterráneo. La parte superior, debido a su corte transversal, está cubierta por un domo que refleja la luz del día de forma indirecta y que, al mismo tiempo, permite una vista al mar. El edificio está rodeado por un muro cubierto con granito de Asuán y con caligrafía e inscripciones representativas de las civilizaciones del mundo.

Más de mil obreros se encuentran a punto de completar el complejo cilíndrico de 11 pisos, que proveen espacios para más de dos mil 500 lectores, ocho millones de libros, mil quinientos títulos de publicaciones periódicas, mil bases de datos en disco compacto, veinte mil discos, cassettes y grabaciones musicales, una colección internacional, colecciones especiales de manuscritos y libros raros, una colección audiovisual, mapoteca, auditorio, áreas de exposición y conferencias, museo de caligrafía, museo de la ciencia, planetario, librería, cafetería, la Sala Calímaco y la Escuela Internacional de Estudios de la Información Documental.

La primera etapa de la construcción fue terminada en 1996, con un costo de 65 millones de dólares, cantidad donada por los gobiernos de Iraq, Arabia Saudita y la Unión de Emiratos Árabes. Las aportaciones monetarias y en especie de distintas naciones se han incrementado a partir de que el Presidente Hosni Mubarak puso la primera piedra, en 1988.

La nueva Biblioteca de Alejandría, que ocupa 860 mil pies cuadrados y cuenta con espacio para ocho millones de libros, de los cuales posee hasta ahora 400 mil, cien mil menos que su antecesora, abrió sus puertas el 26 de junio del año 2000.

BIBLIOGRAFÍA

- Clement, Jennifer, "Biblioteca de Alejandría", en *El Financiero*, México, domingo 23 de enero de 2000, 19 pp.
- "La Biblioteca de Alejandría", en *Egipto, República Árabe de Egipto*, núm. 10, junio, 1997, pp. 8-9.
- The Library Alexandrina*, Video, formato Beta, voz de Omar Shariff, inglés. República Árabe de Egipto, 1998, 20 min.
- Millares Carlo, Agustín, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México, F.C.E., 1975. 229 pp.
- UNESCO, *Biblioteca Alejandrina; la renaissance de la première bibliothèque universelle*, S.p.i., 10 pp.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Alva Marquina, José Miguel

Sellos documentales

Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 128-129

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100210>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Sellos Documentales

JOSÉ MIGUEL ALVA MARQUINA

Licenciado en CID

Para celebrar el XXV aniversario de la publicación de los primeros 16,000,000 de libros de texto gratuito en 1985, el Gobierno de la República decretó la emisión de una estampilla postal conmemorativa con las características siguientes:

Fecha de emisión: 13 de diciembre de 1985

Diseñador: T.I.E.V.

Motivo: Reproducción de la portada del primer libro de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito

Tintas utilizadas: Multicolor

Tipo de impresión: Huecograbado rotativo

Tamaño: 48 X 40 mm

Formato: Horizontal

Perforación: 14 de peine

Hojas con: 25 estampillas cada una

Papel: Bond blanco, satinado, luminiscencia azul y engomado P.V.A. 97 gr./m²

Impresa por: Talleres de Impresión de Estampillas y Valores

Tiro: 1,000,000

Servicio: Aéreo y superficie

Valor facial: \$26.00



En 1999 se tira una segunda edición conmemorativa de 3,000 millones de libros de texto gratuito para celebrar 40 años de su puesta en marcha. Además se concluye la reforma de los planes de estudio en el nivel básico y por consiguiente de los nuevos libros.

SELLOS DOCUMENTALES

Fecha de emisión: 16 de febrero de 1999
Diseñador: Romo
Motivo: Reproducción de la portada del primer libro de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito, acompañado por las leyendas SEP, 1959-1999
Tintas utilizadas: Multicolor
Tipo de impresión: Rotativo, impresión por computadora
Tamaño: 48 X 40 mm
Formato: Horizontal
Perforación: 14 de peine
Hojas con: 25 estampillas cada una
Papel: Bond blanco, satinado, luminiscencia dorado y engomado P.V.A. 97 gr./m²
Impresa por: Talleres de Impresión de Estampillas y Valores
Tiro. 1,000,000
Servicio: Aéreo y superficie
Valor facial: \$3.00



ANTECEDENTES:

La Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos inició sus labores en 1960, con la publicación de 16,000,000 de libros destinados a la enseñanza primaria. Siendo Presidente de los Estados Unidos Mexicanos Adolfo López Mateos y secretario de Educación el maestro Jaime Torres Bodet, se fundó esta institución que convocó a los maestros y a los escritores mexicanos a colaborar en una de las mayores empresas de la educación contemporánea.

A lo largo de cuarenta años se han entregado 3,000 millones de libros al magisterio y a la niñez de México, para dar cabal cumplimiento a lo que a la letra dicta el artículo Tercero de la Constitución Política, que dispone la gratuidad de la educación primaria y que concibe a todo el proceso educativo como un instrumento de la justicia y de la igualdad social.

En 1985, al distribuirse 93,000,000 ejemplares, Miguel de la Madrid afirmó: “El libro de texto es conquista irreversible de la Revolución Mexicana y respuesta del gobierno al imperativo de la gratuidad y la obligatoriedad de la educación primaria”.

Quince años después, al celebrar 40 años de los libros de texto gratuito, y durante la gestión de Ernesto Zedillo Ponce de León, se concluye la reforma de los planes de estudio en el nivel básico, que años atrás él impulsó como secretario de Educación; por consiguiente, también se termina la edición de los nuevos libros, y se instituye, por primera vez en la historia, el libro de texto para el nivel medio básico.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Florencia, Jesús Humberto

De tiempo completo

Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 130-152

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100211>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en [redalyc.org](http://www.redalyc.org)

[redalyc.org](http://www.redalyc.org)

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

De tiempo completo

JESÚS HUMBERTO FLORENCIA

Maestro de tiempo completo de la Facultad de Humanidades, UAEM.

*Para Alba, Esteban y Víctor Manuel;
mi preciada otra sangre.*

PERSONAJES:

TOMÁS ARANA
AURORA LARA
ANTONIO ARANA
GUSTAVO ARANA
ADOLFO LARA
ÓSCAR MONDRAGÓN
EL SEÑOR ISAAC
EL MÉDICO

Tres áreas, cuya división de los límites no será rígida: la casa; el lugar de trabajo; y una zona neutra, colocada frente a las dos primeras. Todo debe indicar que forma parte de la misma decoración.

El hogar de la familia Arana; donde han vivido durante los últimos veinte años. Cuenta con los “cómodos” y gastados muebles que han usado desde siempre; con una discontinuada salita protegida por un trapo, una mesa de centro repleta con periódicos, algunos retratos que cuelgan de la pared, seguramente de sus hijos, y uno más, el cuadro con la fotografía del día de su boda.

El área del trabajo estará marcada por una mesa con su mantel; sobre la mesa un plato con sus cubiertos y un servilletero; a su lado un par de sillas.

Por un momento la habitación quedará en semioscuridad. Hay una escasa luz que se filtra de una puerta semiabierta, la que alcanza a iluminar a Tomás Arana, quien permanece recostado en el sofá. Tan sólo se escucha el lento goteo por las llaves de la cocina.

PRIMER ACTO

TOMÁS: Cómo me gustaría que mi suerte fuera otra. Si por lo menos mis hijos estuvieran aquí, conmigo, como cuando eran niños y me contaban sus proyectos... pero ahora veo que ya no se puede hacer nada... ¡De todos modos, deberían comprender que si fui rígido con ellos, era para que el día de mañana no terminaran siendo unos vagos, unos malvivientes...! A lo mejor, si hubiera educado a los muchachos de otra manera... ¿Para qué me hago tonto? El problema es que siempre he vivido con miedos... ¡O a lo mejor si hubiéramos tenido hijas!... No, eso no. Las niñas son más problemáticas: que si ya les hicieron esto, que si ya les pasó lo otro, que si van a salir con algún hombre, que si ya las embarazaron, ¡y qué sé yo! No, definitivamente, hijas no... Pero a lo mejor, si yo mismo hubiera peleado por el dinero de mi liquidación en lugar de haber dejado el asunto a un desgraciado bandido para que supuestamente me defendiera... A lo mejor si hubiera ahorrado. ¡Pero cómo puede alguien ahorrar teniendo una familia que mantener!... A lo mejor, si esos licenciados no me vieran tan viejo, les demostraría que todavía tengo fuerzas para seguir trabajando, que no soy un inservible... A lo mejor, si no me sintiera tan cansado.

AURORA: ¿Con quién hablas? Bueno, eso ya no importa, ya estoy aquí para hacerte compañía. A ver, déjame prender la luz porque todo el tiempo te la pasas a oscuras y eso no está bien. (*Enciende la luz del cuarto*) ¡Por Dios, Tomás!, ¿ya viste cómo andas? ¿Por qué no te has puesto nada para taparte? ¿No sientes el frío que está haciendo?

TOMÁS: ¿Y tú no tienes otra cosa qué hacer?

AURORA: Tampoco te molestes conmigo. Lo que no me parece es que tengas las ventanas abiertas. (*Se encamina para cerrar las ventanas*). Acuérdate que el fresco te hace daño.

TOMÁS: Me siento bien, Aurora. No me pasa nada.

AURORA: Ahorita no, pero al rato vas a ver. Aunque luego no me digas nada, en la noche oigo cómo te quejas.

TOMÁS: Tú sabes que ya no tengo remedio, que siempre voy a sentir el mismo dolor. De no ser que me quiten la espalda, no va a servirme de nada que deje las ventanas cerradas.

AURORA: Y tú sabes que eso no es cierto. Lo que pasa es que eres muy necio y a lo mejor te gusta que te anden chiqueando.

TOMÁS: Por favor, Aurora, no digas estupideces.

AURORA: ¿Entonces por qué no le haces caso al médico y dejas que te operen?

TOMÁS: Porque no les voy a permitir a esos ignorantes del hospital que me acuchillen; y si dejaré de sentir el cuerpo, no veo el motivo para apresurar lo que solito va a suceder... Porque ya me advirtieron que después de esa operación, la

gente ya no vuelve a caminar de nuevo y... porque, porque todavía no me hago a la idea de quedar inválido; porque tengo miedo Aurora, mucho miedo... En la mañana, cuando te fuiste a trabajar, me quise levantar de la cama y ponerme a hacer algo, lo que fuera... pero no pude, y no pude porque tampoco me podía mover; ni las piernas ni los brazos, y estaba solo y asustado.

AURORA: Pero ya pasó todo, ya estás mejor.

TOMÁS: A veces, cuando sales de casa, agarro una aguja del costurero para pincharme las piernas. Nunca pensé que me daría tanto gusto sentir dolor, porque eso significa que sigo vivo.

AURORA: Voy a tener que esconder todas las agujas que hay en la casa. ¿No te parece que ya tienes suficiente con la espalda como para que te andes maltratando?

TOMÁS: Ya deja de preocuparte tanto por mí. Lo que pasa es que ayer cambié algunos muebles de su lugar y parece que me he resentido por el esfuerzo.

AURORA: ¿Y te parece poco? El doctor dijo que no levantarás cosas pesadas. ¿No te he dicho que lo dejes, que yo lo puedo hacer?

TOMÁS: Sí, pero tampoco puedo acabarme la existencia sentado aquí, viendo la televisión y sin hacer nada. No soy un inútil.

AURORA: Pero tampoco eres un jovencito.

TOMÁS: *(Luego de una pausa)*. Hubieras visto... No te imaginas cómo me sentí cuando esto, lo que queda de mí, no pudo levantarse de la cama. Casi me cago del susto. *(Ríe con ironía)*. Pero el mundo no está preparado para recibir a otro inválido... Tuve miedo, Aurora. No sé lo que voy a hacer cuando un día de éstos, sin más ni más, descubra que mi cuerpo ya no puede moverse.

AURORA: No pienses más en eso; ya pasó, olvídalos.

TOMÁS: Cuando estuve solo, en nuestra cama; cuando quise saber en dónde estabas, pero por más que lo intenté, yo permanecía inmóvil, lo primero que se me ocurrió fue llamarte, porque por lo menos eso podía hacer, hablarte. Pero ya te habías ido.

AURORA: Tranquilízate. ¿Quieres que te traiga tus pastillas? ¿O prefieres que te ponga un poco de pomada en la espalda?

TOMÁS: Más al rato. Luego de mucho tiempo, me pude levantar... Entonces abrí las ventanas y me vine a acomodar aquí, en el único lugar en donde entra el calor del sol para esperar a que regresaras.

AURORA: Debiste ir a la cama; hace horas que por esa ventana sólo entra el viento helado.

TOMÁS: El frío, el calor o las dolencias; todo lo que me haga sentir vivo debe ser bueno.

AURORA: ¡Mira nada más! Pero si tú mismo te buscas lo que no tienes. A ver, voy a ponerte la cobija encima.

TOMÁS: ¡Déjame en paz! No soy un inútil, no lo soy. Si hubiera querido cobijarme, lo hago y listo. No necesito que me trates como a un anciano. Yo puedo

hacer las cosas por mí mismo. Todavía me puedo mover, caminar, hablar, ver, pensar; todavía puedo trabajar... todavía puedo.

AURORA: (*Pausa*). Perdóname. Nada más quise que te sintieras bien. Pero, si te molesto, mejor voy a la cocina y regreso cuando la comida esté lista.

TOMÁS: No Aurora, no te vayas. Pláticame cómo te fue con las ventas.

AURORA: (*Cubre a Tomás con la cobija*). Sólo me sobraron dos vestidos que nadie compró porque les parecieron muy caros.

TOMÁS: Hasta regalándoles la ropa estarían inconformes esa gente. ¿Y ya terminó de pagarte la señora Lucha?

AURORA: Todavía no. Me tiene harta esa señora. Hace un mes que le entregué la ropa y no me puede dar un solo peso. Un día me dice que a su esposo no le han dado su quincena, que regrese mañana, y cuando vuelvo a ir, resulta que no hay nadie en su casa, y cuando la encuentro, me sale con el chistecito de por qué no fui ayer, que ya se gastó el dinero.

TOMÁS: Deja eso por la paz; ya no le cobres. Pero tampoco le vuelvas a vender nada.

AURORA: No Tomás, me tiene que pagar el vestido. Nadie me regala la tela... Lo malo es que vive hasta el último piso y ya me duelen las piernas de tanto andar subiendo y bajando las escaleras.

TOMÁS: Nunca vas a entender, Aurora. Tú has mal acostumbrado a esas viejas; no hay una sola que te liquide la ropa por lo menos en dos pagos. Si no es la señora Lucha, es la vecina o Matilde.

AURORA: Matilde es aparte, a ella le regalé el vestido.

TOMÁS: ¿Se lo regalaste? ¿No me digas que el güevón de tu hijo no tiene para comprarle uno?

AURORA: Eso no lo sé y ni me importa. A mí me nació en regalárselo y punto.

TOMÁS: Como quieras, pero veo que no te cansas, y que de nada sirve que te pases toda la noche cosiendo.

AURORA: No te pongas así. Matilde y Toño andan un poco mal de centavos. No veo qué tenga de malo ayudarles en algo.

TOMÁS: ¡Lo que pasa es que son unos conchudos! Dile a Antonio que si necesita dinero, pues que trabaje. Tiene una mujer, tiene un hijo y tiene la obligación de ver por ellos.

AURORA: Toño trabaja, pero su sueldo no le alcanza para nada.

TOMÁS: Es un holgazán, eso es lo que pasa. Si no le rinde el dinero, pues que se busque otro trabajo.

AURORA: Y que trabaje horas extras, sus días de descanso y sus vacaciones, pero que vea la forma de conseguir unos cuantos pesos, así, tal y como lo hizo su padre.

Tomás: ¿Y por qué no?

AURORA: ¿Entonces quieres que traten a tus hijos como lo hicieron contigo?

Tomás: No es lo mismo, Aurora.

AURORA: ¿Y cuál es la diferencia?

Tomás: Antonio es joven.

AURORA: Tú lo fuiste.

TOMÁS: Pero yo nunca he sido un mantenido. Desde niño tuve que trabajar duro para ayudar con algo en la casa. Siempre me las ingenié para que mis padres no tuvieran carencias.

AURORA: ¿Vamos a empezar de nuevo con eso? Tú mismo ya lo dijiste, Antonio no nos puede ayudar porque ahora tiene una familia.

Tomás: En este país, o le metes duro a la chamba o te mueres en la calle con todo y familia.

AURORA: Nuestros tiempos no fueron tan volubles como los de ahora y mientras podamos echarles una manita a los muchachos, pues no nos queda de otra mas que hacerlo. Aunque ya estén grandes, siguen siendo nuestros hijos.

Tomás: Mira gordita, nosotros ya no podemos hacer nada por ellos. Tú sabes que el dinero de mi pensión es una mentada de madre, y de esas, ellos van a recibir muchas. Antonio ya se casó y ni modo... Y de Gustavo, de él ya no sabemos nada desde hace mucho. Ellos ya no me necesitan.

AURORA: ¿Cómo se te ocurre eso, Tomás? Los muchachos te necesitan a ti, no el dinero de tu pensión. Date cuenta que le dedicaste mucho tiempo al trabajo y que... por estar fuera de casa, ellos no te conocieron. Si ninguno de los dos viene a verte, es porque de seguro piensan que tú no quieres verlos.

TOMÁS: Para todo tienen un pretexto, porque nunca van a reconocer sus errores.

AURORA: Empieza entonces reconociendo los tuyos.

TOMÁS: Un hombre no debe mostrarse débil delante de sus hijos.

AURORA: Confundes la debilidad con otra cosa. Y por cierto, ¿cómo te has mostrado delante de mí? ¿Con cuál imagen me puedo quedar? ¿O ya la olvidaste? Me llamo Aurora Lara y he pasado treinta años de mi vida siendo la viuda de Tomás Arana. ¿No crees que ya va siendo hora de que seamos esposos?

TOMÁS: Siempre hemos estado juntos. No entiendo por qué te quejas ahora. *(Pausa. Aurora sale y Tomás se dirige al área de trabajo, quien en este momento se ve más joven y vital).*

ÓSCAR: ¡Felicidades, Tomasito!, ya supimos que te acabas de casar.

TOMÁS: Pues ya me tocaba.

ÓSCAR: Y entonces qué haces aquí, deberías de estar disfrutando de las merecidas mieles del matrimonio.

TOMÁS: No es tan fácil como tú lo pintas. No puedo dejar de trabajar; ya ves que se me vienen muchos gastos encima.

ÓSCAR: Pero ella te puede ayudar.

TOMÁS: Ahí sí que te equivocas. Yo no me casé para que me mantengan. (*Obscurece en el área de trabajo para que del otro lado entre Aurora, viéndose más joven, la acompaña Adolfo, su hermano*).

ADOLFO: ¿Qué dice de nuevo mi futuro sobrino?

AURORA: Todavía nada. Ahorita sólo come y crece.

ADOLFO: ¿Y Tomás?

AURORA: Deberías de verlo, anda como un loco. Está seguro de que tendremos un niño. Le ha comprado tantas cosas, que yo no sé si las terminará de usar todas. A cuanta persona se encuentra en el camino, les dice que su hijo se llamará Gustavo, que irá a la Universidad y que nunca nadie lo va a mangonear, porque por eso Gustavo Arana será un licenciado de los buenos.

ADOLFO: (*Divertido*) ¿Qué joda le va a poner al bebé con el nombre si al final resulta niña! Ahora que me acuerdo, parece que al señor de la casa le ha ganado el tiempo.

AURORA: Son más de las ocho. Ojalá que no le haya pasado nada.

ADOLFO: ¿A poco nunca llega tarde a su casa? Eso sí que no me lo sabía. ¿No me digas que ya lo tienes dominado? No, eso está mal.

AURORA: Quítate esas ideas de la cabeza. Nadie domina a nadie. Pero supongo que puedo preocuparme por mi esposo.

ADOLFO: Eres una tonta, Aurora. ¿De qué sirve que te preocupes? Seguro que Tomás se fue a echarse unos tragos con los amigos.

AURORA: ¿Cómo crees? A Tomás no le gusta gastar su dinero en tonterías.

ADOLFO: ¡Uuuy, qué seriecito me salió el cuñado! A lo mejor son tonterías, pero comprende que de vez en cuando, a los hombres nos gusta desatendernos de la mujer.

AURORA: Tú siempre has desatendido todo lo que vale la pena y por eso hablas así.

ADOLFO: “Lo que vale la pena.”

AURORA: Tomás trabaja.

ADOLFO: (*Con malicia*) ¿Segura? Hoy te angustias porque tu marido no ha llegado, pero luego, cuando pasen unos años, si Tomás no regresa a la misma hora de siempre, te aseguro que vas a pensar que ya no te quiere.

AURORA: Lo que tú dices nunca va a pasar.

ADOLFO: “Nunca” no es una palabra muy conveniente para quien piensa vivir esperando que la quieran como si fuera la única mujer del mundo. Como si la gente no cambiara de opinión. Como si uno pudiera evitar que nos guste otra mujer. Como si no pasara eso todos los días. (*Ni Aurora ni Adolfo se mueven de su sitio. A paso lento y dirigiéndose al trabajo, entran Tomás y Óscar*)

ÓSCAR: ¿Por qué no te regresas a casa? Hoy es tu día de descanso.

TOMÁS: El descanso es para los cansados.

ÓSCAR: Y el trabajo extra para los jodidos... Mira cómo andas: casi te vienes durmiendo.

TOMÁS: Sólo tengo un poco de sueño. No seas tan fijado.

ÓSCAR: ¿A quién quieres engañar? Te sientes mal. Lo sé porque de lo contrario, no te encerrarías en el baño sin que nadie se de cuenta.

TOMÁS: Deja de ser tan metiche. No sé tú, pero yo no tengo por qué explicarle a cuanto imbécil se cruce en mi camino qué hago cuando me encierro en el baño.

ÓSCAR: Sería bueno que nos lo dijeras.

TOMÁS: ¡Caca! Eso es lo que hago en el baño: Caca. Dura, caliente, en trocitos y a veces aguada. Si tú la vieras, es una suciedad tan linda, que si dejara de sacarla, te juro que eso sí me mataría.

ÓSCAR: Ojalá no te ahogues en tu propia mierda, porque entonces sí va a ser muy difícil que alguien te saque de ahí.

TOMÁS: Te voy a decir una cosa: si consigo que mis hijos no sean unos conformistas ni unos fracasados, que no se dejen humillar por nadie y que no sean unos haraganes como tú, entonces no me importa partirme el alma trabajando.

ÓSCAR: ¿Qué tal si le pasara algo a uno de tus hijos? De seguro que estarás tan ocupado en el trabajo que no te podrías enterar, sino hasta que llegaras a tu casa.

TOMÁS: Ave de mal agüero. (*Han llegado al trabajo, donde ya los espera el señor Isaac*). Y dices que eres mi amigo.

SR. ISAAC: ¡Señor Arana, qué bueno que lo encuentro! Con usted quería hablar.

TOMÁS: Dígame, señor, ¿para qué soy bueno?

SR. ISAAC: Verá usted; quiero decirle que me siento muy satisfecho de que trabaje para mí.

TOMÁS: Pues... gracias.

SR. ISAAC: De nada, hombre, de nada. Cómo me gustaría que todas las personas de este país fueran tan buenos trabajadores como usted.

TOMÁS: A veces no nos queda de otra. Todos tenemos necesidad del dinero y si no nos ponemos abusados, pues nos puede llevar la trampa.

SR. ISAAC: ¿Dijo, “llevar la trampa”? Porque no le entendí nada. Pero no importa. Llevo ya varios años en este país y todavía no me acostumbro a las bromas de los mexicanos (*Ríe*). Sí, son ustedes muy bromistas, muy bromistas.

TOMÁS: Como usted quiera.

SR. ISAAC: Espérese, ¿a dónde va?

TOMÁS: A trabajar, ¿a dónde si no?

SR. ISAAC: Permítame quitarle unos segundos, señor Arana. Quisiera pedirle un favor.

TOMÁS: Usted dirá.

SR. ISAAC: Resulta que uno de mis meseros de la tarde acaba de renunciar y me gustaría que usted lo sustituyera por un tiempo, no mucho, sólo mientras encuentro a otra persona.

TOMÁS: Claro que sí, cuente conmigo.

SR. ISAAC: ¡Así me gusta! Ojalá que todos los mexicanos fueran como usted, ojalá. *(Sale)*.

ÓSCAR: ¡Qué bárbaro eres, Tomás! ¿No te digo? Ya no le busques. Siempre se agarran al más menso para doblar turno. Confunde al que es trabajador y lo pasa por su tarugo. Mejor pídele tu descanso.

TOMÁS: Eso será cuando me muera. Además, el dinero que gane me va a venir de maravilla. Uno de mis hijos necesita lentes; y espero que también me alcance para comprarles zapatos y un suéter, porque ya se llegan los días de frío.

ÓSCAR: Si no se hubiera ido el mesero de la tarde, quién sabe cómo le habrías hecho para solventar tus gastos. *(Durante el anterior parlamento, Tomás se ha sentado y se medio inclina para luego llevarse las manos a la cintura)*. ¿Qué te pasa, Tomás? ¿Te sientes mal?

TOMÁS: Un calambre. Pero ya pasó. *(Se incorpora lentamente)*.

ÓSCAR: Te voy a preguntar algo y no me lo tomes a mal. Como cuates. ¿No te parece que tu esposa debería saber lo de ese dolor?

TOMÁS: *(Ignorando la pregunta)*. Te aseguro que no renunció el mesero del otro turno. Cuánto quieres apostar que más bien lo renunciaron. *(Óscar sale. Adolfo Lara va a sentarse en una de las sillas)*.

ADOLFO: ¿Cómo marcha la buena vida?

TOMÁS: Como se puede.

ADOLFO: Oye, ¿qué te parece si al rato nos echamos unos tragos?

TOMÁS: Otro día será. Hoy quiero llegar a la casa para ver a mis hijos.

ADOLFO: ¡A otro perro con ese hueso! A mí se me hace que andas con movidas chuecas. Ver para creer. *(Ríe)*.

TOMÁS: *(Molesto)*. ¿De dónde sacaste esa idea?

ADOLFO: No te preocupes, cuñado, no le voy a decir nada a tu esposa. Aurora piensa que trabajas todo este tiempo. Como si existiera en este mundo alguien que trabaje tanto.

TOMÁS: ¡Me importa un carajo lo que tú piensas! Pero una cosa sí te digo: me sales de nuevo con una pendejada como esa y te rompo el hocico.

ADOLFO: Hombre, no te pongas en ese plan; yo nada más estaba jugando. Caray, no aguantas una broma.

TOMÁS: Una cosa son las bromas y otra que no me chingues. Así que ya estás advertido.

ADOLFO: ¡Híjole! tomas las cosas muy en serio. Lo que a ti te conviene es cambiar de aires. Dicen que allá en Los Ángeles se vive mejor.

TOMÁS: No tengo nada que hacer por esos rumbos y mucho menos sin mi familia.

ADOLFO: Pues te la llevas contigo, ¿qué más da? Piénsalo. Aquí no dejarás de ser un triste empleado al que pueden correr cuando al patrón se le fastidien los güevos, y ni las gracias te van a dar por todos los años que les dediques.

TOMÁS: ¿Y crees que los gringos me van a tratar mejor?

ADOLFO: No, nunca. Pero mientras, ya ganaste unos dólares que valen más de lo que te imaginas. Más vale ser el perro de un amo más rico.

TOMÁS: Prefiero quedarme.

ADOLFO: ¿Y piensas dejar pasar una oportunidad como ésta? Conozco a unos amigos que pueden ayudarnos a cruzar la frontera. Además, nos consiguen trabajo y colocan a tus hijos en la *high school*. Entonces qué, ¿te animas?

TOMÁS: Luego te digo. Lo voy a pensar. (*Aurora entra y toma del brazo a Tomás para llevárselo fuera del lugar*). Los médicos se hicieron para los enfermos, ¿por qué no lo comprendes?

AURORA: Porque a ti te duele algo y lo voy a averiguar.

TOMÁS: Son calambres, ya te lo dije.

AURORA: Hasta donde yo entiendo, los calambres no hacen que las personas se encierren en el baño para quejarse.

TOMÁS: Ahora comprendo (*Ríe*). Lo que tú oíste no fueron quejidos, más bien pujidos, y a lo mejor uno que otro pedo. (*Ríe con soltura*).

AURORA: (*Seria*). Entonces sí estás grave. Eres la primera persona que llora al echarse un pedo. (*Llegan hasta donde se encuentra el médico*).

EL MÉDICO: ¿Los señores Arana? Por favor, tomen asiento. Precisamente anoche estuve revisando sus radiografías.

TOMÁS: Unos pedazos de plástico tiznados no pueden decirle cómo me siento.

AURORA: Tomás, no empieces de nuevo.

EL MÉDICO: Dígame, señor Arana, ¿cómo se siente?

TOMÁS: Perfectamente, ¿por qué?

EL MÉDICO: Porque estas “manchas” no están de acuerdo. Porque no me extrañaría que su espalda estuviera en pleito con usted. Como pueden ver, la columna del señor Arana presenta un ligero desviamiento hacia la izquierda.

AURORA: ¿Eso qué quiere decir?

EL MÉDICO: Que su esposo no puede realizar labores pesadas y que debe seguir un tratamiento para ver cómo responde esa espalda. Además, que unos días de descanso no le vendrían mal.

TOMÁS: No veo la necesidad de tomar descansos.

EL MÉDICO: Su problema es serio y pondría complicarse si no se toma esos días de reposo. Si no se cuida, sólo conseguirá causarse un daño mayor y posiblemente habría que operarlo. (*Escribe algo en una hoja que le entrega a Tomás*).

Aquí tiene su receta. Por ningún motivo deje de tomar los medicamentos. Y por el momento, voy a firmar para que le otorguen quince días de incapacidad.

TOMÁS: Perdóneme, pero yo no puedo pasarme el día sin hacer nada.

EL MÉDICO: Parece que no le queda otra alternativa.

AURORA: Hazlo por tu bien. No busques lo que no tienes.

EL MÉDICO: Cuando pasen los quince días, venga a verme de nuevo. Le sacaremos otras placas para comprobar su progreso. Hasta luego, señores. Que tengan buenas tardes. *(Sale)*.

TOMÁS: ¡Ese hombre está loco! Quince días es mucho. No puedo dejar el trabajo por tanto tiempo. No puedo.

AURORA: Quince días se pasan rápido y los puedes aprovechar para pasarlos con tus hijos.

TOMÁS: ¡Me lleva la trampa!, ya se me había olvidado. Tengo que comprarles a los muchachos sus uniformes y sus cuadernos y, y... ¡Carajo! Para la próxima semana hay que pagar la renta.

AURORA: ¿Y qué ganas con preocuparte? El Seguro te dará el dinero por los días que no trabajas.

TOMÁS: ¡Por favor, Aurora! Tú sabes que el Seguro sólo paga la mitad; y no estamos en condiciones para perder la otra mitad.

AURORA: ¿Y qué piensas hacer? *(Sale y Tomás se dirige con lentitud al trabajo)*.

TOMÁS: Señor Isaac, ¿puedo hablarle un momento?

SR. ISAAC: Por supuesto. Mi mejor empleado puede contar conmigo. ¿Qué se le ofrece?

TOMÁS: Fíjese que fui a ver al médico.

SR. ISAAC: *(Sin prestarle atención)*. Espero que no sea nada de cuidado.

TOMÁS: De hecho, no lo es. Pero me dieron quince días de incapacidad.

SR. ISAAC: *(Preocupado)*. O sea que me va a abandonar el trabajo durante quince días. Usted no me puede hacer eso. Ya veo que a la gente de este país le gusta comer sin trabajar.

TOMÁS: Óigame, no. Eso no es cierto. Lo de la incapacidad no lo inventé yo. El médico dice que tengo un problema en la columna y que debo descansar.

SR. ISAAC: Usted es la única persona en la que confío y en nadie más. Es a usted al único a quien le dejaría encargado mi negocio. ¿Comprende mi situación, señor Arana?

TOMÁS: Comprendo.

SR. ISAAC: Su enfermedad me preocupa mucho. Es lamentable, muy lamentable que mi mejor hombre desee ausentarse del trabajo cuando más lo necesito. ¿Cómo es posible? No lo entiendo, yo a usted lo veo muy bien, muy saludable. ¿No lo habrá engañado el médico? Los médicos se pueden equivocar.

TOMÁS: A lo mejor. Por eso quisiera que me permitiera trabajar durante los quince días de mi incapacidad.

SR. ISAAC: A ver, explíquese.

TOMÁS: Quiero venir al trabajo, pero me gustaría que no se lo reportara al Seguro, porque de lo contrario no me pagarían los días de la incapacidad.

SR. ISAAC: Ah, ya veo. Ustedes los mexicanos son muy listos. Harían todo lo posible por ganarse unos pesos. Pero está bien, señor Arana, cuente con ello; el Seguro jamás se enterará de nada.

TOMÁS: Gracias.

SR. ISAAC: Ya lo decía yo; ojalá que toda la gente de este país fuera como usted, ojalá.

SEGUNDO ACTO

Gritando y jugando con una pelota, entran Antonio y Gustavo Arana

ANTONIO: A ver, Tavo, échame la pelota. (*La recibe y la controla unos instantes haciéndola botar en sus rodillas*). ¿Qué te parece, eh? ¿Soy o no soy bueno para el fútbol?

GUSTAVO: Eso lo puede hacer cualquiera. ¿Cuánto apuestas a que yo la controlo por más tiempo que tú?

ANTONIO: ¿Pues cuánto quieres perder?

GUSTAVO: ¿Qué te parecen los refrescos?

ANTONIO: ¡Órale! Pero empieza tú primero. (*Gustavo intenta jugar con el balón tal y como lo hizo su hermano, pero no es tan hábil como Antonio*). Uy, tanto alboroto para eso. Ahora fíjate bien cómo lo hace un maestro. (*Antonio es más diestro, por lo que al cabo de un buen rato de controlar la pelota en sus rodillas, Gustavo decide empujar a su hermano para que pierda el equilibrio*).

GUSTAVO: Ya, ya, ganaste. Tampoco es para que te pases todo el día presumiendo.

ANTONIO: ¿Y por qué no? Tengo que ponerme a entrenar para estar en buena condición. Ya me dijeron que la próxima semana me harán una prueba, y si la paso, te garantizo que muy pronto jugaré en el primer equipo.

GUSTAVO: ¿Y la escuela?

ANTONIO: La escuela está muy bien, no le ha pasado nada.

GUSTAVO: Mira, por mí puedes hacer lo que quieras. Pero si te lo pregunto, es para saber si ya se lo contaste a papá.

ANTONIO: (*Sin dejar de jugar*). No, todavía no. (*Entusiasta*). ¡Pero ya se lo platicué a Matilde y está de acuerdo conmigo!

GUSTAVO: ¿Pero en qué puede estar de acuerdo contigo? Esa mujer te dice que sí a todo.

ANTONIO: Lo que pasa es que no la conoces.

GUSTAVO: Pues no es mi culpa. Nunca has querido llevarla a la casa.

ANTONIO: Es que tú ya sabes cómo es papá, y mamá puede decirle algo que no me agrade. Prefiero que todo se quede así y no que terminemos con problemas. Seguro que me dirían que la corte, que a mi edad las novias no dejan nada bueno y qué sé yo cuántos sermones más...

GUSTAVO: No creo que le digan nada, pero allá tú.

ANTONIO: (*Contento*). ¡Vas a ver que todo sale bien! Pero mientras tanto, ¿qué te parece si te pones de portero y yo te lanzo la pelota?

GUSTAVO: No, ahorita no quiero jugar.

ANTONIO: ¡Ándale! Sólo para checar cómo ando en los tiros de penalty.

GUSTAVO: ¿Qué te dijo Matilde cuando le comentaste lo de entrar en el equipo de fútbol?

ANTONIO: (*Sin dejar de jugar*). Que sí, que está bien.

GUSTAVO: ¿Nada más?

ANTONIO: Pues sí. Porque, cuando entre al equipo, voy a ganar mucho más dinero que cualquier médico o abogado, ¿cómo ves?

GUSTAVO: Lo pones tan fácil que hasta parece verdad.

ANTONIO: Y lo es. Ahora que esté dentro del equipo, poco a poco iré subiendo, y en un par de años, no dudes que me contratará un equipo más grande; uno de esos que te pagan hasta por tomarte un refresco. (*Controla un momento la pelota en sus pies y luego la pateo*).

GUSTAVO: ¿Y si no te aceptan?

ANTONIO: No seas pesimista, eso nunca va a pasar. (*Antonio sale tras su pelota y Gustavo se queda en el área de su casa, observando a Tomás que se encuentra en la zona neutra junto con Óscar Mondragón. Óscar ya no es el mismo, se nota un tanto derrotado*).

ÓSCAR: Buenos días, mi amigo. ¿Hacia dónde vas?

TOMÁS: Al médico. Aurora no me va a dejar tranquilo hasta que no le explique cómo estuvieron los resultados de las radiografías.

ÓSCAR: ¿Otra vez con eso? ¿No me digas que esa espalda te sigue dando lata?

TOMÁS: Ya lo ves, hombre. Y ni modo de cambiarla por una nueva, ¿verdad?

ÓSCAR: No me quisiera quedar solo... ¿Te puedo acompañar al médico? y así aprovechamos para platicar un rato.

TOMÁS: Órale, me parece bien. (*Caminan*). ¿Y tú? ¿Qué me cuentas de nuevo?

ÓSCAR: Lo mismo de siempre, no hay nada que tú no sepas.

TOMÁS: ¿Cómo está la familia? Hace mucho que no me doy una vuelta por tu casa para saludar a tu esposa y a tus hijos. ¿Qué me cuentas de ellos?

ÓSCAR: ¿Te acuerdas de Adrián? El mayor.

TOMÁS: Sí, qué tiene.

ÓSCAR: Acabo de enterarme que se la pasa todo el día con los vagos de la colonia; que no se ha parado en la escuela, que ni siquiera fue a inscribirse.

TOMÁS: ¡Hombre, Óscar! No se lo hubieras permitido. La obligación de todo muchacho es estudiar y Adrián tiene buena cabeza para los libros.

ÓSCAR: ¿Por qué no vas tú y se lo dices? A mí ni siquiera me quiere escuchar. Ojalá que fuera un poco como tus hijos, pero se pasa la vida en la calle.

TOMÁS: Entonces haz algo; aconséjalo, platica con él, pero no lo dejes solo. A Adrián no lo puedes echar a su suerte.

ÓSCAR: (*Adolorido, sin salir de sus pensamientos*). Estuve con él; pedí permisos en el trabajo para verlo y platicar, como tú dices... ¿Qué fue lo que hice mal? Si tú lo vieras ahora, no lo reconocerías.

TOMÁS: (*Rotundo*). ¡Oblígalo a que te haga caso! Date cuenta que Adrián es tu futuro.

ÓSCAR: El futuro no existe, Tomás... En todo caso, el futuro sólo es un palo en el que te obligan a sentarte. Mi hijo es un cuchillo sin filo que no puede cortar de un tajo, pero que se empeña en clavarse en mi garganta.

TOMÁS: Pero las cosas pueden cambiar, hombre. Mientras que a tus hijos no los obliguen a sentarse en ese palo, pues no importa que nos jodan a nosotros.

ÓSCAR: Hablas así porque tú no crees en nada.

TOMÁS: Desde que era niño siempre me he sentido como ofendido y humillado; siempre he tenido que agachar la cabeza porque hay una voz más fuerte que la mía... y si te hablo así es porque la vida nos debe y nos debe con intereses; porque ya estuvo suave que seamos los eternamente derrotados.

ÓSCAR: Quisiera que por lo menos una vez bajara Dios y me resolviera los problemas.

TOMÁS: Lo que estoy viendo es que todos estos años te han convertido en un viejo derrotado.

ÓSCAR: Al contrario, los años me han vuelto realista. Si no, dime una cosa: ¿qué sacas con trabajar tanto y romperte la espalda, si al final, lo único que vas a recibir es una patada por el culo?

TOMÁS: Siempre me preguntas lo mismo. ¿A poco todavía no me entiendes?

ÓSCAR: Entiendo que pueden ser tus propios hijos los que te den esa patada. (*Silencio*). ¿Lo ves? No eres tan fuerte, ni te sientes tan seguro como lo intentas aparentar. Todos los hombres somos vulnerables; todos los hombres estamos en las manos de Dios. Y si Dios no lo quiere, las cosas jamás van a cambiar, ¿comprendes? Todos hemos nacido para ser pateados.

TOMÁS: (*Compadeciéndolo*). Eres un carajo de mierda.

ÓSCAR: (*Igual*). La mierda se embarra con la mierda.

TOMÁS: Al menos sé que no quiero quedarme como tú... Así como te veo, me doy cuenta que te gusta vivir encorvado y esperanzado a limpiar con la boca la enorme y siempre sucia verga del Señor.

ÓSCAR: Alguien que espera que sus hijos crezcan y estudien para que luego lo mantengan, también es un hombre arrodillado.

TOMÁS: Los gusanos se te salen por los ojos y de los oídos te brota un líquido de pus.

ÓSCAR: ¿Qué me quisiste decir con eso?

TOMÁS: Que estás acabado. Espero que mis hijos terminen sus estudios para que ya nada más me preocupe por mi esposa.

ÓSCAR: Cada vez te entiendo menos, Tomás. Ahora te arrepientes de haber trabajado por ellos.

TOMÁS: Eso no fue lo que dije; yo no me puedo arrepentir de nada, porque trabajar para mi familia es lo único decente que he hecho en la vida.

ÓSCAR: Pero si hace rato me acabas de explicar lo contrario.

TOMÁS: Un pendejo siempre oír lo que le conviene. Escúchame bien, porque ya no lo vuelvo a repetir; si yo tuviera otra oportunidad, volvería a partirme la espalda por Aurora y por los muchachos.

ÓSCAR: Tú estás loco, Tomás.

TOMÁS: Puede ser. Pero al fin y al cabo, creo que voy por buen camino.

ÓSCAR: No entiendo nada, no lo puedo entender. Primero me hablas del trabajo, de la familia y de yo no sé cuantas estupideces más, y ahora me sales con que lo mejor es que tus hijos hagan lo que se les antoje.

TOMÁS: Siempre he seguido el camino que mejor me parece. A mí se me hace que todos lo deberían hacer.

ÓSCAR: A mí no, porque las personas no somos dioses.

TOMÁS: Pues ya va siendo hora de que lo seamos.

ÓSCAR: Tú y yo somos hombres muy distintos, Tomás.

TOMÁS: Eso espero...

ÓSCAR: ¡Cómo me gustaría, de corazón, que no estuvieras equivocado! Ojalá que Dios te ayude, mi amigo.

TOMÁS: Que Dios te ayude a ti, Óscar, porque tú lo necesitas más.

ÓSCAR: ¿Eso quién lo sabe? *(Al llegar hasta donde se encuentra el médico, Óscar sale por otro lado, Aurora y Antonio alcanzan a Gustavo en la sala de su casa).*

AURORA: Estoy preocupada. Su papá no llega. Hace rato que salió a la calle y ya es hora de que estuviera aquí.

GUSTAVO: Tranquilízate. No debe tardar.

ANTONIO: Es lo que le digo, pero no me hace caso.

GUSTAVO: A lo mejor pasó a la farmacia para comprar su medicina. *(Hace un movimiento con la mano indicando que Tomás bebe; los dos hermanos ríen por complicidad).*

AURORA: Ustedes no saben lo que están diciendo. *(Ellos levantan los hombros y continúan riendo).* ¡Ya cállense, por favor!

ANTONIO: ¿Ahora qué hicimos para que te pongas así?

AURORA: Les pedí que lo acompañaran, que no lo dejaran solo. Pero ninguno de los dos me hizo caso. Prefirieron quedarse en casa, viendo la televisión, que estar al pendiente de su padre.

ANTONIO: Creo que exageras. A papá no le puede pasar nada; él sabe cómo cuidarse.

AURORA: Pero que tal si mientras cruza una avenida, tropieza y cae al suelo. No habrá nadie que lo ayude a levantarse. *(Los tres permanecen en su lugar, mientras que por otra parte se desarrolla otra acción).*

EL MÉDICO: Señor Arana, no tengo ni la menor idea de cómo le hace usted para caminar.

TOMÁS: *(Con humor).* ¿Que cómo le hago? Pues como todo el mundo.

EL MÉDICO: Sería lógico lo que me acaba de decir, si todo el mundo tuviera desviados los discos de la columna.

TOMÁS: ¿Otra vez con lo mismo? Eso me lo ha estado repitiendo desde la primera consulta.

EL MÉDICO: ¿Quiere escuchar algo nuevo?

TOMÁS: No. No hace falta, porque ya me tengo que ir.

EL MÉDICO: Usted se lo buscó. Su espalda ya no aguanta más; eso significa que ya no se encuentra capacitado para continuar en el trabajo.

TOMÁS: Lo que veo es que el título nada más le sirve de adorno.

EL MÉDICO: No le permito que...

TOMÁS: ¿Quién se cree usted para decirme que ya no puedo trabajar? No, mejor no me conteste, porque eso ya lo sé; es un imbécil.

EL MÉDICO: Quién sabe. Pero el problema no es conmigo, sino con su espalda. Haga lo que haga, siempre le estará recordando que ya no puede realizar las mismas labores de siempre.

TOMÁS: ¡Qué va a saber usted cómo me siento! A mí no me duele nada, ¿o a poco me he quejado con alguien como para que ahora me diga que mi espalda no funciona?

EL MÉDICO: Los resultados de sus exámenes no mienten. Tal vez su cabeza le esté diciendo que puede seguir trabajando, pero su espalda ya no aguanta más, compréndalo. Lo mejor que puede hacer, por su bien, es aceptar la pensión por incapacidad que el Seguro le ofrece.

TOMÁS: *(Pausa durante la cual vemos que va siendo derrotado).* Con el dinero de la pensión, tanto mi mujer como yo nos vamos a morir de hambre. Mis hijos ya están grandes y se pueden valer solos. Pero mi esposa...

EL MÉDICO: Usted es inteligente y sabrá hacer otras cosas.

TOMÁS: Me pide que viva como un anciano, como un inútil, como un enfermo.

EL MÉDICO: No lo vea desde ese punto de vista. Le propongo que viva como un hombre completo y no como un parálítico.

TOMÁS: Pero si yo me siento bien, de verdad. No tengo problemas para caminar.

DE TIEMPO COMPLETO

EL MÉDICO: La decisión es suya. Por mi parte, el asunto no tiene vuelta de hoja.

TOMÁS: No, pero me puede recetar algunas pastillas, o lo que sea, para ya no sentir las molestias.

EL MÉDICO: Con medicamentos no se soluciona nada. La única alternativa aconsejable es que permita que se le opere, de lo contrario, ya sabe las consecuencias.

TOMÁS: Si aceptara, ¿cuándo sería la operación?

EL MÉDICO: Verá; es necesario que primero le practiquemos otros estudios y cuando todo nos indique que ya está listo, entonces yo mismo le programaré el día y la hora.

TOMÁS: Déjeme ver si comprendo. Si usted me opera, ¿mi espalda quedará como antes?

EL MÉDICO: Definitivamente, no. El daño ya está hecho.

TOMÁS: Entonces cuál es la diferencia.

EL MÉDICO: Es mucha la diferencia. Después de la operación, le prometo que usted ya no sentirá ningún dolor. (*Permanecen en su lugar*).

ANTONIO: Ojalá que papá se apure en llegar. Necesito que me ayude con unos pesos para ir al cine con Matilde. (*Gustavo está sentado en el sillón de Tomás. Su mirada queda fija hacia cualquier punto*).

AURORA: Si nada más para eso lo esperas, mejor vete a dormir.

ANTONIO: Tú no entiendes, mamá. Necesito dinero.

AURORA: Pues trabaja.

ANTONIO: Cuando el equipo me contrate voy a ganar mi propio dinero, pero mientras tanto, tengo que pedírselo a papá.

AURORA: ¿Por qué no le dices a esa muchacha...

ANTONIO: Matilde.

AURORA: Bueno, Matilde. Dile que otro día se van al cine porque hoy no tienes dinero. Si ella te quiere, no se va a enojar porque no salgan a pasear.

ANTONIO: Y si yo soy el que quiere salir con ella, ¿qué hago?

AURORA: No lo sé.

ANTONIO: ¿Tú no me puedes prestar nada? No mucho, lo que tengas. Luego te lo devuelve papá.

AURORA: No puedo.

ANTONIO: Cuando el equipo me contrate...

GUSTAVO: (*Contenido*). Ya deja de estar jodiendo, ¿quieres? Nadie te puede dar dinero porque papá se acaba de quedar sin trabajo.

TERCER ACTO

Sólo han pasado unos años. Tomás lee el periódico y aunque ya no es tan vital, ni se ve tan acabado como al principio del primer acto, sí es notorio el tono de fastidio en sus palabras.

AURORA: ¿Qué fue lo que te dijo el médico?

TOMÁS: Nada. ¿Ya leíste el periódico?

AURORA: No. Hoy en día ni en los deportes aparecen noticias agradables. Pero no me cambies la conversación.

TOMÁS: Todos los políticos son iguales. El tipo que escribió estas salvajadas es un verdadero animal. Lo estoy leyendo y todavía no puedo creer que exista alguien tan imbécil como para decir tantas barbaridades.

AURORA: Tomás, te estoy hablando...

TOMÁS: Me gustaría saber qué harían toda esa bola de pendejos con un pinche salario mínimo.

AURORA: ¡Tomás!, ¿no puedes hablar sin decir groserías?

TOMÁS: Es que me da coraje, Aurora. Este cuate se está burlando de los que sí trabajamos. Dice que el salario mínimo alcanza para solventar las necesidades de una familia.

AURORA: De verdad que te entiendo. A mí también me molesta que anden diciendo esas cosas. Pero primero me preocupa tu salud.

TOMÁS: Y eso no es todo. Fíjate nada más con lo que termina diciendo: "Por lo tanto, si el mexicano no come, es porque no quiere." ¡Esto es el colmo!

AURORA: ¿Y qué ganas tú con enojarte?

TOMÁS: Nada. Lo peor es que ya no creo que nada vaya a cambiar; ya no sé si deba ir con el licenciado para que pelee lo de mi liquidación.

AURORA: ¿Todavía no te lo quieren pagar?

TOMÁS: No. Pero además, según el licenciado, lo que me ofrece el señor Isaac no es lo que me corresponde por todos los años que trabajé con él.

AURORA: Mejor no te metas en problemas y acepta lo que sea. No vaya a ser que luego no te den ni un centavo.

TOMÁS: ¡Cómo crees, Aurora! Por muy miserable que sea, el señor Isaac debe darme lo justo. A ti te consta que no falté un solo día, que trabajé dobles turnos, mis vacaciones.

AURORA: Lo sé. Si por mí fuera, preferiría que no hubieras trabajado tanto. (*Adolorida*). ¡Mira nada más cómo te ha dejado el tiempo! Mira cómo han dejado a mi esposo.

TOMÁS: ¡Por Dios, Aurora! Ese hombre no me puede dejar en la calle.

AURORA: (*Tratando de animarlo*). No te pongas así.

TOMÁS: Vas a ver que será distinta la suerte de mis hijos.

AURORA: Si tú lo dices...

TOMÁS: Deja de ser tan desconfiada. Gustavo ya va a terminar su carrera, y si Antonio se ha retrasado un poco en sus estudios es porque nació para el deporte. Tú no te preocupes.

AURORA: A veces tengo la impresión de que no conoces a tus hijos.

TOMÁS: La que no los conoce eres tú. Ellos no van a pasar por lo mismo que nosotros. Ellos no van a preocuparse ni a sufrir porque no tengan dinero. Nuestros hijos nacieron para dar órdenes y cuando llegue ese momento, entonces me habré desquitado de los que son como el señor Isaac.

AURORA: Si te quieres desquitar, hazlo tú mismo.

TOMÁS: ¡No puedo, Aurora! Compréndelo. Muchas veces tuve que bajar la cabeza, porque si no lo hacía, de seguro me habrían despedido.

AURORA: ¿Entonces?

TOMÁS: Tuve que vivir una vida ajena a la de mi familia.

AURORA: Pudiste detener el techo de tu casa, pero te olvidaste de las grietas.

TOMÁS: Entiende. Creí que estaba haciendo lo mejor.

AURORA: Eso lo sé muy bien. Pero ahora tú compréndeme, Tomás. A lo mejor esperas mucho de tu familia y lo único que hemos hecho es estropearte la existencia. Y lo más triste de todo es que nunca estuviste con nosotros.

TOMÁS: No fue porque no quisiera.

AURORA: ¿Te acuerdas cuando atropellaron a Gustavo o cuando a Antonio lo operaron de las anginas?

TOMÁS: ¿Te acuerdas que durante quince días tuve que doblar turno para pagar al médico?

AURORA: Pudimos haberlos llevado al Seguro.

TOMÁS: En el Seguro tratan a la gente peor que animales.

AURORA: ¿Te acuerdas cuando tus hijos terminaron la secundaria? ¿O siquiera te acuerdas cuando Gustavo se fue de la casa? ¿Sabes en dónde vive tu hijo?

TOMÁS: No. Pero no dejo de pensar en él.

AURORA: ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

TOMÁS: Sí, pero no me arrepiento de lo que he hecho. Así lo hice, porque así tuve que hacerlo. *(Tomás se dirige hasta la zona de trabajo, en donde ya lo espera el señor Isaac. Ambos inician una conversación que transcurrirá simultáneamente con los parlamentos de su familia).*

ADOLFO: ¿Está Tomás en casa? Quisiera hablar con él.

AURORA: Me asustas, ¿tienes algún problema?

ADOLFO: Tan fatalista como siempre, Aurora. Vengo para proponerle a tu marido que me acompañe a Los Ángeles.

TOMÁS: Señor Isaac, ¿le puedo quitar un minuto?

SR. ISAAC: ¿Un minuto? ¡Por favor, mi amigo! Para mi mejor empleado tengo todo el tiempo. Dígame, ¿en qué le puedo ayudar?

TOMÁS: Pues veré, tengo un problema...

SR. ISAAC: Sabe que puede contar conmigo para lo que le haga falta.

TOMÁS: Es que, no lo sé.

SR. ISAAC. Después de demostrar durante... ¿Cuántos años lleva trabajando para mí?

TOMÁS: Casi veintiséis años.

SR. ISAAC: ¡Ni hablar! Veintiséis años es toda una vida.

AURORA: ¡No estés jugando, Adolfo! No estoy de humor.

ADOLFO: ¿Quién está jugando? Lo que te digo es en serio.

AURORA: ¿Pero qué van a hacer ustedes dos allá, tan lejos?

ADOLFO: ¿Cómo que qué vamos a hacer? ¡Pues trabajar!

ANTONIO: (*En zona distinta de las otras dos acciones*). Oye Tavo; ayúdame a hablar con papá, ¿quieres?

GUSTAVO: ¿Ahora qué tienes? ¿Te volviste a pelear con Matilde?

ANTONIO: Es que no me aceptaron en el equipo.

GUSTAVO: ¿Eso es todo? Pues díselo. No creo que se enoje por eso. Además, puedes acomodarte en otro equipo, o en todo caso, hasta regresar a la escuela.

SR. ISAAC: Veintiséis años. ¡Mire nada más, qué casualidad! Hace veintiséis años comencé mis negocios en este país. Dese cuenta usted mismo de lo que se puede hacer con el trabajo: yo llegué a este generoso país con tan sólo la ropa que llevaba puesta y ahora véame, tengo más de lo que hubiera querido. ¿Y sabe usted cómo lo conseguí? Trabajando.

ANTONIO: ¡Con una chingada! No quiero tus consejos. Escúchame. Matilde está esperando un bebé y no sé qué hacer.

ADOLFO: Con los gringos están todas las oportunidades. Si nos quedamos aquí, sólo vamos a vivir de puro milagro. Piénsalo bien y verás que tengo razón.

AURORA: Honestamente, ¿quieres que te diga la verdad? Ustedes no tienen nada que hacer en esas tierras.

ADOLFO: El que no arriesga no gana. Allá tu dinero rinde más. Allá está el mundo de los fregones y vas a poder ahorrar, y con tus ahorros podrás comprarte una casa o lo que tú quieras.

AURORA: A mí los gringos no me caen bien. Con una mano te saludan, pero con la otra te joden.

ADOLFO: Quítate esas ideas de la cabeza.

AURORA: ¡Y tú no seas tan necio, caramba! Ahorita no nos hacen falta soluciones pendejas.

ADOLFO: (*Pausa*). Caray, has cambiado tanto. En otros tiempos no me hubieras hablado así.

TOMÁS: Ayer tuve que ir al médico otra vez.

SR. ISAAC: ¿Ayer? Ayer fue un día muy laborioso. Pero afortunadamente puedo contar con usted. Ir al médico le ha servido de mucho, ¿verdad? Lo veo fuerte. Usted es un hombre saludable. ¡Listo de nuevo para darle duro al trabajo como hace veintiséis años!

AURORA: Mi esposo ya no puede seguir trabajando como hace veintiséis años.

TOMÁS: Ayer fui al médico

SR. ISAAC: Lo veo preocupado, señor Arana. ¿Le pasa algo?

TOMÁS: Ayer fui al médico.

ADOLFO: *(Comienzan a romperse las fronteras de las zonas imaginarias).* Los médicos son unos ignorantes; yo te veo bien. Aquí no tienes nada que hacer. Tus hijos ya están grandes y se pueden valer por sí solos. *(Las diferentes acciones se irán entrelazando).*

ANTONIO: ¿Crees que papá me pueda prestar un poco de dinero?

SR. ISAAC: Usted no me puede fallar ahora, señor Arana.

ADOLFO: ¡A quién le importa un dolorcito en la espalda si puedes ganar mucho dinero!

TOMÁS: No es sólo un dolorcito. El viernes pasado, cuando iba para la casa, por un momento dejé de sentir las piernas... por poco y no lo cuento.

ADOLFO: ¡Estás exagerando!

TOMÁS: ¡No, no exagero! Tuve que quedarme sentado en la banqueta, viendo pasar a la gente, porque el dolor no me dejaba caminar. Era como si me estuvieran arrancando la espalda, los güevos, la vida.

AURORA: Tomás...

SR. ISAAC: Señor Arana, ¿trata de decirme algo?

TOMÁS: Aurora, ¿en dónde estás?

GUSTAVO: Se acabaron los sueños, Antonio. Ya no te puedes seguir comportando como el hijo menor, al que mamá siempre protegió.

ADOLFO: Tienes miedo, Tomás. Eso es lo que sucede. Dime qué ha pasado contigo durante todos estos años, ya no eres el mismo hombre de siempre.

SR. ISAAC: Me temo que no le entiendo. ¿Lo que usted quiere es pedirme otro día para faltar? Por favor, lo que me tenga que decir, dígalo ya. Me está desesperando.

AURORA: Tomás, ¿te sientes mal?

TOMÁS: Me van a operar. Mi espalda se ha estropeado y parece que, que ya no puedo seguir trabajando.

SR. ISAAC: Y si no trabaja, ¿de qué piensa vivir, señor Arana?

ADOLFO: Y si no trabajas, ¿de qué piensas vivir, cuñado?

TOMÁS: Pues, de lo que me dé el Seguro por incapacidad.

SR. ISAAC: ¡No lo puedo creer!

ADOLFO: ¿Cómo puedes pensar en jubilarte a tu edad?

ANTONIO: Papá, tengo miedo. Creo que mejor me largo de aquí junto con el tío Adolfo. Yo todavía no me quiero casar, ni tener hijos. Tengo miedo, papá. Si me ayudas esta vez, te prometo que voy a cambiar, regresaré a la escuela.

AURORA: Tomás ¿me escuchas?

SR. ISAAC: Usted es como toda la gente de este país. Siempre buscando un pretexto para no trabajar. Ahora entiendo por qué sus ciudades se están cayendo a pedazos, porque son una raza de flojos.

TOMÁS: Eso no es cierto.

ANTONIO: Papá, yo no quiero que Matilde tenga al niño.

ADOLFO: Tú todavía aguantas mucho, Tomás Arana.

TOMÁS: Aurora, ayúdame. Aurora, ¿en dónde estás?

AURORA: Aquí, contigo.

TOMÁS: ¡Dios mío! No encuentro a mi familia. No los veo.

SR. ISAAC: ¿Me quiere decir cómo fue que usted se estropeó la espalda? ¿No lo habrá hecho a propósito para no trabajar?

ADOLFO: Nadie te va a creer ese cuento, Tomasito. Tú siempre has sido fuerte y un hombre fuerte no tiene huesos de polvorón.

SR. ISAAC: ¿Está seguro que son veintiséis años los que lleva trabajando conmigo? Deben ser menos. Tengo que revisar su expediente, no vaya a querer que le pague una liquidación que no le corresponde.

ADOLFO: ¡Cuentos, puros cuentos!

SR. ISAAC: ¿Por qué no pide otra opinión médica?

ADOLFO: Vas a ver que trabajando se te olvidan esos dolores. *(En el momento que Tomás y Aurora se reúnen, los demás salen de escena).*

AURORA: ¿Por qué no lo dejan en paz? Ustedes no tienen derecho a tratarlo así. Mi esposo no es un muerto sin sepultura, no es sangre derramada en los drenajes... Tomás es mi compañero. Tomás es mi espalda.

TOMÁS: ¿Aurora?

Aurora: ¿Te sientes mal? ¿Quieres que nos vayamos a la casa?

TOMÁS: Todavía no... ¿y los muchachos?

AURORA: Salieron desde temprano.

TOMÁS: No vayas a contarles lo que me explicó el médico y mucho menos les digas que me levantaste del suelo.

AURORA: ¿Por qué no?

TOMÁS: Te estoy pidiendo que no les digas nada, por favor. No quiero que me vean así.

AURORA: ¿Y cómo quieres que te veamos?

TOMÁS: Llevamos treinta años viviendo juntos, ¿pero cuánto tiempo nos hemos dado para ser esposos? Pues muy poco, el suficiente para tener hijos. No, ni siquiera para tenerlos, porque mientras estabas en el parto, tu marido andaba en el trabajo.

AURORA: Sí, pero no te olvides que los médicos dejaron morir a nuestro primer hijo y desde entonces no quisiste saber nada de hospitales del Seguro, y acuérdate que Gustavo nació en una clínica tan jodida que no nos dejaron salir hasta que no les pagaste la cuenta. ¿Te acuerdas? Entonces, ¿me puedes decir qué otra cosa podías hacer?

TOMÁS: Estar contigo, pero no en ninguna parte.

AURORA: ¿Qué está pasando contigo? ¿En dónde has dejado a la persona con la que me casé?

TOMÁS: Si no sabes en dónde estoy, entonces qué haces aquí, con un inútil.

AURORA: Acompañándote, qué más. ¿Nos vamos a la casa?

TOMÁS: ¡Con un carajo, Aurora! ¿Cómo quieres que te lo diga para que me entiendas? A Tomás Arana se lo tragó la chingada.

AURORA: (*Dolida*). Está bien, allá tú. Pero no quiero que te vuelvas a parar en mi casa. Con tu derrota me acabas de echar a perder treinta años de mi vida. (*Aurora se dirige a su casa para que Tomás se encuentre con Óscar*).

ÓSCAR: Tomás, ¿eres tú? Te veo muy mal, ¿te pasa algo?

TOMÁS: Lo que me pasa es que estoy harto. Cómo es posible que ese miserable no nos quiera pagar nuestra liquidación.

ÓSCAR: Bueno, pero no es para tanto.

TOMÁS: Ese hombre no se va a burlar de mí. Me tiene que pagar todo mi dinero.

ÓSCAR: De eso te quería hablar. ¿Por qué no nos sentamos un rato y platicamos?

TOMÁS: Luego. Ahora tengo prisa.

ÓSCAR: Es que el licenciado no está en su despacho.

TOMÁS: Cómo de que no está. Si nos dio cita para hoy.

ÓSCAR: (*Tímidamente*). Es que el señor Isaac ya pagó.

TOMÁS: ¡Ya lo sabía! Te dije que no podíamos perder. No sabes cuánta falta me hacía ese dinero. Se me ocurre que debo poner un negocio, pero que sea familiar; de esa manera, le puedo pedir a Gustavo que regrese a la casa; y a Toño le vendría de perlas, porque se las está viendo negras con los gastos de su hijo.

ÓSCAR: Espérate, deja que termine de contarte. Tu caso todavía no está resuelto.

TOMÁS: ¿Y cómo dices que ya nos pagó?

ÓSCAR: Pero a mí. Yo ya no quise seguir peleando y acepté lo que me ofrecían. Tú también deberías hacer lo mismo. (*Tomás regresa a su casa dejando a Óscar solo*). ¿De qué nos sirve pelear por un dinero que no nos van a dar? No podíamos ganar. Entiéndelo, Tomás; siempre son otros los ganadores, nunca nosotros. (*Sale*).

AURORA: ¿Qué pasó? ¿Qué te dijo el licenciado?

TOMÁS: Nada. Esa gente habla mucho pero no dice nada.

AURORA: A mí se me hace que ese señor ya abandonó tu asunto.

TOMÁS: ¡Cómo crees, Aurora! Esto lleva su tiempo.

AURORA: ¿Cuánto tiempo?

TOMÁS: Todavía no lo sé. Ahora tengo que ir el martes para ver qué me resuelven.

AURORA: ¿El martes? Pero ese día no puedes ir a los tribunales. ¿Por qué no le explicaste que el martes te operan?

TOMÁS: Porque ya lo pensé bien y prefiero que no me operen.

AURORA: ¿De nuevo con esa idea? Se supone que ya lo habíamos discutido.

TOMÁS: Se supone que si un día voy a dejar de caminar, no tengo por qué apresurar lo inevitable. Mejor que me duela, pero por lo menos sabré que tengo cuerpo. ¿Qué sabes de los muchachos?

AURORA: Acaba de llegar carta de Gustavo. Dice que le está yendo muy bien y que va a venir la próxima semana a pasar unos días con nosotros.

TOMÁS: Hay que ponerle sábanas limpias a su cama y a ver si le preparamos una comida de las que le gustan.

AURORA: ¿Con qué dinero vamos a hacer esa comida?

TOMÁS: Mañana debe llegar el cheque de mi pensión y con eso nos alcanza.

AURORA: Bueno. ¿Quieres que te sirva de comer o me esperas a que termine de coser un vestido? Nada más me falta pegarle unos adornos y listo.

TOMÁS: Te espero. Quiero quedarme un rato en el sillón. *(Antes)*. Aurora, ¿me acompañas mañana al banco a cobrar mi cheque? Me gustaría comprar un poco de despensa para Antonio y para su familia.

AURORA: Está bien, como quieras. *(Antes de salir lo cubre con una cobija)*.

TOMÁS: Aurora, espérate. Antes de que te vayas, apaga la luz, ¿quieres? *(Aurora apaga la luz y sale dejando la puerta abierta. Por ahí se filtra el sonido de la máquina de coser y una luz opaca que escasamente ilumina el cuerpo de Tomás)*. Pero si nos quieren amolar, lo peor que podemos hacer es dejarnos... mañana voy a salir de nuevo a la calle para buscar trabajo. A lo mejor me dan empleo de velador, o de cajero, o de qué sé yo... Lo importante es que se den cuenta que todavía tengo fuerzas para seguir trabajando; todavía puedo ganarme unos pesos y ver por mi familia... Aunque ya estén grandes, los muchachos siempre me van a necesitar... Porque a lo mejor ahora sí puedo estar con ellos. A lo mejor no he estado tan equivocado como pensaba. A lo mejor... A lo mejor... A lo mejor...

Chilangotitlán, Defe, 1999

Contribuciones desde **Coatepec**

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
revcoatepec@yahoo.com
ISSN: en trámite
MÉXICO

2002
Arauco Chihuilaf
RUGGIERO ROMANO, UN HOMBRE CONSECUENTE
Contribuciones desde Coatepec, enero-junio, número 002
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México
pp. 153-154

Ruggiero Romano, un hombre consecuente

ARAUCO CHIHUAILAF
París, enero 2002

Ruggiero Romano partió en la madrugada del 5 de enero del 2002 en París, ciudad a la que había llegado en diciembre de 1947 desde su Italia natal.

Su vida transcurrió (desde 1968) en su universo discreto del boulevard Raspail, poblado de libros y con un gran escritorio cargado de papeles, de cartas y más libros. Fue un infatigable trabajador y viajero. Recibió honores y homenajes con la modestia de quien no busca el ruido publicitario.

Maestro de audiencia internacional, tuvo discípulos franceses, italianos, griegos, dominicanos, brasileños, mexicanos, argentinos, peruanos, chilenos, un ruso-judío, entre otros. Muchos de ellos hoy son historiadores reconocidos en México, Argentina, Perú, Francia, por citar sólo algunos países.

Dedicó particular atención y trabajo a la historia económica de Europa y de la América hispánica. Se alejó temporalmente de la primera para acercarse más a la segunda, aun cuando una dimensión de la historia de ambas

confluyó en su libro *Coyunturas opuestas. La crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica* (México, FCE, 1993).

Al final de su vida volvió de los Andes a su tierra de origen (que no había dejado del todo) pues trabajaba sobre historia de Italia cuando lo interrumpió la enfermedad. Le interesaban todos los temas: las monedas y los precios, el arte, la libertad, la coca, la historia de la cocina, la historia demográfica que leyó con entusiasmo preparando su libro sobre Italia. Este interés apuntaba a la observación de los hechos históricos en todos sus aspectos y desde ángulos distintos. Es decir, creía en la «globalidad de la historia» o si se prefiere, decía, «una historia sinfónica» que se estaba perdiendo de vista por la creciente especialización (hispanistas, americanistas, sinólogos, mexicanistas, ...) (*Construir la historia*, México, 1998).

Pero para Ruggiero Romano, la historia era algo más: era un referente para la vida. Comprender los hechos, escribió, «puede y debe ser un elemento para guiarnos en nuestra vida cotidiana».

na, en nuestro contacto con el ‘otro’: porque cada día estamos en contacto con el ‘otro’ y debemos aprender a respetarlo» (*Les conquistadores, les mécanismes de la conquête coloniale*, 1972). Esto retrata al hombre: abierto al acontecer simple de la vida, observador agudo, tolerante, pero intransigente defensor de la libertad de pensamiento.

Hombre de gran curiosidad cultural, estuvo siempre atento a los acontecimientos del mundo. Y para comprenderlos adecuadamente creyó en la exigencia de análisis, en la crítica sin complacencias pero con criterio amplio. Pensaba que los intelectuales no debían instalarse en las modas o en el conformismo, sino debían ser observadores críticos de la sociedad. Para ello, el requisito indispensable era ser rigurosamente libre, ser esencialmente independiente frente al poder político. Y él lo fue. No vaciló en polemizar, o mejor dicho, en confrontar ideas con las armas del historiador y del intelectual. Su argumentación fue muchas veces vehemente, incisiva, pero siempre provista de pertinencia.

Prefirió la duda a los dogmas o la ortodoxia, lo que le valió más de alguna incompreensión o crítica disparada por beatos de toda laya a quienes a menudo exasperó; con su heterodoxia incisiva, incomodó la arrogancia de otros.

En el plano intelectual impugnaba categóricamente la desenvoltura expedita, el simplismo y la deshonestidad, lo que no siempre le acarreó simpatías. Qué importaba. Contaba ante todo la coherencia entre pensamiento y acción; en este plano no admitía inconsecuencia. Pero primero fue riguroso con él mis-

mo. No es extraño entonces que haya dejado su suelo natal (1947) cuando la vida cultural resultaba asfixiante para quien no gustaba de etiquetas políticas; que no haya proseguido su enseñanza en la Escuela Normal de París, cuna de intelectuales (1968), cuando los estudiantes denunciaban por un lado el elitismo de la selección y por otro se preparaban para ella; que en 1992 viajara a Santiago de Chile para participar en un encuentro de historia y regresara al cabo de dos días sin haber dado su conferencia: el rezago autoritario que aún gravitaba en el ambiente y la calle 11 de septiembre que rememoraba el golpe de estado de 1973 no le fueron soportables. La casualidad no explica, por lo tanto, la censura dictatorial que amordazara, en Chile y Argentina, su libro *Los conquistadores*.

Cuando las circunstancias lo requirieron, supo dar pruebas de solidaridad y de amistad. Lo saben, por ejemplo, algunos chilenos y argentinos perseguidos por dictaduras militares, como también lo saben algunos polacos; igualmente aquéllos que lo conocieron (antes de 1968) como responsable de la Casa de Italia en la *Cité Universitaire* (París).

El 30 de diciembre del 2001 habló, por algunos minutos, de conflictos del mundo actual desde una perspectiva histórica. «Estoy dando un curso sin querer», comentó. Fue el último. En el cuarto 332 de un establecimiento hospitalario contó con cuatro «auditores» que lo acompañaban.

Fue consecuente y digno hasta el final. Así vimos a Ruggiero Romano, el hombre, cuyas conversaciones se interrumpieron en una madrugada del invierno parisino.

Contribuciones desde **Coatepec**

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
revcoatepec@yahoo.com
ISSN: en trámite
MÉXICO

2002

Pedro Canales Guerrero

ELEGÍA A RUGGIERO ROMANO. EL MEJOR HUMANISMO PASA POR EL RIGOR INTELECTUAL

Contribuciones desde Coatepec, enero-junio, número 002

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

pp. 155-156

Elegía a Ruggiero Romano

El mejor humanismo
pasa por el rigor intelectual

PEDRO CANALES GUERRERO

Ruggiero, el hombre, el intelectual, el maestro, el historiador, el humanista, el amigo, ya no está con nosotros.

Ya no está el hombre de carácter para quien la vida era en primer lugar un reto intelectual de comprensión y acción, enérgica, coherente, lúcida: prefería sin duda el desacuerdo, incluso rudo pero inteligente y amistoso, que la mediocridad. La presentación de un libro suyo, o de sus amigos, no era menos la ocasión de celebrar que de polemizar. ¿Es necesario recordar que casi todos —por no decir todos— sus textos implicaban una discusión, mejor aún, una polémica?

Solía decir, en su proverbial franqueza, que no era modesto. Disfrutaba el reconocimiento y reconocía la fidelidad, pero le molestaba la pleitesía y el excesivo obse-

quio. También así se entiende su profundo desagrado ante la mínima evocación de haber formado una *escuela*. Si no le gustaban los *ismos* ni las *capillas* tampoco le agradaban las *escuelas*. Consideraba esto desmedro de la libertad personal —no hay otra—, insulto a la inteligencia de los implicados: él mismo y sus alumnos.

Si fue exigente con sus alumnos, incluso a veces duro, lo hacía con la autoridad de quien es exigente consigo mismo. Su sentido del deber y su afecto estuvieron siempre detrás de sus *acerados y agudos comentarios*. Fue tan generoso como justo con sus alumnos: las cartas de recomendación que nos dio pueden atestiguarlo; no hay dos iguales porque todos somos diferentes.

Ya no está para escucharnos, para enseñarnos con su consejo rea-



Ruggiero Romano

lista y vivo; ya no está para contagiarnos su fuerza, que eso quiere decir virtud; ya no está para sorprendernos con su agudeza y viva lucidez sobre los acontecimientos y la historia; ya no está quien nos enseñaba vivamente que el mejor humanismo —no el *miserabilista* sino el libertario e individualista—, pasa por



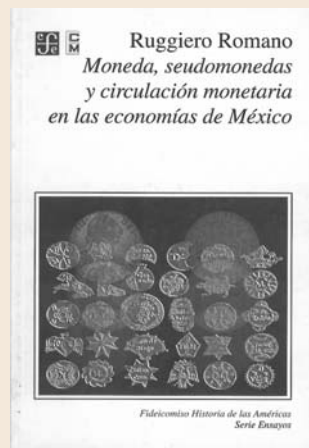
el rigor intelectual; ya no está para interesarse por nosotros, responder nuestras cartas, criticar nuestros escritos, impacientarse afectuosamente por nuestros errores, alegrarse profundamente con nuestros logros personales e intelectuales. Tampoco está ya para escuchar nuestro agradecimiento por su generosidad proverbial. ¿Quién más generoso que él con sus amigos? Sólo Françoise Braudel, a quien abrazamos desde estas líneas. La muerte es injusta.

La muerte nos quitó a Ruggiero y nos deja un vacío que nada ni nadie podrá colmar. Seguirá vivo en nuestra admiración por el hombre, el intelectual,

el humanista. Seguirá viviendo en nuestro afecto mientras vivamos sus amigos. Seguirá vivo en su obra lúcida, y por ello más duradera, mientras siga habiendo historiadores y hombres cultos que lo lean.

No sabemos aún dónde serán esparcidas sus cenizas. Sin duda merecen esparcirse por los espacios que atrajeron su interés humano inagotable y su actividad intelectual humanista. Que desde las cumbres europeas, europeo él, donde dejó su nombre en un pico de los Alpes por haber sido el primero en escalarlo con otro amigo, y donde dejó su esfuerzo militar partisano en la segunda guerra mundial; que desde las cumbres americanas, maestro y lúcido estudioso de América, se esparzan lo mismo sus cenizas que sus ideas y sus escritos.

Ya no está el hombre que tanto gustaba de compartir y departir. Cuánto aprendimos departiendo con él: *l'homme, bon vivant, sans remords, sans regrets*. Salud Ruggiero. Vives en nuestro recuerdo y nuestro afecto. Vivirás por tu obra.



Contribuciones desde **Coatepec**

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
revcoatepec@yahoo.com
ISSN: en trámite
MÉXICO

2002
Herminio Núñez Villavicencio
CONSIDERACIONES SOBRE LAS MAESTRÍAS EN LA FACULTAD DE HUMANIDADES
Contribuciones desde Coatepec, enero-junio, número 002
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México
pp. 157-165

Consideraciones sobre las maestrías en la Facultad de Humanidades

HERMINIO NÚÑEZ VILLAVICENCIO

Lejos de una visión sistemática y disciplinaria de lo que son y, a nuestro juicio, deben ser las maestrías de la Facultad, el fin aquí propuesto es solamente hacer algunas consideraciones que, en el diálogo y la complementación con otros puntos de vista, promueva mayor atención al posgrado que, al parecer, en opinión de algunos de nosotros, requiere de una conceptualización adecuada.

Desde que iniciaron las maestrías en la UAEM, entre los motivos, estuvo la consigna vertical de ampliar el número de programas académicos. Algunas maestrías se han mantenido activas, otras renacen periódicamente y otras más no pasaron de ser proyectos. Por otro lado, en los interesados en cursarlas la motivación ha sido poco clara y apropiada, se suele emprenderlas para hacer currículum. Algunas de nuestras maestrías se mantienen prioritariamente porque son requeridas por la sociedad y por el desarrollo de estadios anteriores en la escala del sistema educativo del país que, se

supone, persigue fines bien definidos, aunque carecen de personal docente que garantice conducirlos a buen término; los alumnos tampoco han encontrado en ellas el medio para su desarrollo y capacitación con relación a una mejor participación en la sociedad. Nuestras maestrías requieren mayor calidad y consistencia no sólo en su organización y estructuración del corpus de asignaturas y de sus respectivos programas de estudios, sino en la fundamentación misma del plan y en la explicación de sus propósitos y objetivos, los que se mantendrán vigentes siempre y cuando sean ratificados por un verdadero y continuo programa de evaluación.

¿POR QUÉ MENCIONAMOS ESTAS NECESIDADES?

En las condiciones actuales estamos obligados a una vida más dinámica y atenta para lograr mantenernos a flote en la sociedad internacional cada vez más compleja y cambiante. Con el in-

greso de nuestro país al mercado mundial, con la apertura de su economía, con la creación del TLC entre los tres países de Norteamérica, con el tratado firmado con la Comunidad Económica Europea y también con las relaciones establecidas con otros países latinoamericanos y de la cuenca del pacífico, las exigencias de la nación a su sistema educativo crecerán en extensión y en dificultad y, como lo indica Carlos Ornelas en uno de sus trabajos, no se puede hacer frente a esas demandas y retos con un sistema educativo diseñado a principios de siglo XX (Ornelas, 1998:22). Este autor y otros¹ han señalado que nuestro país tiene un sistema educativo de baja calidad e irrelevante para nuestro tiempo, porque obedece a otros contextos y porque no llega a definir los fines de la educación mexicana establecidos en la constitución. Es paradójico, pero real lo que ha señalado un estudio reciente de la OCDE: las dos economías mayores de América Latina son actualmente la última y penúltima en el plano educativo. La prolongada cuestión consiste todavía en determinar explícitamente si nuestro sistema educativo debe dar prioridad a la formación de ciudadanos o, por el

contrario, debe dedicarse a satisfacer las necesidades de recursos humanos que demanda el desarrollo. La disyuntiva, en realidad, es más teórica que práctica, porque todos sabemos que nuestro sistema educativo se ha distinguido poco por desarrollar conocimientos; en cambio, predomina la transmisión de saberes producidos a través del tiempo, la mayoría de ellos generados en otras partes del mundo. En otras palabras, en nuestro país se ha dado más peso a la educación como instrumento que como un valor en sí mismo. Podemos convenir en que ambas tendencias deben ser impulsadas según nuestras necesidades, pero no es aceptable el declarado favoritismo por una de ellas. Este es un motivo más para decir que nuestro sistema educativo es ruinoso, vago e inadecuado para nuestros tiempos.

¿QUÉ SUCEDE CON LA EDUCACIÓN SUPERIOR?

Consideremos algunos aspectos de este nivel. En áreas de nuestras carreras universitarias los contenidos del currículo formal se identifican todavía con los campos profesionales liberales que

1 Gilberto Guevara Niebla en su libro *La catástrofe silenciosa*, llega al extremo de pensar que el campo educativo en nuestro país se halla tan enfermo que ya no puede sanar. Guillermo Trejo y otros son menos severos en sus juicios en el libro *Educación para una economía competitiva: hacia una estrategia de reforma*, y señalan uno de los puntos que queremos subrayar en este trabajo, indican que en años pasados “...uno de los costos más destacados de la política de protección respecto a la competencia externa fue que no se generó una demanda de trabajadores creativos, capaces de utilizar, adaptar y desarrollar nuevas tecnologías, hecho que se reflejó en la escasa competitividad de los productos nacionales. La gravedad del problema era aún mayor si se considera que el crecimiento del sector educativo privilegió a la educación superior, lo que se tradujo en la sobreoferta y subutilización de profesionistas –que sólo podían administrar sin innovar-, que a la vez implicaba un enorme desperdicio de los recursos destinados a la educación” (p. 29).

dieron origen a nuestra universidad, y en términos formales el currículum hace hincapié en la adquisición de habilidades y destrezas para reproducir un saber dado y legitimado. ¡Cuánta fatiga cuesta cambiar esa tendencia a la que están acostumbrados los alumnos! En nuestros planes de estudio la memorización y la acumulación de información son todavía dominantes y facilitan el desarrollo de una habilidad discursiva hueca, carente de precisión y dada a las generalizaciones. La organización misma de los planes de estudio lleva a la repetición y no promueve la capacidad en el estudiante de inquirir y de crear, en consecuencia, no se siente motivado y obligado al desarrollo ordenado y conciso de sus ideas ante el objeto de estudio; de modo que en nuestras licenciaturas apenas se puede hablar de estudiantes con espíritu crítico. Esto se constata cuando, al terminar los cursos de la carrera, los pasantes enfrentan la obligación de elaborar la tesis para obtener el grado; trabajo en el que se espera sean capaces de resolver un problema real o teórico, desarrollar una iniciativa o plantear un sencillo proyecto de manera ordenada, clara y nueva. Pero ¿cómo resolver una propuesta personal y actualizada si durante la carrera la práctica constante fue verbalista, memorizador y repetitivo? El modo dominante de trabajo en nuestras aulas tiende a contener la iniciativa personal, sigue la costumbre de seguir instrucciones y conforma una manera de ser que obedece a la fácil integración de los egresados a una estructura laboral que en la

práctica es lo opuesto a la independencia de criterio, a la iniciativa personal y a la suficiente capacidad para encontrar solución a los problemas.

La tendencia a la generalización es altamente favorecida por los planes de estudio que tienden a la homogeneidad, a los planteamientos rígidos, que establecen bibliografías únicas, que dependen de la decisión de unos pocos “expertos”, quienes conforman las unidades académico-administrativas, y elaboran y diseñan los programas. De modo que no sólo el alumno, sino también los docentes se ven obligados al trabajo repetitivo, memorizador y abstruso de las directrices de algunos planes y programas de estudio. En estas circunstancias los profesores tienen poco margen para la iniciativa, no sienten la exigencia de seleccionar, ampliar y actualizar la bibliografía; no hacen uso de su experiencia y no viven la sensación de que su trabajo sea parte de su realización personal. El nuevo diseño curricular que se propone desde los años setenta, a nuestro juicio, acentúa más este problema, porque es fácil considerarlo como centralizado, verticalizado y limitante de la labor docente, pues lo hace depender de objetivos, contenidos, actividades a realizar y otros componentes del plan de estudios que apuntan más a la educación considerada como instrumento. Con este diseño los planes y programas aparecen mejor organizados y administrativamente más viables, pero nos preguntamos si son adecuados a las apremiantes necesidades de nuestra compleja realidad. ¿Responden debidamente

te a los emergentes problemas de nuestro mundo en constante transformación?

Se entiende que los planes de estudio son la propuesta que, en consonancia con sus tiempos y condiciones, las instituciones educativas hacen para la formación de sus alumnos; en ellos se hace manifiesto cómo se conciben y abordan los objetos de estudio y cuál es la perspectiva que se tiene para estudiar la realidad en un tiempo y espacio social y, consecuentemente, también manifiesta una concepción particular de la ciencia, de la sociedad y de la práctica profesional. Las definiciones que circulan en nuestros días de lo que es un plan de estudios coinciden en su mayoría con Margarita Pansza cuando lo menciona como:

...una serie estructurada de conocimientos y experiencias, que en forma intencional se articulan con la finalidad de producir aprendizajes que se traduzcan en formas de pensar y actuar frente a los problemas concretos que plantea la vida social (Pansza, 1987:21).

Esta autora señala que la incorporación de los egresados de la educación superior al trabajo implica que éstos han adquirido una concepción de la realidad, del conocimiento, del hombre, del aprendizaje y hace ver al educando que está situado en un tiempo y espacio social determinados. Pensamos que esto último, comúnmente no sucede de manera explícita y este hecho puede verse positiva o negativamente; en esta concepción

limitémonos a considerar que el plan de estudios es visto como una serie de conocimientos que deben mover a pensar y, por ello, constituye un proceso continuo en el que se parte del conocimiento existente sobre determinado objeto, no para ejercer este conocimiento de manera mecánica, sino para tomarlo en cuenta como aportación de la experiencia, en su calidad de perfectible y en su apertura a las modificaciones requeridas por las nuevas circunstancias.

Visto así el plan de estudios, éste pide, tanto la capacidad crítica ante el conocimiento que se recibe, como la capacidad analítica para afrontar los problemas. No puede ser simple medio de transmisión, porque su objetivo es la capacitación y actualización del sujeto que se dispone a enfrentar nuevas situaciones. Una carrera ofrece al interesado ciertos conocimientos, habilidades y destrezas que profesionalmente los convierten en miembros activos de la sociedad; inculca también creencias, valores y actitudes (ideología) que refuerzan los atributos de la ciudadanía, pero a su vez debe tomar en cuenta un agregado de rasgos y atributos personales que den vida a todos los elementos anteriores. Sólo así la educación puede procurar una sociedad dinámica y robusta que tome el propio destino en sus manos.

NUESTRA CONDICIÓN DE DEPENDENCIA

En el campo educativo no podemos solapar nuestra condición. Sin poder de decisión en lo económico, políti-

co y militar ¿qué podemos esperar del desempeño educativo y cultural?

Como país hemos pasado de la revolución agraria a la revolución industrial y, de ésta a la revolución informática con la pesada sensación de ineptitud y despojo. En los tiempos de la relación tierra-trabajo no pudimos aprovechar adecuadamente nuestros campos, y ahora, en la nueva y profana relación mercado-información, nuestras carencias son escalofrantes. Con frecuencia se dice no sólo de nuestro país, sino de toda Latinoamérica, que la insuficiencia en la preparación de capital humano es la falta de progreso. ¿Cuál progreso? ¿Qué tipo de preparación? Aquí caben varias aclaraciones de las que sólo retomamos la que ahora nos interesa. Es evidente que para mayor educación se requiere más dinero ¿lo tenemos en el país? Si lo hay, quien lo tiene no ha demostrado notable interés en romper el esquema ignorancia-control que ha sido tan eficaz en nuestra experiencia. Aun con dinero en México ese recurso se mueve en un esquema de dependencia. Nuestra dependencia en muchos aspectos es un problema de gran peso. Hasta ahora no hemos tenido ni una filosofía ni una ciencia propias, en economía casi siempre hemos sido trastienda de los excesos de occidente y en política, después de sexenios de monolitismo, apenas estamos dando los primeros pasos hacia otra forma de convivencia. Ahora nos damos cuenta de que llegamos tarde a la modernidad cuando ésta está en crisis; también nos damos cuenta de que hemos

carecido de crítica. De crisis en crisis hemos llegado tarde a los repartos tanto de novedades como de dividendos con la consiguiente condena de repetir errores que, de haber tenido capacidad crítica, los habríamos evitado con menor desgaste histórico.

Nuestros tiempos son de grandes desafíos: vivimos la tensión generada por dos opciones de vida contrapuestas: por un lado sentimos los jalones de la racionalidad tecnocrática que al convertir al sujeto en objeto niega la posibilidad de una individuación viable; del otro, atraen los imaginarios de un culturalismo diversificador que, al potenciar identidades, puede conducir con relativa facilidad a tribalismos sin destino. En esta lucha no debemos dejarnos arrastrar pasiva e irresponsablemente, ni por una ni otra tendencia, si tenemos estima de nosotros mismos y si apreciamos nuestra labor universitaria. Hoy nuestro mundo es ampliamente definido por los medios de comunicación que fundan su éxito en la labor condicionadora de masas, pero un individuo o una comunidad competente llegan a discernir que el mercado global no es un estado superior de la naturaleza, sino el resultado de una racionalización absolutizadora y potencialmente opresiva. A todos los latinoamericanos, la tendencia globalizadora nos debe recordar dos casos importantes: la colonización hispana y la doctrina Monroe. Cuando comenzamos a desligarnos de los condicionamientos de la primera, la segunda nos puso afrentosamente de rodillas. El hecho es comprensible, nadie nace grande y fuerte, pero de ese hecho ya ha pasado tiempo.

Globalizar es sinónimo de informar, cuantificar e imponer un modelo; y aunque en rigor la globalización no busca la destrucción de lo diverso, sino la subordinación total de los modelos periféricos al centro hegemónico donde se toman las decisiones, para nosotros, su negatividad consiste precisamente en la supeditación. Cualquier verdadero político —de izquierda, centro o derecha— sabe perfectamente que mientras sigamos sometidos al pago de la deuda y a los caprichos del imperio global, seguiremos hundiéndonos en los abismos que nos separan de nuestro anhelo de soberanía y autorrealización. Esta dependencia tiene una clara expresión en el interior de nuestro país que, como mexicanos, nos la explicamos, pero no la justificamos; la actitud de una clase empresarial mexicana sometida a una rumia adaptativa que no invierte en la investigación y carece de gran espíritu emprendedor. Lo mismo podemos decir de gran parte de nuestra educación superior.

El cuadro de nuestra condición dependiente es más lacerante si consideramos que nosotros día a día la estamos prolongando. Por ejemplo, en el uso de bibliografía. ¿Cuántos docentes de nuestra universidad y en las universidades del país desarrollan sus funciones con textos propios? México destina a la investigación menos del 0.5% de su presupuesto, a diferencia de Japón que invierte el 3.1%. La investigación en las humanidades es todavía menor y casi menospreciada en nuestro país.² ¿Para quién estamos trabajando? En las con-

diciones de vasallaje a que nos obliga la deuda es difícil incrementar esta actividad o cambiarle dirección; no hay recursos, casi la totalidad de ellos está subordinada a las exigencias del capital prestado que mueve nuestra producción y no sólo eso, ésta última está directamente controlada en grandes sectores por empresas trasnacionales. Somos un país ampliamente maquilador. En la planificación de la economía global no está previsto que Latinoamérica se dedique a la producción de innovaciones tecnológicas o a la apertura de nuevos horizontes para la humanidad: al subcontinente se le piden materias primas y mano de obra dócil y barata.

¿PESIMISMO TOTAL?

¡No! Renunciaríamos a ser humanos. Desde luego que tampoco podemos esperar la anulación de la dependencia de un día para otro, pero sí podemos construir poco a poco su derrumbe, entre otros medios, con la labor educativa que no puede limitarse a la transmisión de saberes que hacen suponer una visión de la realidad estática y definitiva. Debemos tener muy claros los fines últimos de nuestra actividad; si el principal de ellos es el constante mejoramiento de nosotros mismos como individuos y como sociedad, en nuestro camino se interpone la dependencia.

No buscamos insinuar aquí el regreso a experiencias “revolucionarias” que han buscado el cambio de manera

2 Véase los datos que sobre ella proporciona el trabajo de Raúl Béjar Navarro y Héctor H. Hernández.

impulsiva y a veces anacrónica; proponemos simplemente retomar la cuestión que tantas veces hemos apenas formulado: ¿qué tipo de universidad queremos? Es cierto que una mayor definición de nuestra universidad no depende sólo de los universitarios, depende también de nuestra sociedad y, desafortunadamente, de factores que están más allá de ella; pero no podemos continuar siendo una especie de caja de resonancia o —como lo ha expresado recientemente un funcionario universitario hablando sobre la producción— una escuelota con el nombre de universidad. No debemos evadir el hecho de que a nosotros nos toca hacer propuestas que contemplen nuestras circunstancias y necesidades. Si velada o abiertamente nos dedicamos a reproducir habilidades y destrezas para el desarrollo económico, en este caso, al menos, ocurre discernir de quién es ese desarrollo.³ Pero de cualquier manera, la experiencia nos dice que esta finalidad es limitada e inaceptable para una universidad. El reto que tenemos como país causa ciertamente pavor, y

requiere no de voluntarismos fugaces, sino de constancia, de inteligencia y de preparación en nuestros días. Esta es la importancia de la labor educativa a la que nos hemos destinado. Nuestro trabajo será válido en cuanto no pierda de vista nuestras circunstancias, en cuanto busque soluciones a nuestros problemas y haga viables nuestros ideales.

¿QUÉ SE PIDE A LAS MAESTRÍAS?

Después del desproporcionado preámbulo, ¿qué pensamos sobre las maestrías en la Facultad de Humanidades y, con menor conocimiento de causa, sobre las maestrías en la UAEM? Sobre ellas se puede decir mucho, pero lo poco que aquí proponemos no tiene la calidad del especialista, se desprende de lo ya expuesto y es fruto de la experiencia de algunos años.

A lo largo del trayecto educativo de un individuo se dan varias etapas; y en la primera, como es comprensible, su actitud es mayormente receptiva y se prolonga hasta el nivel medio-superior. En el ni-

3 Desde hace más de siglo y medio se viene planteando la solución a la dependencia mediante el proyecto de una comunidad latinoamericana como la imaginada por el llamado “sueño bolivariano”. Lograr una unión latinoamericana semejante a la que se está gestando desde hace más de cincuenta años en Europa, cambiaría sin duda nuestra condición. Otra posibilidad, aunque parezca simple ficción o una pura manifestación del deseo, es mencionada no sólo en pláticas sino en estudios sociológicos y culturales sobre la nueva relación con la Unión Norteamericana, a ella se alude también en declaraciones políticas (en pro y en contra) y se toma cada vez más en las variadas agendas de ese país y el nuestro. Corregir los desatinos del imperio global desde adentro es otra manera de romper nuestra dependencia, aunque, si acaso esto es posible, lo sería a muy largo plazo. No obstante, por este débil motivo es oportuno dar importancia política, económica y sobre todo educativa y cultural a la incontenible irrupción de latinos en el seno del imperio. Con un número creciente de hispanos educados, cultos y por ello más conscientes de su pasado y de su destino, que participan en la toma de decisiones globales, Latinoamérica dejaría con más facilidad su condición periférica y de supeditación.

vel de licenciatura, en cambio, en correlación con el desarrollo general del estudiante, las exigencias son (o deben ser) más de capacidad crítica y de proposición, de modo que este nivel educativo culmina en muchos casos con un trabajo de producción del educando que le habilita para su desempeño en la sociedad.

Podríamos decir, entonces, que la licenciatura es un parteaguas en la formación académica, porque a partir de ella, con los medios suficientes y con la madurez necesaria el educando se adentra en una etapa en la que investiga e innova. Si a partir del primer esfuerzo que el alumno hace de producción (su trabajo de tesis de licenciatura) no se perfila un crecimiento en su capacidad crítica y propositiva, tal vez este es un buen indicio de que su lugar sea el ejercicio profesional y no el de la búsqueda que caracteriza al posgrado.

Con esto no queremos decir que el ejercicio de la profesión consista en una labor puramente mecánica, ni afirmamos que la maestría sea pura investigación. De paso también señalamos que hablar de maestrías profesionalizantes, de maestrías para docentes o de maestrías para la investigación no nos parece muy adecuado. En esos proyectos parece manifestarse la búsqueda de cierta uniformidad imposible, sólo alcanzable en instituciones con finalidad técnica. Los nombres de esos programas no dicen mucho. Nuestras circunstancias y nuestra experiencia apuntan con mayor énfasis a la necesidad de dar significado a hechos concretos y ponerlos en perspec-

tiva. La especialización alcanza mayor fuerza en la maestría, pero va de la mano con la investigación, no se logra sino con la investigación; sin embargo, la especialización y la investigación sin la capacidad de ubicar el conocimiento en un contexto más amplio no tiene mucho sentido, como lo indica Ernst Boyer en su libro, "...la especialización sin una perspectiva más amplia corre el peligro de volverse pedante" (Boyer, 1997:40). Consideramos que las clasificaciones rígidas de la especialización pueden volverse contraproducentes, sobre todo en los estudios humanísticos, donde con más acuciosidad se debe mantener no sólo la finalidad de sus estudios disciplinarios, sino también la de otras áreas; porque la perspectiva humanista traspasa disciplinas y conjunta ideas de fuentes variadas. Si tomamos conciencia de ello, no solamente podremos superar nuestras clases a veces obtusamente celosas de los márgenes de la propia disciplina, sino que también dejaremos de hacer de ellas el momento de la simple transmisión de saberes en los que las visiones, las teorías y hasta las metodologías son vistas como la "verdad", estática, atemporal, completa... El investigador inicia cuestionando, y su labor tiene sentido si busca superar un estado de cosas que es complejo y que con frecuencia rebasa las fronteras disciplinarias; por ello, detrás del objetivo disciplinario y parcial existe la etapa de la integración de resultados. Es aquí donde, a mi parecer, se justifica una facultad de humanidades. Sin investigación con una pers-

pectiva más amplia o consciente de nuestras circunstancias el Zeus globalizador seguirá dictando nuestro destino sin mayor dificultad.

En resumen, opinamos que nuestras maestrías deben de ser menos repetidoras de saberes dados; deben ser menos condicionadas por la pedagogocracia organizada en torno a una concepción de aprendizaje como medio, para así poder incrementar en el alumno las capacidades de aportación que se alcanzan con la investigación que, siendo cada vez más especializada, no por ello debe perder el horizonte. El conocimiento ya no se puede entender fuera de las situaciones concretas, y en las nuestras son de mucho peso las de la supeditación en el torbellino de la globalidad.

BIBLIOGRAFÍA

- BEJAR Navarro, Raúl y Hernández B. Héctor. *La investigación en Ciencias Sociales y Humanidades en México*, México, UNAM, 1996.
- BOYER, Ernst L. *Una propuesta para la educación superior del futuro*, México, UAM, FCE., 1997.
- GUEVARA Niebla, Gilberto. (comp.) *La catástrofe silenciosa*, México, FCE. 1992.
- ORNELAS, Carlos. *El sistema educativo mexicano. La transición de fin de siglo*, México, CIDE, NF y FCE, quinta reimpresión, 1998.
- PANSZA, Margarita. "Notas sobre planes de estudio y relaciones disciplinarias en el currículo", en *Perfiles educativos*, núm. 36, UNAM-CISE, México, abril-junio de 1987.
- TREJO, Guillermo, et. al. *Educación para una economía competitiva: hacia una estrategia de reforma*, México, Diana-CIDAC, 1992.

Contribuciones desde **Coatepec**

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
revcoatepec@yahoo.com
ISSN: en trámite
MÉXICO

2002

Sonia Elizabeth Vázquez Romero
ANÁLISIS DEL DISCURSO DE SEGISMUNDO EN LA VIDA Es
SUEÑO, DE PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA
Contribuciones desde Coatepec, enero-junio, número 002
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México
pp. 166-170

Análisis del discurso de Segismundo en *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca

SONIA ELIZABETH VÁZQUEZ ROMERO

Podemos imaginar a Calderón meditando sus obras en el jardín del tranquilo monasterio y escribiéndolas después en el sosegado reposo de una celda, cuidando el concepto, cincelando la forma hasta lograrla, de ser posible, perfecta. Puede presumirse que *La vida es sueño* es la obra fundamental en la que el pensamiento y el lenguaje responden al carácter eminentemente reflexivo del autor.

Son las comedias religiosas y mitológicas, unidas a las filosóficas y a los autos sacramentales, las que muestran la personalidad del autor, absorbido por la tarea de construir una concepción abstracta del mundo y de la humanidad; crea personajes representativos de ideas (ejemplo claro lo constituye Segismundo en *La vida es sueño*), y utiliza éstas mismas como personajes (la fe, la gracia, la sabiduría, la castidad, el poder, entre otros).

Ni la capacidad lírica ni la inspiración poética del autor son barreras para lograr profundidad en su pensamiento filosófico. Lo esencial es la idea, el personaje teatral no es más que el signo para

hacerla sensible. Su dominio de la metáfora, la grandiosidad sonora del verso y la escenografía, de complejidad creciente y majestuosa, cargan de emoción sus personajes y de acción la escena. Por lo anterior, se considera a Calderón padre de la escenografía moderna pues consigue realizar, con gran ingenio, una fusión perfecta entre belleza, lirismo y puesta en escena.

Igualmente, cabe subrayar la alegoría, la utilización del personaje como símbolo (supuesto) y el estado de transición mental del hombre a la idea, presente en Segismundo, por lo menos, como una creación subjetiva de Calderón, puesto que el artificio teatral de *La vida es sueño* se apoya en sus monólogos. La consideración de subjetividad de la producción calderoniana no debe hacer pensar que se halle ausente la realidad nacional española. Calderón recoge leyendas y hechos históricos, muestra amplias tradiciones de su tiempo.

En la obra de Calderón se descubre el sentido católico que está contenido en las almas, el amor como devoción

y culto, no como un mero placer de los sentidos, aunque sólo pertenezca a almas selectas; éste será uno de los más gloriosos ornamentos que deseará tener la raza española. Así pues, Calderón representa a la España antigua con toda la mezcla de luz y sombras: majestuosidad junto a defectos, vanidades; sueños de justicia y libertad frente a un gobierno debilitado por las ansias de manipulación y poderío. Representa, en suma, todos los impulsos que agitaban a la sociedad. Entender esta vida permite al autor, con valiosa sensibilidad, plasmar los diversos y encontrados sentimientos.

La consideración del escaso valor de todo lo terreno, toma cuerpo en la gigantesca figura de Segismundo, protagonista y símbolo a la vez de la inestabilidad de las dichas humanas. Es importante hacer una comparación, ya que el tema no es nuevo, ni mucho menos, con los antecedentes, desde Sófocles, de dichas ideas: “No haber nacido es la mayor de las aventuras, y una vez nacido lo menos malo es volverse cuanto antes allá de donde es uno venido”.¹ Sin embargo, es más violenta la expresión de Segismundo al afirmar que el delito mayor del hombre es haber nacido: concepto hiperbólico.

*¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo
Ya que me tratáis así,
Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo;
aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido.*

*Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.*

El fatalismo en que se halla Segismundo tiene en cierto modo confirmación en boca de su padre, el rey Basilio que, al considerar el peso del horóscopo de su hijo, atribuye a éste, como si se tratara de un delito, la muerte de su madre.

En aqueste, pues, del sol [...]

*En Clorilene, mi esposa,
Tuve un infelice hijo,
En cuyo parto los cielos
Se agotaron de prodigios.*

*ya frenesí, o ya delirio,
nació Segismundo, dando
de su condición indicios,
pues dio muerte a su madre,
con cuya fiereza dijo:
hombre soy, pues que ya empiezo
a pagar mal beneficios.*

En el monólogo de la escena II, se refleja que el fondo está constituido por un clamor angustiado, pero enérgico, de protesta, por su injusta situación; pero en la misma hay siempre una esperanza que se oculta tras la atención de la existencia de una vida mejor. Así, pues, no es Segismundo pesimista por naturaleza, más bien se vuelve en el transcurso de su existencia dramática.

*para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer),
¿qué más os puede ofender
Para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?*

*En llegando a esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón.
¿Qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal
Que Dios le ha dado a un cristal.*

Es al terminar la jornada segunda cuando, en nuevo monólogo, manifiesta los efectos de su desengaño acerca de su vida (frenesí, ilusión, sombra, ficción, sueño), y este monólogo constituye ya el verdadero desenlace de la obra en cuanto a su pensamiento filosófico.

*Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión.
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.*

Por otra parte, la duda que nace en Segismundo tiene sus límites en los límites de esta vida; no vacila en afirmar la existencia de un después indudable, lo eterno “donde ni duermen las dichas / ni las grandezas reposan” (jornada II; escena X). Y en este pensamiento, único acierto en él, encuentra el consuelo para las desdichas de su duda.

Culmina en la escena VIII dirigiéndose a Rosaura: “Sólo por ver si puedo / harán que pierda a tu hermosura el miedo...”

Más tarde en la jornada tercera, queda dicha la transformación espiritual de Segismundo, donde su deseo de vencer lo imposible llega al más alto grado en el planteamiento del conflicto íntimo, en el vencerse, pues “que ya vencer aguarda / mi valor grandes victorias / hoy ha de ser la más alta / vencerme a mí...”

Hay de este modo en la fortaleza de ánimo, una nota común a todos los momentos de la vida de Segismundo; el brusco cambio de carácter que sufre al final de la jornada segunda corresponde al de la situación pero, en el fondo, Segismundo sigue siendo el mismo; si antes era indomable, aparece después como un domador de sí mismo, de modo que su posterior mansedumbre no es sino consecuencia de su anterior carácter indomable.

• • •

El escrito lírico de Calderón de la Barca:

Estrofa de dos versos. PAREADO, Formada por versos de arte mayor y menor, parisílabo que rima entre sí en consonante.

A,a, b,B, c,C, d,D, etc.

El texto está cargado de figuras retóricas:

CORRECCIÓN: No sólo interrumpe, sino que se retracta de lo anterior, expresando mejor la idea.

*Rosaura... La puerta
Mejor diré funesta boca abierta
Está, y desde su centro
Nace la noche, pues la engendra*
[dentro.

(METÁFORA)

PARADOJA: Reúne ideas, al parecer contradictorias, para resaltar la profundidad del pensamiento.

*Tu favor reverencio;
Respóndate retórico el silencio:
Cuando tan torpe la razón se*
[halla,
Mejor había, señor, quien mejor
[calla.

FIGURAS PATÉTICAS: a) EXCLAMACIÓN. Expresión viva y enérgica de los sentimientos que agitan nuestro ánimo

*¡Válgame el cielo qué veo!
¡Válgame el cielo qué miro!
Con poco espanto lo miro,
Con mucha duda lo creo.*

• • •

*Hipógrifo violento
Que corriste parejas con el*
[viento,

*¿dónde rayo si llama,
pájaro sin matiz, pez sin escama,
y bruto sin instinto
natural al confuso laberinto
destas desnudas peñas
te desbocas, te arrastras y*
[despeñas?

*Quédate en este monte,
donde tengan los brutos su*
[Faetonte
*que yo, sin más camino
que el que me dan las leyes del*
[destino

*ciega y desesperada,
bajaré la aspereza enmarañada
deste monte eminente,
que arruga al sol el ceño de su*
[frente.

*La puerta
Mejor diré funesta boca abierta
Está y desde su centro
Nace la noche, pues la engendra*
[dentro.

*¿No es breve luz aquella
caduca exaltación, pálida,*
[estrella,
*que en trémulos desmayos,
pulsando ardores y latiendo*
[rayos,
*hace más tenebrosa
la oscura habitación con luz*
[dudosa?

*Sí pues a sus reflejos
puedo determinar (aunque de
[lejos)
una prisión oscura
que es de un vivo cadáver
[sepultura,
y porque más me sombre,
en el traje de fiera nace un
[hombre
de prisiones cargado,
y sólo de una luz acompañado.
Pues huir no podemos,
Desde aquí sus desdichas
[escuchemos:
Sepamos lo que dice.*

BIBLIOGRAFÍA

- 1 Expresa el coro en Edipo, Estásimo 3º; trad. D. Ignacio Errandonea, S. J., Madrid, 1930.
- 2 Calderón de la Barce, Pedro. *La vida es sueño*, Ed. Ebro.p.p. 115.

Contribuciones desde **Coatepec**

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
revcoatepec@yahoo.com
ISSN: en trámite
MÉXICO

2002
Miguel Ángel Barranco Cruz
RESEÑA DE "LA AGONÍA DE EUROPA" DE MARÍA ZAMBRANO
Contribuciones desde Coatepec, enero-junio, número 002
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México
pp. 171-173

La agonía de Europa de María Zambrano

MIGUEL ÁNGEL BARRANCO CRUZ

Egresado de la Facultad de Humanidades, UAEM.

La primera edición de esta obra se realizó en 1945; hoy tenemos al alcance *La agonía de Europa*, como un clásico sobre el ocaso de Europa. El momento en que se realiza esta publicación sobre la obra de María Zambrano es oportuno por la necesidad de conocer las condiciones del viejo lugar donde se “elaboraba” filosofía. Esto no es precisamente un libro, se advierte claramente al principio. Zambrano no se equivoca al decirlo, sin embargo sus ensayos muestran el momento que pasaba Europa. El ocaso en que se desarrollaba el pensamiento de la década de los cuarenta, no parece estar tan separado del pensamiento de este siglo. Esta voz, sin duda, es de las pocas de nuestra lengua que muestran el pensamiento europeo; nos enseña el polvo sobre el que se desarrollaba el pensamiento. Polvo y ceniza, polvo que alcanzamos a percibir, ceniza sobre la que caminamos.

Nuestro camino no tiene horizonte alguno, nos anuncia la autora de *El hombre y lo divino*; nuestro camino es

“vivir un equilibrio entre el anhelo obscuro y la imagen que se vislumbra solamente; imagen que no tolera ser vista, como el Ángel de Jacob, nada más que a la madrugada” (p. 22). Europa, por varios siglos cuna del pensamiento, hoy tiene un rostro desfigurado; ni la misma máscara le sirve para presentarse al mundo, a la realidad sobre la que se desarrolla el viejo continente; es sin duda la raíz que está a punto de convertirse en algo improductivo, ceniza. La historia presenta a Europa como un lugar donde se gesta el pensamiento moderno, donde se recogen frutos de las primeras semillas de los hombres de ayer que, así, están presentes hoy. La mesa donde se han discutido grandes saberes hoy sólo tiene lo que queda al finalizar el banquete, la esperanza de un próximo banquete más sabroso. Europa, bajo este análisis de María Zambrano, es el lugar donde se presenta el síntoma del abuso del banquete. Cuando se abusa, generalmente se llega al suicidio, al aniquilamiento.

El desecho no es otra cosa que la decadencia sobre la que, desde hace mucho tiempo, se ha hablado. Cioran advirtió que puede ocurrir en una *civilización exhausta*. No existe la energía suficiente para salvar a Europa. Para resucitar no hay fuerza, sólo se podrá seguir como un gran museo de muertos. La creación filosófica, literaria, o de algún otro tipo, no es suficiente para decir que Europa está aún viva, la agonía se manifiesta en la edad terminal sin camino por seguir, sin experiencia por expresar. El enfermo sólo espera su muerte, la misma agonía es una manifestación del espíritu que espera ser olvidado.

La discípula de Ortega, a lo largo de su obra, enseña el proceso de reconstrucción que atravesó Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Quizá el mismo exilio fue la ocasión para expresar con claridad la realidad del lugar que ocuparon los franceses en el siglo XVIII con su pensamiento; el recorrido sobre este pensamiento señala la penuria europea. En ésta se ve claramente al hombre exhausto que vino a América a dejar su palabra. Vemos el rechazo de la autora, con tintes profundamente religiosos, a la violencia contra sí mismos, contra la misma existencia del hombre que por varios siglos ha enseñado el camino de la reflexión.

Violencia sobre el existir que ha llevado a la destrucción, al autoaniquilamiento de esta civilización. Pero sobre este lugar de polvo y ceniza surge la esperanza de la *Resurrección*. ¿Qué otro lugar podrá encontrar Europa para mostrar su lucidez? Los hijos de San Agustín,

como los llama Zambrano, no tienen otra senda más que el auxilio propio: la *Resurrección*.

Y el “seréis como dioses” (p. 47) quedará atrás, el hombre tendrá que recomenzar. Lo que debe reconocer son sus límites, su rostro desfigurado, y desde ahí emprender una vía nueva. ¿Desde dónde? Desde él. El hombre europeo se borra y dibuja, tiene carácter de ente que se reconoce inferior y conquistador del mundo. Este nuevo explorador debe destruir sus formas y no vivir con las máscaras que ha jugado.

A lo largo de la obra, Zambrano plasma su experiencia sobre Europa, fuera de ella. El estar fuera, es el alimento perfecto para dejar un testimonio claro sobre el viejo continente; el lugar al que se dirige la autora para comparar a Europa es la obra de San Agustín, *La ciudad de Dios*.

Europa es el lugar donde reposa el saber, donde habita la verdad, es el espacio donde se ha abusado del “saber”. El saber es el camino que no se pisó adecuadamente para emprender la sabiduría.

Las formas se tienen que destruir para comenzar su reconstrucción. Si no es a través del hombre, no hay esperanza de una dominación del espacio donde se habita; se ha vivido en una *noche oscura* que no permite a la humanidad europea ver claramente lo que está por llegar. El hombre europeo ha colocado una máscara a su rostro para disfrutar de la realidad y esta máscara le ha dado los elementos para olvidarse de él; se tiene que comenzar a pensar desde su mundo. La reflexión se da desde el *polvo* y

la ceniza; los restos con los que cuenta Europa son el alimento perfecto para reflexionar la huida del *logos*; a través de esta reflexión busca una manifestación de luz que le permita vislumbrar su agonía, y comenzar a caminar si no en la ceniza, sí en la luz que tiene que construir.

En fin, *La agonía de Europa* es una obra que presenta claramente la necesidad de encontrar la vía que permita a la humanidad pensarse para encontrar una nueva dirección. La nueva senda es muy clara; el ocaso de la sociedad europea da los elementos para preguntar en esta

época si es necesario cuestionar a esta sociedad. Nosotros lo podemos decir de forma clara; no sabemos cuál es el momento exacto para contestar, pero no debemos olvidar que ellos trajeron su palabra. ¿Acaso nuestra sociedad está ausente de la agonía? ¿Es la muerte parte de nosotros en este momento? ¿Cuál es la esperanza de la humanidad europea?

BIBLIOGRAFÍA

ZAMBRANO, María. *La agonía de Europa*, Trotta, 1945 Madrid, 2000, 102 pp.

Contribuciones desde **Coatepec**

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
revcoatepec@yahoo.com
ISSN: en trámite
MÉXICO

2002
Israel Garrido Montoro
RESEÑA DE "NIHILISMO Y FIN DE SIGLO" DE MERCEDES GARZÓN BATES
Contribuciones desde Coatepec, enero-junio, número 002
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México
pp. 174-176

Nihilismo y fin de siglo de Mercedes Garzón Bates

ISRAEL GARRIDO MONTORO

*Egresado de la licenciatura en Filosofía
de la Facultad de Humanidades, UAEM.*

Mercedes Garzón Bates es autora del libro *Nihilismo y fin de siglo*. El título es elocuente y llamativo, resultado de los tiempos violentos presentes. El texto se desarrolla como si se tratara de una sinfonía nihilista; comienza afinando y sigue un prelude denominado *El orden presente es el desorden del futuro*. El texto inicia con el primer movimiento, Andante: *Si dios ha muerto, entonces todo está permitido*. Llega al segundo movimiento, Adagio: *Nada vale la pena. Las verdades son ilusiones*. El tercer movimiento, Allegro: *Y después volveremos uno a uno, a la caja de la nada*. Cuarto movimiento, Allegro ma non troppo: *¡Viva la diferencia!* Y después el final: *Como una piedra que rueda*.

Garzón comienza con un análisis sobre el concepto de modernidad, del concepto histórico unitario concebido en la ilustración, el proceso continúa describiendo la imposibilidad de las premisas modernas y su autoaniquilamiento, llevándonos a lugares que ni la misma

modernidad contemplaba en sus principios; percibe el fracaso del proyecto moderno, da una nueva visión sobre el ser, no como el fundamento metafísico eterno o estructura estable o fundamento absoluto, sino como acontecimiento, como configuración de la realidad, pero ligado a una época. Propone una ontología nihilista que cuestiona la historia del ser y la modernidad, reconociendo estas propuestas como acaecimientos y no como estructuras eternas representadas por la razón; se excluye por completo la pretensión de un absoluto correspondiente al fundamento metafísico tradicional; así, el ser ya no se pensará como fundamento absoluto ni como estructura, sino como evento. El ser se presenta en esta sinfonía nihilista como caos ordenado u orden caótico que estamos viviendo en este fin del siglo XX; cae el sueño de la razón kantiana presentado en la modernidad.

La muerte de Dios representa el fin de la modernidad, el acabóse de las estructuras estables; el ser se manifiesta no

como fundamento sino como libertad y abismo. Por supuesto que el impuesto racional ha tenido un gran auge demostrado en la racionalidad objetivante, calculadora e instrumental que se ejemplifica en el capitalismo. La finalidad de Garzón es la de describir críticamente nuestra subjetividad en este fin de siglo comprendiendo nuestra condición histórica, rescatando la subjetividad humana determinada por la organización racional técnico-científica, implicará —como dice la autora—, la elaboración de una tipología de las formas posibles de existencia. Garzón resalta una ética nihilista, entendiendo esto como la crítica a la metafísica tradicional y a su ejemplificación representada por el científicismo. Sin embargo, toda esta creación de fundamentos modernos y verdades ilusorias ha servido al hombre para garantizar su supervivencia, visto como ser decadente. Garzón alude a Nietzsche —en *El origen de la tragedia*— sobre la exaltación dionisiaca como fuerza demoleadora sobre el mundo aparente y define los límites establecidos por la metafísica tradicional; de esta forma, la verdad consolidada no será más que una mentira. La misma moral utilitaria que realizó el mundo moderno se autonega cuando se coloca en las relaciones sociales, una moral de “rebaño” encaminada a la realización de un individuo funcionalizado como máquina social productiva; se irá de la metafísica platónica-cristiana a la metafísica como organización capitalista del trabajo, manifestada en la forma de imponerse en el interior del individuo, de las estructuras mentales y

morales producidas por el dominio. Así, la misma ciencia se transforma en una visión general del mundo y la determinación del sentido total de las cosas se identifica con la metafísica, en la medida en que pretende fijar una determinada ficción como realidad, con la finalidad de asegurar el dominio y funcionamiento del hombre.

La ontología y ética nihilista propuesta por Garzón nos lleva a romper con la óptica metafísica de las verdades eternas y necesarias, nos conduce a pensar sin fundamento, nos muestra lo efímero y contingente, deforma la imagen oficial de lo real, declara la muerte del ser absoluto, pleno y total; así pensaremos al *ser* en el sentido de acontecimiento, es decir, asumiendo la contingencia, la relatividad y lo no definido del mundo real al que nos hemos circunscrito. Esto significará abrirnos a toda experiencia que nos haga vivir otros mundos posibles, saber que el ser no coincide necesariamente con lo estable, fijo y permanente sino que tiene que ver con el acaecimiento, mejor aún, con la fugacidad, con los horizontes abiertos; pero también nos lleva a tener la visión de la realidad como una fábula, a perder las determinaciones que el teatro de la metafísica nos ha impuesto, con sus papeles definitivos de verdadero-falso, bueno-malo, auténtico-inauténtico. Ahora se desvanecen, reconociendo así la multiplicidad y pluralidad de los modelos, lo que impedirá la aceptación de un único modelo, o de una universalidad de los valores; se multiplicarán los agentes de interpretación, los puntos de vista, las

historias —ya no concebidas como una sola historia—, se hará evidente que no hay una sola interpretación verdadera de la realidad, sino interpretaciones diversas de ella.

Como conclusión Garzón apunta que los grandes prometedores de sentido no han hecho más que propagar el nihilismo inconsciente, tras la cara de orden aparente y de obligada obediencia. Las instituciones, los aparatos de orden social, los órganos de la cultura occidental, ya no son apoyos para el hombre en la búsqueda de sentido sino medios e instrumentos nihilistas en potencia.

Mercedes Garzón apoya su estudio en la crítica de Nietzsche, Heidegger y Vattimo, desmenuzando impecablemente a la metafísica tradicional, llevándola a su culminación en el mundo organizado por la ciencia técnica, vislumbrando otra forma de pensar; salir del discurso tradicional sin colocar absolutos, sino encontrar nuevos lenguajes, sin llegar a la inmovilidad; dejar abierto el mundo a sus diferentes interpretaciones.

BIBLIOGRAFÍA

GARZÓN BATES, Mercedes, *Nihilismo y fin de siglo*. Torres Asociados, México, 2000, 147 pp.

Contribuciones desde **Coatepec**

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
revcoatepec@yahoo.com
ISSN: en trámite
MÉXICO

2002
Pedro Canales Guerrero
CUADROS QUE HABLAN
Contribuciones desde Coatepec, enero-junio, número 002
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México
pp. 177-180

Cuadros que hablan

PEDRO CANALES GUERRERO

Profesor investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México

Desarrollo socioeconómico de América Central en la segunda mitad del siglo XX. Universidad Autónoma del Estado de México/Asociación de Investigación y Especialización sobre Temas Iberoamericanos, Toluca/Madrid, 2000, 364 pp.

El libro de referencia responde con creces a lo que su título nos promete. En efecto, analiza en síntesis el desarrollo social y económico de la región en cuestión, análisis sintético fundamentado en 23 cuadros de estadísticas económicas y en 77 cuadros de estadísticas sociales, contruidos por el propio autor. El libro merecería un subtítulo que nos especificara esta muy valiosa aportación. Por la misma razón lamento que la página legal no contenga lo que ya los libros actuales contienen: los datos de catalogación internacional (en cifras y en lista de conceptos clave) que facilita a las bibliotecas su ubicación correcta en los estantes y en los ficheros. Temo

que este par de circunstancias retarden el acceso de los lectores que la obra



merece.

Se pueden rescatar del índice general, sin hablar del índice de cuadros,

los siguientes conceptos claves: niveles de ingreso, crecimiento y modernización, exportación, balance comercial y deuda externa, explosión demográfica, migración, ocupación, ingreso, educación, salud. Nos aclara el autor en la introducción que el trabajo no incluye consideraciones de carácter geográfico, político ni étnico cultural, a la vez que no olvida recordarnos que lo cuantitativo permite, de hecho, analizar lo cualitativo de manera fundamentada; y esto, no porque el autor crea que los datos no sean objeto de crítica o no puedan resultar incompletos o que constituyan la última palabra: los datos, como dice Popper, son un elemento más de la argumentación científica.

El libro consta de dos grandes partes, donde la segunda parece relegada por su propio título: *Anexo estadístico*. En realidad, si se mira bien, el llamado anexo constituye no sólo el trabajo de más largo aliento sino el fundamento y la razón de ser del libro en su conjunto. Los conceptos, las categorías, las variables elegidas, en suma, el rigor teórico, permitieron al autor no sólo regalarnos en su exposición los resultados de su investigación sino, *río arriba*, construir sus cuadros *anexos*, que permiten con mucha frecuencia no sólo la comparación entre los países de la región sino con países o regiones que aclaran su interpretación. Los cuadros permiten la lectura independiente del texto del autor, como si fuera otro libro o un manual de ejercicios de interpretación estadística o de práctica para construir gráficas en computadora —gráficas que alguien

podría también extrañar en el libro—, manual de ejercicios, repito, para estudiantes. Lectura, pues, interesante, ilustrativa, estimulante. Estimulante incluso de una interpretación divergente, llegado el caso, a la del autor; esto animaría una discusión, propia del trabajo científico.

Lo que parece ser el cuerpo principal del libro, para mí primera parte —señalada así como una forma de subrayar una vez más el valor de los cuadros estadísticos—, se divide a su vez en dos, llamadas por el autor, respectivamente, *Economía y Sociedad*. Es en cada una de estas partes donde el autor va construyendo, en un estilo sin tropiezo y con el rigor lógico que ya se lee en el índice y la introducción, la exposición de sus conclusiones, alimentadas paso a paso con la referencia de los cuadros. Tiene razón el autor cuando defiende la idea que su trabajo es histórico: nos muestra cómo, a través de la segunda mitad del siglo XX, los países en cuestión reflejan una clara tendencia general aunque dividida ésta en dos etapas, de crecimiento y de crisis. Por supuesto que el autor no olvida subrayar la heterogeneidad y explicar el significado de las diferencias y los matices que resaltan en los propios cuadros.

Las conclusiones del trabajo pueden ser divididas en dos bloques principales. En el primero, el autor pone de relieve los elementos comunes que se han detectado en relación con el desarrollo socioeconómico de los países centroamericanos en los tres lapsos estudiados: el periodo largo, que abarca aproxi-

madamente desde 1950 hasta 1990, y las dos etapas sucesivas comprendidas en él, la de auge y la de crisis cuyo parteaguas se sitúa en torno a 1980. En el segundo bloque el autor subraya las diferencias nacionales visibles al analizar dicho tema, refiriéndolas tanto a los distintos dinamismos de los tópicos estudiados como al nivel logrado por ellos al final del periodo. Finalmente, de acuerdo con los niveles de desarrollo económico y social alcanzados al final del periodo estudiado, el autor divide a los países centroamericanos en dos grupos: el mejor ubicado está integrado por Belice, Costa Rica y Panamá; el otro por El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua.

A pesar de los análisis e interpretaciones propuestos por el autor a lo largo de su exposición, tal vez a algún lector poco atento y (pre)ocupado sobre

todo por su propia interpretación, le parecerá que el libro es *muy* descriptivo, cuantitativo. En realidad uno de los mayores méritos del libro lo constituye esa circunstancia. En efecto, con excesiva frecuencia la historiografía de nuestros países ha privilegiado la aplicación mecánica de modelos interpretativos contruidos sobre realidades socioeconómicas de otras latitudes o, en el mejor de los casos, el trabajo de interpretación no enriquecido con informaciones y datos particulares, ya no digamos con las estadísticas más indispensables.

Se trata, pues, de un libro de síntesis socioeconómica histórica, de síntesis estadística regional comparada, libro de consulta indispensable para los especialistas en América Central, para los estudiosos de nuestra realidad americana centromeridional.

Coatepec. Revista de la Facultad de Humanidades de la U.A.E.M.,
se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2002, en los talleres de
Editorial Cigome, S.A. de C.V. ubicada en Vialidad Alfredo del Mazo
No. 1524 Col. Exhda. La Magdalena C.P. 50010, Toluca, Méx.
Tel. (722) 237 2757. El tiraje consta de 500 ejemplares.

Contribuciones desde Coatepec

es una publicación de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Difunde los avances de las investigaciones y seminarios de la propia Facultad y está abierta a cualquier colaboración en las siguientes áreas de conocimiento: Filosofía, Estudios Literarios, Historia, Estudios Latinoamericanos, Ciencias de la Información Documental, Arte Dramático y Creación Artística. Igualmente se reciben reseñas de libros de éstas.

Se solicita a los colaboradores apegarse a las siguientes normas editoriales:

1. La extensión de los artículos académicos tendrá un mínimo de 10 cuartillas y un máximo de 25; reseñas y noticias, un mínimo de dos cuartillas y un máximo de 5, en hojas carta escritas a doble espacio con 28 líneas de 65 a 70 golpes cada una. El Consejo Editorial se reserva el derecho de aceptar artículos de mayor extensión cuando sean de especial relevancia.

2. El título del trabajo será breve e indicará con claridad el contenido.

3. La estructura de los textos será: introducción, cuerpo del trabajo, conclusiones y bibliografía.

4. Las referencias bibliográficas deben contener, en este mismo orden: apellido(s) y nombre del autor, título, editorial, lugar de edición, año de publicación y páginas. En el caso de los artículos: apellido (s) y nombre del autor, título entrecomillado, nombre de la revista, número de la misma, lugar de edición, fecha de publicación y los números de las páginas que abarca dicha referencia.

5. Cuando se usen abreviaturas, la primera vez deberá escribirse entre paréntesis y enseguida del nombre completo al que se refieren.

6. Los autores podrán acompañar sus textos con esquemas, cuadros sinópticos, fotografías y grabados necesarios al texto; asimismo, podrán sugerir viñetas alusivas.

7. Las opiniones vertidas en las colaboraciones son responsabilidad exclusiva de los autores, por lo que, invariablemente, deberá hacerse la referencia bibliográfica correspondiente. *Contribuciones desde Coatepec* no asume responsabilidad alguna por este tipo de infracciones.

8. Las colaboraciones deberán ser originales y remitirse al Departamento Editorial de la Facultad de Humanidades de la UAEM: Av. de la Universidad esq. Tollocan, s/n., Ciudad Universitaria, C.P. 50100, Toluca, Estado de México. En este caso, se requiere la entrega de tres ejemplares (original y dos copias) de buena presentación y calidad, más un disco (en Word, Win Word o Word Perfect). También podrán enviarse a través de fax: (01 722) 2131533.

9. El material vendrá acompañado, en página anexa, de los siguientes datos (sin abreviaturas): nombre completo del autor o autores; domicilio y teléfono particular y/o del trabajo del autor o autores y, en su caso, fax y correo electrónico; institución, adscripción y área de especialidad del autor; título completo del texto; mención de la sección de la revista en la que se considera debe incluirse el artículo; *curriculum vitae* resumido; y una síntesis (*abstrac*) en español y en inglés (de 60 a 100 palabras).

10. Se aceptan textos en idiomas distintos al español, reservándonos la responsabilidad de la traducción.

11. Toda colaboración será sometida a dictamen, de acuerdo con el reglamento vigente.

12. El editor acusará recibo de los originales y, una vez evaluados por dos dictaminadores nombrados por el Consejo Editorial de la revista, comunicará al autor los resultados de los dictámenes.

13. La Dirección se reserva el derecho de hacer los cambios editoriales convenientes.

14. En ningún caso serán devueltos los textos impresos ni los discos.

FILOSOFÍA

La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la modernidad/Guido P. Galafassi

Humanismo ateneísta/Edith Castañeda

ESTUDIOS LITERARIOS

La arquitectura de Los ríos profundos/Verónica Dehonor Pérez

Tres novelas mexicanas del siglo XIX, hoy: bandidaje y corrupción
/Juan Antonio Rosado

HISTORIA

Un poco más sobre la Revolución Mexicana de 1910, narrada a través de las novelas/Elvia Montes de Oca Navas

El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso con su propio presente/Carlos Antonio Aguirre Rojas

ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Heterogeneidad socioeconómica en la historia reciente de Iberoamérica
Francisco Lizcano Fernández

José Ingenieros y la construcción de la nación en Argentina/Sara Makowski

CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN DOCUMENTAL

La Biblioteca de Alejandría, ayer y hoy

Sellos documentales/José Miguel Alva Marquina

CREATIVIDAD

De tiempo completo/Jesús Humberto Florencia

MISCELÁNEA, RESEÑAS, LIBROS Y NOTICIAS

Ruggiero Romano, un hombre consecuente/Arauco Chihuahilaf

Elegía a Ruggiero Romano. El mejor humanismo pasa por el rigor intelectual/Pedro Canales Guerrero

Consideraciones sobre las maestrías en la Facultad de Humanidades
Herminio Núñez Villavicencio

Análisis del discurso de Segismundo en La vida es sueño, de Pedro Calderón de la Barca/Sonia Elizabeth Vázquez Romero

La agonía de Europa de María Zambrano/Miguel Ángel Barranco Cruz

Nihilismo y fin de siglo de Mercedes Garzón Bates/Israel Garrido Montoro

Cuadros que hablan/Pedro Canales Guerrero



Universidad Autónoma del Estado de México

Facultad de Humanidades

